



ROBERT CRAIS

EL CENTINELA



Lectulandia

Dru Rayne y su tío huyeron a Los Ángeles tras el desastre causado por el huracán Katrina. Sin embargo, tras cinco años en la ciudad, se enfrentan a un nuevo peligro. Cuando Joe Pike es testigo de cómo le dan una paliza al tío de Dru, les ofrece su ayuda, pero ninguno de ellos la acepta y tampoco le dan ninguna explicación de por qué hay unos misteriosos agentes del FBI siguiéndoles los pasos.

A medida que los niveles de violencia se hacen mayores, y el propio Pike se convierte en un objetivo, Elvis Cole y él averiguarán que Dru y su tío no son quienes parecen y que todo lo que creía saber de ella no es más que una mentira.

Una venganza, una amenaza que procede de su pasado les ha dado caza y solo Pike y Cole pueden protegerles.

Lectulandia

Robert Crais

El centinela

Elvis Cole - 12

ePub r1.0

Titivillus 31.12.15

Título original: *The Sentry*
Robert Crais, 2011
Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Clay Fourrier. Desde River Road
a lo más alto del letrero de Hollywood,
mi compañero de vuelo en busca de los sueños.
Con cariño, admiración y unas cuantas
febriles gotas de sudor.

NUEVA ORLEANS. 2005

Lunes, 4.28 de la madrugada. La estrecha habitación del Barrio Francés estaba llena de humo de velas baratas que olían a miel. Daniel miró a través de los postigos rotos y el cristal tembloroso hacia la parte alta del callejón, y vio una estrecha rendija de la plaza Jackson entre cortinas de una lluvia torrencial que daba vueltas sobre Nueva Orleans como una bandada de murciélagos locos en la tormenta. Daniel nunca había visto caer la lluvia hacia arriba.

Le encantaban esos condenados huracanes. Volvió a cerrar los postigos y abrió la ventana. La lluvia le dio de lleno. Sabía a sal y olía a peces muertos y a algas. El viento de nivel cinco clavaba sus garras en Nueva Orleans a más de ciento sesenta kilómetros por hora, pero allí, en aquel callejón, en un apartamento barato de una sola habitación encima de un local donde vendían los típicos bocadillos *po'boys* criollos, el viento no era más fuerte que una brisa arrogante.

Se había ido la luz de aquella parte del barrio hacía casi una hora; de ahí las velas que Daniel había encontrado en el despacho del gerente. Luces de emergencia que funcionaban a pilas iluminaban algunos edificios cercanos, otorgando un resplandor azulado a las paredes temblorosas. Casi todos los ocupantes de dichos edificios se habían ido; no todo el mundo, pero sí la mayoría. Los más tozudos, los indefensos y los idiotas se habían quedado.

Como Tolley, el amigo de Daniel.

Tolley se había quedado.

Era un idiota.

Y ahora allí estaban, en un edificio vacío, rodeado por edificios vacíos, en medio de una tormenta escandalosa que había obligado a huir de la ciudad a más de un millón de personas, y a Daniel le parecía genial. Todo aquel ruido, todo aquel vacío, nadie que oyese gritar a Tolley.

Daniel se apartó de la ventana arqueando las cejas.

—¿Hueles eso? Así es como huelen los zombis que han vuelto de la muerte con una vida antinatural. ¿Te gustaría ver a un zombi?

Tolley ya no estaba para respuestas, la verdad, atado a la cama con diez metros de cuerda de nailon. La cabeza le colgaba a un lado, hinchada y rota, aunque todavía respiraba. De vez en cuando daba una sacudida y temblaba. Daniel no permitió que la falta de respuesta de Tolley le detuviera.

Saltó a la cama. Cleo y Tobey se apartaron de su camino, le dejaron pasar.

Daniel tenía un paquete de jeringuillas en su mochila, junto con algunos *poppers*, metanfetamina y otros productos farmacéuticos selectos. Sacó todo el equipo, le metió un chute a Tolley con un poco de cristal y esperó a que le hiciera efecto. Fuera,

algo explotó con un «pof» ahogado, cuyo sonido no se acabó de llevar el viento. Probablemente un transformador de la luz entregando su alma, o quizás una pared que se había caído.

Los ojos de Tolley parpadearon, súbitamente frenéticos, y luego se concentraron en un punto. Intentó soltarse al ver a Daniel, pero, en realidad, ¿adónde iba a ir?

Daniel dijo muy serio:

—Te he preguntado si has visto a algún zombi. Aquí hay, lo sé de buena tinta.

Tolley negó con la cabeza, cosa que jodió un poco a Daniel. De camino a Nueva Orleans, seis días antes, donde había sido enviado para encontrar a Tolley basándose en una pista absolutamente exacta, Daniel decidió que esa era su única oportunidad de ver a un auténtico zombi. No podía soportar a los zombis, encontraba ofensiva su existencia. Los muertos deben estar muertos, y no levantarse y volver a andar por ahí, arrastrando los pies, vomitivos, flojos. Los vampiros tampoco le gustaban, pero los zombis le ponían frenético. Daniel sabía por una fuente fiable que en Nueva Orleans había unos cuantos zombis, y quizás un par de vampiros también.

—No seas así, Tolliver. Se supone que en Nueva Orleans hay zombis, ¿no? Con todo ese vudú y esas mierdas que tenéis aquí de los zombis de Haití... Tienes que haber visto algo.

Los ojos de Tolley brillaban por la droga. Uno de ellos, el izquierdo, era una bola de un rojo brillante, con las venas estalladas.

Daniel se limpió la lluvia de la cara. Estaba cansado.

—¿Dónde está?

—Juro que no lo sé.

—¿La has matado? ¿Eso es lo que intentabas decirme?

—¡No!

—¿Te dijo ella adónde iban?

—No sé nada de...

Daniel lanzó su puño hacia el pecho de Tolley y recogió el Asp. El Asp era una varilla de acero telescópica de unos sesenta centímetros de larga. Daniel la dejó caer con fuerza sobre el pecho de Tolley, los muslos y las pantorrillas, golpeándole con furia. Tolley chilló y se retorció en sus ligaduras, pero no quedaba nadie que pudiera oírle. Daniel siguió con su castigo durante largo rato, luego arrojó a un lado el Asp y volvió a la ventana. Tobey y Cleo se apartaron de su camino.

—Quiero ver a un maldito zombi. Un zombi, un vampiro, algo que haga que valga la pena este puto viaje.

La lluvia caía con fuerza, caliente y salada como la sangre. A Daniel no le importaba. Allí estaba, había recorrido todo aquel camino, y ni un solo zombi a la vista. Todo lo que valía la pena se lo estaba perdiendo. Una vida de lamentables decepciones.

Miró a Tobey y Cleo. Resultaban difíciles de distinguir con aquella luz parpadeante, emborronados, pero lo lograba.

—Apuesto a que podría matar a un zombi, uno contra uno; en serio, me gustaría probarlo. ¿Creéis que podría matar a un zombi?

Ni Tobey ni Cleo respondieron.

—Que no lo digo en broma, podría cargarme a un zombi. A un vampiro también, pero aquí estamos, perdiendo el tiempo con esta mierda. Preferiría estar cazando zombis. —Señaló hacia Tolley—. Eh, chico. —Volvió a la cama y lo despertó de nuevo—. ¿Crees que me podría cargar a un zombi, eh, uno contra uno?

El ojo rojo daba vueltas y la sangre chorreaba de la boca deshecha. A Tolley se le escapó un susurro blando, de modo que Daniel se acercó más. Parecía que aquel cabrón estaba largando por fin.

—¿Qué dices?

La boca de Tolley se movió, intentando hablar.

Daniel sonrió, animándole.

—¿Oyes ese viento? Si yo fuera un murciélago, habría extendido las alas y habría salido volando de esta cabronada de sitio con toda mi alma. ¿Adónde han ido, chico? Yo sé que ella te lo dijo. Dime adónde fueron, para que pueda irme de aquí. Dímelo, sencillamente. Casi estamos ya. Échame una mano y me largo de aquí.

Los labios de Tolley se movieron, y Daniel supo que estaba a punto de cantar, pero el poco aire que le quedaba se escapó.

—¿Has dicho al oeste? ¿Iban hacia el oeste? ¿Hacia Texas?

Tolley estaba muerto.

Daniel se quedó un momento mirando el cuerpo y luego sacó la pistola y le metió cinco balas en el pecho a Tolliver James. Fueron unas horribles explosiones que cualquiera que se hubiese podido quedar por allí habría oído, aun con aquel viento de león. A Daniel le importaba un pimiento. Si alguien venía corriendo le pegaría un tiro también, pero no vino nadie... ni la policía, ni los vecinos; ni un alma. Todo aquel que tuviera dos dedos de frente estaba agachado y acurrucado, intentando sobrevivir.

Daniel cargó la pistola, la volvió a guardar y luego sacó el teléfono por satélite. Las antenas de móvil no funcionaban en toda la ciudad, pero el teléfono por satélite iba de maravilla. Comprobó la hora, dio al botón de conexión y esperó a que hubiese línea. Siempre llevaba unos segundos.

Entre tanto se enderezó, se estiró un poco y recuperó sus modales habituales.

Cuando se realizó la conexión, Daniel informó:

—Tolliver James está muerto. No ha proporcionado nada útil.

Escuchó un momento antes de responder.

—No, señor, han desaparecido. Eso sí puedo confirmarlo. James era una buena pista, pero no creo que ella le dijese nada.

Escuchó de nuevo, en esta ocasión un buen rato.

—No, señor, eso no es cierto del todo. Hay tres o cuatro personas aquí con las que me gustaría hablar, pero la tormenta ha convertido este lugar en un desastre. Casi con toda seguridad habrán sido evacuados. No lo sé. Déjeme un tiempo para localizarlos.

Más conversación al otro lado, pero luego terminaron.

—Sí, señor, comprendo. Usted hace lo suyo, yo lo mío. No le decepcionaré.

Una última palabra del jefe.

—Sí, señor. Gracias. Le mantendré informado.

Daniel cerró el teléfono y lo dejó a un lado.

—Gilipollas.

Volvió a la ventana y dejó que la lluvia lo empapara. Todo estaba húmedo ya: la camisa, los pantalones, los zapatos, el pelo, todo, hasta los huesos. Se agachó para ver mejor la plaza. Un barril de petróleo de doscientos litros iba dando tumbos por la entrada del callejón, de acera a acera, seguido por una bicicleta, arrastrada de lado, y luego un trozo desgarrado de contrachapado que iba aleteando y planeando como una carta arrojada a la basura.

Daniel gritó al viento todo lo fuerte que pudo:

—¡Vamos, venid a por mí, putos zombis! ¡Mostrad vuestros auténticos y antinaturales colores!

Daniel echó atrás la cabeza y aulló. Luego ladró como un perro, y aulló de nuevo antes de volverse hacia la habitación a recoger su equipo. Tobey y Cleo habían desaparecido.

Tolliver había escondido ocho mil dólares bajo el colchón, todavía envasados al vacío, que Daniel encontró cuando registró la habitación al principio. Probablemente fueron un regalo de la chica. Daniel se metió el dinero en su mochila, lo comprobó todo para asegurarse de que Tolliver no tenía pulso y fue al pequeño baño donde había dejado a la amiguita de Tolliver después de estrangularla, bien limpia y metidita en la bañera. Un hilillo negro de hormigas ya la habían encontrado, y no había pasado ni un día siquiera.

Cleo dijo:

—Vete ya, Daniel. No lo jodas más.

Tobey dijo:

—¿Ir adónde, con una tormenta como esta? Parece más lógico quedarse.

Daniel decidió que Tobey tenía razón. Era el más listo y normalmente tenía razón, aunque Daniel no siempre podía verlo.

—Vale, supongo que tendré que esperar a que acabe lo peor.

Tobey dijo:

—Espera.

Cleo dijo:

—Espera, espera.

Como ecos que se desvanecían.

Daniel volvió a la ventana. Se inclinó hacia fuera entre la lluvia de nuevo, vigilando la boca del callejón por si pasaba algún zombi.

—Vamos, malditos, quiero ver aunque solo sea a uno. Un asqueroso zombi, es todo lo que pido.

Si aparecía un zombi, Daniel pensaba saltar de la ventana, ir tras él y hacer pedazos su carne putrefacta y antinatural con los dientes. Después de todo era un hombre lobo, y por eso era tan buen cazador y asesino. Los hombres lobo no le temen a nada.

Echó atrás la cabeza y aulló igual que el viento, y luego apagó las velas y se quedó allí sentado con los cadáveres, esperando a que pasara la tormenta.

Cuando acabase, Daniel encontraría su rastro, los perseguiría y no pararía hasta que fuesen suyos. No importaba lo mucho que le costara o lo lejos que se fueran. Por eso los hombres del sur le usaban para esos trabajos y le pagaban tan bien.

Los hombres lobo siempre cogen a su presa.

LOS ÁNGELES. HOY

El viento no le despertó. Fue el sueño. Oyó el viento intenso antes de abrir los ojos, pero fue el sueño lo que le despertó aquella mañana cuando todavía estaba oscuro. El gato era su testigo. Agazapado a los pies de la cama, con las orejas gachas, un gruñido bajo en el pecho, un gato negro y desgredado le miraba cuando Elvis Cole abrió los ojos. El rostro guerrero del animal estaba furioso, y en aquel momento Cole supo que ambos habían compartido la pesadilla.

Se despertó en la cama de su buhardilla bañado por la luz azul de la luna, sintiendo que su casa temblaba cuando el viento intentaba tirarlo de su posición encaramada allá arriba, en las colinas de Hollywood. Un extraño fenómeno atmosférico en la región central formaba unos vientos de cincuenta a setenta nudos desde el mar que llevaban días azotando Los Ángeles.

Cole se incorporó, ahora ya despierto y queriendo desprenderse del sueño, una pesadilla horrible que le había dejado inquieto y deprimido. Las orejas del gato seguían bajas. Sacó la mano, pero el animal saltó de la cama como un charco de tinta negra y Cole dijo:

—Yo también.

Miró la hora por costumbre: las tres y doce minutos de la mañana. Buscó por la mesilla para ver si tenía la pistola (por costumbre, también) pero se detuvo al momento al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Venga, hombre, ¿para qué?

La pistola estaba allí, como siempre. A veces la necesitaba, pero la mayoría de las veces no. Viviendo solo, con la única compañía de un gato enfadado, no parecía que hubiese motivo para llevársela. Ahora, a la tres y doce minutos, en medio de una noche agitada por el viento, le recordaba lo que había perdido.

Cole se dio cuenta de que estaba temblando y salió de la cama. El sueño le había asustado. El destello en la boca del cañón, tan brillante que chispeaba en sus ojos; el olor a carbón de la pólvora sin humo; una niebla resplandeciente y roja que le moteaba la piel; unas gafas de sol rotas que saltaban por el aire... imágenes tan vívidas que le despertaron de repente.

Temblaba mientras su cuerpo iba eliminando el miedo.

La parte de atrás de la casa de Cole era un ventanal de cristal en forma de triángulo que le ofrecía la vista del cañón que había detrás de su casa y una imagen como un rombo polvoriento de la ciudad que quedaba detrás. En aquel momento el cañón se veía azul a la luz intensa de la luna. Las casas dormidas de abajo estaban rodeadas por árboles azules y grises que se agitaban y bailoteaban con aquel viento de San Vito. Cole se preguntó si alguien de allá abajo se habría despertado igual que

él, y si alguien habría sufrido una pesadilla similar: ver que asesinaban a tiros a su mejor amigo en la oscuridad.

La violencia formaba parte de él. Elvis Cole no la quería, ni la buscaba, ni disfrutaba de ella, pero quizás eso era lo que se decía a sí mismo en momentos como aquel. Su estilo de vida le había costado la mujer que amaba y el niño al que había llegado a querer también, y le había dejado solo en aquella casa sin otra compañía que un gato furibundo y una pistola que no necesitaba guardar.

Y allí estaba aquel sueño que le había dejado la carne de gallina, tan real que parecía una premonición. Miró el teléfono y se dijo: «No, es una tontería, es una estupidez; son las tres de la mañana».

Pero hizo la llamada.

Un solo timbrado y respondieron. Eran las tres de la mañana.

—Pike.

—Eh, tío. —Cole no sabía qué más decir, sintiéndose muy idiota—. ¿Estás bien?

Pike dijo:

—Bien. ¿Y tú?

—Sí. Lo siento, tío; es tarde.

—¿Pasa algo?

—No, nada, solo un mal presentimiento, nada más.

Se quedaron los dos en silencio. Cole lo encontraba algo violento, pero fue Pike quien habló primero.

—Si me necesitas, voy.

—Es el viento... Este viento está loco.

—Ajá.

—Cuídate.

Le dijo a Pike que le volvería a llamar pronto, y colgó el teléfono.

Cole no sintió alivio alguno después de la llamada. Tendría que haber sido así, pero no lo fue. El sueño tendría que haberse desvanecido, pero no. Hablar con Pike lo hacía mucho más real aún.

«Si me necesitas, voy».

¿Cuántas veces se había puesto en peligro Joe Pike para salvarle? Habían luchado en el bando de los buenos los dos juntos, y ganado, y a veces perdido. Habían disparado a gente que hizo daño, o que estaba haciendo daño, y les habían disparado a ellos también, y Joe Pike le había salvado la vida a Cole más de cien veces, como un arcángel bajado del cielo.

Sin embargo, ahí estaba el sueño, y no acababa de desvanecerse...

Chispazos en la boca de un cañón en una habitación sombría. La sombra de una mujer en la pared. Unas gafas de sol dando vueltas por el aire. Joe Pike que caía entre una horrible niebla roja.

Cole bajó al piso de abajo en la casa oscura y salió al porche. Hojas y otros restos le golpearon el rostro como arena en una playa barrida por el viento. Las luces de las

casas de abajo brillaban como estrellas caídas.

En los momentos peores, en noches como aquella, era cuando Elvis Cole pensaba en la mujer y el niño, y se decía a sí mismo que la violencia de su vida se lo había arrebatado todo, pero él sabía que no era cierto. Aunque se sentía a veces muy solo, todavía tenía más cosas que perder.

Podía perder a su mejor amigo.

O a sí mismo.

PRIMERA PARTE

El pescadero

1

Seis minutos antes de ver a los dos hombres, Joe Pike se detuvo en una gasolinera Mobil para hinchar una rueda. Notó que iban a cometer un delito en cuanto los vio. Estaba en Venice, California, a las 10.35, un día cálido y soleado, no lejos del mar. Había comprobado la presión de los neumáticos antes de dirigirse al gimnasio, y resultaba que a la rueda delantera derecha le faltaba un kilo trescientos. Si no hubiese necesitado hinchar el neumático no habría visto a los dos hombres ni se habría visto implicado, pero el caso es que la rueda estaba baja de presión. Y se paró a hincharla.

Pike añadió el kilo trescientos y luego rellenó el depósito de gasolina. Mientras la bomba iba funcionando inspeccionó su Jeep Cherokee rojo buscando abolladuras, arañazos, asfalto de la carretera, y luego comprobó el nivel de todos los fluidos.

El líquido de frenos: bien.

La dirección asistida: bien.

La transmisión: bien.

El anticongelante: bien.

El todoterreno, aunque no era un vehículo nuevo, estaba immaculado. Pike lo mantenía meticulosamente. Cuidarse a sí mismo y cuidar su equipo era algo que le habían inculcado cuando tenía diecisiete años, siendo joven marine, unos hombres a los que respetaba, y la lección le había servido muy bien en sus diversas ocupaciones.

Mientras Pike cerraba el capó, tres mujeres pasaron en bicicleta por el lado contrario de la calle, moviendo sus bonitas piernas y con sus esbeltas espaldas arqueadas sobre los manillares. Pike las vio pasar, y las mujeres se fijaron en dos hombres que venían caminando en dirección contraria (parpadeo) que a Pike le parecieron problemáticos; dos tipos de veintitantos años, con el cuello lleno de tatuajes de bandas, caminando de esa forma que Pike, durante su época de oficial de policía, llamaba «andares disimulados». Los pandilleros eran comunes en Venice, pero esos dos no iban relajados, como un par de indigentes sin nada en la cabeza; se balanceaban con fría arrogancia, de lado a lado, demostrando que estaban muy tensos. El que iba junto a la acera miraba los coches aparcados, cosa que, según sabía Pike, sugería que buscaban algo que robar.

Este había pasado tres años como patrullero de la policía de Los Ángeles, donde aprendió a conocer bastante bien a la gente. Luego cambió de ocupación y empezó a trabajar en entornos de conflictos graves y muy peligrosos en todo el mundo; allí aprendió a conocer mucho mejor las claves sutiles del lenguaje y la expresión corporal. Su vida dependía de ello.

Entonces Pike sintió una punzada de curiosidad. Si los chicos hubieran seguido andando se habría olvidado, pero se detuvieron junto a una tienda de ropa de mujer

de segunda mano justo en la acera de enfrente. Pike ya no era oficial de policía. No patrullaba por las calles buscando criminales; tenía otras cosas que hacer, pero todo en la postura y la expresión de aquellos dos disparó una alerta roja en su cerebro. La tienda de ropa femenina era un lugar ideal para robar un bolso.

Acabó de llenar su depósito, pero no entró en el vehículo. Un BMW estacionó en la gasolinera justo detrás de su Jeep. La conductora esperó un momento, pero luego tocó el claxon y le interpelló desde su coche.

—¿Va a salir?

Pike estaba concentrado en los dos hombres, guiñando los ojos debido a la luz matutina, aunque llevaba gafas de sol. La conductora volvió a tocar la bocina.

—¿Sale o qué? Necesito gasolina.

Pike seguía atento a los dos hombres.

—Capullo.

La mujer retrocedió y se fue a otro surtidor.

Pike vio que los dos hombres mantenían una breve conversación y luego pasaban junto a la tienda de ropa y se dirigían a un local donde vendían bocadillos. Un letrero pintado a mano en el escaparate decía: WILSON: COMIDA PARA LLEVAR - *PO'BOYS* Y SÁNDWICHES.

Los dos hombres fueron a entrar, pero inmediatamente retrocedieron. Salió una mujer de mediana edad con una bolsa blanca y un bolso muy grande. Cuando salió, uno de los hombres volvió rápidamente a la calle y el otro se llevó la mano a los ojos, intentando ocultarse, sin duda alguna. Los gestos eran tan reveladores que las comisuras de los labios de Pike se levantaron un poco, todo lo que se podían aproximar a una sonrisa.

Cuando la mujer se fue, los dos hombres entraron en la tienda de bocadillos.

Pike sabía que probablemente se trataba de dos tipos que querían dar una sorpresa a un amigo, o quizá comprar un sándwich, pero quería ver cómo acababa el asunto.

Cruzó la calle entre los coches que pasaban. La tienda de bocadillos era pequeña, con dos mesas diminutas delante, ante el escaparate, y un pequeño mostrador en la parte de atrás donde se pedía la comida. Un menú escrito con tiza y un póster de la Superbowl de los New Orleans Saints adornaban la pared detrás del mostrador, junto con una puerta que probablemente conducía a una despensa o almacén.

Los acontecimientos se desarrollaban muy deprisa en el interior. Cuando Pike llegó a la puerta, los dos hombres tenían a un hombre algo mayor en el suelo, y le daban puñetazos en la cabeza el uno y patadas en la espalda el otro. El hombre se había encogido formando una bola, intentando protegerse.

Los dos atacantes dudaron cuando Pike abrió la puerta, y cogieron aire como ballenas que salen a la superficie. Vio que llevaban las manos vacías, aunque podía haber alguien más detrás del mostrador o en la despensa. Entonces el tipo de los puñetazos volvió a la carga, y el que daba patadas se volvió hacia Pike con la cara congestionada y amenazadora. Pike pensó en los documentales de animales, cuando

los gorilas de espalda plateada se hinchan para parecer más feroces.

—¿Quieres tú también, cabrón? Largo de aquí —dijo el tipo.

Pero Pike no se fue. Entró y cerró la puerta.

Vio una vacilación de sorpresa en los ojos del que daba patadas, y el de los puñetazos volvió a dudar. Creían que iba a salir corriendo —eran uno contra dos—, pero Pike no huyó.

La víctima (el hombre que estaba en el suelo) seguía acurrucado formando una pelota, y murmuró:

—Estoy bien. Dios mío...

Mientras, el de las patadas se hinchó para hacerse más grande. Levantó los puños y cargó contra Pike: un matón callejero hundido en su propia violencia intentando ahuyentarlo. Pike se movió rápidamente hacia delante, y el sorprendido matón se paró en seco, desprevenido ante el ataque del desconocido. Luego Pike se agachó y aceleró, con tanta suavidad como el agua que fluye sobre las rocas. Atrapó el brazo del hombre, lo dobló hacia atrás y lo obligó a bajar al suelo con fuerza, rompiéndole el radio y dislocándole el cubito. Le golpeó una sola vez en la nuez con el canto de la mano —el agua se arremolinó ahora sobre las rocas—, mientras se levantaba para dar un puñetazo en la cara al otro. Pero este ya había visto suficiente. Retrocedió pasando junto al mostrador, rebotó en la pared de atrás y enseguida salió corriendo por la puerta trasera.

El hombre de las patadas puso los ojos como un gato que se ha tragado una bola de pelo al intentar respirar y chillar al mismo tiempo. Pike bajó una rodilla a tierra, observando la puerta de atrás mientras lo registraba en busca de algún arma. Encontró una nueve milímetros y lo dejó abatido para cerciorarse de que no había nadie detrás del mostrador ni en el cuarto de atrás. Después volvió al matón, que estaba acurrucado, y le quitó el cinturón para atarle las muñecas. El tipo chilló cuando Pike le retorció el brazo roto hacia la espalda, e intentó levantarse, pero Pike apretó su cara contra el suelo y dijo:

—Ya basta.

Había neutralizado al asaltante y asegurado la situación en menos de seis segundos.

El hombre mayor había intentado sentarse mientras Pike trabajaba. Este le preguntó:

—¿Está bien?

—Bien, sí, sí.

Pero no lo parecía. La sangre velaba su rostro y salpicaba el suelo. El hombre vio las manchas rojas, se tocó la cara y examinó sus dedos rojos.

—Mierda. Estoy sangrando...

Levantó una rodilla, pero se torció hacia un lado y acabó cayendo de culo. Pike cogió su teléfono y marcó el número de emergencias.

—Quédese quieto. Voy a llamar a una ambulancia.

El hombre miró a Pike guiñando los ojos, y este comprendió que tenía problemas para enfocar.

—¿Es usted policía? —preguntó la víctima.

—No.

—No necesito ambulancia. Cuando recupere el aliento, estaré bien.

El matón retorció la cabeza para mirar a Pike.

—¿No es policía y me ha roto el brazo? Cabrón, será mejor que me suelte...

Pike le sujetó con una rodilla, haciendo que el otro diese un respingo.

Cuando la telefonista de emergencias estuvo en línea, Pike le describió la situación y la herida de la víctima; le dijo que tenía a un sospechoso detenido y le pidió que enviase a la policía.

El hombre hizo un débil intento de levantarse otra vez.

—Es igual, joder. Deje que se vaya ese gilipollas.

Pike había visto todos los tipos de heridas violentas que podía sufrir un ser humano, así que las conocía bien. Las producidas en el cuero cabelludo provocan muchísima sangre, pero normalmente no son graves, si bien un fuerte golpe había estado a punto de partirle la frente al hombre.

—Quédese sentado. Tiene usted una conmoción.

—A la mierda. Estoy bien.

El hombre se fue incorporando, se puso en pie y luego se desmayó y cayó al suelo.

Pike quiso ir a atenderle, pero el matón estaba intentando levantarse.

—Será mejor que me sueltes, tío. Si no te arrepentirás.

Pike metió el dedo pulgar en una zona del cuello de aquel hombre, donde la raíz del nervio C3 emergía de la tercera vértebra, y la aplastó hasta el hueso. Eso hizo que su hombro y su pecho se entumecieran de repente con un agudo latigazo de dolor. Se le cerró el diafragma y su respiración se detuvo; el nervio C3 es el que controla el diafragma.

—Si te levantas lo vuelvo a hacer. Y te dolerá más.

Pike aflojó la presión, sabiendo que el hombro y el brazo de aquel hombre le arderían como si los hubiesen incendiado con napalm.

—¿De acuerdo?

El hombre lanzó un gruñido, abriendo mucho los ojos hacia Pike, como un chihuahua que contemplase a un pitbull.

—Ajá.

Pike enderezó al hombre mayor para que pudiera respirar con más facilidad, y luego comprobó su pulso. Era fuerte, pero las pupilas tenían distintos tamaños, cosa que indicaba una conmoción. Apretó un puñado de servilletas de papel sobre la herida del tipo para detener la hemorragia.

El matón dijo:

—¿Quién cojones eres tú, tío?

—No vuelvas a hablar.

Si Pike no se hubiese parado a hinchar su neumático no habría visto a los hombres que cruzaban la calle. No habría conocido a la mujer a la que estaba a punto de conocer. Nada de lo que estaba a punto de pasar hubiese pasado. Pero Pike se había detenido. Y lo peor estaba todavía por llegar.

La ambulancia vino seis minutos más tarde.

Las sanitarias eran dos mujeres recias, de cuarenta y tantos años. Se pusieron unos guantes de látex cuando vieron la sangre y comenzaron a trabajar con la víctima mientras Pike las ponía al corriente.

El agresor, de cara al suelo, con la rodilla de Pike en su espalda, dijo:

—Este tío me ha roto el brazo. Me ha atacado. Necesito algo para el dolor.

La que dirigía el equipo miró a Pike. Se llamaba Stiles.

—¿Es este el hombre que ha hecho esto?

—Él y un amigo.

—¿Tiene el brazo roto de verdad?

—Ajá.

Le dijo a Pike que dejara que el tipo se incorporase, y luego hizo una seña a su compañera.

—Ocúpate del guapito ese. Yo me quedo con este.

Stiles consiguió despertar a la víctima, cuya habla era turbia y confusa, aunque se fue centrando conforme ella le tomaba el pulso y la presión sanguínea. Se identificó como Wilson Smith, venido de Nueva Orleans después de la tormenta. Pike encontró interesante que no se refiriera al huracán Katrina por su nombre; lo llamó «la tormenta». También notó que no tenía lo que Pike habría llamado acento sureño. Parecía más bien de Nueva York.

Cuando Stiles le pasó la luz de una linterna por los ojos, Smith intentó apartarla.

—Estoy bien.

—No, señor, no está usted bien. Tiene una herida en el cuero cabelludo y está conmocionado. Creo que necesitará al menos diez o doce puntos. Nos lo vamos a llevar.

—Estoy bien.

Smith intentó apartarla otra vez, pero se puso a vomitar de repente. Después se tranquilizó y cerró los ojos. Pike miró cómo trabajaban las sanitarias mientras esperaba a los policías. Ya estaba metido en aquel lío, de modo que tenía que quedarse. No podía hacer otra cosa.

Los primeros policías aparecieron al cabo de unos minutos. La que estaba a cargo era una mujer latina de mediana edad, con los ojos muy serenos y galones, que se presentó como oficial Hydeck. Probablemente el nombre anglosajón le venía de matrimonio. Su compañero era un recluta grandote y de aspecto duro llamado Paul McIntosh, que se quedó de pie con los pulgares metidos en su cinturón de la marca Sam Browne como si quisiera que ocurriera algo más.

Hydeck habló tranquilamente con Stiles unos minutos, preguntó a víctima y

sospechoso qué tal se encontraban y luego se volvió a Pike.

—¿Es usted quien ha llamado?

—Sí, señora.

La telefonista del servicio de emergencias ya les habría proporcionado la información que les dio Pike.

—Ajá. ¿Y cuál es su nombre?

—Pike.

El matón, al que estaban acomodando un cabestrillo hinchable, dijo:

—Este tío me ha roto el brazo, ¿sabe? Tienen que arrestarle. Quiero presentar cargos.

Hydeck le pidió su identificación. Pike le tendió su carné de conducir, que McIntosh copió en un formulario junto con su número de teléfono. El sospechoso no llevaba, cosa que a Pike no le sorprendió: el noventa y cinco por ciento de las personas a las que había arrestado siendo policía no tenían carné de conducir válido. El tipo se identificó como Reuben Mendoza, y aseguró que nunca le habían arrestado.

McIntosh se acercó a él, imponente.

—¿Estás en una banda?

—No, hermano, estoy limpio.

McIntosh señaló las iniciales que llevaba en el cuello: VT. Pike, las sanitarias y los policías sabían que significaba Venice Trece, una banda latina.

—¿Por qué llevas entonces el tatu de Venice Trece?

—Son mis iniciales.

Hydeck dijo:

—¿Cómo sacas VT de Reuben Mendoza?

—Así es como se dice en europeo.

Pike les contó lo que sabía con frases cortas y claras, como se le había enseñado cuando era policía patrullero, y entregó a Hydeck la pistola que le había quitado a Mendoza.

—Tenía esto en el bolsillo.

Mendoza dijo:

—No es mía, tío; no me cargues eso. No había visto nunca esa pistola.

—¿Estaba golpeando al señor Smith con ella?

—No que yo viera. La llevaba en el bolsillo.

Mendoza insistió:

—Te voy a demandar, tío; por haberme atacado. Me ha hecho algo en el cuello, como el señor Spock. Me ha hecho mucho daño.

McIntosh le dijo que se callara, y luego se volvió otra vez hacia Pike.

—¿Y el que huyó? ¿Llevaba arma?

—Si la tenía no la vi. Cuando entré, el señor Smith estaba ya en el suelo. El otro hombre le estaba dando puñetazos en la cabeza y este le daba patadas. Cuando lo cogí, su compañero salió corriendo por atrás. No vi ningún arma.

McIntosh sonrió a Mendoza.

—Tu colega te ha dado la espalda, hermano. Se ha ido derecho por la puerta.

Hydeck le pasó el arma a McIntosh, le dijo que la guardara segura en el vehículo y llamó a una segunda ambulancia. La víctima y el sospechoso no podían ser transportados en el mismo vehículo.

Otro coche de patrulla y la segunda ambulancia llegaron unos minutos después. Los policías recién llegados sacaron a Mendoza, mientras Stiles y su compañera metían la camilla. Hydeck interrogó a Smith mientras las sanitarias trabajaban con él. Le dijo que los dos hombres pidieron un bocadillo, pero que él quería cerrar para ir al banco y les dijo que se fueran. Se negaron, y así empezó la pelea.

Hydeck parecía desconfiar.

—¿Así que no intentaron robarle ni nada por el estilo? ¿Se metió usted en una pelea solo porque ellos querían un bocata y usted quería cerrar?

—Quizá les dije algo. Se me fue de las manos.

Las sanitarias le estaban metiendo en la camilla cuando Pike la vio entrar por la puerta de atrás. Ella no vio las ambulancias y los vehículos de policía que estaban delante, y los uniformes que atestaban el pequeño espacio la detuvieron en seco, como si se hubiese golpeado contra una pared invisible. Pike vio que sus ojos saltaron de las sanitarias a la camilla y a la policía (pam, pam, pam) absorbiendo toda la escena hasta que (pam) los ojos de ella se clavaron en él, y ahí se quedaron. Lo miró como si no hubiese visto nunca nada igual. Pike supuso que tendría treinta y pocos años. Su piel era olivácea y llevaba una rayita pintada en torno a los ojos; eran bonitos, y la rayita los mejoraba. Vestía un vestido de lino sin mangas, sandalias planas y el pelo negro y corto. El vestido estaba arrugado. A Pike le gustaban los ojos bonitos.

Entonces Hydeck y McIntosh se volvieron, y los ojos de ella se apartaron de él y fueron hacia los agentes.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Hydeck.

—¿Qué ha ocurrido? Wilson, ¿estás bien? Wilson es mi tío.

Smith miró más allá de las sanitarias.

—Es Dru, mi sobrina.

Su nombre era Dru Rayne, y fue de Smith a la policía mientras le contaban lo que había ocurrido.

—¿Y te han atacado aquí, en la tienda? ¿Te han agredido?

—Me las estaba apañando bien solo, pero este hombre se metió.

Dru Rayne examinó a Pike de nuevo, y esta vez pronunció dos palabras como si los policías, las sanitarias y su tío fuesen ciegos o no estuvieran allí, creando un momento entre los dos que no incluía a nadie más.

—Muchas gracias.

Pike inclinó la cabeza una vez.

—¿Se pondrá bien?

—Le tendremos en observación. Con heridas en la cabeza como esta, se los quedan toda la noche.

—No me pienso quedar. Cuando me den los puntos me voy.

Dru Rayne se trasladó a la camilla y miró a su tío.

—Wilson, por favor, no seas así.

Hydeck le dio su tarjeta a la señora Rayne y le informó de que sus detectives probablemente querrían interrogar a su tío en el hospital. Las sanitarias acabaron de sujetarlo con las correas y Pike vio que su sobrina las seguía. No volvió la mirada hacia él al irse.

Hydeck esperó hasta que se fueron y luego se volvió hacia Pike. Todavía tenía su carné de conducir.

—¿Cree usted que lo que ocurrió aquí fue una discusión por un bocadillo?

Pike negó con la cabeza y Hydeck echó un vistazo de nuevo a su carné.

—Me suena. ¿Le conozco?

—No.

—Sus tatuajes me dicen algo...

Pike llevaba una flecha de un rojo intenso tatuada en el exterior de cada uno de sus músculos deltoides. Eran visibles porque llevaba una sudadera gris con las mangas cortadas. Unas gafas de sol de dotación estatal negras y brillantes como el caparazón de un escarabajo ocultaban sus ojos, pero las flechas marcaban sus brazos como anuncios de neón. Señalaban hacia arriba. Pike medía metro ochenta y cinco, pesaba un poco más de noventa kilos y sus brazos eran muy musculosos. Llevaba el pelo corto, al dos; la piel muy bronceada, y tenía los nudillos ásperos y llenos de cicatrices.

Hydeck acarició el borde de su carné.

—La mayoría de la gente sale corriendo si ve una paliza como esa. Pero viéndole, supongo que sabe cuidarse. ¿A qué se dedica, señor Pike?

—Negocios.

—Claro.

Pike esperaba que ella le preguntara qué tipo de negocios, pero le devolvió su carné. Si notó el bulto de una de las dos pistolas que él llevaba escondidas, lo ignoró.

—Supongo que el señor Smith ha tenido mucha suerte de que usted pasara por aquí. —Le entregó una tarjeta de visita—. El detective le llamará, pero aquí tiene mi tarjeta. Si se acuerda de algo mientras tanto, llámeme.

Pike cogió la tarjeta y Hydeck se fue con McIntosh en su coche patrulla. Dru Rayne estaba con su tío mientras las sanitarias abrían su vehículo. Le tomaba la mano mientras hablaba con él, y parecía muy concentrada. Luego se alejó un poco y las sanitarias deslizaron la camilla en la ambulancia. Hydeck y McIntosh subieron al coche patrulla, encendieron las luces y detuvieron el tráfico para que saliera la ambulancia. Las sanitarias se dirigieron hacia el hospital y los policías se volvieron en la dirección opuesta para atender otra llamada.

Dru Rayne miró la ambulancia. Lo hizo hasta que desapareció, y luego corrió de vuelta a la tienda. A Pike no le gustó esa forma de correr. Parecía que lo hacía para ponerse a cubierto.

—¿Por qué miente? —preguntó Pike.

Ella se sobresaltó y dio un respingo.

—Me ha asustado.

Él asintió, y luego pensó que a lo mejor debía disculparse.

—Lo siento.

Ella le dirigió otra sonrisa de agradecimiento y pasó detrás del mostrador.

—Soy yo. Estoy un poco nerviosa, supongo. Tengo que ir al hospital.

—¿Por qué miente su tío?

—¿Qué le parece? Tiene miedo de que vuelvan.

—¿Ya han estado aquí antes?

Ella apagó las freidoras y puso las tapas en los contenedores metálicos de condimentos, hablando mientras trabajaba. Wilson parecía neoyorquino por su acento, pero el de ella era mucho más suave, quizá porque era una mujer.

—Viven aquí, igual que nosotros, de modo que tenemos que pensar en esas cosas. La gente así siempre vuelve.

—Si cree eso, debería decírselo a la policía. Hydeck parece muy competente.

Ella inclinó la cabeza.

—Creí que usted era de la policía.

—No.

—Parece un policía, o algo así.

—Solo pasaba por aquí.

Ella volvió a sonreír y le ofreció la mano a través del mostrador.

—Dru Rayne. Puede llamarme Dru.

—Joe Pike.

—Es muy amable lo que ha hecho, ayudar de esa manera, señor Pike. Gracias.

Se estrecharon la mano, y luego Dru Rayne volvió a su trabajo, hablando por encima del hombro.

—Bueno, no querría parecer maleducada, pero tengo que cerrar todo esto para poder ir al hospital...

Pike asintió, pensando que no había motivo alguno por el que no pudiera irse, pero no lo hacía. Le miró la mano: no llevaba anillo de casada.

—¿Quiere que la lleve?

—No, es igual. Pero gracias por ofrecerse.

Pike pensaba en algo más que decir.

—Hable con la policía.

—Ya nos arreglaremos. Usted no conoce a mi tío; probablemente les esté insultando.

Le dedicó una cálida sonrisa, pero Pike sabía que ella no iba a decirle a la policía

más que su tío.

Dru fue apilando los contenedores de metal y metió toda la pila en la habitación de atrás. Cuando desapareció, Pike escribió su nombre y su número de móvil en una libretita para pedidos que encontró junto a la caja registradora. Escribió su número personal, no el de negocios, el que había dado a la policía.

—Le dejo mi número. Si me necesita, llámeme.

Ella todavía estaba atrás.

—Vale. Muchas gracias de nuevo.

Pike volvió a su Jeep, pero no se alejó de allí. Encontró el callejón de servicio que corría por detrás del local de Wilson y esperó en el extremo más alejado. Unos minutos más tarde salió Dru Rayne, cerró la puerta y corrió a meterse en un Tercel plateado. Era un modelo antiguo, con la pintura del parachoques trasero rozada, y necesitaba limpieza. Pensó que parecía preocupada.

Se quedó sentado en el Jeep un rato, luego salió y recorrió toda la manzana, primero por el callejón y luego por la acera. Se fijó en las personas que iban por las aceras y en las tiendas, y en los tejados de los edificios que lo rodeaban. Examinó a la gente que iba al volante de los coches que pasaban, pensando en lo que ella había dicho: «Siempre vuelven».

Pike estaba al otro lado de la gasolinera cuando un Monte Carlo color granate fue pasando lentamente con las ventanillas bajadas. Dos jóvenes iban en el asiento delantero y un tercero detrás, los tres con tatuajes de bandas y cara de expresidarios. Miraron a Pike al pasar, de modo que él les devolvió la mirada.

El hombre que iba en el asiento de atrás imitó una pistola con la mano, apuntó y apretó el gatillo.

Pike les vio irse, pensando cómo había corrido Dru Rayne para ponerse a cubierto.

«Siempre vuelven».

«No —pensó Pike—. No si te tienen miedo».

En otras circunstancias, la oficial Hydeck habría informado a su comandante de guardia de que la víctima y el sospechoso se dirigían hacia el hospital. Su comandante de guardia habría facilitado esa información al oficial de guardia de la oficina de detectives, que a su vez habría despachado a unos detectives al hospital, donde estos habrían hablado con Smith y Mendoza, y probablemente también con las sanitarias. Si Mendoza hubiese identificado a su cómplice, el caso habría estado resuelto. Si Mendoza se hubiese negado a cooperar, los detectives habrían llamado a Pike para una entrevista. Le habrían dicho que se acercarían a su hogar, o al lugar donde trabajase, o habrían concertado una cita en un sitio que a todos les resultase agradable, todo muy discreto y amistoso. Así habría funcionado si Pike hubiese sido una persona cualquiera, pero este sabía que para él las cosas irían de otra manera. Alguien reconocería su nombre, y lo que harían los investigadores y cómo enfocarían aquel caso sería diferente.

Tenía razón.

Ocho horas y veintisiete minutos después de que Pike viese el Monte Carlo granate, volvió a casa y se encontró con dos detectives en el aparcamiento. Vivía en un complejo residencial cerrado en Culver City no lejos del lugar del ataque. Los edificios estaban agrupados en manzanas de cuatro unidades, y diseñados de tal manera que cada dos o tres manzanas compartían aparcamiento. Para abrir la puerta y entrar al complejo se requería una tarjeta magnética, pero allí estaban, un hombre y una mujer detectives, esperándole en un predecible Crown Victoria color marrón.

Salieron del coche cuando Pike aparcó, y le esperaban con sus insignias cuando salió del Jeep. El hombre tenía unos cincuenta años, con el rostro grueso, el pelo rojo ya escaso y una americana informal de verano; la mujer era unos quince años más joven, con el pelo negro intenso, los ojos negros y un traje pantalón azul marino que le colgaba un poco, como si hubiese perdido peso recientemente. Su arma abultaba la chaqueta por la cintura, y se quedó de pie con la mano cerca por si tenía que sacarla, nerviosa. Pike se preguntó qué habría oído contar de él que la había asustado tanto.

El detective de mayor edad dio un codazo a la mujer, como si señalara una jaula del zoo.

—Joe Pike.

Luego le habló a Pike más alto, como si este fuese un animal que no se hubiese dado cuenta del codazo.

—Cuando me dijeron que eras tú pensé: «Bueno, si este tío no me pega un tiro, me arreglará la jornada».

Lo dijo de tal manera que Pike se sintió impelido a examinarle más de cerca. Le

parecía familiar, pero no le reconocía. El hombre comprendió la confusión y levantó más su insignia para que la viera.

—¿Qué, Pike, no te acuerdas de mí? Jerry Button, de Rampart. Ahora estoy en Pacific Station. Esta es la detective Futardo. Estamos en lo de la agresión a Smith, así que no nos dispares, ¿vale? No nos pegues un tiro.

Cuando mencionó Rampart se acordó de todo, pero aquel Jerry Button no se parecía en nada al joven y despierto oficial que Pike recordaba. Este pesaba trece o catorce kilos más, tenía la piel llena de manchas y los ojos hinchados. Aquel Jerry Button había pasado por la academia un par de años antes que Pike, y era oficial de patrulla ejecutivo en la división de Rampart cuando Pike era un simple recluta. Se llevaban bien, pero no eran amigos. Button le dio la espalda cuando Pike dimitió, como la mayoría de sus colegas. No les culpaba.

Examinó sus tarjetas de identificación a una distancia de más de un coche. Futardo era una D-1, lo que significaba que era nueva en la división de detectives y recién salida de la patrulla. Button era ahora D-3, un grado superior que normalmente ostentaban los supervisores. Era demasiada caballería para un simple atraco.

Pike preguntó:

—¿Qué tal está el señor Smith?

Button le ignoró mientras guardaba su insignia.

—¿Llevas armas?

—Dos. Tengo permiso.

Button dio un codazo a Futardo de nuevo.

—Ya te lo he dicho: siempre va armado.

La cara de Futardo era un bunker pequeño y oscuro.

—¿Comprobamos los permisos?

—No. No puedes ir dejando caer por ahí tantos muertos como este tío sin tener los papeles en orden. Los tienes en regla, ¿verdad, Pike? Siempre se te ha dado bien.

Miró a Button hasta que este finalmente se echó a reír, y levantó las manos.

—Era broma... Vamos dentro, cuéntame lo que ha pasado.

—Aquí fuera estamos bien.

—Vamos, hombre, entremos. Dentro estaremos mejor.

—Si hubieses tenido la cortesía de llamar, podrías entrar. Como no ha habido llamada, nos quedamos fuera. Las groserías, mejor fuera.

Button se puso serio.

—¿Vas a cooperar o no?

—Pregunta lo que quieras.

—¿Aquí, en el aparcamiento?

—Aquí.

Button y Futardo sacaron un bloc cada uno.

—Vale, pues aquí entonces. Ya sabes lo que necesitamos: dinos lo que pasó.

Pike relató la secuencia de acontecimientos igual que se los había descrito a

Hydeck, incluyendo la descripción del segundo asaltante y la llegada y acciones de la ambulancia y la policía. Futardo escribía rápido para seguirle, pero Button parecía aburrido, como si ya hubiese oído todo aquello antes y no le preocupase demasiado si era de una manera u otra.

—Según la oficial Hydeck, sacaste una pistola de nueve milímetros y le dijiste que se la quitaste a Mendoza. ¿Es correcto?

—Sí.

—Mendoza dice que tú se la pusiste.

—¿Y qué dice el señor Smith?

—Que no vio ningún arma. ¿Está mintiendo?

Pike recordó el momento en que registró a Mendoza.

—No. Estaba boca abajo cuando yo cogí el arma. Si no vio la pistola antes de que yo llegase, tampoco la vería después. Estaba en el bolsillo de Mendoza.

Button miró a Futardo.

—Bien, veamos las fotos.

La agente sacó de la chaqueta un sobre marrón, y de este extrajo varias fotos.

—Nos gustaría que echase un vistazo a algunas fotos policiales. Cada hoja...

Button la interrumpió.

—Ya sabe lo que son. Era uno de los nuestros, no lo olvides.

Cada hoja contenía seis fotos en color de hombres adultos entre los veinte y los treinta años, todos ellos aproximadamente de la misma altura y peso. Como cada hoja tenía seis fotos las llamaban «*six-packs*». Pike habría jurado, por los tatuajes que llevaban, que la mayoría de ellos eran o habían sido miembros de la banda de Mendoza.

Identificó al compañero de Mendoza en la segunda hoja, en la parte de en medio de la hilera inferior.

—Es este.

Futardo inclinó la cabeza para ver.

—Bien. Alberto Gomer.

Button silenció a su compañera con una mirada que la hizo palidecer. Había cometido un error de principiante: identificar a un sospechoso por el nombre ante un testigo, y Button más tarde le echaría una bronca por ello. Ella se humedeció los labios nerviosamente antes de continuar.

—¿Firmará una declaración jurada y testificará a tal efecto bajo juramento ante un tribunal?

—Sí.

Futardo se sacó un bolígrafo de la chaqueta, le tendió el papel y el bolígrafo. Le temblaban las manos.

—Rodee la imagen que está identificando como la del hombre al que vio atacar al señor Wilson Smith en esta fecha, y firme.

Hizo lo que le decían y firmó. Button no era mal tipo cuando Pike lo conoció,

pero se había vuelto amargado y desagradable. Pensaba que seguramente sería un gilipollas como compañero de trabajo.

—¿Lo reconoció también el señor Smith?

Button bufó.

—Ninguna de estas personas le pareció familiar al señor Smith. Es curioso, ¿verdad? El señor Smith no es lo que podríamos llamar un testigo útil.

Futardo se suavizó por primera vez mientras retiraba las fotos.

—Tiene miedo.

Button volvió a bufar y le dio pie a su compañera.

—¿Quiere preguntar algo más, detective?

Futardo acabó lo que estaba escribiendo y miró a Pike de nuevo.

—Volvamos al momento en el que vio por primera vez a Mendoza y a su amigo. ¿Qué estaba usted haciendo?

—Poniendo gasolina.

—Ajá. Y ¿qué hacía en Venice?

—Eso, poner gasolina.

—¿Así que estaba allí por casualidad?

—¿Tendría que haber estado en otro sitio?

—¿Conocía usted al señor Mendoza antes de esta mañana?

Futardo le observaba de cerca, y Pike se dio cuenta de que Button también. Como si los dos hubiesen estado intentando llegar a ese punto desde el principio y se propusieran examinar su reacción. Tendrían que haber preguntado por Wilson Smith y Reuben Mendoza, pero le estaban preguntando a Pike por Pike.

—¿Adónde queréis ir a parar con esto?

—Adonde sea. De todas las personas de Los Ángeles, eras tú precisamente el que estaba ahí arreándole a ese cerdo.

—Preguntadle al señor Smith.

—Te lo estoy preguntando a ti. Tú eres el que hace interesante este asunto.

—Esto no va conmigo.

—Esto va con lo que yo digo que vaya.

Pike asintió, y comprendió entonces por qué un D-3 estaba llevando una simple investigación de un atraco. Su voz sonó tan tranquila como una hoja flotando en un estanque cuando dijo:

—Hemos terminado.

—Habremos terminado cuando yo lo diga.

Futardo parecía asustada, y de repente interrumpió para distender la situación.

—A continuación mecanografiaremos su declaración, y le convocaremos para volver a reunirnos y que la firme. Debe usted firmarla.

Button la hizo callar.

—Ya lo sabe. Vete al coche. Yo iré dentro de un minuto.

Futardo cogió la libreta y las fotos y se fue, muy aliviada.

La voz de Pike siguió sonando muy tranquila:

—¿Qué le has contado de mí para que esté tan asustada?

—La verdad.

—No has venido aquí por la acusación contra Mendoza.

—Tenemos cien atracos cada día. Un asalto de mierda más no es nada.

—¿Qué te ha pasado? Tú antes eras mejor...

Button vio a Futardo entrar en el coche y luego examinó un momento la cara de Pike, como si intentase pensar una respuesta.

—Soy oficial de policía. Creo en la ley, y he dedicado mi vida a defenderla, pero para ti, Pike, la ley no es nada. Esos jóvenes policías hablan de ti como si fueras una especie de pistolero de leyenda, pero yo sé que eres un mierda. No me gustó lo que ocurrió cuando eras oficial, ni cómo saliste de aquello, metiendo en la mierda a mucha gente hasta que te echaron del departamento. Eres peligroso, Pike. Hay algo malo en ti, y tarde o temprano te eliminaremos.

Button se fue a su coche y le habló por encima del hombro.

—Gracias por tu cooperación. Estaremos en contacto.

En cualquier otro caso, Button y Futardo intentarían averiguar qué ocurrió realmente en la tienda de Wilson Smith y se asegurarían de que Mendoza y su cómplice no pudieran hacer daño de nuevo a la víctima y a su sobrina. Así funcionarían si Pike fuese otro cualquiera, pero sabía que con él las cosas serían de una manera muy distinta. A Button no le importaba el atraco, ni si Wilson Smith volvía a sufrir otro ataque u otro robo. Lo que quería Button era machacar a Pike, y eso significaba que Wilson y su sobrina estaban solos.

Pike se alegraba de haber dado su número a Dru Rayne.

No esperaba que le llamase tan pronto.

Veintidós minutos después de las ocho de la mañana siguiente, Pike iba en su coche a la armería cuando sonó su teléfono. No reconoció el número entrante, pero de todos modos respondió.

—Pike.

—Han vuelto. Me dijo usted que le llamase, pero no sabía si debía hacerlo o no... Era Dru Rayne.

Pike echó un vistazo al reloj para ver la hora, y luego dio la vuelta hacia la tienda de bocadillos, pensando que podía alcanzarla en menos de seis minutos.

—¿Están en la tienda ahora? —Oyó voces tras ella y pisó a fondo el acelerador—. ¿Señorita Rayne? ¿Está bien?

—Han roto el escaparate y... sí, sí, estoy bien. Supongo que fue anoche. Ay, Dios mío, lo siento mucho, no tendría que haberle llamado. Wilson es... Lo siento, tengo que dejarle.

Pike soltó el acelerador, pero siguió dirigiéndose a la tienda, y una vez más aparcó junto a la gasolinera al otro lado de la calle. Dejó su Jeep y se fue a la acera para obtener una mejor visión. El escaparate delantero de la tienda había desaparecido casi por completo, y la puerta principal estaba abierta del todo, sujeta con un cubo de basura. Un joven con un palo rompía tranquilamente lo que quedaba del cristal, quitándolo del marco. Cerca se encontraba una mujer que llevaba un vestido color turquesa señalando hacia los trozos de cristal que quedaban, como si le fuera indicando cuál romper a continuación. Unas sombras se movían en el interior, pero Pike no sabía si Dru Rayne era una de ellas.

Examinó la zona circundante, pero no vio a nadie que le pareciera sospechoso. Mendoza todavía estaría en la cárcel esperando la comparecencia ante el juez; probablemente los que estaban detrás de aquello eran los amigos de la banda de Gomer o Mendoza, que se vengaban por su arresto.

Pike fue andando por la acera para ver mejor los edificios de los alrededores. Nadie atrajo su atención, pero su alarma interna sonó repentinamente al notar el peso de unos ojos que le contemplaban. Conocía a jóvenes soldados recién llegados del desierto que llamaban a eso «sentido arácnido», como en las películas de Spiderman. Decían que si uno pasa en el desierto el tiempo suficiente desarrolla un sexto sentido, como si te picasen hormigas enfurecidas cuando estás en el punto de mira. Pike había recorrido selvas, desiertos y todo lo que un hombre puede recorrer durante la mayor parte de su vida, y ahora notaba ese escozor. Dio entonces una vuelta completa de trescientos sesenta grados, poco a poco, observando los escaparates de las tiendas, los

tejados y los coches que pasaban, pero no vio nada. La sensación fue menguando como la marea que retrocede, hasta que desapareció.

El hombre de la gasolinera salió de su oficina cuando Pike volvió a su Jeep. Parecía preocupado.

—No lo dejaré aquí, ¿verdad? Dejó usted inutilizado el surtidor de gasolina más de una hora ayer.

—No, hoy no.

El hombre pareció aliviado.

Pike se subió en el coche y se fue al callejón que había detrás de la tienda de Wilson; aparcó junto al Tercel y entró en el local.

Wilson y Dru estaban en la habitación delantera, junto con un joven y la mujer del vestido turquesa. Las mesas que normalmente estaban situadas junto al escaparate se encontraban apartadas a un lado. Dru estaba junto a ellas, hablando por teléfono mientras Wilson barría trozos de cristal hacia un cartón que el chico usaba como recogedor. Wilson había sido fiel a la palabra que dio a las sanitarias de que no iba a quedarse en el hospital. Una venda amarilla y cuadrada le cubría la mitad de la frente.

La mujer del vestido suplicaba a Wilson.

—¿Quieres hacer el favor de escuchar a Dru? No deberías hacer esto. Se te caerá el cerebro.

—Mejor. Así acabará mi sufrimiento.

Pike vio que los vándalos habían hecho algo más que romper el escaparate. Una enorme salpicadura de pintura verde llenaba el suelo, y otro borrón verde formaba un extraño arcoíris en la pared que había detrás del mostrador.

Dru fue la primera que vio a Pike. La sonrisa bailó en sus ojos, y luego levantó un dedo para indicarle que tenía que acabar la llamada. A continuación lo vio Wilson, y empujó furiosamente para colocar los cristales en el cartón.

—Mire todo esto. ¿Lo ve? Le dije que echase a ese desgraciado, sin más, pero no... Ahora esos gilipollas quieren vengarse de mí.

La mujer del vestido turquesa se dirigió al chico que sujetaba el cartón.

—Ethan, cuidado con ese cristal. Cuidado, no te cortes.

Dru acabó la llamada enseguida y se acercó, haciendo un gesto con el teléfono.

—Eran los cristaleros. Dicen que vendrán en cuanto puedan.

Wilson barrió con más fuerza.

—¿Y lo harán gratis?

Pike estaba concentrado en Dru. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta desgastada, en sus prisas por llegar a la tienda, y tenía el pelo alborotado y los pies manchados de verde. Pike pensó que sus bonitos ojos parecían preocupados aquella mañana, pero no podía dejar de mirarla... como si fuese un libro que él quisiera leer.

—¿Está bien?

Aquella sonrisa de nuevo, rápida y tranquilizadora... Dru se acercó un paso más.

—Sí, estoy bien. Gracias por venir. No quería hacerle perder el tiempo...

—Tendría que haber llamado a la policía.

Dru miró a la mujer del vestido turquesa.

—Ya han estado aquí. Betsy ha visto los cristales rotos cuando ha llegado esta mañana y ha llamado a la policía incluso antes de llamarnos a nosotros.

La mujer se presentó.

—Betsy Harmon, de la tienda de al lado. Fue increíble cómo salvó usted a Wilson.

—Nadie me salvó. Yo lo tenía todo controlado —dijo el aludido.

Betsy levantó las cejas.

—Tú alégrate de que salvara tu culo canijo y dame las gracias por haber llamado a la policía esta mañana. Necesitarás el informe para el seguro.

Wilson lanzó un bufido mientras ayudaba a Ethan a tirar a la basura los cristales rotos que llevaba en el cartón.

—No tenemos seguro, señora mía. Pagamos según vamos haciendo, pasito a pasito. El dinero no crece en los árboles. —Le guiñó un ojo a Pike—. ¿Sabe cuánto me costará lo de emergencias?

Wilson respiraba fuerte. Pike pensó que quizás había dejado el hospital contra el consejo del médico, pero allí estaba, arreglando su tienda. Le gustó eso, y supo que él seguramente habría hecho lo mismo. Se volvió hacia Dru.

—¿Falta algo?

—No, la policía ya nos ha hecho mirar. Solo han roto el escaparate y tirado la pintura. No creo ni que hayan entrado.

—Eran los mismos policías de ayer; la chavalita mexicana, ¿cómo se llama? —dijo Wilson.

Dru frunció el ceño.

—A la oficial Hydeck probablemente no le guste que la llamen mexicana. Ni chavalita.

—Se supone que lo se dirá a los detectives, aunque la verdad, no creo que sirva para nada. Yo le he dicho: «¿Sabe qué?, mejor hágame un favor y no se lo diga. Tendría que haber visto a esos idiotas que vinieron al hospital». —Wilson dejó de barrer y miró a Pike—. ¿Por qué me preguntaron tantas cosas sobre usted? Estaban más interesados en usted que en mí. Así no encontrarán nunca al idiota que hizo esto.

Dru levantó los ojos hacia Pike.

—Ha tenido que hacerlo el hombre al que arrestaron, ¿no? Ese tipo y su amigo.

Pike explicó que Mendoza todavía estaba en custodia, lo cual dejó a Wilson muy disgustado.

—No importa si fue él, si fueron sus amigos o sus malditos parientes. Espere y verá. Cuando salga, vendrá aquí y lo romperá otra vez él mismo.

Wilson levantó la escoba y continuó barriendo, pero dudó como si hubiese perdido el hilo de sus pensamientos. Luego se dio la vuelta lentamente y se tambaleó.

Dru chilló:

—¡Wilson!

Ethan fue el primero que llegó y lo cogió, tambaleándose bajo el peso muerto del hombre, mientras Pike lo agarró por los brazos. Wilson se agarró a una mesa para apoyarse y se sentó en un taburete.

—Estoy bien. Dejad que me siente...

Dru estaba pálida.

—Vamos, tranquilízate. Respira. Cálmate un poco, te voy a llevar a casa.

Él le apartó las manos, pero Pike le cogió las muñecas y se metió entre ellos. Wilson intentó apartarlo pero no pudo. Pike le habló con voz suave:

—Se va a hacer daño. ¿No lo ve?

El hombre levantó la vista y lo fulminó con la mirada, pero Pike no se apartó ni lo soltó: lo sujetó hasta que se relajó. Finalmente lo soltó, y Wilson apartó los ojos.

—Ya vienen los cristalersos. Tenemos que limpiar todo esto. En cuanto se arregle todo este follón me voy a casa, pero dejadme descansar un rato, por favor.

Pike miró a Dru y luego les dejó algo de espacio.

Salió por la puerta principal y se quedó de pie en la acera. Pensó en la policía. Hydeck era una buena oficial, pero aquel no era el crimen del siglo. Button y Futardo debieron de emitir la orden sobre Alberto Gomer el día anterior; quizá visitaron su última dirección conocida, o quizá no, pero si Gomer no abrió la puerta no debieron de perder demasiado tiempo con un caso de atraco. Quizá le hubiesen pasado el tema a patrulleros como Hydeck y McIntosh. El retrato de Gomer se habría distribuido al repartir el trabajo junto con fotos y órdenes de detención de violadores, asesinos, pedófilos y otros criminales peligrosos que se creía que podían estar en la zona. Hydeck y McIntosh probablemente habían dejado caer unas palabras entre las bandas de Venice que conocían, preguntando por actos de vandalismo y diciéndoles que era mejor que no volviera a ocurrir, pero la investigación no habría ido más lejos. Estaban demasiado ocupados persiguiendo a violadores y asesinos.

Pike examinó los edificios, coches y tejados de nuevo. Esperaba notar la sensación de que le observaban, pero no sentía nada, así que volvió adentro. Miró a Wilson primero y luego a Dru.

—Esto no volverá a ocurrir.

Wilson puso mala cara.

—¿Es usted un adivino? ¿Cómo sabe que no volverá a ocurrir?

—Porque hablaré con ellos.

Wilson se echó atrás en el taburete como si Pike no fuese más listo que los gilipollas que fueron a verle al hospital.

—¿Sabe qué? Déjelo ya, ¿vale? La cosa ya está hecha, y no sabemos quién ha sido, así que no lo empeore. —Hizo una seña hacia Betsy—. Entre tú y este, al final vais a conseguir que me asesinen.

—No seas idiota —contestó Betsy.

Dru se quedó mirando preocupada a su tío, luego se alejó y se dirigió al almacén. Pike la siguió y la encontró llorando. Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió, pero las lágrimas no desaparecieron.

—Es un hombre imposible. Ha resultado muy difícil intentar salir adelante en este sitio, y ahora encima tenemos a esa gente. —Cerró los ojos de nuevo y levantó una mano, como deteniéndose a sí misma—. Lo siento.

Pike le tocó el brazo. Le dio un sencillo toque y luego bajó la mano.

—No pasa nada.

—Llevo años diciéndome eso a mí misma.

—Esta vez es diferente.

Pike volvió a su Jeep y una vez más miró la hora. Gomer estaba desaparecido, pero Pike sabía dónde encontrar a Mendoza. Seguramente lo habrían llevado a la comisaría de policía de Pacific Community, esperando su acusación formal después de darle el alta del hospital. La oficina del fiscal del distrito tenía cuarenta y ocho horas para formular una acusación contra él a partir del momento de su arresto, pero Pike sabía que probablemente lo habrían puesto el primero de la lista a causa de su herida. Eso significaba que era posible que aquel mismo día, en algún momento, formularan la acusación. Si había algún tipo de fianza, lo soltarían.

Pike llamó a su armería. Tenía cinco empleados, dos a tiempo completo y tres que habían sido agentes de policía. Un hombre llamado Ronnie dirigía la tienda, y llevaba mucho tiempo con Pike.

—¿Te las podrás arreglar sin mí esta mañana?

—Sí. ¿Por qué?

—Ha surgido algo. Voy a estar ocupado un tiempo.

—Tómate el tiempo que necesites. Haz lo que te parezca.

—¿Puedo pedirle a Liz que me haga un favor?

—Si está disponible... ¿Qué necesitas?

La hija menor de Ronnie era fiscal antibandas de la oficina del fiscal de Compton. Pike le explicó lo de Reuben Mendoza, que esperaba en la comisaría de Pacific para su aparición ante el tribunal.

—Probablemente presenten una acusación formal hoy, pero quizá se lo queden hasta mañana. ¿Puede averiguármelo?

—¿Dónde puedo encontrarte?

—En el móvil.

—Te llamo enseguida.

Ronnie lo llamó ocho minutos más tarde.

—Es hoy, lo han llevado esta mañana. Será en el juzgado del aeropuerto, en Hawthorne. ¿Necesitas alguna ayuda?

—No, estoy bien.

Pike cerró su teléfono y se fue a cazar a Reuben Mendoza.

El juzgado del aeropuerto era uno de los cuarenta y ocho tribunales superiores que se extendían por las mil hectáreas del condado de Los Ángeles. Se encontraba en el rincón sudoeste del enlace entre la autopista Century y la de San Diego, a menos de un tiro de piedra del aeropuerto de Los Ángeles, y parecía una polilla verde gigante con las alas de cristal, luchando por elevarse en el aire.

Pike dejó la autopista 405, entró en La Ciénaga de camino al tribunal y encontró un lugar para aparcar con una visión fácil y cómoda de la entrada posterior. El público podía entrar en el edificio por las dos entradas, la principal y la trasera, pero Pike sabía por experiencia que los acusados que pagaban fianza eran liberados siempre por la puerta de atrás. Sabía también que el tribunal de comparecencia no tenía un calendario a rajatabla para ver a los acusados. En aquel mismo momento Mendoza estaría en una celda de detención con otros muchos; su orden de aparición ante el juez cambiaría según los horarios de abogados públicos y privados, reuniones entre abogados y clientes, peticiones y alegatos. Pike no tenía ningún problema por esperar, y podía hacerlo el día entero, si era necesario, pero sospechaba que el personal del tribunal se compadecería del brazo roto de Mendoza.

Pike se acomodó. Tomó aliento, lo exhaló desde lo más profundo de los pulmones y volvió a repetir esa respiración honda. Sintió que su cuerpo se relajaba y que su corazón iba más lento. Contempló la puerta y suspiró, sin pensar en nada. Podía quedarse así sentado durante días, y lo había hecho en lugares mucho menos cómodos que un vehículo limpio y seco a la sombra de una polilla gigante. Encontraba una gran paz en la espera, y la facilitaba mucho el no pensar en nada.

A las 11.07 el Monte Carlo de color granate entró en el aparcamiento. La comisura de la boca de Pike se movió un poco. El vehículo indicaba que Mendoza había pagado su fianza y llamado a sus amigos para que vinieran a buscarlo, y ahora lo estaban sacando.

Pike examinó al conductor, único ocupante del coche. Esperaba que fuese Gomer, pero no: era un joven latino con una bandana atada a la cabeza y un bigotito fino. No aparcó en el lugar designado, sino que se situó en el bordillo, junto a la puerta. Otra buena señal.

Noventa segundos más tarde Reuben Mendoza salió de la polilla con una sonrisa en la cara y un yeso que le cubría el antebrazo, desde la mano derecha hasta justo por debajo del codo. No usaba cabestrillo. Mendoza señaló a su amigo con las dos manos, hizo un exagerado movimiento de hombro para exhibir su yeso, enseñó al tribunal el dedo corazón de cada una de sus manos y se subió al coche.

Pike lo siguió hasta la 405, dejando que el Monte Carlo se situara cinco o seis

coches por delante entre el tráfico ligero de última hora de la mañana. No parecían tener prisa, de modo que Pike tampoco se apresuró. El Monte Carlo entró en la autopista de Marina, luego subió por Lincoln Boulevard y se dirigió a una zona comercial de baja categoría junto a Venice Boulevard. Varias manzanas más allá fue aparcado ante un taller llamado Our Way Body Mods. Una verja de hierro de dos metros de alto protegía el solar, con unas puertas dobles en la entrada de la calle principal y la secundaria. Estas estaban abiertas. Un edificio de servicios, con dos zonas de reparación al aire libre, se encontraba detrás de un pequeño aparcamiento donde los vehículos estropeados esperaban que los arreglasen y los coches recién reparados o *tuneados* esperaban que los recogiesen. La mayor parte de los vehículos eran coches de fantasía, vehículos de importación japoneses que llevaban unos alerones muy sofisticados y motores potenciados con óxido nitroso, clásicos americanos como Bel Air o Impalas cortados para que quedaran más bajos y pintados con unos colores tan vivos como si fueran caramelos.

Cuando el Monte Carlo aparcó, varios hombres salieron de las zonas de reparación para saludar a Mendoza. Pike contó hasta nueve cabezas, excluyendo a Mendoza y su chófer. Negocios como Our Way Body Mods a menudo eran propiedad de bandas familiares de distintas generaciones. Se llevaban como negocios legales o semilegales, pero su objetivo fundamental era que los miembros de la banda pudieran asegurar que tenían empleo cuando hacían apelaciones a jueces y funcionarios de libertad condicional. Tales negocios también servían como clubes, puntos de entrega y de evasión de impuestos y para blanquear ingresos ilegales de la banda.

Mientras los hombres se apiñaban en torno a Mendoza, Pike observó sus caras. La mayoría llevaban historiados tatuajes de la banda y la cabeza afeitada, moda que había reemplazado al pelo engominado hacia atrás como marca de estilo entre «colegas». Pike sabía que no todos aquellos hombres eran de la banda. La mayoría sí, pero un par probablemente solo eran aspirantes, y quizá dos o tres más fueran solo amigos. Tres de ellos mostraban la grasa y la suciedad propias del trabajo, pero la mayoría simplemente pasaban por allí. Vio al hombre que le había apuntado con la mano desde el asiento trasero del Monte Carlo, pero Gomer no se encontraba allí. El tipo abrazó a Mendoza y lo levantó del suelo, y, cuando otros hicieron la broma de intentar coger el yeso de Mendoza, los apartó juguetonamente. Protegía a su amigo. Cualquiera de aquellos hombres podría haber atacado la tienda de Wilson, pero Pike no tenía manera de averiguarlo, aunque pensaba que conocía a alguien que podía ayudarle mucho con aquel problema.

Pike buscó en la agenda de su móvil hasta que encontró el número y marcó. Le respondió una chica muy animada.

—Ojos de Ángel. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Está Artie?

—Sí. ¿Quién le llama?

—Dile que Joe Pike va para allá.

Pike se dirigió a una casita pequeña estucada en un barrio residencial al este de Abbot Kinney Boulevard. Conocido por la gente que vivía allí como la Ciudad Fantasma, las calles estaban llenas de casitas modestas, originalmente construidas en los años treinta para trabajadores afroamericanos. Algunas de las zonas de la Ciudad Fantasma se habían aburguesado lentamente, pero no todas, dejando un triste recuerdo de días pasados y sueños no realizados. Pero los hombres como el padre Arturo Álvarez intentaban cambiar aquello.

El padre Art no era sacerdote, aunque las mujeres y niños que estaban a su cargo le llamaban padre y lo trataban con todo el amor y respeto de un ministro de Dios. Artie Álvarez era un asesino. Mató a su primera y única víctima cuando tenía solo once años. Era un chico de trece años de Shoreline Crip llamado Lucious T. Jefferson, cuyo único pecado fue pasar pedaleando con una bicicleta azul Schwinn por delante de la casa de Artie. Este era brutalmente sincero al explicar cómo y por qué había matado a aquel chico, una historia que contaba a menudo ante alumnos de escuelas elementales, líderes ciudadanos y grupos de empresarios en toda la Zona Sur. Hablaba a los chicos porque esperaba cambiar su vida a mejor. Y también hablaba a los líderes ciudadanos y a los empresarios para recoger dinero para sufragar sus programas.

El calor era inmisericorde aquella tarde de agosto, el día que Artie cometió homicidio. Él, sus dos hermanos menores y su hermana, que aún era un bebé, se encontraban en las escaleras delante de casa, esperando que su madre volviese de su trabajo como gobernanta en Cheviot Hills. Su padre no estaba, lo que quiere decir que se encontraba pasando una temporada en la prisión de Soledad. Artie recuerda que él y sus hermanos se inventaban mentiras sobre su padre cuando estaban aburridos, y se entretenían fingiendo que era un forajido importantísimo en lugar de un vulgar borracho con un ligero retraso mental por inhalar demasiado disolvente y cola. Artie y sus hermanos habían llegado a un paréntesis de calma en sus historias cuando pasó Lucious Jefferson pedaleando. La hermanita pequeña, Tina, estaba encima de las rodillas de Artie cuando este vio a Jefferson con su bicicleta azul tan bonita. El chico ni siquiera los miró. Pasó pedaleando, despacio, y por pura rabia, por la rabia que albergaba en su corazón, Artie exclamó:

—¡Fuera de nuestra calle, asqueroso negro de Crip!

Jefferson, que hasta aquel momento no había prestado atención alguna a los cuatro niños que estaban en los escalones, hizo una seña de una banda y gritó a su vez:

—¡Frijolero de mierda! ¡Que te den por culo!

Tal y como contaba Arturo la historia, le entró una rabia tan brutal que se quedó solo en el mundo. Sus dos hermanos y su hermana desaparecieron. Todo pensamiento hacia su madre, que estaba a punto de volver a casa, desapareció, y la razón tal y como la conocen los hombres civilizados dejó de existir. No tiene recuerdo alguno de que empujase a su hermana, que estaba sobre su rodilla, ni de los chillidos que esta

dio cuando se hizo una brecha tan grande con el escalón que tuvieron que ponerle ocho puntos de sutura en la cabeza.

Artie entró corriendo en casa, cogió el rifle del calibre 22 de su padre de debajo de la cama, miró frenéticamente a ver si estaba cargado y luego salió en tromba de la casa. Cogió a Lucious Jefferson una manzana y media más allá, mientras este esperaba para cruzar una calle con mucho tráfico, y allí apoyó el cañón del rifle en su espalda y apretó el gatillo. Lo mató. Lo asesinó. Le metió una bala del 187.

Lucious Jefferson ni siquiera vio venir a Artie. Estaba mirando el tráfico, esperando un hueco en el río incesante de coches, cuando su asesino corrió tras él y le disparó entre las vértebras torácicas T5 y T6, destruyéndole la espina dorsal y enviándole un fragmento de hueso a la arteria pulmonar desde la protuberancia transversal de la T6. Artie diría más tarde que en aquel momento el mundo real y la realidad de lo que había hecho se estrellaron contra su ser como una ola inusitada, despertándole y sacándole del lugar ciego de su rabia y aplastándole con el horror de lo que había hecho. Lucious cayó hacia adelante en su bici, se derrumbó y aterrizó de espaldas en el suelo. Tenía los ojos abiertos como platos, tan abiertos que parecían globos que sobresalían de la cara. Artie vio el terror y el dolor en los ojos del chico moribundo, un dolor horrible fluyendo de ellos como un espíritu que abandonaba su cuerpo y flotaba hacia él, cambiando para siempre su vida.

Después de aquel hecho terrible, Artie Álvarez pasó tres años en una institución especial para chicos, donde se mostró reservado, se sometió a una terapia regular y recibió la visita de los ojos de Lucious Jefferson cada noche en sueños. La arrogancia de su juventud fue reemplazada por la culpa y una vergüenza indecible. Al final obtuvo el título de bachillerato y la licenciatura en psicología en Northridge, estado de California, y se convirtió en asesor de grupos juveniles, organizaciones sin ánimo de lucro y programas de prestaciones sociales de toda la ciudad, con el objetivo de acabar con la violencia mediante la educación. Creó Ojos de Ángel como programa benéfico para niños en peligro, y trabajó con bandas por toda la ciudad. Lo de «en peligro» significaba en peligro de unirse a una banda, en peligro de volver a las drogas, en peligro de convertirse en prostituta, en peligro de caer en la delincuencia. El mensaje de Ojos de Ángel era sencillo: «Actúa como si alguien te estuviera vigilando». Ese era el lema de la organización: «Alguien te vigila». Su público pensaba que era una referencia a Dios, hasta que Artie explicó que no había pasado ni una sola noche sin ver los ojos torturados de Lucious Jefferson en sus sueños. Lucious Jefferson vigilaba.

El cuartel general de Ojos de Ángel ocupaba una casita estucada en una calle residencial. Cuando apareció Pike, la casa estaba rodeada por una docena de niños mayorcitos y adolescentes de ambos sexos, junto con dos consejeros de veintitantos años. La mayoría de los jóvenes eran latinos, pero también había entre ellos afroamericanos, anglosajones y asiáticos. Armados con pinceles y rodillos, estaban pintando la casa de un bonito color beis bajo la dirección de Artie.

Cuando este vio a Pike fue a abrir la cancela. Llevaba pantalones cortos, sandalias y una camiseta con el logo de Ojos de Ángel.

—Marisol me ha dicho que ibas a venir. Me alegro de verte, amigo.

—¿Tienes un minuto?

—Espera... —Llamó a su ejército de pintores—. Señoras y señores, aquí tenéis a mi amigo el señor Joe Pike. Por favor, dadle la bienvenida.

Los chicos respondieron.

—Hola, señor Pike. Bienvenido a Ojos de Ángel.

Artie sonrió y Pike asintió.

—¿Cuántos tienes?

—Veintitrés hoy. Otros veinte en el centro del sur de Los Ángeles. Y dieciocho en Van Nuys.

Aunque Artie empleaba a consejeros que vivían en las diversas casas, a sus chicos no se les permitía residir en ellas, excepto breves estancias si corrían riesgo de sufrir abusos físicos en casa o de ser atacados por las bandas del vecindario. Aquellos lugares existían para que ellos tuviesen un lugar adonde ir, consejeros con los que hablar, tutores que les ayudasen con sus estudios y un refugio pacífico de las aguas tormentosas de sus vidas. Artie Álvarez no cobraba nada por esos servicios, y cubría sus costes recogiendo fondos y donaciones. Aunque el recinto estaba limpio y ordenado e iban a pintar la casa, Pike notó que en el tejado faltaban tejas, que había mosquiteras de las ventanas rotas y otras señales de que la organización andaba escasa de fondos. Cuando Pike lo mencionó, Artie se encogió de hombros.

—Es la economía. El estado está arruinado. La gente rica no se siente tan rica como antes, de modo que da menos. —Sonrió a los chicos como si admirase el valor que demostraban para querer cambiar—. Nos las arreglaremos. Ahora vamos, hablemos de lo que quieras.

Pike siguió a Artie hacia la casa. El salón estaba amueblado como una oficina y sala de espera con dos escritorios, dos sofás y dos sillas. Una joven latina muy guapa, probablemente Marisol, se encontraba en el escritorio delantero, hablando por teléfono mientras escribía en un ordenador. Al pasar, Artie dijo:

—Joe, Marisol. Marisol, Joe.

La chica levantó una mano como saludo sin interrumpir su conversación. Intentaba convencer a un restaurante local de que donase la comida que les sobraba a un refugio para niños maltratados. Pike notó que una perla de sudor resbalaba por un lado de su cara, y ella se la limpió. No había aire acondicionado en aquella casa.

Artie le condujo a lo que en tiempos fue el dormitorio principal, pero ahora servía como su oficina. Todas las ventanas estaban abiertas y un par de ventiladores movían el aire, pero aun así hacía calor. Las frescas brisas del océano raramente se aventuraban tan lejos del mar.

Artie se dejó caer en una silla de segunda mano frente a un antiguo pupitre de profesor.

—Siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

—La Venice Trece.

—Sí. Durante años tuvieron el Oeste. ¿De qué camarilla estamos hablando?

—Malevos Pacíficos.

—Los gánsteres del Pacífico. Están en el extremo del bulevar, justo al lado del agua.

—Quiero hablar con el jefe.

Cada camarilla tenía su propio líder, conocido como el jefe.

Artie elevó las cejas y se echó atrás.

—¿Quieres decir hablar en plan charlar o como alguien que no volverá a decir una palabra nunca más?

—En plan charla. Si quisiera lo otro no te habría metido a ti.

Pike explicó la situación de Mendoza y Gomer, y los actos vandálicos que habían tenido lugar. Comprendía bien a los pandilleros por su época de policía. Podía matarlos, pero no hacer que le escucharan. Solo su jefe tenía ese poder. Si su líder les decía que dejaran a Smith en paz, lo harían. Una petición muy razonable, hecha con un espíritu de cooperación.

—Mmm... Así que quieres hacer una petición personal —dijo Artie.

Pike asintió, y Arturo se volvió a echar hacia atrás.

—Pues no veo por qué no. Tienen un chico nuevo, Miguel Azzara, que llaman Mikie. Te sorprenderá.

Pike asintió de nuevo. Mikie.

—¿Tienes alguna relación allí?

—Hablo con toda esa gente. La V-Trece, las bandas de Culver City y Santa Monica, los Shoreline Crips. No les gusto a todos, pero saben que intento hacer las cosas bien, y tienen hermanos y hermanas pequeños. —Dio unos golpecitos en el escritorio, pensativo, mientras examinaba a Pike—. ¿Quieres que sepa con quién está tratando?

—Lo que creas que será mejor.

—No responde a las amenazas.

—Esto no es una amenaza.

Artie pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—Puedo ponerme en contacto, pedirle un favor personal. Es un tío listo; no es lo que cabría esperar.

—Bien.

Art se rio al coger el teléfono.

—Dame un momento, ¿vale? Veré lo que puedo hacer.

Pike captó la indirecta y salió, dejando a Art para que hablase en privado. Unos minutos más tarde este salió con una respuesta: Miguel Azzara accedía a reunirse con Pike a las tres en punto, aquella misma tarde.

Mikie Azzara se reunió con Pike en una cafetería en Abbot Kinney Boulevard, no lejos de los canales de Venice. El cielo de la tarde allí, cerca de la playa, estaba claro y azul, y la temperatura era de veintitantos grados. Pike se sorprendió cuando Artie le dijo dónde quería reunirse Azzara. Abbot Kinney era una zona de restaurantes de categoría, tiendas de diseño, galerías de arte y bares, y allí, sentado en la terraza de la cafetería, se encontraba rodeado por atractivas mujeres ricas que pegaban perfectamente con el entorno. La mayoría estaban bronceadas, tenían entre veinte y cuarenta años y parecían además muy en forma. Casi todas llevaban ligeros vestidos veraniegos o pantalones cortos y sandalias, y ninguna de ellas fumaba. No era un lugar que soliera frecuentar un veterano de la V13.

Pike llegó temprano y se sentó fuera, tal y como habían acordado, y se tomó un café solo. El café estaba flojo, pero no le importó.

A las tres y cinco, un Prius negro se paró junto a la acera, al otro lado de la calle. Un hombre cercano a la treintena salió de él, echó un vistazo al tráfico que venía y luego atravesó hacia la cafetería. Llevaba un abrigo ligero de Hugo Boss, informal, encima de una camisa de AC/DC, vaqueros a medida y sandalias. Era esbelto, iba bien afeitado y resultaba lo bastante guapo como para ser modelo de *Esquire*. Las mujeres sentadas alrededor de Pike lo observaron cuando se acercaba.

El hombre miró a la multitud al acercarse a la acera, según vio Pike, y llegó hasta la mesa. Sonrió y ofreció su mano, enseñando unos dientes perfectos y unos hoyuelos.

—¿Señor Pike? Michael Azzara. El padre Art me dijo que le reconocería sin problemas. ¿Puedo sentarme?

Pike asintió, observando que el otro se había presentado como Michael, y no Mikie ni Miguel. Iba arreglado y limpio, y con un aspecto tan distinto de los perros callejeros veteranos del taller de chapa y pintura como el Prius de un Bel Air del 56 rojo intenso. Miguel Azzara parecía un universitario de la USC, aunque más robusto, como si en el instituto se hubiese dedicado a la lucha.

Azzara se sentó, cruzó las manos y miró a Pike con inocente curiosidad.

—Adoro al padre Art. Hace mucho por nuestra comunidad.

Pike asintió y esperó a que Azzara continuase.

—¿En qué puedo ayudarle?

Ahora, sentado, Pike notó que la piel en un lado del cuello de Azzara estaba moteada con débiles imperfecciones. Debió de tatuarse a los catorce o quince años, pero en algún momento entre aquella época y la actual se había sometido al láser. Pequeñas cicatrices marcaban los nudillos de su mano izquierda y dividían la línea de

su ceja izquierda. Quizá no siempre tuvo un aspecto tan distinto de los hombres del taller de chapa. Levantó la taza.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. ¿Qué es lo que desea?

—¿Habla por los Malevos?

Azzara comprobó primero si las mujeres que estaban cerca les oían. Una mujer de treinta y muchos le miró y sonrió. Azzara le devolvió la sonrisa, como una estrella de cine.

—¿Qué tal?

Ella se sonrojó y se volvió otra vez hacia sus amigas, fingiendo que no babeaba. Azzara se volvió de nuevo hacia Pike.

—Por eso estoy aquí, sí. ¿Qué desea?

Era la tercera vez que se lo preguntaba.

—Reuben Mendoza y Alberto Gomer.

—Esos chicos son idiotas. Mendoza acaba de ser arrestado.

—¿Y sabe por qué?

—Sé que he tenido que pagar su fianza. ¿Se trata de eso?

—Yo soy el hombre que lo detuvo. ¿Supone eso algún problema entre nosotros?

Azzara pareció sorprendido.

—Depende de lo que quiera. Si quiere dinero por algún motivo, por ejemplo un soborno por negarse a testificar... Entonces, sí, sí que puede haber algún problema.

—Nada de eso.

—Ya me imaginaba que no. No si el padre Art responde por usted.

Pike expuso los hechos exactamente tal y como lo había hecho a Hydeck, Button y Artie Álvarez. Le contó a Azzara que Wilson Smith era un amigo y que a primera hora de la mañana alguien había asaltado su tienda.

Azzara escuchó con el ceño fruncido, pensativo, asintiendo ocasionalmente como suele hacer la gente, y no habló hasta que Pike hubo terminado.

—Ajá. Bien. Ya lo comprendo. Esa gente son amigos suyos. No quiere que los fastidien.

—Eso es.

—Hecho.

Pike esperó, pensando que habría algo más, pero no fue así. Al cabo de unos momentos, Azzara se dio cuenta de que Pike no pensaba decir nada más, de modo que se explicó para llenar el silencio.

—Ese asunto es calderilla, una tontería. Lo único que hace es atraer a la poli y cabrear a las unidades de los antibandas. ¿Para qué? ¿Para que un idiota como Mendoza pueda comerse un bocadillo gratis, o timarle a un tío veinte pavos? ¿Vale la pena tanto problema por veinte dólares, que yo tenga que estar aquí sentado con usted? Por favor...

—La Trece dejará en paz la tienda del señor Smith. No habrá más vandalismo. Ni

problemas.

Azzara se movió, irritado por tener que ocuparse de un asunto tan insignificante como aquel.

—Ya está hecho. ¡Por favor, esa tontería de la pintura! Pero ¿estamos en el colegio todavía? Mire, no sé si fue Gomer o quién fue; es la primera vez que oigo hablar de todo esto, pero lo averiguaré y se acabará. No quiero que esos *vatos* vayan por ahí haciendo cosas así. Esta es la lección del asunto: usted y yo sentados ahora, perdiendo el tiempo. Es absurdo.

—Gracias —dijo Pike.

Azzara miró la hora, suspiró y examinó a Pike un momento. Pike se preguntó por qué aún no se había ido. Ya habían terminado: Miguel Azzara ya podía dejarle. Pero el joven se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—El padre me ha explicado que usted era un hombre peligroso. Pero yo le he dicho: «Art, ¿estás loco? ¿Ese tío quiere enfrentarse a mí?».

Pike meneó la cabeza.

—No quiero enfrentarme a usted.

Azzara levantó la mano.

—Ya me lo ha dicho Art. Ha especificado que usted no representa ninguna amenaza, y que así se lo manifestó para asegurarse de que yo lo supiera. Eso me parece muy bien. Estos temas del respeto son importantes. —Pike sabía que iba a decir algo más, así que esperó—. Me ha dicho que hay cosas de usted que debería saber, y me las ha contado. No sé si se lo está inventando todo, pero me ha explicado unas cosas muy extrañas. Como no sabía si me quería asustar o qué, le he dicho que parase. —Levantó ambas manos gesticulando mucho, reviviendo la conversación con Art—. Yo le he dicho: «¿Qué me estás contando, Art, que ese hombre quiere ir a la guerra contra mí? ¿Que si no le doy lo que quiere vendrá a por mí, a por los míos, toda la Trece?» —Pike esperó—. Art ha contestado que no, que no era nada por el estilo; sencillamente se sentía obligado a explicármelo, ya que nos estaba reuniendo a los dos; pero me ha asegurado que todo esto no partía de usted. Él quería que yo supiera con quién estaba tratando. ¿Puede imaginarse?

Azzara hizo una pausa esperando la respuesta, pero Pike no respondió.

—Usted no habla mucho.

—¿Qué quiere que diga?

—No tiene que decir nada. Pero si hay algo que yo debo saber, entonces hay cosas que usted tiene que saber también. —Azzara se inclinó hacia delante y miró a Pike—. Parece usted peligroso. Parece todo lo que me dijo Art, pero parecer es distinto a ser. Yo también sé lo que parezco.

—¿Hay algún problema?

—Quiero que las cosas queden bien claras entre nosotros. Entiendo que usted no me está amenazando. Viene a mí como un hombre, pidiéndome que ayude a sus amigos.

—Sí.

—No hago esto porque crea que hay ninguna amenaza implicada.

—Lo comprendo.

—¿Conoce usted La Eme?

—Claro.

—Entonces entenderá por qué no tengo miedo.

La Eme era la mafia mexicana, tan abundante en número de miembros que controlaba todo el comercio de droga en el sudoeste de Estados Unidos y prácticamente poseían todas las prisiones de California y Arizona. Era un ejército criminal dentro de las fronteras de Estados Unidos.

—Comprendo.

Azzara mostró los hoyuelos y se puso de pie.

—De hombre a hombre me lo pide. Y de hombre a hombre yo le respondo. Está hecho. Diga a sus amigos que se tranquilicen. Hablaré con mis colegas y esas cosas no volverán a ocurrir.

Pike miró al otro lado de la calle.

—¿Le gusta el Prius?

—Me encanta. Es importante ser responsable con el medio ambiente. ¿Qué conduce usted?

—Un Jeep.

—Pásese al verde, señor Pike. El planeta necesita amor.

Azzara enseñó los hoyuelos otra vez, le ofreció la mano y se dirigió hacia su coche.

Una llamada. Sencillo. Hecho.

Tendría que haber acabado todo ahí, pero no fue así.

Cuando Pike volvió a la tienda de bocadillos, el aire estaba caliente por la brisa sedosa que soplaba hacia el interior. Los cristaleros habían acabado ya su trabajo, y ya estaba instalado el nuevo escaparate. En la puerta se veía un letrero que decía CERRADO, pero Pike vio que alguien se movía en el interior.

Fue por la puerta trasera. En la puerta había un enorme ventilador enchufado. Dru estaba de rodillas junto al mostrador, frotando el suelo con algo que parecía una toalla grande. Las dos mesas pequeñas se encontraban pegadas a la pared de atrás, y las sillas vueltas del revés y colocadas encima, con las patas sobresaliendo como si fuesen cornamentas. En todo el local olía fuertemente a trementina. Probablemente llevaba toda la mañana limpiando el suelo, y ahora intentaba quitar la trementina.

Pike la contempló. Estaba de espaldas a él, con el culo en pompa, apretando la toalla con ambas manos. Iba descalza, aunque el suelo había quedado cubierto aquella misma mañana de añicos de cristal. Vio cómo se movía su espalda mientras restregaba el suelo con la toalla, subiendo y bajando hasta apoyar los talones. Estaba muy bronceada: hasta las plantas de los pies las tenía bronceadas.

Pike pasó alrededor del ventilador y dio unos golpecitos en la pared, «toc toc».

Dru miró despreocupadamente por encima de su hombro y siguió frotando. Sonrió como si ya le esperase y le gustara que él hubiera vuelto.

—Eh. ¿Qué tal queda esto?

—Mucho mejor

—La pared está bien, pero el suelo se ha estropeado. ¿Ve cómo se ha metido la pintura en las juntas? Esos desgraciados lo han estropeado.

Pike vio que tenía razón. La pintura se había introducido en las ranuras entre las baldosas de linóleo amarmolado y se quedaría allí hasta que cambiaran el suelo.

—No volverán —dijo.

Dru hizo una pausa y luego se puso en pie, quitándose un mechón de pelo de la cara. Levantó las cejas y Pike vio humor en sus ojos, como si ella ya supiera cómo iba a acabar aquella historia y quisiera burlarse de él.

—¿Y cómo lo sabe?

—Esa gente está en una banda que tiene un líder, como cualquier organización. He hablado con la persona ante la cual responden.

Lo examinó un momento y luego puso una voz más profunda, intentando imitar a Marlon Brando.

—¿Le ha hecho una oferta que no ha podido rechazar?

Pike no sabía muy bien qué decir, de modo que pasó junto a ella para mirar el

escaparate nuevo. La calle parecía normal.

—¿Ha conseguido que su tío se fuera a casa?

—No sabe estar en la cama. Se marea cuando se pone de pie, pero no me quiere escuchar. Es así.

Pike miró las mesas, que esperaban volver a su sitio.

—¿Le ayudo con las mesas?

—No, es igual. Ya me encargo.

Asintió. Había hecho todo lo que había podido, le había dicho que no tendría más problemas y ahora no se podía hacer otra cosa que esperar que Azzara cumpliera su palabra. Ya habían acabado pero, como el día anterior, él no quería irse.

—Ha hecho un buen trabajo.

—No ganaremos ningún premio de belleza.

Pike pasó junto a ella hacia el mostrador y vio que su número de teléfono estaba pinchado en el tablero de los pedidos.

—Vale. Si necesita cualquier cosa, llámeme.

—Ring, ring. —Él se volvió y la vio sonriendo—. Era yo, que le llamaba. —Dejó caer la toalla en el cubo y se miró a sí misma—. Estoy mojada, hambrienta y huelo a trementina. Quiero una cerveza. ¿Qué tal si nos tomamos una? Hay un sitio pequeñito aquí cerca que está muy bien, el Sidewalk Café. ¿Qué le parece? Yo invito.

—Bien.

El Sidewalk era todo lo que no era el diminuto local de comida para llevar de Wilson, con una barra grande, asientos dentro y fuera y una situación espectacular en Ocean Front Walk. La zona exterior ya estaba llena de clientes habituales que habían venido a disfrutar del anochecer, pero la camarera reconoció a Dru y los acompañó sonriendo a una mesa. Corredores, patinadores, turistas y gente de la playa iban pasando por la acera entre el café y una hilera de vendedores y artistas callejeros. Detrás había un parque con el césped muy bien recortado, unas palmeras ondulantes y una enorme extensión de arena. Justo delante de su mesa un par de artistas callejeros pintados de color plata fingían ser hombres mecánicos, bloqueándose y moviéndose espasmódicamente al unísono. Un maletín abierto a sus pies tenía un letrero de cartón: SE ACEPTAN APORTACIONES.

Dru ya sabía lo que quería y desdeñó el menú.

—Yo tomaré una hamburguesa y un Blue Moon. Tienen unas hamburguesas estupendas aquí, muy gruesas y jugosas. ¿Quieres una?

—No como carne.

La camarera esbozó una sonrisa chispeante.

—Yo tampoco. Los nachos vegetarianos son la bomba, y me encanta la ensalada Corita.

—Una cerveza me irá bien. Corona.

Mientras se iba la camarera, Dru se echó atrás en su silla y sonrió.

—Tío. Tienes pinta de carnívoro total.

Pike observó a los vendedores de fuera y a la gente que pasaba. Miró hacia la playa y la gente que estaba detrás de las palmeras. Era la costumbre. También miró a Dru Rayne. La cara redonda, uno de los dientes delanteros superpuesto con el otro, una cicatriz en el puente de la nariz que hacía juego con las arruguitas que empezaban a cortar las comisuras de sus labios. Ya no era ninguna niña, estaba al principio de la treintena. Apenas a tres metros de distancia pasaban chicas patinando en bikini, modelos de ropa de baño con cuerpos bien trabajados y bomboncitos playeros recién salidos del sol, pero Dru Rayne le atraía como un imán.

Ella le tocó el brazo.

—Gracias. Por ayudar a Wilson y por todo lo demás. De verdad, gracias. —Pike asintió. Como no ofrecía conversación, ella relleno el hueco—. Tengo curiosidad... ¿qué haces? Quiero decir que a qué te dedicas.

—Negocios.

Dru se echó a reír; levantó una mano, como si se disculpase, y se tapó la boca con la mano libre.

—Lo siento. Reírse ahora está mal. No debería reírme.

A Pike le gustaba su risa. Era fuerte y confiada, como si estuviera totalmente a sus anchas. Le gustaba la familiaridad que ella mostraba: él había pasado la mayor parte de su vida buscando y manteniendo el control.

Los ojos de Dru mostraron timidez, como si se le hubiese ocurrido algo y estuviese a punto de decirlo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Pike asintió sin dejar de mirarla.

—¿Recuerdas que Wilson dijo que los detectives que vinieron al hospital preguntaron por ti?

Pike miró a lo lejos, al agua, porque sabía adónde iba a conducir aquello. Ella le tocó el brazo de nuevo y la volvió a mirar.

—Nos dijeron que antes eras oficial de policía, pero que lo dejaste porque eras peligroso. Ese detective al que vimos, el barrigudo...

—Button.

—Dijo que no se podía contar el número de personas a las que habías matado. Que te gustaba tanto matar gente que lo dejaste para dedicarte a ser mercenario, y que no debíamos ni acercarnos a ti.

Al oír lo que ella decía Pike recordó su conversación con Miguel Azzara, con la diferencia de que esta charla hacía que se sintiera expuesto de una forma que no le gustaba. Pike había matado hombres, sí. Se había puesto en situaciones en las que la muerte era inevitable, pero sabía que la mayoría de la gente no entendería ni sus motivos ni sus razones. Raramente hablaba de esas cosas.

—¿Es verdad? —preguntó Dru.

—Antes era policía, y fui militar profesional contratado después de dejarlo. Lo de los muertos es lo que quiere creer la gente como Button.

Ella asintió, y él se preguntó qué estaría pensando.

—¿Eres peligroso?

—Eso cree Mendoza.

Dru sonrió de nuevo.

—¿Es una broma? Has hecho una broma...

Pike analizó una vez más el entorno. No se proponía hacer ninguna broma, pero si ella quería reírse le parecía bien.

—¿Te molestó que Button dijese eso?

—No. Me gusta estar contigo. Me siento a salvo. ¿Es raro acaso?

Cambió de tema cuando llegó la hamburguesa.

—¿Y tú? ¿Volverás a Nueva Orleans?

Dru miró el océano un momento. Parecía pensativa. Se comió un trozo de la hamburguesa y bebió un poco de cerveza.

—Prefiero esto. He viajado mucho después del huracán, pero en ninguna parte estoy como aquí. Estuve en Jackson, luego en Little Rock con mi hermana y su marido. Mi madre se fue a Atlanta. Todo el mundo anda por ahí... Wilson estuvo un tiempo en Houston, luego en Dallas; después volvió a Nueva Orleans, pero no sé; era demasiado duro...

Calló y se encogió de hombros.

—¿Volviste?

—Un tiempo, pero no quedaba nadie por quien volver. No tenía novio, y mi familia estaba desperdigada. No tengo ninguna propiedad, así que me fui de nuevo y pasé un tiempo con mi madre y luego con mi hermana. Más tarde Wilson vino aquí y le gustó, así que pensé que podía probar yo también. Me gusta esto. Quiero quedarme.

A Pike le gustaba ver cómo se reflejaban los pensamientos en su rostro cuando hablaba.

Los hombres robot quedaron empatados. El más menudo recogió sus ganancias, cerró el maletín y se puso al lado del más grande, ambos adoptando la misma pose exagerada. Se alejaron al unísono con sus articulaciones tiesas. Nadie les vio marchar, excepto quizá Dru. Pike no podía asegurar si ella miraba a los robots o algo que estaba tras ellos... tal vez el sol que iba bajando.

—Es bonito esto —dijo ella. —Se desperezó y estiró las manos hacia el cielo, sonriendo de nuevo—. Me encanta el aire. Todo el mundo se burla de la contaminación, pero casi todo el tiempo está claro. ¿No te gusta? ¿No te gusta este aire fabuloso del mar?

—Sí.

Y entonces Pike vio a un hombre justo ante la tienda de surf, unas puertas más allá del restaurante. En la entrada había una estatua de tamaño natural de un surfista con cabeza de tiburón, y el hombre estaba detrás de ella. Se movió cuando Pike se dio la vuelta. Fue un movimiento pequeño, como una boya balanceándose en una ola,

justo lo suficiente para desaparecer detrás de la tabla de surf del tiburón.

El tipo era delgado, oscuro, y probablemente latino, aunque Pike no pudo verlo lo suficientemente bien dado el mal ángulo. Tras aquella rápida ojeada, calculó que el hombre tenía poco más de cuarenta años, la cabeza afeitada y los brazos peludos.

Dru sonreía perezosamente.

—Es bonito estar aquí, así.

—Sí —contestó él.

Ella no veía los ojos de Pike detrás de las gafas oscuras, y no sabía que estaba vigilando al hombre. Este saltó de detrás de la estatua y se unió a un grupo de turistas que pasaban. Llevaba una camisa desabrochada color naranja pálido, de manga corta, encima de una camiseta blanca, vaqueros oscuros y gafas de sol. La camisa y la cabeza calva le sonaban, y Pike se dio cuenta de que el hombre les había adelantado antes. No le había visto volver, cosa que despertó sus sospechas porque tenía una gran conciencia de la situación, lo que suponía que notaba todo lo que se encontraba en su entorno. En el mundo de Pike, las cosas que no notas pueden hacerte daño, y así suele ser.

Mientras el hombre se iba acercando, Pike vio que llevaba un tatuaje en un lado del cuello que podía significar que estaba afiliado a alguna banda, pero no lo veía con la claridad suficiente para asegurarlo. Se preguntó si lo que pasaba era que Azzara le había mentido y los amigos de Mendoza seguían empeñados en su juego, o si bien Azzara no había tenido tiempo de retirar a los sabuesos.

El hombre dejó el grupo de gente y ocupó una posición detrás de un vendedor callejero que ofrecía sombreros y camisetas. Ahora estaba usando un teléfono móvil, y Pike se preguntó si estaría hablando o solo fingiendo.

—Mejor nos vamos —le dijo a Dru.

La cara de ella mostró una decepción exagerada.

—Uf. Qué cita más corta.

—¿Ha sido una cita?

—Podría ser.

Dru intentó pagar, pero Pike dejó el dinero en efectivo y le dijo que no hacía falta esperar el cambio. Cuando volvió a mirar de nuevo, el hombre de la camisa naranja había desaparecido. Intentó localizar al hombre, y ella se dio cuenta y se volvió a mirar.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó.

Pike se colocó delante de ella, esperando que el hombre no hubiera visto el gesto.

—No mires.

Dru dio un paso hacia un lado, intentando ver...

—¿Es uno de esos tíos?

Pike volvió a colocarse delante.

—No te preocupes.

Estaba asustada, y ahora Pike se sentía irritado consigo mismo. Le cogió la mano.

Era suave, pero firme.

—No pasa nada. Vamos. Te acompaño a casa.

Pike le apretó la mano una sola vez y luego la soltó, pero notó la tensión de ella mientras caminaban de vuelta a la tienda. Le tocó la espalda para detenerla dos veces, fingiendo mirar los escaparates para poder comprobar si les seguía alguien, pero el hombre de la camisa naranja había desaparecido, y no había nadie más.

Cuando llegaron a la esquina Pike hizo otra pausa. Comprobó los coches, las aceras, los tejados, las tiendas cercanas y la gasolinera que quedaba al otro lado de la calle. La tienda de bocadillos de Wilson estaba tranquila y sin perturbaciones, pero Dru caminaba como si se pudiera romper. Su confianza y soltura habían desaparecido, y Pike notó una sensación de fracaso. Había perdido el control del momento, y eso no le gustaba nada.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No. Demasiadas precauciones.

Dru negó con la cabeza.

—No pareces de los que toman demasiadas precauciones.

La siguió hasta el coche, el Tercel plateado aparcado justo delante de la tienda de bocadillos.

—¿Quieres que entre contigo?

—He hecho todo lo que podía en este sitio, créeme. Tengo que ir a ver a Wilson —explicó la mujer.

Pike asintió y se encararon el uno al otro, aunque ninguno de los dos hizo movimiento alguno para irse.

—Escucha. Gracias. De verdad. Ya sé que lo digo mucho, pero gracias.

—¿Puedo volver a verte?

La sonrisa de ella volvió.

—Una cita —añadió él.

Dru sonrió más ampliamente aún, pero la sonrisa se desvaneció entre lo que a Pike le pareció una oleada de incertidumbre.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella sacó una billetera fina de su bolsillo, buscó entre las tarjetas y le enseñó la foto de una niña pequeña que llevaba un vestido cursi y estaba sentada en un sofá verde.

—Es Amy. Mi hermana la está cuidando hasta que sepamos si puedo establecerme aquí o no.

—Es guapa.

—Es el amor de mi vida. Tiene tres años.

Dru observó la foto un momento y se volvió a guardar la billetera en el bolsillo. Miró a Pike y apartó la vista, encogiéndose de hombros.

—No sé... Supongo que quería que lo supieras.

Él asintió, notando el temor de Dru de que él no quisiera implicarse con una

mujer que tenía una hija. Le volvió a preguntar:

—¿Quieres salir conmigo o no?

La sonrisa volvió. Sacó el móvil y le pidió su número. Pike se lo dio y vio que ella le mandaba un SMS.

—Es mi número. Llámame. Me gustaría mucho salir contigo en una cita de verdad.

Guardó el teléfono y luego se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Pike le pasó la mano por la espalda cuando el cuerpo de ella se acercó al suyo. Estaba conmovido: le había entregado un pedacito secreto de sí misma contándole lo de la niña, y ahora, cuando retrocedió, se sintió obligado a hacer lo mismo.

—Lo que dijo Button... Ese no sabe nada de mí.

Se quedó callado, pensando cómo explicar mejor la vida que había llevado y las decisiones que había tomado, como rescatar a la familia de un hombre de negocios de un narcoterrorista nicaragüense o detener a unos bandidos que saqueaban granjas y pueblos en África Central. Había elegido aquellos trabajos como contratado militar con mucho cuidado, y hablar de ellos ahora parecería pretencioso e interesado. Así que finalmente desistió.

—Intentaba ayudar a la gente. Se me da bien.

No se le ocurría otra cosa que decir. Al final lo dejó, sintiéndose algo violento por haber sacado el tema.

Entonces Dru le puso la mano en el pecho, y a él le pareció que le tocaba el corazón.

—Estoy segura de que es así. —Se subió a su coche. Levantó la vista y lo miró—. ¿Nunca te quitas esas gafas de sol?

Pike se quitó las gafas. La luz hizo que guiñase los ojos, pero hizo un esfuerzo para que ella los viese.

Ella lo miró un momento.

—Bien. Muy bien. —Puso en marcha el coche y le dirigió una sonrisa de despedida—. Si vas a ser peligroso, igual podrías ser peligroso también para mí.

La vio alejarse y examinó todo el callejón. Nada.

Se puso las gafas, fue andando alrededor del final del edificio y volvió a su Jeep. Al llegar a la portezuela vio lo que parecía un folleto metido bajo el limpiaparabrisas, pero cuando estuvo más cerca vio que no era un folleto sino un papel doblado. Examinó todo el entorno de nuevo, y su radar interior le avisó del peso de unos ojos.

Cogió el papel y lo desdobló.

MALIBU VERDE

CUATRO PLAZAS POR DELANTE

Vio el Malibu verde aparcado cuatro plazas más allá justo cuando el hombre de la camisa naranja salía de la tienda de ropa de segunda mano. Este señaló con un pulgar

el Malibu: Jerry Button salió por la puerta del pasajero, y un segundo hombre salió de la puerta del conductor. Era todo ángulos rectos y bordes, como un espejo que se hubiese roto y hubiesen vuelto a pegar con cinta adhesiva. Parecía impaciente, y examinó a Pike con ojos pensativos mientras se acercaba.

Button dijo:

—Este es Joe Pike. Pike, este es Jack Straw. Del FBI.

El aludido dijo:

—Me estás jodiendo, hermano. Esto tiene que acabar.

El hombre de la camisa naranja se alejó cuando Button y Straw salieron del coche. No volvió a mirarlos ni a ellos ni a Pike.

—Demos una vuelta. Mejor si no nos ven —dijo Button.

El Malibu era de alquiler, completamente nuevo, pero olía a tabaco. Pike se sentó detrás, Straw al volante y Button en el asiento de al lado. Este se retorció para ver a Pike mientras iban cogiendo la curva. Daba la impresión de que esperaba no volver a ver nunca más a Pike, pero allí estaba, y eso le irritaba.

—Este asunto entre tú y yo tenemos que olvidarlo ahora, ¿vale? El agente especial Straw es de la oficina de Houston Field. Resulta que tiene una investigación en marcha, y nosotros nos hemos metido por medio gracias a ti.

Pike miró hacia el retrovisor y encontró la mirada de Straw contemplándole.

—El hombre de la camisa naranja.

—Le voy a contar algunas cosas que preferiría no tener que contarle, pero no puedo divulgar dónde tengo a mi gente colocada. ¿Entiende por qué?

—Ya lo veremos.

—De acuerdo. Espere un momento, que me acerco a la acera y paro. Será más fácil hablar.

Straw recorrió tres cortas manzanas hacia el interior y aparcó detrás de una hilera de tiendas de ropa playera de categoría. En el momento en que se detuvieron bajó la ventanilla y encendió un Marlboro. Pike y Button bajaron también las ventanillas.

Straw se volvió hacia Pike y le enseñó sus credenciales: «Agente especial R. Jack Straw, Federal Bureau of Investigation».

—¿De acuerdo?

Pike asintió, preguntándose de qué iba todo aquello. Straw guardó su insignia y lo miró a través del humo.

—¿Qué piensa usted de Mikie Azzara?

Pike se sorprendió, aunque no demostró expresión alguna. Straw analizó su silencio y sonrió.

—No es el típico mafioso mexicano asqueroso y con los brazos tatuados de arriba abajo, ¿verdad? Es de la nueva generación, estamos encima de él... —Straw miró el reloj—. Y por eso sabemos que se ha reunido con él hace dos horas en el Starbucks de Abbot Kinney, después de lo cual ha ido a visitar a la señorita Rayne, y han ido al Sidewalk Café. Hacen una pizza muy buena. Mi plato favorito de todos los que he tomado allí.

Straw sacó la cabeza para echar un poco más de humo hacia fuera por la ventanilla, y luego miró a Button.

—Mi nuevo amigo, el detective Button, aquí presente, cree que esta conversación es un error.

El aludido miró por la ventanilla hacia fuera.

—Eso es. Lo va a lamentar.

—No lo creo, pero de todos modos necesito su ayuda, señor Pike, de modo que aquí estamos. ¿Le ha contado la señorita Rayne lo que está pasando?

—¿Qué tendría que haberme contado?

—Los dos «carnales» a los que sacudió, Mendoza y Gomer, no era la primera vez que habían ido a ver a su tío, y no le dieron una paliza solo por un bocadillo... Le estaban dando un aviso.

Button asintió.

—Es lo que comentamos tú y yo, Pike. Smith mintió. Esos tíos le estaban extorsionando.

Straw dio unas caladas más al cigarrillo. Parecía que estaba en forma, pero Pike pensó que probablemente no era capaz de correr más de cinco o seis metros.

—Mikie está metido en un asunto de protección: o pagas o su hombre te da una patada en el culo, te rompe el escaparate, te roba el camión o lo que sea. Es una cosa callejera, de pequeña escala, uno solo de los nuevos asuntillos que lleva ahora. Un nuevo enfoque. Estos tipos van improvisando a medida que hacen las cosas.

Button se removió en su asiento, mirando a Pike pero hablando con Straw.

—La chica quizá no lo sepa. Smith probablemente no quiere que ella se preocupe. Estaría jodido si ella le abandonase.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó Pike.

Straw dio otra calada.

—Acaba de asustar a Mikie, y eso es malo. Estamos controlando su negocio.

Pike inclinó la cabeza.

—¿El FBI metido en un chanchullo de protección de barrio?

Straw sonrió de nuevo.

—Me importa una mierda todo esto, pero los nuevos jefes, como Azzara, no se limitan a traficar con caballo como sus papás. La Eme está entrando en la edad moderna, señor Pike. Prueban nuevos modelos de negocio, y esto de la extorsión no es más que una muestra. También están desarrollando vínculos internacionales con diversos cárteles, y eso me interesa mucho. De ahí mi operación y esta conversación.

Pike miró a Button.

—¿No lo sabías?

—No hasta esta mañana.

Straw se acabó el cigarrillo y lo tiró por encima de su hombro.

—Con mis disculpas al detective Button, no teníamos fuerzas en el terreno hace dos semanas. Cuando supimos cuál era el nuevo negocio de Mikie, decidimos que ese era nuestro camino hacia la nueva cadena alimenticia de La Eme. Y todo va pasando muy deprisa.

Pike dijo:

—A través de una extorsión de barrio.

Straw se encogió de hombros.

—Está al nivel de la calle, podemos llegar y es fácil. Fácil significa rápido. Están apareciendo chicos nuevos como Azzara en los territorios de La Eme desde Brownsville a Phoenix y San Diego, y ni siquiera sabemos quiénes son. Si entramos en el territorio de Mikie podremos averiguarlo, que era lo que estábamos haciendo hasta que usted se metió en medio. —Se movió de nuevo, como disculpándose—. Hermano, escuche; usted ha actuado bien. Si yo hubiera visto a esos payasos pateando a un pobre hombre habría intervenido también. Eso me parece muy bien. Pero ahora ya ha terminado todo, y necesito que las cosas vuelvan adonde estaban.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Pike.

Button se movió, furioso.

—Quiere que te metas en tus putos asuntos. ¿Es que no lo entiendes?

Straw levantó una mano, indicándole a Button que se tranquilizase.

—Le pido que se lo tome con calma. Apártese de Smith y deje que vuelva a sus cosas. No se convierta en su guardián personal. Deje que Azzara también vuelva a lo suyo.

Pike vio lo que quería Straw, y no le gustó ni pizca.

—Si Azzara vuelve a lo suyo eso significa que volverá a presionar a Smith y que Mendoza y Gomer serán libres de atacarle otra vez.

—Necesito a los hombres de poca monta para poder ir a por los grandes. Por ello, tengo que dejar que los pequeños salgan por ahí y cometan delitos para poder apretarlos. Si lo hago bien, puedo usarlos como informantes.

Button asintió, todavía frunciendo el ceño hacia Pike.

—Smith no es el único tío al que están intentando exprimir estos cerdos, Pike. No está solo. Straw y su gente vigilan cinco o seis tiendas...

Pike se inclinó hacia Straw.

—Usted estaba vigilando este lugar y dejó que le causaran una conmoción cerebral. También permitió que tiraran un ladrillo al escaparate.

Straw dirigió a Button una mirada tan dura que podía haberle golpeado y sacado del coche.

—Nosotros no «dejamos» que ocurriera nada. Simplemente sucedió, pero ahora lo cubriremos todo mejor.

—No dejaré a esa gente colgada.

—No será así. Yo los cubriré.

—Dice que los tenía cubiertos cuando la conmoción cerebral.

—Pues lo haremos mejor.

Straw abrió su portezuela de pronto.

—Pike, salga un momento. Discúlpenos, detective.

Pike salió, dejando solo a Button. Straw dio la vuelta al coche y se reunió con

Pike en la acera. Tenía los labios muy tensos, pero encendió otro cigarrillo y al hacerlo pareció relajarse. Abanicó el humo.

—La hemos cagado, ¿de acuerdo? Todavía no sabemos cómo hacen las cosas esos tipos, pero estamos aprendiendo. Apártese, eso es lo único que le pido.

Pike examinó al hombre. Straw tenía los ojos serios, pero también parecía nervioso. Como si hubiera apostado muy fuerte por algo y pudiera perderlo todo.

—Si se lo digo a Wilson y Dru, está perdido —le dijo.

—No lo hará.

—No tiene ni idea de lo que voy a hacer.

—Quizá. Pero he averiguado unas cuantas cosas. Trabajó usted para empresas de seguridad privada de primera fila. Incluso hizo algún trabajito para el Gobierno, de vez en cuando, aunque se supone que nadie lo sabe. Las personas que no saben cerrar el pico no tienen esas credenciales.

Straw miró a Pike frunciendo el ceño. Su sonrisa había desaparecido.

—Es sorprendente lo que puede averiguar un tipo como yo, ¿verdad? —Pike no respondió, de modo que Straw se volvió a encoger de hombros—. Escuche, ¿quiere que esa gente esté a salvo? Yo también, hermano, y le garantizo que a mi manera es mejor. Wilson Smith pudo acabar con esos tipos ya cuando estaba en urgencias, pero no lo hizo. Tiene miedo. Solo es un pobre hombre que quiere hacer bocadillos. Si me deja que consiga lo que quiero de Azzara, podré ayudarle de verdad.

A Pike no le gustaba nada de todo aquello, ni le gustaba Straw, ni el Malibu que apestaba a tabaco.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos o tres semanas. Quizá menos.

Observó ambos lados de la calle, preguntándose si el hombre de la camisa naranja les estaría vigilando.

—Piénselo. Mientras tanto, no les diga nada ni a Smith ni a su sobrina. Tienen que actuar con naturalidad. Si les dice que les están vigilando, ya sabe lo que ocurrirá. Podría irme directamente a Texas —añadió Straw.

—El hombre de la camisa naranja es bueno —comentó Pike.

Straw lo miró de soslayo, entre el humo.

—¿Qué hombre de la camisa naranja? —Volvió a su coche—. Venga. Le llevaré al sitio de donde venimos.

—No hace falta.

Pike se fue andando.

Aquella misma noche, justo después de las diez, el aire era frío mientras Pike iba corriendo a su casa a través de Santa Monica, llevando una mochila de dieciocho kilos de peso. Pike era corredor. Hacía carreras desde niño, todos los días. A veces incluso dos veces al día, una por la mañana y otra por la noche, y tres o cuatro veces por semana llevaba una mochila cargada con cuatro sacos de harina de cuatro kilos y medio cada uno. Ni remotamente llegaba a los cuarenta kilos de peso que cargaba cuando era joven marine de las Fuerzas de Reconocimiento, pero le daba marcha al corazón.

Aquella noche subió los escalones de Fourth Street: ciento ochenta y nueve peldaños de cemento que subían por el abrupto acantilado desde el fondo de Santa Monica Canyon hasta San Vicente Boulevard. Ciento ochenta y nueve escalones era la altura de un edificio de nueve pisos, y Pike los recorrió veinte veces, subiéndolos de dos en dos. Prefería correr por la noche.

Durante el día, aquella escalera estaba repleta de fanáticos del *fitness* duro, así como de maratonianos, instructores de aerobio y gente corriente un tanto patosa que quería ponerse en forma. Pero por la noche, en la oscuridad, cuando era más peligroso, la escalera estaba desierta y Pike podía correr a tope. Le gustaba estar a solas con su esfuerzo y sus pensamientos.

Después, tras acabar con la escalera y volviendo a casa a la carrera, Pike eligió una ruta que pasaba por el local de Wilson. Era temprano todavía, y la gente estaba fuera de casa, pero la tiendecita estaba desierta. Pike se preguntó si el hombre de la camisa naranja estaría observando, pero la verdad era que no le importaba. Había decidido no contarles a Wilson y Dru que el FBI estaba vigilando su tienda, pero su silencio era lo máximo que pensaba conceder. Si Mikie hacía honor a su palabra, el tema estaba cerrado. Si no era así, la lealtad de Pike estaba con las víctimas, no con el caso que Straw pudiese o no montar. No pensaba apartarse. Sus flechas señalaban siempre hacia delante, nunca hacia atrás.

Cuando llegó a casa hizo unos estiramientos en el aparcamiento para irse enfriando y luego se quitó la sudadera, desactivó las alarmas y entró. Su piso era austero y funcional, con pocos elementos decorativos. El comedor estaba aparte, con la cocina; había un sofá, sillas y una mesa en el salón, y un televisor de pantalla plana para ver los deportes y las noticias. Una fuente de piedra negra de meditación burbujeaba en un rincón. Pike encontraba paz en su sonido natural, como si estuviera solo en el bosque.

Se quedó un momento de pie escuchando, no el agua, sino más allá... comprobando con toda seguridad que estaba solo. Lo hacía cada vez que llegaba a

casa. La costumbre.

Se bebió medio litro de agua mineral y dejó la botella junto a otras que esperaban para ser recicladas. El piso estaba quieto y vacío, pero unas veces parecía más vacío que otras. Pensó en Dru Rayne y en la niña de la foto, y en por qué Dru había sentido la necesidad de enseñársela. Le gustó que le mostrase la foto; le parecía que eso hablaba bien de ella, y sugería que pensaba en él para algo más que una cerveza en la playa.

Cenó un poco de polenta, judías negras y brócoli con trocitos de pimiento picante que había sobrado. Comió de pie en la cocina.

No había tenido ninguna relación seria desde hacía mucho tiempo. Citas sí, y sexo también, y disfrutaba de una amistad íntima con varias mujeres, pero nada que se pudiera llamar una relación romántica. Quizá por el mismo motivo no tenía animales de compañía; a menudo desaparecía largos periodos de tiempo, y se iba sin avisar.

Pike se acabó la cena, bebió un poco más de agua y se quitó la ropa que aún llevaba. Echó una alfombrilla de espuma en el salón y procedió a hacer una serie de *asanas* de yoga. Después de una vida entera entrenándose en ejercicios de fuerza y artes marciales, podía apoyar el pecho en los muslos y la cara en las rodillas; y era capaz de estirar las piernas con una separación de ciento ochenta grados, y hacerse uno con el suelo.

Iba trabajando despacio, permitiendo que su cuerpo se fundiera con cada postura. Los únicos sonidos de su vida eran el agua borboteante, su corazón y el roce de su piel en la toalla. Al cabo de un rato adoptó la postura de resolución y meditó. Su cuerpo se calmó, su respiración se hizo más lenta y lo único que atendió entonces fue el sonido singular de su corazón. Cuarenta y dos latidos por minuto, muy lentos, como un trueno vivo en su pecho.

Meditó durante quince minutos exactos. No comprobó el reloj, pero llevaba casi toda la vida meditando: cuando pasaban quince minutos su conciencia volvía flotando a la superficie, y estaba de vuelta.

Inhalar. Exhalar.

A las once y cuarto de aquella noche subió sus cosas al dormitorio. La casa estaba ordenada y pulcra. Tenía el equipo limpio y preparado. Se duchó, se secó y se puso unos calzoncillos blancos. Bajó a buscar otra botella de agua y observó su teléfono móvil en el mostrador de la cocina: la pantalla mostraba una llamada perdida. Era el número de Dru. Había llamado mientras él estaba en la ducha, pero no había dejado mensaje.

La telefoneó y salió el buzón de voz: «Hola, soy Dru. Ya sabes qué hacer, así que hazlo». Sonó el pitido de los mensajes.

—Soy Joe.

Todavía estaba pensando qué más decir cuando la llamada se cortó. Volvió a marcar y esta vez acabó el mensaje.

—Llámame cuando quieras. No importa si es tarde.

Se llevó el teléfono arriba, apagó las luces y se metió en la cama. El colchón era duro. Las sábanas estaban tan lisas y tensas como la piel de un tambor. Escuchó el sonido del agua, que borboteaba suavemente en el piso de abajo, en su casa vacía. Se preguntó cómo sería tener los sonidos de otra persona allí.

Pike esperaba que ella le devolviera la llamada, pero el teléfono siguió silencioso.

SEGUNDA PARTE

Princesa de los ángeles

Hydeck llamó a las 10.08, identificándose como si no se hubieran conocido.

—Soy la oficial Hydeck, del departamento de Policía de Los Ángeles. Siento molestarle, pero ¿sabe usted cómo localizar a la señorita Rayne?

La falta de expresión profesional de su voz le dijo a Pike que algo iba mal.

—¿Por qué?

Hydeck dudó tanto rato que Pike oyó las llamadas por radio, de fondo.

—Alguien ha entrado en su tienda otra vez. Tengo un teléfono del señor Smith, pero no responde. He pensado que a lo mejor usted tenía el número de su sobrina.

Pike se preguntó por qué pensaba que él podía tener el número de Dru, pero descartó esa idea rápidamente. Estaba recordando a Miguel Azzara en la cafetería. Sonriendo. «Está hecho».

—¿Está allí ahora?

—Sí, Pike; estoy aquí ahora mismo, intentando que vengan ellos también. Este lugar está hecho un desastre. ¿Tiene el número o no?

—Sí, espere.

Le dio el número de móvil de Dru, colgó y lo marcó de inmediato él mismo. Como la noche anterior, su llamada fue al buzón de voz. Dejó otro mensaje y decidió ver los daños por sí mismo. Casi con toda seguridad fue Gomer el que rompió el escaparate la primera noche, pero probablemente Mendoza quiso vengarse por su cuenta en cuanto lo soltaron. Después de verlo, Pike esperaba poder hacer que Azzara obligase a Gomer y a Mendoza a limpiarlo.

Cuando llegó esperaba encontrar roto el nuevo escaparate; no obstante, la tienda de Wilson parecía en perfecto estado. El escaparate nuevo estaba brillante e intacto, y la señal de CERRADO todavía se encontraba en la puerta. Un coche patrulla de la policía estaba aparcado delante, pero Pike no vio a Hydeck y McIntosh, de modo que dio la vuelta a la esquina, hasta el callejón de servicio. Los encontró apiñados en la puerta trasera, junto con Betsy Harmon y su hijo Ethan. Los cuatro se volvieron al verlo, y Hydeck fue a recibirle.

—¿Los han encontrado? —preguntó Pike, refiriéndose a Wilson y Dru.

—Hemos dejado más mensajes. Esa pobre gente se llevará un buen sofocón cuando vea cómo está esto. Esos cabrones realmente lo han hecho bien. —McIntosh intentó hacer una broma—. Pero la buena noticia es que podemos añadir a las acusaciones allanamiento de morada y eliminación ilegal de partes de animales.

—Deberías ver lo que han hecho. Es asqueroso —apuntó Betsy Harmon.

Ese día llevaba un vestido de un amarillo limón. Se quedó de pie, con los brazos

cruzados, tensa y rígida.

Pike vio que la puerta de seguridad de metal estaba doblada por la parte de la cerradura, donde habían metido la palanca. La jamba de encima presentaba una muesca donde se había torcido el marco. Tuvo que ser un hombre fuerte o haber más de un hombre trabajando duro para poder doblar así el metal.

—La señora Harmon ha llamado al ver la puerta.

—No, he llamado cuando he visto lo de dentro. Qué degenerados. ¿Qué tipo de personas pueden hacer eso?

McIntosh abrió mucho los ojos mirando a Pike.

—Es muy desagradable, tío. Compruébalo tú mismo.

Pike pasó junto a los policías y abrió la puerta.

El olor húmedo de la sangre y la carne cruda le envolvió. Se desplazó por la despensa, pero se detuvo junto al mostrador en cuanto entró en el comedor. Un montón de moscas verdes habían acudido atraídas por el hedor, y zumbaban pasando lentamente por encima de su cabeza. El mostrador estaba rojo, con un charco viscoso de sangre seca que marcaba huellas de un carmesí oscuro hasta el suelo. Largos y gruesos trozos de lo que probablemente era hígado de buey, riñones e intestinos flotaban en la sangre como islas azules. Más piezas envolvían la caja registradora y la zona de preparación, y lo que parecía ser un enorme corazón de buey estaba clavado al cartel de Nueva Orleans. De las luces del techo colgaban tres cabezas de cabra despellejadas, con los ojos sin párpados, turbios y abultados. Había moscas verdes alimentándose de esos ojos.

Detrás de él, McIntosh susurró:

—¿Y si estos restos fueran de personas?

—No, no lo son.

—Ya sé que son cabezas de animales, pero la sangre podría ser humana. Los órganos podrían ser de personas.

—No lo son. La gente descuartizada huele distinto.

McIntosh observó a Pike y pareció preguntarse cómo podría saber aquello, y luego señaló a la pared, detrás del mostrador.

—Mire esto. Sus chicos han dejado un mensaje.

Dos palabras escritas con sangre en la pared, encima del mostrador de preparación: ESTOY AQUÍ.

«Estoy», no «estamos». En singular. Pike se preguntó qué significaría.

Hydeck entró junto a ellos.

—Vamos, tenemos que irnos. Ya tengo algunas fotos para el informe. Lo único que estamos consiguiendo es que entren más moscas.

—¿Ha llamado a Button? —preguntó Pike.

La irritación de Hydeck se convirtió en enfado.

—Sí, Pike; le he llamado. Estoy esperando que me diga algo. Ahora mismo estoy más interesada en que vengan los propietarios para que limpien y arreglen este sitio.

Pike pasó alrededor de las cabezas de cabra hacia la puerta delantera. Examinó la gasolinera y los edificios de enfrente y se preguntó si la gente de Straw habría visto algo, y si se habrían quedado allí parados viendo cómo pasaba todo.

—Vamos, Pike. En serio. No debería estar aquí —dijo Hydeck.

Pike salió con ellos. Betsy Harmon todavía tenía los brazos cruzados.

—¿Vendrá el CSI por aquí?

—Eso es en la tele. Los nuestros se llaman SID —contestó McIntosh.

Hydeck cerró la puerta. Con el marco doblado resultaba difícil de modo que McIntosh se apoyó para ayudarlo. Aun así, no se cerraba del todo.

—Esos trozos de carne, señora Harmon. La gente que hizo esto probablemente robó un mercado latino, donde venden carne de cabra. ¿A qué hora suele venir por aquí el señor Smith?

—Wilson llega siempre a las nueve, todos los días excepto el domingo. Si espera al proveedor viene más temprano, pero uno de ellos ya debería estar aquí. Siempre están a esta hora.

Pike miró el reloj y vio que eran casi las diez y media. Hydeck hizo lo propio, y frunció el ceño con impaciencia.

—Quizá no vengan hoy, como él está conmocionado... De todos modos debería estar en la cama.

Betsy Harmon se puso más tensa aún.

—En la cama no significa tener el teléfono desconectado. Alguien tiene que limpiar toda esta porquería.

—Ya le hemos enviado mensajes. No podemos hacer nada más.

—¿Y si no los miran? Esta porquería se va a pudrir y mis clientes lo olerán. Se ve desde la calle.

El teléfono móvil de Hydeck se puso a zumbear en ese momento. La agente miró el número entrante y se apartó para atender la llamada.

—¿Son ellos? —preguntó Pike.

—Es Button. A ver qué quiere.

Mientras Hydeck se alejaba, Betsy Harmon se volvió hacia Pike.

—No pueden dejar todo esto así, sin más, ¿verdad? ¿No deberían hacer algo?

Pike no sabía qué decir. No le gustaba nada que Dru y su tío no respondieran el teléfono. La sangre, las cabezas y el mensaje en la pared parecían algo más que un simple acto de vandalismo. Había una oscuridad en lo que se había hecho allí, como cuando aparece una sombra de repente en mar abierto.

Hydeck miraba hacia ellos mientras hablaba con Button, y Pike vio que algo iba mal por la postura que había adoptado. Su agitación fue creciendo a medida que avanzaba la conversación. Dejó el teléfono y volvió.

—El señor Smith y la señorita Rayne no vendrán hoy. Se van a Oregón.

Betsy Harmon retrocedió como si le hubiesen dado una patada.

—¿A Oregón? ¿Quién dice que se van a Oregón?

—El señor Smith. Al parecer ha venido antes y ha decidido que ya tenía bastante. Ha llamado al detective Button esta mañana.

—¿Y lo va a dejar todo así?

—No lo sé.

—Pero ¿quién va a limpiar toda esta porquería?

—Lo siento, pero no sé nada más. Estoy segura de que se harán cargo de todo esto antes de irse.

Pike, sorprendido, se preguntó por qué no le habría llamado Dru.

—¿Han sido amenazados?

—Pike, mire en el interior y abra los ojos. Yo diría que eso es una amenaza. El tipo está asustado, y quiere salir de la ciudad hasta que esos idiotas se olviden. Dice que no piensa cooperar con ninguna investigación más. No sé nada más y, francamente, si a él le importa un pito, a mí también. —Miró a McIntosh—. Hemos acabado aquí. Vámonos.

—¿Va a venir Button? —inquirió Pike.

—Ya podemos esperar sentados. Estaba bastante cabreado.

La cara de Betsy Harmon estaba tensa por la ansiedad.

—Pero Wilson no responde al teléfono. ¿Y si lo deja todo tal como está?

—Si hay riesgo para la salud, el señor Smith será citado. Si no se hace cargo, le sugiero que llame al propietario o a la agencia inmobiliaria.

—¿Y ya está? ¿No van a hacer nada más?

—Es lo único que podemos hacer. Lo siento.

Pike vio cómo Hydeck y McIntosh volvían a su coche patrulla, y luego sacó el teléfono y probó a llamar otra vez a Dru. Salió el buzón de voz, pero aquella vez no dejó ningún mensaje.

Junto a él, Betsy Harmon dijo:

—No me creo que se vayan así. Simplemente no me lo creo.

Pike tampoco se lo creía. Pensaba que cualquiera que pusiera cabezas de cabra y sangre en la tienda de un hombre quizá no se contentara con el vandalismo. Se guardó el móvil.

—¿Sabe dónde viven?

Betsy Harmon se animó por primera vez aquella mañana.

—Sí, claro. Están a unas pocas manzanas de aquí.

Alguna vez había ayudado a Wilson y Dru a llevarse a casa alimentos perecederos cuando se les estropeaba la nevera de la tienda. No recordaba la dirección exacta de la calle, pero le dio indicaciones a Pike y le describió la casa, en los canales de Venice. También le dio el número de móvil que tenía de Wilson Smith.

Cuando Pike volvió a su Jeep, Betsy Harmon lo llamó.

—Les vi.

Pike volvió la vista y la vio sonreír.

—A usted y Dru. Les vi besarse ayer. Ella parecía muy contenta.

Pike asintió una sola vez, un gesto tan nimio que ella quizá ni lo vio siquiera, y luego se subió al Jeep. Dru tendría que haberle llamado. No comprendía por qué no lo había hecho.

Los canales de Venice fueron el sueño de un hombre llamado Abbot Kinney, un millonario de la industria del tabaco procedente del este que urbanizó aquella zona como lugar de vacaciones junto a la playa. En un principio los canales se excavaron para drenar una tierra pantanosa, pero Kinney pensó que una Venecia podía ser igual de buena que otra y decidió recrear la Venecia de Italia, con góndolas y todo. Se crearon veinticinco kilómetros de canales, pero a lo largo del tiempo muchos fueron rellenados o acortados. Los seis que quedaban formaban un cuadrado perfecto, con cuatro canales corriendo uno junto al otro y el quinto y el sexto situados en cada extremo, cortando la tierra en tres islas rectangulares idénticas. Lo que empezó como un parque de entretenimiento se convirtió en casitas para escapadas de fin de semana, y luego, en los años cincuenta y sesenta, en decadentes bungalós ocupados por *hippies*, gente de la playa y artistas. Pero la proximidad con la playa y el valor creciente de las propiedades inmobiliarias acabó por revalorizar la zona, y los destartados bungalós fueron reemplazados por casas caras.

Pike siguió las indicaciones de Betsy Harmon hasta llegar a la cuadrícula de angostos callejones que comunicaban los canales. Cruzó un puente arqueado mucho más estrecho aún, luego dio la vuelta por un callejón con casas apiñadas. Según Betsy Harmon, Wilson y Dru vivían en la tercera casa desde el extremo por el lado izquierdo, una casa de secuoya escondida tras una verja cubierta de hiedra. La encontró fácilmente y aparcó.

Los terrenos que se encontraban a lo largo de los canales eran pequeños, de modo que las casas tenían dos o tres pisos, y estaban construidas unas junto a las otras dando a la calle, con los patios delanteros frente a los canales y los garajes alineados en los callejones. Se había dispuesto una plaza de garaje al lado de la casa de Wilson, junto a una puerta de madera, pero la entrada estaba oculta por la verja. El garaje estaba vacío. Pike se sorprendió al ver la casa. Era de las caras.

Se dirigió hacia la puerta, pero la encontró cerrada. Llamó al timbre: sonaron unas campanas dentro de la casa, pero nadie respondió. Al apretarlo notó que un joven delgado, con el pelo negro y desgreñado, le contemplaba desde una ventana del segundo piso, en la casa de al lado. El observador se apartó cuando Pike lo vio.

Como seguía sin obtener respuesta, Pike se dirigió al garaje y dio unos golpes en la pared. Si Wilson y Dru se iban, uno de ellos quizás estuviese dentro haciendo las maletas mientras el otro compraba algunos artículos necesarios de última hora. De ahí que no estuviese el coche.

Tocó en la pared tres veces, no obtuvo respuesta y ya iba a golpear de nuevo cuando apareció una mujer en la puerta de la casa de al lado y lo llamó.

—¡Perdone!

Tenía cuarenta y tantos años, la piel curtida, llevaba unos vaqueros muy ceñidos y una camiseta también apretada que le marcaba mucho los pechos. Eran grandes, y ella quería que se viesan.

—¿Quiere echar abajo la casa? Le he oído llamar.

—¿Vive aquí Wilson Smith?

—Pues no, la verdad. Está cuidando la casa. El propietario está en Londres. Va mucho por allí. —La mujer frotó el pulgar y el índice entre sí—. Ha hecho mucho dinero con la tele.

Esto explicaba por qué podían vivir en aquella casa tan cara. Estaban guardándola.

—¿Pero viven aquí Wilson y Dru ahora?

—Así es. ¿Qué pasa?

—Ha habido algunos daños en su negocio. Tengo que hablar con ellos.

La mujer salió al callejón hasta que vio el garaje vacío.

—Bueno, el coche no está aquí, así que no sé qué decirle. Se lo contaré, si les veo.

El chico delgado salió a la puerta. De cerca parecía un adolescente. Se estaba comiendo un plátano y guiñaba los ojos como si le diera el sol. Pike comprendió que eran madre e hijo.

—¿Qué pasa?

—Está buscando a los Wilson.

Volvió a entrar en la casa.

—Me voy a echar un rato.

—¿Y qué tal si buscaras trabajo? —Mostró su disgusto con gestos teatrales mientras su hijo se iba arrastrando los pies—. Tres años en Berkeley y lo único que hace es echarse... Es culpa mía, supongo. No tenía a ningún hombre que le diera ejemplo.

Sus ojos se posaron en Pike demasiado rato; luego suspiró, como si se diera cuenta de que la idea que tenía tampoco era buena.

—Cosas de las madres solteras... —Le tendió la mano—. Me llamo Lily Palmer. ¿Y usted?

—Pike.

—Bueno, Pike, ¿quiere que les dé algún mensaje cuando les vea?

—Dígales que me llamen. Ya tienen el número.

Pike volvió a su Jeep, pero no puso en marcha el motor. Dru y Wilson quizá se irían, pero Pike tenía la sensación de que todavía no les había dado tiempo. Tendrían que arreglar algunas cosas, hacer el equipaje y todo lo que hace la gente cuando se prepara para salir de viaje. Se dijo que seguramente estarían haciendo todas esas cosas y por ese motivo no estaban en casa, de modo que decidió esperar.

Unos minutos más tarde volvió a llamar a Dru, y luego al número que le dio

Betsy Harmon para Wilson. Ambas llamadas saltaron de inmediato a los buzones de voz, igual que tantas veces antes, lo que quería decir que sus teléfonos estaban apagados o los estaban usando. A Pike no le gustó nada todo aquello. Las probabilidades de que ambos estuviesen hablando por teléfono a la vez eran muy escasas, y nadie apaga el teléfono cuando se dispone a hacer un viaje.

Se bajó del Jeep y volvió a la puerta. Se aseguró de que el hijo de Lily no miraba y saltó por encima de la cancela, introduciéndose en un patio pequeño. La puerta delantera estaba cerrada, y no mostraba señal alguna de que la entrada se hubiese forzado.

Pike se dirigió hacia la parte lateral de la casa, mirando cada ventana mientras iba pasando y buscando señales de manipulación. La primera estancia parecía un dormitorio para invitados, y la siguiente era la cocina. El dormitorio parecía intacto, pero la visión de Pike era limitada. Vio platos sucios, tres botellas de cerveza vacías y una tabla de cortar encima del mostrador de la cocina. Se dijo que los platos indicaban que Wilson y Dru pensaban volver a casa, pero las cabezas de cabra y las moscas le incordiaban sin parar, como el humo de la batalla.

Después de comprobar la última ventana del extremo más alejado de la casa, siguió hacia al patio trasero. Era pequeño, con una verja de madera baja que bordeaba la acera que corría a lo largo del canal. Una puerta con cerrojo conducía a la acera, y un kayak de fibra de vidrio azul estaba colgado en un pequeño muelle de madera, al otro lado de la cancela. Pike examinó las casas a ambos lados de la orilla. A pesar de las verjas y puertas, entrar en aquellas fincas desde el agua habría sido muy fácil.

Comprobó su reloj. Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que decidió esperar, pero ahora el tiempo que pasaba no parecía destinado a la espera. Más bien parecía que estaba dejando que se le escapase algo precioso.

Pike intentaba decidir qué hacer cuando vio al hijo de Lily Palmer. El chico había vuelto a su ventana del segundo piso, que le ofrecía la vista del patio trasero de los Wilson. Aquella vez no se ocultó. Sonrió con complicidad antes de volverse, y Pike se preguntó cuánto tiempo pasaría en la ventana.

Volvió a dirigirse hacia delante por un lado de la casa, salió y llamó a la puerta de Lily. Los ojos de ella se iluminaron al verle, y le dedicó una sonrisa complacida.

—Ah. Hola. Pensaba que se había ido.

—No. He estado mirando la casa de al lado. No le he contado toda la verdad. Wilson ha tenido problemas con mala gente. Me preocupaba que le hubiesen seguido a casa. ¿Ha visto u oído algo sospechoso?

La agradable sonrisa de ella se convirtió en una mueca de preocupación.

—No, creo que no. ¿Algo como qué?

—Voces, gritos. Coches desconocidos.

Ella frunció más aún el ceño, y luego gritó hacia la casa:

—¡Jared! ¡Jared, ven aquí!

El joven apareció unos segundos más tarde, sin camisa y todo embadurnado de

crema solar. Su pecho delgado parecía el de un pajarito.

—Iba a salir.

—Este caballero quiere saber si has visto u oído algo sospechoso ahí.

—¿En la casa de al lado?

—Sí, en la de los vecinos. ¿Qué te pasa?

Jared se frotó sus costillas de parajito y asintió, mirando a Pike.

—Este estaba en el patio de atrás ahora mismo. Eso es bastante sospechoso.

—Ya sé que estaba en el patio de atrás. Me lo acaba de decir. Por favor, ¿quieres responder a este señor?

Jared se apartó el pelo de la cara e hizo el mismo gesto de desdén que había hecho en la ventana.

—Estaba mirando por la ventana. Probablemente intentaba verle las tetas a Dru.

Pike dio un paso hacia él, y Jared cruzó los brazos rápidamente.

—Tío, que era broma...

—Por favor, ¿quieres portarte como si fueras un hombre? Wilson y Dru tienen problemas. Intenta ayudar —dijo la madre.

—No he visto nada sospechoso. Lo siento. No he visto nada.

Pike echó una mirada hacia la ventana de Jared.

—Tienes buena vista desde tu ventana, pero ¿no miras a ninguna parte desde ella?

Jared se sonrojó.

—¿Qué quiere que mire, las paredes? Tío, en los canales de Venice todos los días son iguales... sol, agua.

—¿Cuándo los viste por última vez?

—¿A Wilson o a Dru?

—A cualquiera de los dos.

—Pues anoche, supongo. Me imagino que sería Dru. Entró cuando yo volvía de dar un paseo y la saludé. Ya sabe: le dije «eh, qué tal» y ella lo mismo.

Pike se acercó más y Jared se puso más tenso.

—¿A qué hora?

—A las seis, más o menos.

A Pike le pareció que cuadraba. Ella regresó directamente a casa después de dejarlo a él en la tienda.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana no he visto a ninguno de los dos. —Jared hizo una seña hacia el garaje—. Pero sí he visto el coche. He salido a pillar un batido de chocolate y lo he visto.

—¿Cuándo?

—Pues no sé, tío; temprano.

Su madre le ayudó a responder.

—Estaba empezando la segunda hora del programa *Today* cuando se ha ido, así que supongo que era más tarde de las ocho. Ha vuelto durante la segunda media hora,

así que serían las nueve menos cuarto.

Pike intentaba ajustar el margen.

—¿Estaba allí el coche cuando has vuelto?

—Sí. Seguro.

—¿Y lo has visto salir?

—No. Lo he visto cuando he vuelto con el batido, pero no podría asegurar cuándo ha salido.

—¿Cuántos coches tienen?

—Uno.

—Solo tienen un coche —confirmó Lily.

—El Tercel plateado.

—Exacto.

Jared veía todos los días el Tercel plateado. Lo que una persona ve todos los días se convierte en invisible, pero lo que no es habitual sobresale. Había hecho esas mismas preguntas u otras muy similares mil veces, cuando era policía.

—Olvida el Tercel. Cuando has vuelto a casa con el batido, ¿has visto a alguien a quien no reconocieras? ¿Quizás un coche que no te resultase familiar?

Jared negó con la cabeza.

—No he visto a nadie así. Sí había un par de señoras con sus perros andando por ahí, y unos jardineros trabajando en la casa de los vecinos.

Pike dudó.

—¿En la de Wilson?

—Sí. Un par de tíos latinos.

Casi todas las casas de los canales empleaban a jardineros profesionales, y seguro que la mayoría eran latinos.

—¿Sabes que eran jardineros porque los habías visto antes, o supones que eran jardineros porque eran latinos?

Jared se puso muy rojo, como si le hubiesen acusado de ser racista.

—¡Tío! Han aparecido esos tipos, con ropa de trabajo; no iban vestidos precisamente para salir, han entrado por la puerta del jardín... ¿Quién iba a ser si no?

—¿Llevaban sopladores de hojas, cariño? ¿Una segadora? —preguntó Lily Palmer.

—Tampoco me he fijado tanto. No les he prestado atención.

Pike se tocó un lado del cuello.

—¿Tatus?

Jared apretó los labios como si rebuscara en su memoria, y luego de repente se animó.

—Sí, creo que sí; uno de los tíos sí; de eso me acuerdo, pero lo llevaba en el brazo.

Pike se quedó muy quieto, solamente se oía el suave susurro de su aliento y el lento y pesado latido de su corazón.

—¿Qué brazo?

Jared se tocó el antebrazo derecho.

—Este. Era uno de esos tatuajes que llegan hasta la muñeca desde el pulgar.

Mendoza llevaba exactamente ese mismo tatuaje cuando lo soltaron en el Tribunal del Aeropuerto.

—¿Y el coche todavía seguía ahí, cuando les has visto?

—Sí. Ahí estaba.

—Y después había desaparecido.

—Sí. Desaparecido.

Pike se volvió hacia la casa de Smith. Su corazón, con su lento latir, se aceleró, hasta que empezó a golpearle en el pecho como los truenos en el horizonte. Había visto el exterior de la casa, pero muy poco del interior. Una pesadilla peor que las cabezas de cabra podía estar esperándole dentro.

Lily Palmer le tocó el bazo.

—¿Son las personas de las que hablaba?

Pike asintió, mirando todavía hacia la casa.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —preguntó la mujer.

Él negó con la cabeza.

—Yo me encargaré. —Y dijo algo a Lily para ayudarla a calmar sus preocupaciones—: Cuando vea a Wilson o a Dru pídale que me llamen. Ya tienen mi número.

—Por supuesto. En cuanto los vea.

Pike volvió a su Jeep y retrocedió por la estrecha callecita. Dio la vuelta a la esquina, e inmediatamente frenó y aparcó.

Retrocedió al trote, echó un vistazo de nuevo a ver si alguien miraba y pasó por encima de una verja en un lado de la casa de los Wilson, lejos de los Palmer. Habiendo visto la propiedad ya una vez, sabía adónde quería ir y llevaba las cosas que necesitaba para entrar.

En aquel lado de la casa encontró una ventana que se usaba como ventilación para un lavadero. Se puso unos guantes de látex y se dispuso a trabajar. No había intentado forzarla antes, pero entonces hizo palanca con una barra pequeña y se introdujo por la abertura.

Una vez en el interior Pike se puso un par de fundas de papel encima de las zapatillas deportivas y se desplazó con rapidez por toda la casa. Su única misión era buscar cuerpos. No se entretuvo con nada más, porque no había nada tan importante.

Se deslizó por el lavadero hasta un vestíbulo, luego pasó junto a la cocina, el salón y un dormitorio pequeño con un baño adjunto. No tocó ni examinó nada, aunque miró todos los suelos rápidamente en busca de sangre. No encontró gotas ni salpicaduras obvias, ni señales de lucha violenta, y tampoco cuerpos.

Subió las escaleras de tres en tres hasta el segundo piso, y pasó por un despacho grande, un enorme dormitorio principal y el baño principal con tanta suavidad como

si fuera líquido.

Recorrió toda la casa en menos de sesenta segundos, y no dejó de moverse ni un momento hasta que comprobó que no había ningún cadáver. Wilson y Dru no habían muerto allí. Sus cuerpos no le esperaban allí dentro.

Pike salió del dormitorio principal e hizo una pausa por primera vez en el rellano del segundo piso. Solo entonces, por primera vez, el mundo exterior lentamente penetró en él. Notó que se tambaleaba, solo un poco, como si hubiese habido un pequeño temblor de tierra. Un helicóptero pasó cerca. Captó olor a lilas, y supo que era el aroma de Dru.

Abandonó la casa por donde había entrado y se desplazó rápidamente de vuelta a su Jeep. Veía a Reuben Mendoza y las cabezas en la tienda de Wilson Smith. Veía a dos hombres abriendo la cancela de Wilson, uno con el brazo enyesado. Veía a Miguel Azzara con su sonrisa resplandeciente de modelo, diciendo que aquello no volvería a ocurrir nunca.

Hola, Reuben.

Hola, Miguel.

«Estoy aquí».

Pike pasó junto al taller Our Way Body Mods, giró en la manzana siguiente y luego rodeó la manzana y aparcó en una zona de carga, al otro lado de la calle. Su situación en la esquina de una calle ajetreada hacía fácil el reconocimiento.

Quería a Gomer o Mendoza, pero no estaban por allí, ni tampoco Michael Azzara con su resplandeciente Prius nuevo. No obstante, el Monte Carlo color granate se encontraba aparcado junto a la acera, en el exterior de la verja.

Examinó a las personas que había por allí y su situación, la posición de los vehículos en el aparcamiento y todo lo que rodeaba el edificio. Algo en la tienda le preocupaba.

Pike contó un hombre en la zona de reparaciones y dos en el aparcamiento, junto a un SS396 dorado de 1969. El hombre del taller estaba colocando un guardabarros a un coche, pero se le daba mal. Ninguno de aquellos tipos le resultaba familiar, pero los que se encontraban junto al 396 llamaron la atención de Pike. Uno era bastante joven y llevaba ropa de trabajo manchada de grasa, y le enseñaba al otro algo bajo el capó. Este último llevaba botas de vaquero de piel de lagarto, un sombrero de *cowboy* Stetson blanco inmaculado y una camisa de vaquero rosa y blanca con una chaqueta deportiva de ante encima. Un cinturón con una enorme hebilla de latón sujetaba unos pantalones tejanos con raya bien planchada. Unos minutos después, el vaquero ya había visto lo que tenía que ver. Se dirigió hacia la zona de reparaciones y dijo algo al hombre del parachoques. Entonces apareció un tipo al que Pike reconoció del Monte Carlo: era el que le había señalado con la mano en forma de pistola, el que había levantado a Mendoza del suelo para darle la bienvenida a casa. Los dos hombres se estrecharon la mano y entonces el vaquero salió por la puerta principal hacia un Buick anónimo y se alejó.

Cuando lo vio irse, Pike comprendió lo que le incomodaba. El día anterior había una docena de hombres trabajando, y el taller estaba muy ajetreado. Aquel día en cambio solo quedaban tres tíos, y el taller de chapa estaba desierto. Todo aquello le pareció muy curioso, pero también haría su trabajo más fácil.

Dio de nuevo la vuelta a la manzana, y en aquella ocasión aparcó en una calle residencial detrás del taller. Se quitó la sudadera y se abrochó un chaleco antibalas ligero. Apretó bien las tiras de velcro, se volvió a poner la sudadera encima y se colocó correctamente la pistolera. Cuando estuvo ya preparado, salió del Jeep y se acercó al taller desde detrás.

El hombre del Monte Carlo había desaparecido, pero Pike vio al tipo del jardín ayudando a su compañero con el parachoques en el puesto más alejado. No se ocupó de ellos: quería al amigo de Mendoza.

Se detuvo en el primer puesto y vio al hombre del Monte Carlo en un despacho en la parte de atrás del edificio. Estaba ante un televisor, de espaldas a la puerta. Los Dodgers jugaban aquel día. Pike comprobó que los otros dos hombres seguían ocupados con el parachoques, y luego se dirigió hacia el despacho tan silencioso como un pez deslizándose por el agua.

En la tele, Vin Scully retransmitía el partido y los Dodgers iban ganando por 2 a 0 en la primera entrada, con dos carreras de David Snell. El hombre que miraba agitó el puño y gritó para sí.

—¡Eso, muy bien! ¡Enséñales a esos cabrones cómo se hace!

Pike pasó un brazo por el cuello del hombre, levantó sus pies del suelo y le cerró la arteria carótida, lo que hizo que no le llegara sangre al cerebro. El tipo luchó con fuerza unos segundos, pero quedó inerte al perder la conciencia. Pike le sujetó hasta que se quedó flácido, y luego lo bajó al suelo y le ató las muñecas detrás de la espalda con unas esposas de plástico. Había entrado así en casas docenas de veces, en distintas partes del mundo, normalmente en habitaciones llenas de gas lacrimógeno donde enemigos hostiles y armados se escondían detrás de unos rehenes, desesperados por matarle. Sus movimientos eran expertos y eficientes.

Fuera, en la zona de reparaciones más alejada, los dos hombres todavía estaban atareados con el parachoques cuando Pike dejó el despacho. Estaban colocándolo en su sitio del lado del conductor: un hombre atornillándolo por delante y el otro por detrás. Pike se colocó en su ángulo de visión ciego y sacó su 357 al acercarse. Detrás de él, Vin Scully llenaba el silencio diciendo que Snell, de los Kansas City Royals, había sido una excelente adquisición.

Pike dio al primer hombre con la pistola encima de la oreja derecha, luego se dio la vuelta encarándose al segundo y accionó con el pulgar el percutor para que el tipo le oyese amartillar la pistola. Este se lo quedó mirando, con la boca abierta, sin emitir sonido alguno. Pike dirigió el cañón hacia el suelo.

—Abajo. Las manos detrás de la cabeza.

Obedeció de inmediato.

Pike ató a ambos hombres de pies y manos, luego susurró al que todavía estaba despierto:

—¿El tipo del despacho cómo se llama?

—Héctor Perra.

—Cierra los ojos. Si haces un solo ruido, te mato.

Cerró los ojos.

Héctor ya estaba en pie cuando Pike volvió al despacho. Iba dando vueltas, como un perro que persigue su propio rabo, intentando verse las muñecas. Luego vio a Pike, bajó la cabeza y cargó contra él.

Pike le dirigió con la cabeza por delante hasta el marco de la puerta, le incorporó de una sacudida y le dio con el reverso del puño en el puente de la nariz. Los ojos de Héctor se nublaron, pero lo mantuvo bien sujeto.

—Mírame. Concéntrate.

Su mirada se aclaró. Pike formó una pistola con la mano, con el pulgar y el índice, y lo señaló.

—¿Te acuerdas?

Lo golpeó de nuevo, moviéndose tan rápido que Héctor no lo vio venir. La cabeza dio una sacudida hacia atrás, pero Pike no le había golpeado fuerte. Lo quería despierto.

—¿Dónde están?

—¿De qué coño hablas?

—La gente de la tienda de bocadillos.

—No lo sé, tío. ¿De qué me estás hablando?

Pike observó los ojos oscuros. Estaban furibundos y llenos de miedo, pero también confusos. El padre Art había dicho que los Malevos tenían más de sesenta miembros conocidos extendidos por toda Venice. No todos ellos estaban relacionados con todos los delitos cometidos; es posible que ni siquiera supieran lo que hacían otros miembros. Pike supuso que Héctor le estaba diciendo la verdad.

—¿Dónde está Mendoza?

—¿Y cómo cojones quieres que lo sepa yo? Por ahí, haciendo sus cosas.

—¿Le has visto esta mañana?

—No estamos casados, tío. Yo hago mi vida.

Pike le golpeó de nuevo, con más fuerza que antes, y luego lo sacudió para aclararle la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Ayer. Después de que le soltaran.

—¿Dónde?

Quería ver si Héctor le estaba diciendo la verdad.

—Aquí, tío. Los colegas le pagaron la fianza, pasó un poco el rato y luego se largó. Ya sabes cómo van esas cosas.

—¿Adónde fue cuando salió de aquí?

—A casa de su antigua novia, supongo. No sé. Íbamos a vernos luego, pero no apareció.

—¿Iba Gomer con él?

—No sé.

Pike registró a Héctor en busca de armas, pero solo encontró unas llaves, un móvil y una cartera. Levantó las llaves.

—¿Son las del Monte Carlo?

Héctor asintió y Pike señaló hacia la puerta.

—Vamos. Fuera.

—¿Te llevas mi coche?

—Te llevo a ti.

Pike empujó a Héctor hacia el asiento del pasajero, se puso tras del volante y salieron disparados. Héctor se encogió apartándose de Pike como un globo que se deshinchaba, cerrando y abriendo los ojos como el obturador de una cámara de fotos.

—¿Adónde me llevas? ¿Adónde vamos, tío?

Pike no respondió. Siguió conduciendo cinco manzanas más hacia el barrio residencial, para poner más distancia entre sí mismo y el taller de chapa antes de aparcar. Héctor se encogió aún más, apretándose contra la puerta.

Pike rebuscó en la cartera de Héctor. Encontró treinta y dos dólares, fotos de personas que probablemente eran familiares, algunos vales de descuento y dos permisos de conducir de California. Ambos tenían la foto de Héctor pero con nombres, direcciones y fechas de nacimiento diferentes. Uno lo identificaba como Héctor Francis Perra, con dirección en Ghost Town, y el otro como Juan Rico, con dirección en Van Nuys. Pike lo volvió a meter todo en la cartera y lo miró.

—Mendoza.

—No sé dónde está, ya te lo he dicho. ¿Cómo cojones quieres que lo sepa?

Pike sacó el Python y le apretó el muslo.

—Enséñame dónde vive.

Lo dirigió a un bungalow pequeño, de techo plano, situado en el borde de Ghost Town, cerca de Inglewood. El revestimiento exterior de estuco estaba estropeado por un escape de agua, pero el jardincito se encontraba sorprendentemente limpio. Dos palmeras fibrosas arrojaban unas sombras como pintadas con rotulador en un Honda Maxima que se encontraba aparcado en la entrada. Pike pasó por delante y aparcó en la manzana siguiente, que tenía vistas hacia la casa.

—¿Es ese su coche? —preguntó.

—El de su novia. La casa es de ella. Viven juntos.

—¿Y cómo se llama?

—Carla Fuentes.

—¿Tienen hijos?

—No, pero la zorra esa lo está intentando. Le dije a él que tuviera cuidado.

En la casa no había señal alguna de vida, pero ocurría lo mismo con la mayoría de las casas de los alrededores. Una mujer mayor iba podando unos polvorientos rosales en un jardín que estaba calle abajo, y un perro mestizo que probablemente se había escapado a base de excavar husmeó un letrero de la calle y luego salió corriendo. Pike habría preferido vigilar la casa hasta que Mendoza saliese o volviese a ella, pero le pareció que no tenía tiempo. Su naturaleza le llevaba a tomar la iniciativa, y eso significaba dar un paso adelante.

Se guardó la pistola en la funda, quitó las llaves del contacto y buscó bajo el salpicadero, en la base de la dirección. Desconectó los cables que controlaban los intermitentes de giro y el claxon, y salió del coche. Cuando tiró de Héctor, que estaba en el asiento de al lado, este pareció esperanzado.

—¿Me dejas irme?

—No.

Pike cortó las esposas de plástico que unían las muñecas de Héctor, pero inmediatamente le ató la muñeca derecha a la parte superior del volante y la izquierda a la inferior. Tensó bien las esposas.

—Joder, tío, que me corta...

Pike cerró la puerta.

—Si gritas no te gustará nada cómo acaba esto.

Fue directamente a la casa de Mendoza, atravesó la entrada y aceleró el paso. El acceso llevaba a un garaje separado de un solo coche, pero Pike corrió hacia la parte lateral de la casa. Iba agachado, levantándose solo lo suficiente para mirar por todas las ventanas mientras daba la vuelta a la casa. Pasó junto a una puerta trasera sin mosquitera y atravesó un patio pequeño. Las dos ventanas siguientes estaban bloqueadas por las persianas echadas, pero vio un baño y un dormitorio en el lado opuesto de la casa. Ambos estaban vacíos, pero el váter permitía otear un ángulo del salón. Distinguió un televisor puesto, pero no a la persona que lo veía. Había al menos tres habitaciones que Pike no conseguía ver. Mendoza y Gomer podían estar en cualquiera de ellas, pero él no lo sabría hasta que no entrase en la casa.

Todavía estaba observando el salón cuando pasó una mujer joven con un bulto grande por delante del baño. Era Carla, la novia de Mendoza. Entró en el salón y luego desapareció dirigiéndose hacia la cocina.

Pike corrió al patio de atrás y llegó a la esquina de la casa cuando ella abría la puerta con el pie. Carla Fuentes salió con el bulto hacia el garaje. Llevaba una camiseta fina demasiado estrecha para sus redondeces, unos pantalones cortos de un morado intenso, e iba descalza. Abrió con el codo una puerta en un lado del garaje y entró. Llevaba la colada.

Pike esperó contando hasta cinco por ver si alguien la seguía, y luego cruzó el jardín a toda prisa. Se metió tras ella, que estaba introduciendo unas sábanas en una lavadora de carga superior. No se dio cuenta de que había alguien hasta que él la rodeó con sus brazos, tapándole la boca con una mano y sujetándole los brazos con la otra. Su cuerpo se puso tenso, con una sacudida de miedo. Era fuerte. Arqueó la espalda intentando soltarse, pateó y le dio a Pike en las piernas. Este la apretó más aún, sujetándola, y le dijo con voz calmada:

—Estás a salvo. Quiero a Mendoza. —Ella intentó morderle—. ¿Está dentro?

Al final Carla dejó de luchar, pero su cuerpo estaba rígido. Pike le quitó la mano de la boca, pero estaba dispuesto a volver a tapparla si chillaba. No lo hizo.

—Hijo de puta... ¿Quién coño eres tú?

—¿Está dentro Mendoza?

—¡Suéltame, cabrón! ¿Eres policía? ¿Quién eres?

—Sí, soy policía. ¿Está dentro Mendoza?

—No hay nadie aquí. No sé dónde está ese desgraciado.

—Vamos a ver.

Fue con ella hasta la casa, manteniéndola delante mientras sacaba el arma. Dejó que abriese la puerta, pero escuchó atentamente antes de que entrasen. La cocina olía a bacon y a marihuana. Oyó el televisor encendido, pero no había voces ni movimiento. Le susurró al oído:

—Espacio.

Mientras entraban la chica gritó de repente:

—¡Lucy, estoy en casaaaa...!

Pike la agarró con fuerza, pero ella soltó una risotada.

—Tío, que no está aquí. Tranquilo.

La llevó primero al salón. En la mesita de centro había una pipa de cristal grande para hachís frente al televisor, como si lo estuviese viendo. La empujó a través del salón y fueron al vestíbulo, y luego por el resto de la casa. Miró en los armarios, la bañera, debajo de las camas... No la soltó hasta que volvieron a la cocina, donde apartó una silla de la mesa y le dijo que se sentara.

—Que te den por culo, cabrón. No pienso sentarme en mi propia casa...

—Siéntate o te siento yo.

Pike vio un hematoma que empezaba a desvanecerse en la mejilla izquierda de Carla Fuentes cuando ella lo miró, clavándole los ojos en sus tatuajes, como si estuviera viendo algo familiar. Se sentó.

—Tú no eres poli. Tú eres el tío que le rompió el brazo.

—¿Dónde está?

—Si lo encuentras me lo dices. Y espero que le des una patada en el culo también.

Pike dio la vuelta a la cocina, buscando algo que le diera influencia sobre la chica o le ayudase a encontrar a Mendoza.

—Si sabes lo mío, señal de que le has visto.

—Y una mierda. Señal de que me llamó cuando le detuvieron. Dijo que vendría a casa anoche, pero el muy cabronazo no apareció. Qué vida más perra llevo.

Pike encontró un móvil color rosa en el mostrador, junto a un paquete de cigarrillos. Lo encendió y empezó a comprobar la guía.

—¿Estaba aquí esta mañana?

—¿No me escuchas? ¡No me ha llamado! Que se joda él y te jodes tú también. He tenido que hipotecar esta casa para pagarle la fianza. Si ese cerdo se escapa, yo pierdo mi casa.

Pike la miró sorprendido. Azzara le había dicho que él cubrió la fianza de Mendoza, pero ahora la novia le estaba diciendo algo distinto. Creyó a la chica. Tenía los ojos rojos y la comisura de los labios tensa. La fianza de Mendoza por su agresión

no tenía que haber sido de más de cincuenta mil dólares, probablemente menos. El fiador la iba a despellejar.

Pike volvió al teléfono y encontró en la lista un número de marcación rápida que decía «Reuben». Memorizó el número y le devolvió a ella el teléfono.

—Llámale. Veremos dónde está.

—No contesta. Llevo todo el día llamándole.

Pike comprobó la lista de llamadas y vio que le decía la verdad. Había marcado el número de Mendoza catorce veces consecutivas y él marcó aquel número de nuevo. El teléfono de Mendoza saltó de inmediato al buzón de voz, de modo que Pike colgó.

—¿Te dijo lo que estaba haciendo cuando le rompí el brazo?

—Dice que peleando. Que te va a dar una buena paliza si te pilla.

—¿Me está buscando?

—Sí, eso dice, pero al verte ahora creo que mentía descaradamente.

Pike se preguntó si aquello significaba que el acoso a Wilson en realidad no iría dirigido a él. Haría daño a Wilson y Dru para cogerle. Dejó el teléfono con los cigarrillos y luego se quedó de pie ante ella.

—¿Por eso no volvió a casa anoche, porque me estaba buscando?

—Eso lo dijo solo para chulearse. Dijo que tenía negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Tenía que ir a ayudar a unos amigos. Es lo que suele decir cuando va con la Trece.

—¿Asuntos de la banda?

—Eso es lo que significa ayudar a unos amigos. Me llamó desde la cárcel, tío, con la poli allí mismo, así que uno no puede decir lo que quiere decir. Dijo que tenía que ayudar a unos amigos, y que volvería a casa, pero no lo hizo, y no me llamó tampoco, y ahora tú te metes aquí. He tenido que hipotecar mi casa por ese puto desgraciado, y ahora parece que se ha saltado la fianza y se ha largado.

Pike creía que ella sabría algo más, pero no lo suficiente para ayudarle a encontrar a Mendoza.

—¿Dónde para él cuando no está aquí contigo?

—Esta es su casa. Le dejé que se viniera a vivir aquí. Nos vamos a casar.

—¿Qué coche lleva?

—Un El Camino del ochenta y seis. Marrón. Como una mierda.

—¿Y dónde guarda los papeles? El registro del coche, las facturas, esas cosas.

La siguió hasta el dormitorio, donde la chica sacó una caja de zapatos del cajón superior de un armario desgastado y lleno de arañazos. Contenía unas cuantas fotos familiares, información de su nacimiento y diversos documentos y recibos. Encontró la factura de venta y registro del El Camino, junto con los números de matrícula y de chasis. No perdió tiempo copiando los números. Se metió la caja debajo del brazo.

—Pero, tío, ¿qué estás haciendo? ¡Esas son sus cosas!

Vio un bolso azul grande que estaba en el tocador. Lo abrió y encontró la cartera

de Carla.

—No tengo dinero ahí —dijo ella.

No buscaba dinero. Al ver las fotos familiares de Mendoza tuvo una idea. En la cartera ella llevaba una funda para fotos, y la primera de ellas era de Mendoza, sonriendo tanto que parecía una calabaza. Pike cogió la foto y volvió a dejar el bolso en el tocador.

—Eres un puto ladrón. Voy a llamar a la poli.

Pike creyó que ya no podía conseguir nada más y salió de la habitación. Carla Fuentes fue tras él, tirándole del brazo ansiosamente.

—Quiero hacerte una pregunta. Si se salta la fianza, ¿de verdad que me quitarán mi casa?

—Sí.

—Pero no es culpa mía si él huye.

—Tú firmaste la fianza.

—Espera un momento... Espera, espera, a ver. Si le matan, ¿pierdo la casa de todos modos? Si está muerto no pueden echarme la culpa, ¿verdad? ¿Me quitarán igual la casa?

Pike se detuvo al llegar a la puerta.

—No. Perderás las tasas de la fianza y la solicitud, pero el tribunal devolverá la fianza al fiador.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no perderás la casa.

Ella se lo pensó un poco y el terror abandonó sus ojos, en parte.

—¿Qué harás cuando le encuentres?

—¿Qué te gustaría que hiciera?

—Romperle el otro puto brazo. Rompérselo bien, y luego darle una buena paliza y matarlo.

Pike salió al sol y se dirigió hacia el Monte Carlo.

Pike se subió al Monte Carlo, pero aquella vez en el asiento del pasajero, dejando a Héctor atado al volante. Una vez más, este se acurrucó para alejarse de Pike todo lo posible.

—Mírame las manos, tío. ¡Míralas! ¡Se me están poniendo azules!

Pike hojeó los documentos que tenía en la caja, a ver lo que eran.

—¿Quieres soltarme ya? Suéltame, tío; esto es un secuestro. Es un delito federal.

—Cállate la boca.

Héctor se calló, gruñendo entre dientes.

Pike encontró recibos de dinero e instrucciones para tres teléfonos desechables que Mendoza había comprado en Best Buy. Se preguntó si su amigo Elvis Cole podría usar aquella información para localizar a Mendoza o identificar a quién estaba llamando. Cole era investigador privado, y tenía relaciones con la mayoría de los proveedores de servicios de telefonía móvil. Quizá también pudiese encontrar a Alberto Gomer.

Pike examinó la foto de Reuben Mendoza y luego la metió en la caja. Estaba dando forma a un plan para sacar de su escondite a Mendoza, y aquella foto le iría muy bien.

—Quédate quieto —le dijo a Héctor.

Este abrió mucho los ojos cuando Pike sacó su cuchillo, le cortó las esposas y lo dejó libre.

—Lárgate.

—¿Cómo que me largue? Este es mi coche.

—Fuera.

—Pero, tío, ¿te llevas mi coche?

—No te lo repetiré.

Héctor abrió la puerta y salió, enfurruñado. Cerró mientras Pike se ponía tras del volante.

—Esto no está bien, robarme el coche... ¿Te llevas mi cartera también? ¿Y el teléfono?

Pike se fue hasta donde tenía el Jeep. Dejó la cartera de Héctor en el Monte Carlo, pero añadió su teléfono a la caja que contenía los objetos personales de Mendoza. No se entretuvo en examinar esas cosas porque quería seguir presionando.

Fue directamente a casa de Lily Palmer, aparcó en el garaje de Wilson y llamó al timbre. Ella respondió al segundo timbrado.

—Ya sabía que volvería. ¿Encontró al final a Wilson y a Dru?

—No, todavía no. ¿Está en casa Jared?

Ella suspiró.

—Siempre está.

Lo llamó en voz alta, y el ruido de las chanclas de Jared anunció su llegada. Se acababa de embadurnar de crema solar y llevaba una botella de cerveza en la mano. Frunció el ceño cuando vio a Pike y se quitó los auriculares del iPod.

—Tío, ya se lo he contado todo. No sé nada más.

—El hombre con el yeso... —Le enseñó la foto de Reuben Mendoza—. ¿Era este?

Jared miró la foto y esbozó una sonrisa de sorpresa que le hizo parecer orgulloso de sí mismo.

—¡Tío! ¡Es él! ¡El hombre del yeso!

—¿Estás seguro?

—A tope.

Jared sonreía y siguió vomitando recuerdos.

—El tío llevaba unos pantalones anchos color caqui, una camisa de cuadros grises abierta, muy grande, y una camiseta blanca debajo. Y era calvo.

Pike había visto a los testigos soltar una avalancha similar de recuerdos cuando era policía. Si a un testigo se le da un apoyo visual, un recuerdo que antes era vago a menudo se concentra. Los psicólogos llaman a estos recuerdos «desencadenantes», y la cascada de remembranzas resultantes son «cadenas de memoria».

—¿Recuerdas algo del segundo hombre?

Jared pensó un momento, pero su boca se entreabrió por el esfuerzo frustrado.

—No, no mucho. Estaba delante, ya casi pasando por la puerta. El hombre del yeso iba detrás. Recuerdo que tenía el pelo negro y llevaba gafas de sol. Sí, creo que llevaba gafas... —Finalmente se quedó sin gas—. Lo siento, tío. No me acuerdo de nada más.

Ahora Pike podía relacionar a Mendoza con el lugar de los hechos mediante una identificación con foto. El segundo hombre era Gomer casi con toda seguridad, pero con Mendoza bastaba.

Volvió a su Jeep para decidir cuál sería su siguiente movimiento, pero sabía que al final tendría que volver a Button: era la última persona que había tenido contacto con Smith. Pike quería saber exactamente qué dijo Smith, cómo lo dijo y cuándo. Esas cosas podían resultar cruciales, y también podían hacer que Button volviese al juego. La policía aumentaría la presión sobre Mendoza, pero había que calcular muy bien el momento de su entrada: en cuanto se introdujese de nuevo, bloquearían los movimientos de Pike y frenarían su impulso. Tenía que cubrir los preliminares antes de que ellos entrasen, y mantener la delantera.

Pike cogió el teléfono de Héctor de la caja, pasó unos segundos examinándolo y luego recorrió la guía de nombres. Encontró el número de Mendoza como R MENDOZA, pero no había nada con GOMER o ALBERTO. Ninguna entrada tampoco por AZZARA, pero sí por MIGUEL. Apretó el botón, oyó dos timbrados y le respondió Mikie

Azzara.

—No me molestes con gilipolleces del taller.

Respondía así porque el identificador de llamadas le decía que era Héctor.

—Estoy aquí —dijo Pike.

Mikie dudó.

—¿Quién es?

—Uno de sus chicos lo escribió en la pared.

Azzara dudó de nuevo, pero esta vez reconoció la voz.

—¿Cómo tiene este teléfono?

—Quiero a Mendoza y a Gomer.

Azzara bajó la voz, como si estuviera en un lugar donde no quisiera que alguien le oyese.

—¿De qué me está hablando?

—Mendoza estuvo en casa de Wilson y Dru esta mañana. Y ahora han desaparecido.

Azzara se aclaró la garganta. Pike oyó algo de fondo, pero no pudo distinguir lo que era. Luego Mikie intentó tranquilizarle, y Pike se preguntó por qué.

—Escuche, no sé nada de esto, pero lo averiguaré. Se lo prometo... No tiene que preocuparse. Estoy seguro de que esa gente está bien.

—Es usted un mentiroso, Miguel. Me dijo que pagó la fianza de Mendoza, pero no lo hizo. ¿En qué más me mintió?

—¿Quiere escucharme? Ahora mismo estoy ocupado, pero le ayudaré, hombre. Tranquilícese. Deme unas horas y...

—El tiempo se ha terminado.

Azzara se quedó callado. Pasaron unos segundos antes de que volviese a hablar. Luego su voz fue más suave, pero no tranquilizadora.

—Está cometiendo un error. Piensa que está hablando con algún guapito mexicano, pero está hablando con La Eme. Somos doscientos mil. Debería esperar, como le digo. No le conviene entrar en guerra con nosotros.

Pike esperó, dejando que la presión de su silencio fuera aumentando. Cuando Azzara por fin habló de nuevo, su voz mostró una tensión que Pike encontró curiosa.

—¿Ha quedado claro? ¿Lo entiende? —Pike no dijo nada—. Le pregunto si lo entiende...

—No, es usted quien no lo entiende.

—¿El qué?

—Que eso es lo que yo hago, la guerra.

Pike colgó, y luego llamó a un amigo llamado Elvis Cole.

Los investigadores con experiencia se referían al lugar donde se había producido un secuestro como «zona cero». Era la intersección donde los caminos de la víctima y el perpetrador convergían y se unían en uno solo. Era una zona de emboscada, de una violencia furiosa y abrupta, o bien una amenaza discreta, donde dos vías se convertían en una sola, pero no se formaban en el vacío. El mundo físico quedaba alterado: un pez ondulaba el agua; un ave que pasaba arrojaba una sombra. Pike sabía eso mucho mejor que la mayoría porque había pasado gran parte de su vida intentando moverse sin ser visto u oído, o bien dejando algún rastro que los demás pudieran seguir. Era difícil. Jared Palmer había visto a Reuben Mendoza. Esa era la primera ondulación, pero Pike sabía que habría otras. El problema era el tiempo: estaba formando una ola con mucha presión y cabalgándola como un surfista que sale disparado por ese túnel verde. Pero volver a casa de Smith para seguir la pista podía costar horas y disminuir la presión. La ola podía derrumbarse. Necesitaba mantenerla, y creía que a nadie se le daba mejor encontrar y recuperar a personas perdidas como a su colega Elvis Cole.

Este era un investigador privado con licencia a quien Pike conocía de la época en que todavía llevaba placa. No parecía que hicieran precisamente muy buena pareja, ya que Pike era muy silencioso y reservado, y Cole en cambio era una de esas personas que piensan que son muy chistosas. No obstante, se parecían más de lo que la gente se imaginaba. Cole era un simple aprendiz en aquella época, y trabajaba para un detective angelino de la vieja escuela llamado George Feider, con el fin de acumular las tres mil horas de experiencia que el estado requería para poder darle la licencia.

Cuando consiguió las tres mil horas, Feider ya pensaba en retirarse y Cole quiso comprarle la agencia. Pike había dejado la policía por aquel entonces, y estaba ganando bastante dinero con contratos militares y de seguridad privada. Compraron la agencia los dos juntos, aunque Pike siempre permaneció en la sombra. Lo prefería así: que nadie le oyera ni le viera.

Mientras esperaba que llegase Cole, Pike llamó a Hydeck y Betsy Harmon, esperando equivocarse sobre la desaparición y que Wilson o Dru hubiesen devuelto las llamadas o finalmente hubiesen aparecido en su cocina. Pero no fue así, y Betsy Harmon se quejó una vez más de que nadie había limpiado el estropicio.

Veinticinco minutos después de que Pike llamase a Elvis Cole, este entró en el Jeep procedente de un bar de Abbot Kinney, a unas pocas manzanas de los canales. Había venido rápido. Si llevaba algo entre manos cuando lo llamó Pike, no lo mencionó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Pike empezó con el arresto de Mendoza dos días antes, y le esbozó la secuencia de acontecimientos, incluyendo la búsqueda de Mendoza y su llamada a Miguel Azzara. Cuando terminó, Cole examinó la foto de Mendoza y levantó la vista.

—Así que no crees que se fueran a Oregón.

—No. Si no hubiesen visto a Mendoza en su casa. A lo mejor sí, pero eso cambia el asunto por completo.

—¿Qué crees entonces, que les siguió a casa para amenazarles y que la cosa acabó en secuestro? ¿Que obligó a Smith a hacer la llamada?

Pike asintió, pero no quiso poner en palabras sus miedos más oscuros: que el secuestro se hubiese convertido en una carnicería.

—¿Has intentado volver a llamarles?

—Cada vez que lo hago sale el buzón de voz. No devuelven las llamadas.

Cole asintió con el rostro inexpresivo, como si estuviese examinando todos los ángulos del asunto.

—Eso es lo que ocurriría si les hubiesen quitado los teléfonos.

—Sí.

Cole echó una mirada alrededor.

—Olvidemos a Mendoza por un momento... Quizás estaban tan asustados que se imaginaron las malas noticias y apagaron los móviles.

—Wilson quizá, pero no Dru. Dru llamaría si pudiera.

—¿Sí?

Pike se dio cuenta de que Cole le miraba.

—La conozco.

—Ah.

Pensó que quizá tendría que haberlo expresado de otra manera.

—Nos tomamos una cerveza.

—Ya.

—Quedamos para salir. Ella me lo pidió.

—Ya veo.

Cole le pidió los números de móvil y dijo que intentaría preguntar por su actividad en el proveedor de servicios de telefonía. Pike se los recitó, y luego le entregó la caja de zapatos de Mendoza y el teléfono de Héctor. Cole hurgó en el contenido.

—De acuerdo, con esto puedo empezar. ¿Qué pasa con la policía? ¿Lo están tratando como un secuestro?

—No saben nada de Mendoza.

Cole levantó la vista desde la caja.

—¿Por qué no?

—Quería que tú vieras la casa primero. Aportas una mirada nueva, eres más rápido y verás cosas que ellos se están perdiendo.

Cole intentó adoptar un aire modesto.

—Ni que decir tiene.

—Pero no tendrás mucho tiempo. En cuanto estés allí, yo me iré a ver a Button. Seguro que va a casa de Smith, así que nosotros tenemos que ir primero.

Cole echó una mirada de nuevo a la foto de Mendoza, y se la devolvió a Pike.

—Vamos, tenemos mucho trabajo.

Pike iba delante y Cole lo siguió en su propio coche. Como las calles eran estrechas y el aparcamiento difícil, dejaron los vehículos en Venice Boulevard y se acercaron a casa de Smith a pie. Pike no quería tener otra conversación con los Palmer, de modo que se detuvo muy lejos de su vista y señaló la casa de Smith. Ya había hablado de Jared a su compañero. Cuando este vio la casa, echó una mirada a Pike.

—¿Un tío que se gana la vida con un puesto de comida para llevar tiene una casa así?

—No es suya, la están cuidando. Es de un guionista de televisión retirado.

—¿Has estado dentro?

—Solo para buscar cuerpos. Entré por la ventanita de un lado, en el lavadero, para no alterar la escena.

Explicó que no había encontrado señales de entrada forzada en el exterior de la casa, y nada de sangre ni señales de lucha ni en el aparcamiento ni en el jardín delantero. Quería que Cole se concentrase en el interior porque tendrían un tiempo limitado en cuanto él fuese a la policía.

—Cuando acabe con Button te llamo, te esperaré en casa de la novia. Los he metido en el juego a ella y a Azzara para hacer algo de presión sobre Mendoza. Cuando Button entre en escena la presión aumentará mucho más, y quizá Mendoza se quiera ir a casa.

Agobiar al enemigo era una táctica que Pike usaba en combate. Si se crea suficiente estrés en el objetivo, acaba por coger pánico y huir. Casi siempre vuelven a casa.

—Suená bien. Yo veré lo que averiguo sobre Mendoza y Gomer, y te relevo esta noche —apuntó Cole.

Ya habían terminado, y Pike sabía que debía irse, pero se quedó mirando la casa. Se imaginó a Dru y Wilson dentro después de volver de su tienda. Vio a Mendoza y al segundo hombre moviéndose hacia la puerta, e intentó quitarse de la cabeza lo que se imaginó a continuación.

Se dio cuenta de que Cole le había dicho algo, pero no lo oyó. Su compañero lo miraba con una expresión curiosa, y cuando volvió a hablar su voz era amable.

—¿Estás bien?

—Le dije que me ocuparía. Que no les volverían a molestar.

La repentina simpatía en los ojos de Cole hizo que Pike se sintiera algo violento. Apartó la vista.

—Eh... —dijo Elvis Cole. Pike lo miró—. ¿No soy el mejor detective del

mundo? Yo me hago cargo, Joseph. La encontraremos.

Se alejó antes de que Pike pudiera responder.

Pike miró un momento a su amigo y luego se dirigió hacia su Jeep. El tiempo pasaba, y era enemigo suyo.

Se fue a toda velocidad a la comisaría de policía de Pacific Community.

La comisaría era un edificio moderno y bajo, de ladrillo, rodeado por un muro y unos esbeltos pinos en Culver Boulevard, a un kilómetro y medio de la casa de Pike. Un asta con la bandera americana se erguía orgullosamente ante ella, al otro lado de un tablero que anunciaba un fiador. Las casitas de clase media que se alineaban en el bulevar eran limpias y atractivas. Esos barrios, como la propia comisaría, hacían que resultase difícil de creer que a menudo las guerras entre bandas rivales llenaban la calle de sangre a solo unos minutos de distancia.

Pike aparcó junto a la bandera a las 15.07. La guardia cambiaría a las 16.00, de modo que cualquier detective que no estuviera en el tribunal o sobre el terreno se encontraría dentro acabando su jornada. Necesitaba saber si Button era uno de ellos.

Llamó a Información de la comisaría para averiguar el número del detective, y luego marcó ese número.

—Pacific. Detective Harrison al habla.

—Soy Dale King, de administración. ¿Está ahí todavía Button?

Llamaba al nuevo edificio administrativo, que había reemplazado al centro Parker.

—Sí, no cuelgue, voy a buscarle —contestó Harrison.

Pike esperó hasta que la detective lo puso en espera, y entonces colgó. Creyendo que Button se negaría a verle, fue caminando en torno a la comisaría por el aparcamiento civil, y luego saltó un muro bajo y se dirigió a la estructura de aparcamiento de dos pisos donde guardaban sus coches los oficiales. No le gustaba perder el tiempo, pero no tuvo que esperar mucho.

Catorce minutos más tarde Button salió de la parte trasera de la comisaría con otros detectives y oficiales de uniforme de camino a sus coches. Llevaba un maletín, la chaqueta y la corbata en el otro brazo, y vestía una camisa azul claro con manchas de sudor en las axilas. Portaba también un pequeño revólver sujeto al cinturón.

Pike estaba detrás de una columna cuando pasó Button, dirigiéndose a su furgoneta Toyota color marrón claro. Se cambió la chaqueta del brazo derecho al izquierdo, y estaba buscando las llaves cuando Pike apareció ante él, saliendo de detrás de la columna.

—Button...

Este dio un salto a un lado. Buscó su pistola, dejando caer el maletín y las llaves que acababa de sacar de la chaqueta. Pike levantó ambas manos con calma, mostrando las palmas.

—No pasa nada.

Si Button se sintió violento por su reacción, no lo demostró. Recogió el maletín y

las llaves y siguió andando hacia su furgoneta.

—Esta es una zona de aparcamiento para la policía. Vete de aquí.

—Los han raptado.

—¿De qué coño estás hablando?

—Wilson Smith y Dru Rayne. Han desaparecido.

Button abrió la puerta del coche y arrojó la chaqueta y el maletín dentro.

—Se han ido a Oregón, tío. Y otra cosa: Straw está que echa humo. No me importa demasiado, porque es un federal chulo y creído; probablemente te odia más que yo.

—Reuben Mendoza y otro hombre que quizá fuese Gomer han estado en casa de Wilson y Dru a las 8.45 esta mañana. ¿A qué hora ha llamado Smith?

Button ya tenía una pierna metida en la furgoneta, pero salió de nuevo, mirando a Pike con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes que me ha llamado?

—Por Hydeck. Estaba en la tienda de Smith cuando hablaste con ella. De ahí fui a la casa de ellos.

—¿De verdad?

—Tienen una cancela delante que hay que atravesar para llegar a la vivienda. El chico de la puerta de al lado ha visto a Mendoza y a otro tío entrando por esa cancela a las 8.45. Se llama Jared Palmer. Habla con él.

Pike vio la tensión en la cara de Button mientras este comparaba el odio que sentía por Pike con lo que estaba oyendo, como si tuviese que trepar una pared antes de poder seguir adelante. Finalmente se alejó un poco, dejando abierta la puerta del Toyota.

—¿Cómo sabe el chico que era Mendoza?

—No lo sabe. Le he enseñado esto. —Sacó la foto. Button le echó una mirada pero no la tocó.

—De uno a diez, ¿en qué medida está seguro?

—Un diez.

—¿Está seguro de la hora?

—La madre ha relacionado los hechos con el programa *Today*. Jared salió a buscar un batido de chocolate un poco después de las ocho y volvió pocos minutos después de la pausa de la media hora. Eso sitúa a Mendoza allí al menos a las ocho cuarenta y cinco. ¿Cuándo has sabido algo de Smith?

Button miró de nuevo la foto y esta vez dedicó un rato a examinar cuidadosamente a Mendoza.

—¿Y el segundo hombre? ¿Era Gomer?

—No tenía una foto de Gomer. ¿A qué hora has hablado con Smith?

—Sobre las nueve, justamente aquí mismo, quizás un poco más tarde —contestó Button. Frunció el ceño pensando en todo aquello y lo que podía significar si era cierto, pero aun así no quería aceptarlo. Meneó la cabeza—. No, no es posible. No

dijo nada de eso.

—Quizá Mendoza le estaba apuntando con una pistola a la cabeza.

—No, imposible. El chico está equivocado.

—Ha visto el yeso, y eso no se lo he dicho yo, Button. Me ha dicho que el hombre iba enyesado. Lo ha visto entrar por la cancela a las 8.45.

Button miró de nuevo la foto, como si todavía no consiguiera verla con claridad.

—He hablado con él. Estaba bien.

—No si Mendoza estaba allí.

Button enrojeció y sus ojos se encogieron como si fueran dos bolitas oscuras.

—¿Me estás diciendo que he pasado algo por alto?

—¿Lo has hecho?

La academia enseñaba a los oficiales que la gente que afirma cosas bajo coacción ofrece señales reveladoras. Son deliberadamente lacónicos y dubitativos porque tienen miedo de decir algo erróneo. La estructura de sus frases a menudo es confusa o repetitiva por el mismo motivo, y su voz suele temblar o romperse debido a la contracción del esófago, causada por la adrenalina que fluye por su organismo.

—Te digo que estaba bien. No parecía un tipo que tiene una pistola en la cabeza. Ni siquiera ahora, recordándolo, me parece que hubiese ninguna de las señales.

—Entonces olvidemos las señales. ¿Qué ha dicho?

—Que la gente como nosotros (y eso nos incluiría a mí y a ti, Pike, a quien ha mencionado específicamente) no hacíamos más que empeorar las cosas, costarle una fortuna, y que les iban a matar por nuestra culpa. ¿Quieres más? Me ha dicho también que me metiera a Mendoza y todo el resto de Los Ángeles por el culo.

Button iba gritando cada vez más, de modo que tres oficiales que pasaron se quedaron mirando. Esperó hasta que se hubieron ido para seguir hablando, pero sus ojos seguían furiosos.

—Pero ¿a ti qué coño te importa, de todos modos? No es asunto tuyo.

—Como dijo Smith, quizá lo haya empeorado.

Button apartó la vista como si se sintiera incómodo de repente.

—¿Por qué crees que han desaparecido?

—Eres la última persona con la que han contactado. Mucha gente les ha intentado llamar, pero no responden y no han devuelto las llamadas.

—Eso no significa nada. Puede haber cien motivos diferentes para eso.

—Por ejemplo que Mendoza pasó por su puerta.

Button se quedó de nuevo mirando el suelo, y luego suspiró.

—El tío estaba enfadado, ¿vale? Pero sonaba natural; solo enfadado y desahogándose. Me ha dicho lo que le han hecho en la tienda, lo de las cabezas y todo eso, y que se iban a Dodge unas semanas para dejar que las cosas se enfriasen.

—Oregón.

—Han dicho que tenían amigos allí. Y ya está. Aunque aceptase que Mendoza estaba en su puerta, nada de lo que ha dicho el tío llama la atención. No intentaba

transmitir ningún mensaje oculto. No había ninguna súplica sutil de ayuda. No lo veo.

Pike se creyó la afirmación de Button sin dudar, aunque su descripción de la llamada no cuadraba con la presencia de Mendoza. Pike había esperado alguna insinuación o pista de lo que había ocurrido y de dónde podían estar.

—Entonces, ¿qué hacía Mendoza en su casa? —dijo.

Button suspiró, y Pike supo que se estaba preguntando exactamente lo mismo.

—¿Cómo se llama el chico?

—Jared Palmer. Vive en una casa blanca moderna, al lado de la de Smith.

Button se sacó un bloc y bolígrafo de su bolsillo y lo apuntó.

—Bien. Llevaré la ficha con las fotos de Gomer. —Se metió de nuevo el bloc en el bolsillo, pero no parecía demasiado contento—. ¿Te ha dicho lo del yeso él solo? ¿No le has dicho nada tú primero?

Pike negó con la cabeza, y Button frunció el ceño.

—Putos gilipollas. Mendoza se enfrenta a una acusación por agresión que sabe que el fiscal agravará a lesiones, y no es capaz de dejar las cosas...

Pike sabía a qué se refería Button, pero no dijo nada porque sus pensamientos eran demasiado oscuros. Las cárceles estaban llenas de asesinos convictos a los que habían servido un muslito de pollo cuando querían un cuarto, o que creían que les faltaban al respeto cuando una mujer no les hablaba en un autobús, o que estaban convencidos de que un camarero les ignoraba. Cuando un hombre se sentía frustrado o furioso, cualquier razón bastaba.

Button empezó a alejarse pero luego volvió. Pike vio que todavía tenía la foto de Mendoza. Se la tendió, pero, cuando fue a cogerla, Button no la soltó.

—Supongo que no recuerdas las normas, ya que devolviste la placa. Si tenemos que acusar a ese idiota has eliminado al chico, Jared, como testigo. Al haberle enseñado una foto como esta, su abogado alegará que tú convenciste al chico de que el hombre al que vio era Mendoza, aunque hubiese visto a otro. Y el juez lo aceptará.

Button soltó la foto y volvió a su furgoneta.

Pike sabía que tenía razón, pero el caso no le importaba nada. Lo que le importaba era Dru Rayne.

Estaba a mitad de camino hacia su Jeep cuando llamó Elvis Cole.

Elvis Cole

De pie en el callejón entre los canales, cuando Joe Pike lo dejó para ir a hablar con Button, Cole ya sabía que Pike pensaba en lo peor y que estaba en plan Terminator. Pike se había concentrado en un objetivo y seguiría adelante como una máquina, sin descanso. Cuando Cole era Ranger llamaban a esa actitud «compromiso con la misión», y el de Pike con la suya era excepcional. Pero Cole no estaba convencido de que hubiese pasado lo peor. Quería entrar en la casa sin ideas preconcebidas e interpretar los hechos tal y como apareciesen. Como decía Joe, quería verlo con una mirada nueva.

Se desplazó hasta la puerta delantera de Smith como si fuera un residente más que ha salido a dar un paseo. Pike le había advertido del problema con Jared, y le había explicado que era mucho más seguro saltar la valla por el lado opuesto al garaje, pero él quería ver la cancela que había usado Mendoza. La ventana de Jared estaba despejada, de modo que examinó la manija. Se cerraba con una cerradura sencilla, con llave, desgastada y rozada por el tiempo. Apretando un timbre en el poste se hacía saber a los de la casa que estabas allí. Probablemente habría otro botón en el interior que abriría la puerta. Una placa de metal cubría el hueco entre esta y el poste, donde el cerrojo encajaba. La placa estaba diseñada para evitar que alguien corriese el cerrojo, pero Cole sabía que era fácil de abrir. No veía cortes ni arañazos recientes en el metal que lo rodeaba, pero también sabía que era fácil no dejar marcas.

Comprobó que ni Jared ni otras personas estuvieran mirando y saltó por encima.

La puerta principal era de madera, normal y corriente, teñida de oscuro para que hiciera juego con el resto de la casa. Encima del picaporte se encontraba una cerradura Master incrustada en el marco. Cole sacó unos guantes de látex, eligió una ganzúa y un tensor de su equipo de ganzúas y empezó a trabajar. Dos minutos para la cerradura, uno para el picaporte. Entrenamiento cortesía del Ejército de Estados Unidos.

Abrió la puerta lentamente y entró en un pequeño vestíbulo embaldosado. La casa estaba fría. Olía a grasa, a marisco y a un aroma floral que no sabía identificar. Cole escuchó unos segundos, luego anunció con firmeza:

—Departamento de policía. Aquí el detective Banning, de la policía de Los Ángeles. ¿Hay alguien en casa?

Dejó pasar diez segundos más o menos y luego cerró la puerta y pasó el cerrojo. Entrar era lo más comprometido. Cole había dado con pitbulls, sonámbulos, tres hombres desnudos practicando yoga, siete niños abandonados de menos de cuatro

años y una vez dos adictos a la meta adrenalínicos con escopetas del calibre 12 esperando a su camello. Aquel no fue uno de sus mejores días.

Sin moverse, examinó el suelo y las paredes del vestíbulo. No vio sangre, ni marcas de rozaduras intensas, ni casquillos, ni muebles tirados o fuera de su sitio, ni prueba alguna de lucha.

Su plan de ataque era investigar en el segundo piso primero, por si aparecía la policía, de modo que se dirigió a las escaleras, comprobando cada paso mientras iba subiendo. Pasó rápidamente por el rellano y luego fue al despacho. Pike ya le había explicado la distribución.

El despacho estaba muy bien amueblado, y estaba claro que pertenecía a alguien que había disfrutado de una carrera llena de éxitos en la televisión. Llenaban las paredes certificados de reconocimiento de series policiales que ya no estaban en antena, la mayoría de las cuales Cole reconoció por los actores. Todos aquellos documentos ostentaban el mismo nombre. Producido por Steve Brown. Escrito por Steve Brown. Dirigido por Steve Brown.

Aunque Cole no reconocía aquel nombre, le gustaban los programas.

—Buen trabajo, Steve. Bien hecho.

Aunque la habitación estaba bien amueblada, notó que había huecos vacíos en las paredes, donde faltaban algunos cuadros, y en los estantes, de donde se habían quitado también libros. No había tampoco ordenador, ni máquina de escribir ni ningún otro equipo de oficina presente, excepto un teléfono. Probablemente eran cosas que Brown había guardado mientras estaba fuera. No tenía sentido tentar a los huéspedes.

Descolgó el teléfono, pero no había línea. Posiblemente había dado de baja el servicio.

Aunque era improbable una entrada forzada en el segundo piso, Cole comprobó las ventanas y las puertas que conducían afuera, a la terraza. Las encontró todas intactas y se dirigió al dormitorio principal.

Era grande, desordenado y decepcionante. Cole había esperado averiguar si Smith se había ido voluntariamente al ver si estaban o no su ropa y sus objetos de aseo, pero era obvio que el propietario había dejado un guardarropa muy bien provisto. El enorme vestidor y el baño estaban repletos de ropa y objetos de tocador, muchos más de los que se habría traído un ocupante temporal. Cole no podía saber qué era lo que pertenecía a Brown y si había algo de Smith o faltaba alguna de sus cosas. Incluso había piezas de ropa de mujer, pero podían pertenecer perfectamente a una novia de Brown, tanto como a Dru Rayne.

Encontró un solo artículo que sabía que pertenecía a Smith: un archivador de metal abollado que se encontraba en el suelo, junto a la cama. Contenía recibos, facturas y estados de cuentas pertenecientes a la tienda de bocadillos, un recibo rosa por un Tercel del 2002, pólizas de seguros y otros documentos triviales de la vida cotidiana. Nada que no se pudiera dejar para pasar fuera un par de semanas, y nada

que nadie considerase digno de ser robado.

Tras acabar con el segundo piso, Cole bajó las escaleras. Empezó en el lavadero, vio las marcas de Pike en la ventana y rápidamente se dirigió al dormitorio de abajo. Wilson se había instalado arriba, en el dormitorio principal; su sobrina abajo. A diferencia del dormitorio principal, este tenía la cama hecha y la habitación estaba limpia, arreglada y ordenada. Nadie había tocado las ventanas. Cole encontró unas cuantas blusas, vestidos y pantalones vaqueros de mujer en el armario. No era mucha ropa, pero no podía saber si era todo lo que tenía la mujer o si se había llevado unas cuantas cosas para hacer un viaje.

Luego fue a la cocina, que se abría hacia una habitación grande con una cristalera que ofrecía una agradable vista del canal. Otro teléfono digital sin línea se encontraba en el mostrador, junto a un fregadero lleno de platos. Eso le molestaba. Era como las cabezas de cabra y la sangre: nadie podía irse dejando un desorden como aquel, pero Button aseguraba que eso era exactamente lo que había hecho Wilson. A Cole le daba mala espina todo aquello, pero en sí mismo no probaba nada. Quizá que Smith era un vago.

En el frigorífico había varios folletos de menús para llevar sujetos con imanes. Cole lo abrió y lo encontró lleno de leche, cerveza, refrescos y lo que parecían ser ostras fritas y gambas en unos contenedores de cartón blancos y grasientos. ¿Dos personas que se dedican a la restauración dejarían en el frigorífico una comida que sabían que se estropearía?

Cuando cerró la nevera vio una nota escrita a mano y sujeta a la puerta. No la había visto antes porque estaba medio oculta entre los menús.

EN CASO DE EMERGENCIA LLAMAR AL 911.
PROBLEMAS DE FONTANERÍA,
LLAMAR A NICKY TATE - 323-555-8402
SI ME NECESITÁIS MIENTRAS ESTOY EN LONDRES:
STEVE - 310-555-3691

En Londres eran ocho horas más. Era tarde, pero Steve Brown quizás estuviese levantado. Si Smith se preocupó de llamar a Button, quizá llamase también a su anfitrión. Cole marcó el número.

El teléfono de Brown sonó seis veces antes de que saltara el buzón de voz.

—Señor Brown, me llamo Elvis Cole. Estoy en Los Ángeles. Por favor, ¿podría llamarme con relación a Wilson Smith y Dru Rayne?

Cole dejó su número, colgó y luego fue a la ventana que estaba encima del fregadero. Era lo último que iba a comprobar antes de irse. No había encontrado ninguna prueba consistente de secuestro pero tampoco de un viaje, y ya estaba pensando a cuál de sus contactos de la policía de Los Ángeles llamar por el asunto de Mendoza y Gomer. La casa había sido una decepción, y ya tenía la cabeza puesta en

otra cosa.

Examinó los cierres de la ventana y del marco interior, y entonces fue cuando vio un solo corte profundo en la parte exterior del marco: una muesca delgada y brillante que resplandecía en el metal, junto al cerrojo, mucho más brillante que el metal que la rodeaba. Cole tocó la manija y la ventana se abrió sin esfuerzo alguno. En cuanto la hubo abierto vio un hueco profundo en el marco. Cerró la ventana. La miró unos segundos y luego llamó a Joe Pike.

—¿Habías mirado la ventana de la cocina?

—Sí. Todas las ventanas.

—La de encima del fregadero.

—¿Has encontrado algo?

—Alguien la ha forzado. Lo estoy mirando. Hay una rascadura en el marco, al parecer donde resbaló el destornillador, y está doblado por el cerrojo. ¿Todo esto no estaba así esta mañana?

—No.

—El cerrojo está roto. La ventana se abre tranquilamente.

—Esta mañana no era así.

—Eso significa que ha ocurrido tres o cuatro horas después de que Jared viese a Mendoza.

—¿Has encontrado algo en la casa?

—Nada. No hay señales de que se los llevaran. Ni tampoco de que se fueran de viaje. Nada.

—Entiendo.

—Yo no.

—Ya lo entenderás más tarde. Acabo de dejar a Button. No tengo tiempo.

Cole dejó el teléfono y miró la ventana. Quizá no encontrase pruebas de delito alguno porque alguien ya las había encontrado. Quizás antes hubo muchas señales de lucha y alguien se había ocupado de limpiar la escena del crimen.

Volvió a la entrada principal, y estaba a punto de salir cuando vio un estante vacío de libros. Steve Brown mostraba una gran prudencia a la hora de almacenar sus artículos más valiosos. Quizá sus libros y su ordenador no fueran las únicas cosas que decidió ocultar.

Pasó los dedos por la parte superior de la librería y encontró una llave bastante desgastada. La probó en la puerta delantera, y vio que encajaba perfectamente en la cerradura. Brown había guardado dentro la llave de repuesto mientras se iba, en lugar de dejarla fuera, donde podía encontrarla algún ladrón. Un hábil movimiento de alguien que conocía todos los trucos, porque había escrito muchas series de policías.

Cole salió. Cerró con la llave y luego la escondió debajo de la verja. Abrió la cancela delantera, se aseguró de que nadie miraba, se quitó los guantes de látex y salió. Cogió aire una sola vez, profundamente, lo soltó y dejó que la tensión se fuera con él. Lo había mirado todo con una mirada nueva, y ahora era diferente, y quizá lo

que temía Pike fuese verdad.

Cruzó el callejón para tener una visión mejor de la casa de Smith y miró a ambos extremos del callejón. Estaba lleno de casas pegadas unas con otras, y solo había una vía para que entraran o salieran los coches. Una persona podía entrar o salir por los puentes para peatones, pero para los coches solo había una manera. Era un lugar pésimo para cometer algún delito, pues ese tipo de lugares eran estupendos para los testigos.

Un hombre flaco, con el pelo negro y desgredado, se asomó a la ventana superior de la casa Palmer. Debía de ser Jared. Se quedó mirando a Cole con el ceño fruncido y este le devolvió la mirada, pensando que si había un Jared quizás hubiese más.

Cole había decidido llamar a todas las puertas cuando un sedán Crown Victoria enfiló el callejón, dirigiéndose hacia él. Un hombre lo conducía y una mujer iba en el asiento del pasajero. Supo que ambos eran policías, y se preguntó si el hombre sería Button.

El enorme sedán de Detroit era tan ancho que llenaba toda la calle. Cole se hizo a un lado para dejarles pasar y les dirigió un alegre saludo con la mano.

—Bonito día, ¿verdad? Un tiempo estupendo para pasear.

El hombre lo miró como si fuese basura.

—Fantástico si uno no tiene que trabajar para vivir.

La mujer parecía violenta.

Cole siguió su camino. Tras él, el Crown Vic se detuvo frente a la casa de los Palmer y de él se bajaron el hombre y la mujer.

Fue andando por el centro de la calle, buscando casas que tuvieran grandes ventanas o terrazas con una vista clara de la calle, pero encontró algo mejor: una casa moderna, color verde oscuro; estaba justo enfrente, a dos puertas de distancia de la de los Smith. Tenía unas líneas elegantes, el tejado plano y una puerta grande de acero. Había una cámara de seguridad que parecía una burbuja negra sujeta a un muro junto a la puerta.

Cole comprobó lo que estaban haciendo los policías y vio que la puerta delantera de los Palmer estaba ahora abierta. Jared y su madre estaban en la calle con los policías.

Se acercó más aún a la cámara. Como estaba enfocada hacia la puerta, probablemente no tenía una visión completa de la calle, pero quizá bastase para que se viera un poco un coche que pasaba.

Notó ese sutil cosquilleo eléctrico que siempre venía cuando sabía que estaba de caza. Muchos sistemas de seguridad estaban conectados a una grabadora de vídeo; algunos solo grababan cuando se apretaba el timbre, pero otros lo hacían continuamente en un disco reutilizable. La cámara quizá no le diera nada, pero también podía dárselo todo.

Echó una última mirada hacia la casa de los Palmer. La puerta estaba cerrada, y ahora los dos policías estaban dentro, hablando con Jared.

Dio la vuelta a la esquina y entonces, como Joe Pike, echó a correr.

La oscuridad se abatió sobre Joe Pike como una ominosa nube negra. No sabía dónde estaba, ni cuándo, ni cómo se había dejado atrapar en aquella cosa horrible. Solo sabía que la sombra gigante lo sofocaba con una oscuridad de la que no podía escapar. La sombra cayó sobre él con la delicada suavidad de la niebla, pero al mismo tiempo le aplastó con el espantoso peso del cemento, un pozo de negrura creciente que llenaría pronto su boca, su nariz, sus oídos. Pike luchó desesperadamente por librarse, pero no podía mover brazos ni piernas. Se esforzó por librarse gruñendo, siseando, escupiendo, y las lágrimas salieron volando mientras movía la cabeza de lado a lado. No sabía qué era aquello, aquella sombra. No comprendía cómo podía sujetarle, por qué no podía escapar. Salía de la oscuridad, como siempre, y un día le mataría... como temía que le hubiese matado antes.

Pike se despertó con las sábanas húmedas enrolladas en torno a las piernas. Estaba alerta y despierto, pero no tenía recuerdo alguno de su pesadilla. Nunca las recordaba. A veces, en los primeros momentos de conciencia, veía oscuras formas, una sombra sobre otra, pero nada más. Nada nuevo; no perdía el tiempo preocupándose por aquellas cosas. Había sufrido terrores nocturnos desde que era niño.

Miró su reloj. Las manecillas luminosas le dijeron que eran las 3.17. Cole le había relevado hacía noventa minutos, y ahora se encontraría sentado ante la casa de Carla Fuentes, esperando a Mendoza. Pike se había ido a casa a descansar un poco, pero su sueño había terminado por aquella noche.

Se deshizo de las sábanas y saltó de la cama. Vio su móvil en la mesita de noche y pensó en Dru. Comprobó el teléfono, pero no había mensajes ni llamadas perdidas.

Se puso unos pantalones cortos de atletismo color azul claro y la misma sudadera del día anterior, y se llevó los zapatos escaleras abajo, antes de ponérselos. No encendió la luz. No lo necesitaba, veía bastante bien en la oscuridad.

Abajo se bebió media botella de agua, se puso las zapatillas y se ató una riñonera de nailon. En ella llevaba el móvil, las llaves, el carné de conducir y una pistola de bolsillo Beretta del calibre 25.

Desactivó la alarma, la programó para que se volviera a conectar al cabo de sesenta segundos y salió.

Se quedó muy quieto, mirando a su alrededor, y luego se estiró y empezó a correr. Pike casi siempre corría por las mismas cuatro o cinco rutas, dirigiéndose hacia arriba, a Ocean Boulevard, a través de Santa Mónica, a los cañones, o en torno a las colinas Baldwin, o La Ciénaga, más allá de los pozos de petróleo. Aquella noche corrió hacia el oeste, hacia Washington Boulevard, recto hacia el mar, luego hacia el norte hasta la punta de los canales de Venice y por un puente peatonal. Se detuvo en la parte superior del puente para mirar hacia abajo, al canal.

Un perro ladró hacia el interior, en algún lugar de Ghost Town, y Pike oyó vehículos en el cercano Pacific Boulevard, pero allí las casas dormían. El olor del mar era fuerte. El canal más grande, Grand Canal, corría hacia el océano a través de Marina del Rey, y llenaba de vida los cinco cauces interiores. En las aguas poco hondas nadaban los pececillos, y las plantas acuáticas crecían en ondeantes matojos.

Pike había elegido aquel puente porque desde allí se veía la casa de Dru. Muchas de las casas tenían luces exteriores de seguridad que ahora se reflejaban en el agua, pero la distancia y la niebla de la costa hacía que resultase difícil distinguir la de ella. Vio primero la de Lily Palmer, blanca y moderna, y luego la roja de secuoya de Dru, más lejos. Como muchas de las otras viviendas, estaba salpicada por las luces de los

focos exteriores, probablemente accionados por un temporizador. Luego observó que en el dormitorio del piso de arriba había luz. Buscó sombras en ella, pero nada se movía.

Pike bajó del puente y se dirigió por estrechos callejones hacia la casa de Dru. Nada se movía, no había nadie, no ladraba ningún perro. «Esta gente debería tener perro...», pensó.

Las farolas y luces de seguridad ardían con intensidad en aquella estrecha calle, dando a la neblina un resplandor de un azul amoratado. Pike se detuvo junto a la casa de Dru. Unas pocas ventanas estaban iluminadas débilmente de color ocre en las casas que le rodeaban, pero la mayoría permanecían oscuras y todo estaba muy tranquilo. Nadie estaba despierto. Hasta la ventana de Jared estaba a oscuras.

Pike sacó su móvil de la riñonera y apretó el botón de marcado rápido para llamar a Elvis Cole. Este respondió al segundo timbrado, en voz baja pero completamente alerta.

—¿Qué ocurre?

Pike habló susurrando.

—¿Te dejaste una luz encendida en el dormitorio de arriba de casa de Dru?

—¿Una luz?

—Estoy junto a la casa. Hay luz en el dormitorio de arriba.

—Estuve allí, pero no recuerdo encender la luz, ni tampoco haberla apagado. No sé.

—Mmm.

—¿Crees que hay alguien dentro?

—Me choca lo de la luz...

—¿Vas a entrar?

—Sí.

—La llave de repuesto que encontré está detrás de la verja, junto al poste de la entrada. No el que está cerca de la casa, sino el otro.

—Y tú, ¿qué tal?

—Luces apagadas, se acabó lo que se daba. La chica está en coma.

—Vale.

—Oye, llámame cuando te vayas de allí, ¿de acuerdo? Si no llamas tendré que ir a salvarte, y perderé a Mendoza.

Pike guardó el teléfono. Aspiró con fuerza el aire de la calle y el aroma del mar, escuchando, pero solo se oía el ruido ambiental normal. Entró en las sombras junto a la cancela, y luego saltó por encima y se dejó caer silenciosamente en el jardín. Hizo una pausa para escuchar y luego buscó la llave.

Le costó casi un minuto meterla en la cerradura, otro minuto dar la vuelta al picaporte y dos minutos enteros abrir la puerta. El vestíbulo estaba oscuro, solo lo iluminaba un leve resplandor que escapaba de arriba. Pike aguzó el oído para captar cualquier sonido de la casa, pero no oyó nada. Solo entonces cerró la puerta.

Se desplazó por la casa sin encender las luces, evitando las ventanas también. Las grandes dejaban entrar la luz suficiente para ver que no se había movido nada. Todo estaba tal y como él lo recordaba y como lo había descrito Cole.

Llegó a la habitación de arriba, pero no entró. Estaba encendida la lamparita de la mesilla de noche. Pike rememoró su rápido viaje por la casa aquella misma mañana, pero no recordaba la lamparita. Era pequeña. Durante el día, su luz podría haber quedado ahogada por el sol, cosa que explicaría por qué ni él ni Cole la recordaban. Pero a Pike no le gustaba no saber las cosas, y la lámpara era un enigma.

Retrocedió, salió, cerró la puerta y dejó la llave junto a la verja. Se quedó de pie en el jardín un momento más, escuchando, y luego se deslizó entre las sombras a lo largo de la casa de Dru, hasta llegar al borde del canal.

Se preguntó dónde estarían Dru y Wilson, si estarían bien. Quería creer que sí, pero sabía que era improbable. Oyó de nuevo un ladrido distante y se dijo si no sería un león marino al otro lado de las esclusas.

Examinó las casas que había al otro lado del canal y el puente más lejano, donde había estado un rato antes. Sintió como si unos pies hechos de agujas subieran por su espalda junto con las palabras de la tienda de Wilson: «Estoy aquí».

Retrocedió entre las sombras. Acalló su aliento y silenció su cuerpo, dispuesto a escuchar. Buscó reflejos y movimientos en la otra orilla. El agua ondeaba. Las luces rebotaban en su superficie de obsidiana. Pike se preguntó si los predadores nadarían hasta allí, tan hacia el interior. Se preguntó si se esconderían bajo la superficie.

Daniel

Daniel lo vio cruzar el puente, un hombre alto que aparecía de repente en medio de la noche, con las gafas de sol bien colocadas ante los ojos. «A esta gente de Los Ángeles, ¿qué coño les pasa? Probablemente lleve crema de protección solar, también».

Cleo susurró:

—Chist. Te oirá pensar.

Tobey dijo:

—Chist. Oirá tu cerebro.

Daniel dijo:

—Por favor, callaos. Disfrutad del agua. ¿No está buena el agua?

—Fría.

—Fría.

Daniel estaba sumergido hasta la nariz en el agua poco honda, escondido bajo un muelle de madera al otro lado del canal. Daniel, Cleo y Tobey, vigilando.

El tipo alto se fue del puente, susurró en la calle, pasó a través de una columna de luz azul, con los músculos duros. «¿Qué es eso que lleva en los brazos? Guiña los ojos. Concéntrate. Mira. Esas flechas grandes y rojas que lleva en los brazos, brillando como ascuas a la luz de un azul amoratado». Daniel pensó que eran muy chulas.

—Te oirá.

—Chist. Te oirá, oirá, oirá.

El eco murió en el silencio mientras el tío alto desaparecía.

Cuando el hombre se fue, Daniel fue avanzando por el fondo fangoso, desplazándose hacia aguas más profundas mientras arrastraba con él su carga, tan despacio que el agua ni siquiera se movía, disfrutando del beso de los peces diminutos en su piel. Dirigiéndose hacia el puente.

Al cabo de un rato se deslizó por debajo del arco, luego giró hacia la casa, manteniendo su carga bien cerca mientras flotaba en las sombras. Llevaba desde el mediodía observando la casa, y su vigilancia había tenido éxito en dos ocasiones. Otros parecían vigilar la casa también, y ahora sabía que le buscaban a él. Se tomó eso como una excelente señal, y prueba de que estaba cerca.

—¿Lo notáis, chicos? Ya estamos cerca. Tan cerca que lo puedo tocar.

—Tócalo, tócalo.

—Tan cerca que casi lo puedo saborear, saborear.

—Aspira y huele, huele.

—Abre la boca y come, come.

Daniel susurró con ligereza:

—Por favor callaos.

—Callaos.

—Os.

Al final se callaron, y Daniel quedó muy complacido. Cómo le cansaban a veces esos dos.

Daniel osciló en la oscuridad, esperando sin tener realmente la sensación de que el tiempo pasaba, cuando un parpadeo negro se movió al final de la valla, captando su atención. Otro parpadeo, y lo negro se convirtió en sombra al borde del agua. Un destello de luz relampagueó encima de la sombra, brilló una vez más, y luego el brillo y la sombra desaparecieron. Daniel pensó en todo aquello y decidió que el brillo era la luz de una casa al otro lado del canal que se reflejaba en las gafas del tío alto. Tenía que ser aquello. El tío alto se había ido a su casa.

Daniel esperó en la sombra a que reapareciera, preguntándose quién sería aquel hombre y por qué estaría allí. Y acabó por sonreír, porque la verdad era siempre la misma: estaba allí por el mismo motivo que todos los demás. Valdría la pena hacer una llamada a sus amigos, cosa que haría a la mañana siguiente.

Daniel esperó otros veinte minutos más solo para asegurarse, pero la sombra y su brillo no volvieron. Como todos los buenos cazadores, tenía paciencia, pero al cabo de un rato decidió que ya era seguro moverse.

Susurró, con la suavidad de un beso:

—Encantado de conocerte.

Llevaba más de una hora sujetando el cuerpo, pero entonces lo soltó. El cuerpo se dio la vuelta, una mano se levantó como para decirle adiós y luego se hundió bajo la negra superficie.

Daniel esperó, vigilante, y se preguntó quién vendría a continuación.

TERCERA PARTE

El señor de la guerra y el trueno

A las siete y cuatro minutos de la mañana siguiente, Pike recibió la llamada que lo cambió todo. Un minuto antes, a las siete y tres, estaba mirando la casa de Carla Fuentes desde un arbusto de camelias en el jardín trasero, y el cielo lechoso prometía un día de niebla aun entre las hojas.

Había relevado a Cole a las cuatro de la mañana, aparcando a una manzana y media de distancia de la casa de Carla, en un profundo charco de sombras bajo un sicomoro. Se agachó tras el volante, a salvo mientras todo el barrio dormía todavía, pero sabía que la gente se empezaría a mover en cuanto amaneciese. Un hombre sentado en un vehículo aparcado llamaría rápidamente la atención, de modo que Pike encontró un nuevo sitio detrás del arbusto de camelias antes de que la parte oriental del cielo se iluminase. No veía la zona delantera de la casa, pero sí tenía una visión perfecta de la puerta de atrás, de la mayor parte del camino de entrada y del interior de la cocina, a través de las ventanas.

Se encendió una luz en el dormitorio principal a las seis y diez. Unos minutos más tarde se encendió también la de la cocina, y Carla Fuentes entró en ella. Estaba sola y llevaba una camiseta blanca. Pasó varios minutos ante el mostrador haciendo algo que Pike no pudo ver, y luego volvió al dormitorio. Pike supuso que había preparado una cafetera. Esto se confirmó varios minutos más tarde cuando ella volvió a la cocina, se sirvió una taza y se la llevó al salón. Pike pensó que probablemente estaba viendo la tele.

La vio dos veces más antes de las siete y tres minutos.

Durante ese rato salió el sol, los pinzones empezaron a cantar entre los arbustos y un sinsonte ocupó un lugar ruidoso encima del garaje. Pike pensó qué haría si Carla se iba de casa o si aparecía Mendoza, pero a las siete y tres no había hecho todavía ningún movimiento para salir y Mendoza no había llegado aún.

A las siete y cuatro minutos Pike recibió la llamada.

Su teléfono emitió un suave zumbido al vibrar. Lo llevaba en el muslo, donde lo había colocado para poder cogerlo haciendo el mínimo de movimientos, envuelto en una tela fina para ahogar el sonido. Le sorprendió que la identificación de llamada indicase CIUDAD DE LOS ÁNGELES. Eso significaba que la llamada se había originado en un teléfono propiedad del municipio. Pike no sabía si contestar o no, pero al final decidió coger la llamada.

—Pike.

—Contestas rápido para ser tan temprano.

Era Button, que parecía tranquilo y cómplice.

—¿Has comprobado a Mendoza?

—Sí. Creo que tenías razón en lo que decías. ¿Le has encontrado?

—No.

—Puedo ayudarte en eso. Tengo aquí algo que quiero que veas. Ven a echar un vistazo.

La voz de Button sonaba tan inexpresiva que Pike sabía que no era una petición amistosa, y algo en la naturaleza de la elección de palabras y la hora temprana de la llamada le azotó como un viento del desierto.

—¿Se trata de Wilson y Dru?

—Si quieres te mando un coche.

—¿Los has encontrado?

—Estoy en Washington Boulevard, donde cruza el canal. No tiene pérdida.

—Dime si son ellos, Button.

Button colgó sin responder y el viento del desierto sopló en el pecho de Pike como el acero helado. Salió del arbusto, se deslizó por encima de la verja al jardín vecino y luego corrió hacia su Jeep. Estaba a menos de diez minutos de la posición de Button, y fue informando a Cole mientras conducía.

—¿Quieres que vuelva a lo de Mendoza? —preguntó Cole.

—No, espera. Si es Wilson o Dru, la policía aparecerá en su casa en cuanto despejen la escena del crimen. Si hay algo más en su calle, tenemos que encontrarlo ahora mismo.

—Ya, Joe, pero, escucha... —La voz de Cole se suavizó—. No pierdas la esperanza, ¿vale?

Pike interrumpió la llamada en silencio. Momentos después quedaba atrapado en un atasco, a tres manzanas del canal, y supo que se dirigía hacia la escena de un crimen importante. Un oficial uniformado desviaba el tráfico hacia el oeste obligando a todo el mundo a girar.

Cuando Pike se identificó, el policía le dirigió hacia un aparcamiento detrás de un restaurante tailandés. Varios coches de policía se encontraban a ambos lados del canal, y dos más bloqueaban el puente de Washington Boulevard. Un furgón del médico forense estaba en el extremo más alejado del canal. Mientras Pike aparcaba, vio que el nivel del agua estaba bajo. Los canales de Venice no fluían libremente hacia el mar: una o dos veces a la semana se abrían unas esclusas construidas en el puente, permitiendo que los canales se drenasen con la marea baja y se volviesen a llenar de agua limpia cuando subía la marea. Ahora era baja y el agua había retrocedido, revelando un muro bajo de losas de cemento gris que cimentaban las orillas y la suave pendiente del fondo.

Mientras aparcaba, Pike vio a Futardo. Estaba con un pequeño grupo de detectives y policías de uniforme al borde del canal, mirando algo en el agua. Button se había quedado en el otro extremo del puente con Straw. El hombre de la camisa naranja se encontraba con ellos, pero ahora iba de azul. Fue el primero que vio a Pike,

luego Button y Straw se volvieron también. Button atravesó el puente hacia Futardo e hizo señas a Pike de que se uniera a ellos.

Pike notó que el corazón se le aceleraba al acercarse. Dos hombres con botas de pescador andaban por el agua, mientras otros dos tipos con botas hasta las rodillas extendían una lámina de plástico azul en el fondo fangoso. Los cuatro llevaban largos guantes de goma que les llegaban hasta los hombros. Una camilla esperaba solemne, cerca.

El rostro de Button carecía de expresión cuando Pike se acercó, pero una profunda arruga surcaba la frente de Futardo. Pike se preguntó qué estaría pensando. Button ya se había quitado la chaqueta, anticipándose al calor que venía, y llevaba las manos en los bolsillos. No las sacó para saludarle. Por el contrario, hizo un gesto hacia el canal.

—Ahí lo tienes.

Pike miró y en aquel momento se dio cuenta de que todas sus suposiciones eran erróneas.

El cuerpo de Reuben Mendoza estaba de lado en la ligera depresión llena de agua que quedaba en el canal. El brazo enyesado se extendía hacia la orilla, como si hubiese intentado salir por sí mismo al morir, pero Pike sabía que no era el caso. Mendoza tenía el cuello cortado tan profundamente que se veía el hueso, y la palidez de un gris azulado de su carne indicaba que se había desangrado mucho antes de acabar empujado hacia la orilla. Llevaba unos pantalones holgados cortos de color caqui, una camisa de cuadros de manga larga tan grande que le envolvía como un chal y unos Keds, la misma ropa que había descrito Jared. Carla Fuentes podría conservar su casa.

Button chasqueó la lengua.

—A mí me parece que tu chico, Mendoza, no ha secuestrado a nadie.

Futardo se acercó más aún, contemplándole como los polis miran a un sospechoso.

—¿Reconoce usted a este hombre?

Pike asintió.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Pike miró a Futardo y vio que Button sonreía.

—Aquí la detective Futardo quiere abrir un expediente de homicidio. Cree que tú estás implicado.

Futardo se puso muy roja y sus delgados labios se pusieron más tirantes mientras Button seguía, aleccionándola.

—Este no es su estilo. Pike, aquí presente, le habría metido cuatro tiros a quemarropa, o le habría dado una paliza de muerte, pero no lo habría hecho así. Eh, Eddie... —Un hombre con botas de pescador levantó la vista—. Dale la vuelta y ábrele la camisa, por favor. Queremos ver la herida.

La mayor parte del cuerpo seguía aún en el agua. Le dieron la vuelta de cara a Button, y luego retiraron la camisa de cuadros. Estaba desabrochada, tal y como había descrito Jared, pero la camiseta que llevaba debajo estaba desgarrada desde la parte superior izquierda del pecho hasta abajo, hasta los pantalones. Limpias de sangre por la inmersión en el canal, las costillas, como si fueran las estacas de una valla, sobresalían del pecho, y los órganos internos colgaban como globos azules del abdomen.

—Lo han destripado. Primero lo han matado cortándole el cuello, y luego lo han destripado, pensando que el cuerpo se hundiría.

Pike vio al equipo maniobrar el cadáver, y luego levantó la vista hacia el canal. Grand Canal era el más largo de los seis, dejando que los cinco cauces más pequeños

respirasen hacia el mar a través de las esclusas construidas en el puente. Pike se preguntó cuánto le habría costado al cuerpo ir bajando desde los canales superiores, a medida que el agua se drenaba.

—¿Cuánto tiempo lleva en el agua?

—Gracias, Eddie. Ya está bien.

El equipo de recuperación volvió a su trabajo mientras Button respondía la pregunta de Pike.

—Como el agua está fría, el lapso es muy amplio: más de seis horas y menos de veinticuatro. Ya lo afinarán un poco más cuando lo pongan en la mesa, pero por ahora es lo mejor que nos ha podido decir el forense en la investigación preliminar.

—Podría haber ocurrido más tarde. Se los llevó primero, y luego alguien lo mató.

—Lo que tú digas, Pike. Y quizás una cosa no tenga nada que ver con la otra; yo no pondría la mano en el fuego.

—¿Habéis encontrado a Gomer?

—¿Crees que le ha matado Gomer?

—¿Lo ha identificado Jared como el hombre que iba con Mendoza?

—No le vio muy bien, pero yo dudo de que fuese Gomer. Ese es demasiado delgado para hacer algo así. Para matar a alguien como han matado a este hombre hay que ser un peso pesado.

Pike supuso que Button ya tenía varios candidatos para el asesinato, y él probablemente estaba en un lugar destacado en la lista, a pesar del comentario que Button le había hecho a Futardo.

Esta se volvió a acercarse a él.

—Los detectives de homicidios quieren hablar con usted. ¿Quiere contestar algunas preguntas, o prefiere llamar a su abogado?

—Ahora me va bien.

Button sonrió otra vez.

—Si yo estuviera en tu lugar buscaría un abogado.

—No, estoy bien.

Pike no iba a decirles nada que Button no supiese ya. Si les contaba algo más, cambiarían su situación de persona implicada a sospechoso.

Button miró a Futardo.

—Diles que pueden hablar con él cuando acabe yo. Ve con ellos para que Pike y yo podamos charlar un momento. —La vio alejarse y luego se dirigió a Pike—. Déjame que te pregunte una cosa, entre tú y yo, y no me importa lo que te digan los de homicidios: ¿Sabes dónde están Smith y su sobrina?

—No.

—¿Crees que fue Smith quien hizo esto?

A Pike se le había ocurrido, pero dudó antes de responder.

—Para abrir las costillas de esa manera tienes que ser fuerte y saber muy bien lo que estás haciendo. No creo que tenga ni la habilidad ni la fuerza necesarias.

Button gruñó.

—A lo mejor no, pero los cocineros saben usar muy bien los cuchillos. Mendoza y Gomer fueron a amenazar al hombre como lo hicieron en su tienda, solo que esta vez se llevaron una buena sorpresa...

—Aun así, son dos contra uno.

—Gomer es de los que salen corriendo. Ya salió huyendo cuando apareciste tú, y esta vez ha salido por patas al ver aparecer el cuchillo. Y entonces la cosa ha quedado uno a uno, con la chica ayudando a su tío. Una vez abatido, les entra el pánico y deciden librarse del cuerpo. Entonces Smith me llama diciendo no sé qué chorrada de Oregón, para ganar tiempo y poder huir.

—No tenían que huir. Si ocurrió así, le habrían matado en defensa propia.

Button gruñó otra vez.

—La gente se vuelve loca cuando mata a alguien, Pike. Por eso se dice que «se les sube la sangre a la cabeza».

Pike se preguntó por qué Button le estaría contando su teoría, como si estuvieran juntos en aquello, hasta que se dio cuenta de cuál era su auténtico objetivo: estaba intentando averiguar si Pike estaba implicado en el crimen o en el posterior encubrimiento con Wilson y Dru.

Pike se encogió de hombros, dejando que Button pensara lo que quisiera, y entonces reapareció Futardo. Parecía alterada.

—Jefe, tiene que ver esto. Es importante.

Button le dijo que no se fuera y fue a ver lo que quería la detective.

Los hombres de las botas de pescador tenían ya colocado el cuerpo en la lámina de plástico. Trabajando al unísono, levantaron el cadáver, pero no tenían buen equilibrio en el barro. Uno de los hombres resbaló, y el cuerpo cayó al suelo.

Pike sacó su teléfono. Le iba a hacer saber a Cole lo que estaba ocurriendo cuando vio que Straw se acercaba. El hombre de azul seguía en el puente.

Straw no se apresuró. Iba caminando despacio, como un hombre que piensa en lo que va a decir. Cuando llegó le hizo una seña a Pike.

—Ayer a esta misma hora se me puso dura pensando en ti. Hoy no tanto.

Straw hizo una pausa. Pike sabía que ahora se suponía que debía preguntarle a Straw por qué no se le ponía dura ya, pero no lo preguntó. No le importaba. Finalmente, Straw señaló hacia la gente de homicidios. Los detectives hablaban como si estuvieran muy emocionados por algo, y dos de ellos estaban al teléfono. Uno fue trotando hasta un coche patrulla que esperaba, y saltó al asiento de atrás cuando ya se ponía en marcha.

—Nuestros amigos los detectives están divididos, la mitad cree que lo hiciste tú y la otra mitad que fue Smith. Incluso han hecho apuestas.

—¿Y qué apuestas tú?

—Yo creo que ni Smith ni tú tenéis nada que ver con esto. Sobre las cabezas de la tienda de Smith, tampoco creo que esos pandilleros tengan nada que ver. Aquí está

pasando algo más complicado.

Pike observó a Straw un momento y pensó que probablemente tenía razón. La operación de extorsión de Straw había concluido, o sea que ahora estaba en busca de algo que la sustituyera.

—¿Como qué?

—Ni idea.

—¿No estaban tus chicos vigilando la tienda?

Straw mostró su primera señal de irritación.

—Nosotros estábamos vigilando toda la calle, Pike. Estábamos en la parte delantera de la tienda. Quienquiera que armase ese follón entró por la parte de atrás y salió sin ser visto. Pero ya lo sabes: estabas allí a la mañana siguiente.

—Qué lástima que no vieseis nada que nos pueda ayudar.

Straw apretó la mandíbula y examinó el terreno durante unos segundos antes de levantar la vista.

—¿Tienes alguna idea de dónde está esa gente?

Pike señaló hacia el cuerpo de Mendoza.

—Pensaba que él los tenía.

—Si era así, entonces ahora los tiene otra persona.

—¿Quién?

—Quien sea. Veo a Smith y su sobrina metidos en algo infinitamente peor que una extorsión. —Tendió una tarjeta a Pike—. Si te enteras de algo o necesitas ayuda, házmelo saber. Me gustaría mucho encontrar a esa gente antes de que quien le hizo eso a Mendoza los encuentre.

Button y Futardo volvieron de su grupo. Pike pensó que venían para llevarle con los polis de homicidios, pero Button tenía noticias que le hicieron sonreír.

—Alberto Gomer ya no está desaparecido. Un vagabundo le encontró hace una hora en un coche aparcado en el extremo norte del canal con el cuello cortado de oreja a oreja. Con eso tu hombre, Smith, lleva ya dos en su cuenta.

Futardo hizo un gesto hacia los detectives de homicidios.

—Les gustaría hablar con usted ahora. ¿Está preparado?

Elvis Cole

Cuando Pike llamó a Cole aquella mañana para hablarle de la llamada de Button, Cole notó la tensión en la voz de su amigo. Pike era un hombre que no dejaba entrever nada, y que proyectaba un desprendimiento estilo zen que Elvis a veces encontraba divertido, y también admiraba. A menudo se preguntaba cuánto le costaba semejante calma a su amigo, y si Pike no tenía otra opción que pagar ese precio.

Cole había saltado de la cama y estaba fuera de casa dieciséis minutos después de que Pike colgase. ¿Quién necesita desodorante cuando eres el «mejor detective del mundo»? ¿Quién necesita cepillarse los dientes cuando estás luchando por exonerar de toda culpa a un amigo?

El tráfico matutino que bajaba desde el cañón hacia el oeste por Hollywood era asqueroso. Cole iba pegado a los parachoques de camiones de la basura, autobuses y gente que se dirigía al trabajo, todos ellos embotellados en calles reventadas por proyectos de construcción y mantenimiento muy mal planeados.

Todavía estaba a tres kilómetros de la carretera cuando sonó su teléfono. Pensó que podía ser Pike, pero no reconoció el número.

—Elvis Cole.

—Soy Steve Brown, de Londres, me había llamado usted.

Brown hablaba con firmeza, como si estuviera acostumbrado a reunirse con la gente y a conseguir que se hicieran las cosas. Cole calculó rápidamente: las ocho horas de diferencia suponían que en Londres eran las cinco de la tarde.

—Gracias por llamarme, señor Brown. Intento localizar a Wilson Smith y Dru Rayne. Esperaba que quizás usted supiera cómo contactar con ellos.

—¿Y por qué iba yo a saberlo?

Cole pensó que era una respuesta extraña, considerando que esa gente vivía en la casa de aquel hombre.

—Creo que están alojados en su casa, cuidándola.

—¿Y por qué cree usted semejante cosa?

Ahora Brown parecía suspicaz, cosa que quizá fuese normal tras recibir una llamada de un desconocido que se encontraba a diez mil kilómetros de distancia.

—Su vecina, Lily Palmer, me dijo que le cuidaban la casa y me sugirió que le llamase.

—Ah, bien. ¿Y de qué se trata?

Cole esperaba que Brown le preguntase cosas y decidió limitar sus respuestas.

—La tienda de Wilson ha sufrido algunos daños. Intento encontrarle para decirle

lo que ha ocurrido, pero parece que él y Dru llevan unos cuantos días fuera. Esperaba que usted quizá supiera cómo localizarles.

—Ah... —Brown se quedó callado.

—¿Señor Brown?

—Déjeme que le haga una pregunta. ¿Está viviendo esa gente en mi casa, Dru y ese hombre?

Brown empezaba a parecer algo furioso y Cole no sabía adónde podía ir a parar aquella conversación.

—¿Están ahí sin su consentimiento?

—Le dije a Dru que podía alojarse en la casa. Eso es todo. No conozco a ningún Wilson Smith. Nunca he oído hablar de él, y me cabrea bastante que haya metido a un tío en mi casa.

—Es su tío.

—Me importa una mierda si es su hermano gemelo, aunque tengo mis dudas. No era ese el trato. Yo no quería que entrase nadie más en la casa y ella me dijo que así sería. Y por eso se la dejé.

Cole notó un ligero escalofrío, y la conversación le fue gustando cada vez menos. Creía que era Smith el que se alojaba en la casa y que había invitado a Dru a vivir con él cuando ella llegó a Los Ángeles para ayudarle con su trabajo. Ahora todo eso se le venía abajo.

—Dru trabaja para él. El señor Wilson tiene un restaurante junto al paseo marítimo.

—Quizá, pero ella no trabajaba para nadie cuando le di las llaves. Vivía de una pensión alimenticia. No me habló nunca de ningún tío y, desde luego, tampoco me dijo que ese hombre se iba a trasladar allí.

Cole se humedeció los labios, remiso a hacer la pregunta que tenía que hacerle a continuación.

—¿Por qué dejó que se instalara Dru?

—Me la estaba tirando, ¿por qué si no? Ella quería salir del vertedero donde vivía y yo me venía para acá, de manera que era un buen trato para los dos. Me parecía una buena chica. Me ahorró el rollo de buscar a alguien para que cuidara la casa.

Cole se sentía hundido.

—Bien. Muchas gracias por llamarme, de verdad.

—Espere. ¿Cuánto tiempo se va a quedar Dru?

—No lo sé.

—La llamé cuando recibí su mensaje, pero no me ha devuelto la llamada.

—No podemos localizarlos a ninguno de los dos.

—Pero ¿de qué estamos hablando? ¿De unos días? ¿Un par de semanas? ¿Ha abandonado la casa?

—No lo sé.

—Maldita sea, ¿me está diciendo que ahora mismo mi casa está vacía? ¿Es eso

cierto? ¿Se ha ido y nadie me cuida la casa?

—Así es, señor. Ahora mismo no hay nadie.

—Qué hija de puta. Qué cabrona.

Brown colgó, lanzando tacos, y se oyó el pitido de la línea.

Cole siguió conduciendo, tan confuso que no veía nada, y se dio cuenta de que no había hecho una pregunta obvia. Abrió la lista de llamadas entrantes y volvió a llamar a Brown.

—Soy yo otra vez, lo siento. ¿Ha hablado con Dru desde que está fuera?

—Joder, claro que sí. La llamo cada dos semanas más o menos, para asegurarme de que todo va bien y de que la casa está a salvo.

—¿Y ella nunca le ha mencionado al señor Smith?

—Esta es la primera vez que oigo hablar de él, y no me gusta nada. Si ese tío lleva todo este tiempo viviendo allí y ella no me lo ha dicho es que me ha mentado, y no me gusta nada la gente mentirosa. Si la encuentra, dígame que será mejor que me llame, y para ayer. Quiero que esa hija de puta salga de mi casa.

Cole acabó la llamada sintiéndose mucho peor que antes. La imagen que ahora tenía de Dru Rayne era muy distinta a la mujer que le había descrito Joe. Tenía muchas preguntas más, pero se esforzó por centrarse en el hecho de que ella estaba desaparecida. Tenía que sonsacar información a los vecinos de Wilson Smith antes de que la policía cerrase aquella mina.

Llegó a los canales unos minutos más tarde y una vez más entró en la calle. Mendoza y su compañero habían pasado por esas mismas viviendas al ir y venir de la casa de Smith, que fue cuando Jared los vio, y ahora Cole quería comprobar si alguien más les había visto, pero primero se dedicó a las casas que tenían cámaras de seguridad.

Casi por costumbre examinó la ventana de Jared mientras iba recorriendo la calle, pero el chico no estaba. Sorprendente.

El día anterior Cole observó tres casas con cámara. Nadie respondió en la primera casa, de modo que introdujo una tarjeta de visita bajo la puerta con una nota pidiendo que le llamasen. Una mujer de mediana edad contestó en la segunda casa, y preguntó si él estaba con los policías que hablaron con ella el día anterior. Eso le indicó a Cole que Button y su compañera habían hecho la ronda después de hablar con Jared. Cole le dijo que sí, que iba con ellos, y dejó caer el nombre de Button para remachar la mentira. Preguntó si Button había pedido sus grabaciones de seguridad, pero no había sido así, y tampoco habría importado que lo hubiese hecho, porque las cámaras que tenía ella mostraban imágenes a tiempo real; no estaban conectadas a ninguna grabadora. La primera casa tenía posibilidades, pero la segunda era un fracaso.

En la tercera Cole tuvo más suerte. El ama de llaves le dijo que no sabía gran cosa del sistema de seguridad, pero que creía que las cámaras sí grababan. Explicó que su patrón estaba en el trabajo, pero que seguramente estaría encantado de hablar con Cole, ya que mostró mucho interés cuando le contó que la policía la había interrogado

el día anterior. Cole dejó otra tarjeta y reconsideró su plan.

Sabiendo que Button había hecho las rondas después de hablar con Jared, Cole decidió que no tenía sentido cubrir otra vez el mismo terreno. La lista de testigos disponibles se limitaba a Jared.

Volvió a casa de Smith y encontró a Jared otra vez en su ventana, con su pelo negro y desgreñado, sin camisa y con unos auriculares en los oídos. Le estaba mirando.

Cole hizo un gesto de saludo y Jared se lo devolvió. Le hizo señas a Jared de que bajase y el chico se apartó de la ventana. Se abrió la puerta de la casa y salió.

—Eh, tío, ¿qué tal? ¿Eres de la policía o vas con el tipo alto?

—Con el tipo alto.

—Es un tío legal. Me cae bien. Ya le conté lo que sabía de esos pandilleros que vi. A él y a la policía. Estuvieron aquí ayer.

Jared había tenido mucha actividad los últimos dos días. Estaba muy a gusto.

—No estoy aquí por los pandilleros. Esperaba que me pudieses decir cuánto tiempo llevaba viviendo Dru en la puerta de al lado.

—Tío, es que se me da muy mal eso del tiempo...

Cole esperó, dejando que el silencio obligara a Jared a buscar una respuesta. Finalmente el chico se encogió de hombros.

—Pues unos tres meses. Steve se volvió a Londres hace tres meses. Ese tío sí que tiene pasta. Siempre está en Europa.

—¿Y ella se vino a vivir aquí el día que él se fue?

—La cosa fue así: Steve la trajo aquí, se la presentó a mi madre, «esta es la persona que me guardará la casa»... Ese rollo.

—¿Y cuándo vino su tío?

Jared miró al otro lado de la calle y esbozó una tímida sonrisa. Cole se preguntó a qué vendría la duda y la sonrisita.

—Al día siguiente —respondió.

Jared volvió a mirar al otro lado de la calle y Cole tuvo la sensación de que quería contarle algo con tanta desesperación que ni siquiera podía mantener el contacto ocular.

—¿Qué pasa? —preguntó Elvis.

—Yo veo cosas. Dru tiene un buen cuerpo, y lo enseña mucho. Si estoy tanto en esa ventana es por algo...

—Dime por qué, Jared.

—No creo que el tío Wilson sea el tío Wilson. No actúan como si fueran parientes, no sé si captas lo que quiero decir.

Cole miró largo rato a Jared. Sentía frío por dentro, pero tenía la boca seca y notaba que el sol de la mañana le calentaba la piel. Un nudo de rabia iba formándose en su pecho, como un fuego al rojo.

—No digas chorradas. No me cuentes esas cosas si son imaginaciones tuyas.

—Tío, tengo una vista estupenda de su jardín. Veo sus ventanas, y no suelen cerrar las persianas. Los he visto follando. Creo que a ella le gusta que los mire.

El frío aumentó tanto que Cole se sintió entumecido. Miró la casa de Steve Brown y se preguntó quiénes serían aquellas personas, y si todo lo que le había contado la mujer a Pike serían mentiras.

Miró a Jared, pero no sabía qué decirle. Lo único que pudo hacer fue afirmar con la cabeza.

No intentó ocultar lo que iba a hacer a continuación. Jared quizá hubiese vuelto a su casa, pero Cole ni se dio cuenta porque no le importaba.

Encontró la llave en su sitio junto al poste de la puerta, la abrió y entró en la casa. Sabía lo que quería, y para qué.

Se puso los guantes de látex en cuanto entró en la cocina. Durante su búsqueda anterior había visto bolsas de papel de comestibles dobladas y metidas en el hueco entre el frigorífico y el mostrador. Sacó unas cuantas bolsas, abrió una y la puso sobre la encimera. Eligió tres vasitos de cristal de los platos que estaban en el fregadero, los puso en bolsas separadas y colocó estas cuidadosamente dentro de la que tenía abierta. Recogió dos latas de Coca-Cola Light vacías y una botella de agua del salón y las embolsó de la misma manera. Luego subió al dormitorio principal a buscar el archivador de metal que contenía los documentos de Wilson. Lo llevó todo abajo, a la cocina.

Cole se detuvo en las escaleras que bajaban hacia el dormitorio de invitados cuando ya salía. Allí había unas cuantas cosas de Dru, pero se preguntó si realmente ella habría usado aquella habitación o si sería algo de cara a la galería. En el tocador había una barra gastada de desodorante antitranspirante Dry Idea. Lo añadió a la bolsa, la cerró y cerró también la cancela al salir.

Volvió a su coche, pero no puso en marcha el motor. Llamó a un amigo llamado John Chen, criminalista en el departamento de investigación científica de la policía de Los Ángeles.

—¿John? Necesito comprobar algunas huellas. Y lo necesito rápido.

—Tío, estoy descargándome unas cosas en Hawaiian Gardens. Pasaré aquí toda la noche.

—Necesito esto, John. Es para Joe.

Chen dudó, y eso le indicó a Cole que iba a aceptar.

—Vale. Vale, claro.

—Te puedo enviar las muestras. ¿Dónde estás de Hawaiian Gardens?

—Uf, no, hermano, aquí hay demasiados testigos. Reúnete conmigo en el centro dentro de un hora. O digamos una hora y diez. Junto a los tribunales.

Cole cerró el teléfono y se dirigió al centro de Los Ángeles.

Elvis Cole

Al ser empleado del departamento de policía de Los Ángeles, John Chen, como los oficiales jurados, tenía prohibido realizar trabajo no autorizado, usar los recursos de la ciudad para obtener provecho personal o ayudar a investigadores privados civiles fuera de las normas. Eran normas buenas y válidas para preservar la integridad de las pruebas policiales, establecer un código de conducta profesional y dificultar la corrupción de los empleados.

John Chen era un corrupto.

Paranoico con baja autoestima, Chen vivía para los titulares, y esa era normalmente su baza. A menudo Cole le daba información y le permitía hacer grandes avances en casos que de otro modo no habría conseguido jamás. Dichos avances conducían a un perfil mediático que pocos criminalistas poseían. Habían citado a Chen más de una docena de veces en el *Los Angeles Times*, le habían entrevistado varias cadenas de televisión locales y le habían contratado como asesor técnico en películas basadas en dos de sus casos. Chen, cuya obsesión en la vida giraba en torno a las mujeres y el dinero, en aquel momento conducía un Porsche Boxster. Las mujeres, hasta el momento, se le escapaban.

Cole fue por la autopista I-10 y recorrió los veinticuatro kilómetros que transcurrían por la cuenca de Los Ángeles. Se acercaba ya a la zona de Mid-City y estaba a menos de la mitad del camino cuando sonó su teléfono y vio que era Pike. Se había estado planteando qué contarle, pero ahora la llamada forzaba las cosas. Si Wilson y Dru estaban vivos todavía, no le diría nada hasta que supiera algo más.

—¿Eran ellos?

—Mendoza y Gomer. Están muertos.

Cole notó un sobresalto de sorpresa. Mendoza y Gomer eran los depredadores. No tenían que morir. Si los depredadores estaban muertos, ¿dónde estaban las víctimas?

—¿Qué hay de Wilson y Dru?

—Nada. Mendoza estaba en el canal junto a Washington. Gomer, en un coche por el extremo norte. Si la policía ha encontrado algo en el coche de Gomer no me lo han dicho.

Pike describió rápidamente cómo los habían matado, cosa que dejó a Cole aún más inquieto.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Ya te lo contaré más tarde. Me están interrogando.

—¿Eres sospechoso?

—No será problema. Están poniendo las bases.

—Hay un tercer elemento en juego, Joe: la persona que abrió la ventana de la cocina.

—Ya lo sé. Lo he estado pensando.

Pike colgó y Cole siguió conduciendo, dejando que el flujo del tráfico le llevara a unos pensamientos cada vez más tétricos.

Cuando el departamento de policía de Los Ángeles cambió su cuartel general del destartado y medio derrumbado Parker Center al nuevo edificio de administración policial, a dos manzanas de distancia, se olvidaron de llevarse con ellos a la División de Investigación Científica. Bueno, no fue exactamente así, pero a los criminalistas les gustaba hacer aquella broma. La realidad era que, hasta que se encontrase una ubicación más adecuada, la DIC seguiría siendo el último reducto anclado en el pasado del departamento de policía de Los Ángeles.

Cole no fue hasta la antigua ubicación del Parker Center. Esperó a Chen junto al edificio del tribunal criminal, a seis manzanas de distancia; llegó temprano y tuvo que esperar veinte minutos más a que llegase John.

Chen se introdujo en el asiento del pasajero del coche de Cole tan rápido como si cayese del propio cielo. Llevaba unas gafas de sol enormes, una gorra de los Dodgers muy metida tapándole la cara y una cazadora con el cuello vuelto hacia arriba, aunque aquel día acabarían por rozar los treinta y dos grados. La cabeza, redonda como un pomelo, la llevaba pegada a los hombros, como una tortuga en su concha. Ocultándose.

—No creo que me haya visto nadie, pero mejor salimos. Puede que me hayan seguido.

La típica paranoia de Chen.

Cole salió y se unió al tráfico, decidido a que aquel paseo fuese breve. Las noticias de Mendoza y Gomer le habían dejado con una preocupación mucho mayor aún por Smith y Dru Rayne.

Cole buscó en el asiento de atrás las bolsas y las puso en el regazo de Chen. No había mucho espacio. Este era alto, delgado, y parecía una mantis religiosa doblada en el asiento del pasajero.

—Es frágil, o sea que ve con cuidado.

—¿Qué hay dentro?

—Vasos, un par de latas de refresco... Cosas así. También hay una caja de metal que te daré cuando salgas del coche.

Chen se quitó las gafas de sol y se puso las normales. Los cristales parecían cortados de culos de botella de Coca-Cola. Miró en el interior de las bolsas.

—Mierda, hay muchas cosas. Tengo un montón de casos, y tan atrasados que hasta el atraso está atrasado.

—Ya sé que es mucho, pero no te rompas demasiado la cabeza. Las huellas

pueden pertenecer a dos individuos, un hombre y una mujer, que viven en la residencia. Las huellas de la mujer tienen que estar en la barra desodorante; las del hombre probablemente estén en el archivador. Haz primero el desodorante y luego el archivador. Si sacas algo en limpio, igual no tienes que hacer nada más.

Chen no parecía contento, de todos modos.

—No digo que no pueda hacerlo. Simplemente estaba pensando cómo arreglarlo. Tendré que meter estas cosas en el plan de vuelo, y eso puede costar algunos días.

La unidad de huellas latentes estaba dotada de personal las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. La acumulación de huellas esperando para ser analizadas era tan grande que la unidad empleaba casi ochenta especialistas constantemente para aguantar la marea. Con tantos casos retrasados para ser analizados, se mantenía una lista de espera por orden de llegada para reservar el equipo que se necesitaba para aquel trabajo. Esa lista se llamaba «plan de vuelo».

—Es demasiado tiempo. Lo necesito ya —dijo Cole.

Chen lo miró con acritud, pero pensativo.

—¿Para Joe? —Cole asintió—. ¿Qué pasa?

—Espero que tú me lo puedas decir. Si esa gente está fichada, Joe necesita saber por qué. Y yo también tengo que saberlo.

Chen se agitó, intentando ponerse más cómodo, o quizá por el nerviosismo. Era tan alto que las rodillas le sobresalían por encima del salpicadero y su cabeza tocaba el techo. Miró de nuevo en la bolsa, y luego a Cole, con unos enormes ojos de búho.

—¿Sabes quién soy?

La pregunta le cogió por sorpresa, pero Cole tuvo la sensación de que Chen no hablaba de él, sino que hablaba para sí mismo. Cole movió la cabeza.

—Seguro que sí, tío. Mírame: soy el tío al que los abogados defensores presentan como el bicho raro y torpe para que los jurados se rían. Oigo a los polis hacer comentarios socarrones cuando aparezco en la escena del crimen. Cada vez que me miro en un espejo, sé por qué se ríen las chicas.

—John, no tienes que...

Chen levantó un dedo y lo acalló.

—Cuando os conocí a vosotros dos Joe me aterrorizaba. Representa todo lo que me da un miedo horrible. Cuando aparece, nadie tiene huevos de hacer un chistecito o reírse. Ahí está, un puto monstruo de la calle, pero, de todas las personas con las que me relaciono, él es quien me trata con más respeto. —Levantó la bolsa—. Así que encontraré la forma de hacer esto. Para. Voy a empezar ya.

—Te llevo hasta allí.

—No, prefiero ir andando. Así tengo tiempo para pensar.

Cole paró el coche y Chen salió con la bolsa.

—John.

—¿Qué?

—Coge la caja.

Chen cogió la bolsa que llevaba dentro el archivador.

—Si hablas con Joe, no menciones esto.

Chen miró a Cole mucho rato, y luego de repente se alejó.

Elvis Cole

Cuando Cole llegó a su despacho se puso de inmediato a trabajar. La noche antes había pedido a una amiga de homicidios de la comisaría de Hollywood unos documentos sobre Mendoza y Gomer. Los habría usado para identificar a socios conocidos y parientes, pero ya no eran necesarios. La llamó para cancelar la petición, pero ella ya tenía la información impresa y le habría molestado correr aquel riesgo para nada. Entonces extendió el contenido del archivador de Wilson Smith en el escritorio. Con Mendoza y Gomer desaparecidos, Cole se centró en Wilson y Dru.

Rápidamente vio que la mayoría de los documentos estaban relacionados con el negocio de Smith, y los expedientes individuales contenían facturas, recibos, garantías de aparatos y contratos de arrendamiento. Smith compraba marisco fresco a un proveedor de San Pedro, pan para los bocadillos a una panadería en Boyle Heights, y había firmado un acuerdo de alquiler de un año con Lodester Properties por el local que ahora albergaba su cocina. Cole comprobó todos los recibos y facturas buscando una dirección anterior, pero todo se había enviado a la tienda de Smith. Cole hizo una lista de nombres y números de los diversos membretes por si tenía que llamarles, y dejó a un lado el expediente.

A continuación abordó el expediente del dinero. Había dos carpetas, una para cheques y otra para ahorros, con ambas cuentas en la sucursal de Venice del Golden State Bank & Trust. Los extractos bancarios se remontaban a ocho meses, lo que mostraba que ambas cuentas se abrieron el mismo día. La cuenta de ahorros se abrió con un depósito de 9600 dólares, 2000 de los cuales se usaron para abrir la cuenta de cheques. Dos semanas después de abrir la cuenta de ahorros se depositaron 6500 dólares más. El primer extracto fue enviado a Smith a un apartado de correos en Venice, pero los siete siguientes, incluyendo el más reciente, a Takeout Foods, en Wilson. Cole copió la dirección del apartado de correos y luego examinó los extractos. Depósitos, retiradas de fondos y actividad de cheques, todo parecía razonable, y la mayoría de las retiradas se habían hecho para pagar el alquiler, los aparatos y los suministros. Los cheques cancelados estaban en el expediente. Smith, obviamente, era un hombre que no creía en la banca online. Tampoco en las tarjetas de crédito.

El archivador metálico de Wilson Smith no contenía nada que tuviese una fecha anterior a las cuentas que se abrieron ocho meses antes, nada de naturaleza personal y nada que uniese a Wilson Smith con Luisiana o con ningún otro lugar. Era como si aquel hombre hubiese nacido hacía ocho meses, con un depósito de 9600 dólares.

Nada en el archivador nombraba ni estaba relacionado de ninguna manera con Dru Rayne. Era como si ella no existiese.

Entre los gastos se encontraba una factura mensual de teléfono. Pike le había dado a Cole los números de móvil de Wilson y Dru, pero este número era distinto. Cole lo marcó y respondió un mensaje grabado informándole de que Takeout Foods de Wilson estaba cerrado actualmente, pero que abriría durante el siguiente horario. La voz era de mujer, y Cole pensó que debía de ser Dru. Tenía una bonita voz.

Cole colgó y se quedó mirando al infinito. Se dijo a sí mismo que estaban cuidando una casa, es decir, un alojamiento temporal, de modo que la mayoría de sus posesiones probablemente estarían almacenadas o guardadas en el garaje de algún amigo, pero sabía que todo eso era falso ya mientras lo estaba pensando.

Todo lo referente a Dru Rayne y Wilson Smith era raro.

Se echó atrás y se quedó mirando las puertas-ventana. Estas se abrían a un balcón pequeño, y veinte kilómetros más allá, al mar. Se podía ver el agua si el día era claro, pero aquel día un muro de niebla oscurecía su visión. Se sentía deprimido, y se preguntó qué tal le iría a Pike con la policía. No le gustaba saber cosas de Dru Rayne que Pike no sabía. No le gustaba la expresión que vio en la cara de Pike cuando se echó a la espalda la culpa de los problemas que pudiera tener aquella mujer. Había visto aquella misma expresión en el espejo demasiadas veces.

Marcó el número de la tienda de bocadillos para oír la voz de ella. Agradable, amistosa, con un timbre medio y un ligero toque de acento sureño. Una voz familiar que le producía un dolor en el pecho. Cole amó en tiempos a una mujer de Luisiana. Se involucraron tanto que Lucy y su hijo de ocho años se fueron a vivir con él. Fue un riesgo que corrieron todos y que no funcionó, de modo que Lucy y su hijo se volvieron a Luisiana. Eso decía ella, no Cole. Él habría seguido.

Cuando Cole se dio cuenta de que estaba pensando más en Lucy Chenier que en Dru Rayne, miró la hora. En Luisiana iban dos horas por delante. En aquel momento Lucy estaría en el despacho o en el tribunal. Trabajaba como abogada en una prestigiosa firma de Baton Rouge, y a Cole se le ocurrió que quizá le pudiera ayudar. También se le ocurrió que sencillamente era una excusa para oír su voz.

Una voz profesional respondió cuando él llamó.

—Oficina de la señora Chenier.

—¿Sabes quién soy?

La voz profesional de Loretta Bean se derritió, llena de calidez y suavidad sureña. Era la secretaria de Lucy.

—Eres un perro. No llamas nunca, y echo de menos tus piropos.

—Estaba perdiendo la cabeza por ti, Loretta. Tuve que dejar de llamar para no ponerme en evidencia.

—Qué cosas más terribles dices; claro que te pones en evidencia, pero aun así a mí me encanta... ¿Quieres a la señora Chenier?

—De muchas más formas de las que tú te imaginas.

—¡Ay, bicho malo! Espera y te pongo con ella.

Puso a Cole en espera y se quedó escuchando aquella música enlatada: Harry Connick junior al piano. Estuvo tanto rato en espera que Harry dio paso a Branford Marsalis antes de que se pusiera ella.

—Eh, hola. Siento haberte hecho esperar tanto. Estaba con un cliente.

Al oír su voz el calor se extendió por todo el cuerpo de Cole, a pesar del pequeño pinchazo de incomodidad que sentía en aquellos tiempos cuando la llamaba. Intentaba no hacerlo tan a menudo como antes, pero más por ella que por él mismo. No quería agobiarla, y tampoco quería que se cohibiese cuando él la llamaba.

—No te preocupes. Facturo por horas.

Ella se rio.

—Entonces me alegro de ayudarte. Aquí en Rotolo, Fourrier, Day y Chenier queremos que ganes muchísimo dinero.

—¿Tienes unos minutos? Puedo llamarte más tarde, si no es buen momento.

Las bromas en la voz de ella quedaron reemplazadas al momento por un cálido tono de contralto que siempre le hacía sentir que ellos dos estaban solos en una remota cabaña de montaña.

—Claro, cariño. Espera...

Le dijo a Loretta que no le pasara a nadie y volvió a su conversación.

—¿Va todo bien?

—Busco el historial de una mujer llamada Dru Rayne, y de un hombre llamado Wilson Smith. Ambos dicen que proceden de Nueva Orleans.

—Uf. ¿Y por qué me llama la atención ese «dicen»?

—Joe está relacionado con esa mujer, y no estoy convencido de que ella haya sido sincera con él respecto a sus circunstancias o incluso su identidad.

—¿Cuando dices «relacionado» quieres decir como novio y novia...?

Cole describió cómo Pike salvó a Wilson Smith de la paliza, y después conoció a Dru Rayne. Se saltó lo de las bandas latinas, secuestros y cadáveres con cortes tan profundos que casi separaban la cabeza del cuerpo. La violencia con la que él tropezaba como parte de su trabajo fue lo que, en parte, lo apartó de Lucy.

Cuando acabó, ella se puso en plan abogada profesional.

—Bien; en primer lugar, ¿hay algún posible delito aquí? ¿Joe les ha dado dinero?

Cole dudó, dándose cuenta de que tenía que describir aspectos de la situación que había esperado evitar.

—No, no es nada de eso. Han desaparecido. Quizá tengan problemas, así que estamos intentando encontrarlos.

Lucy se quedó callada un momento y Cole esperó no tener que decirle que Pike estaba siendo interrogado por el asesinato de dos miembros de bandas de Venice.

—Cuando dices que han desaparecido, ¿te refieres a una desaparición voluntaria o forzada?

—Podría ser cualquiera de las dos cosas.

—Maldita sea, Elvis; deberías hablar con la policía, no conmigo.

—La policía está haciendo su trabajo y nosotros el nuestro.

—¿Por qué no me sorprende eso?

—Ahora lo que me preocupa es Joe. Está muy implicado, y yo solo intento asegurarme de que sea por el motivo correcto. También intento averiguar en qué tipo de problemas anda metida esa gente.

—Espera... Ya le llamaré yo. No me pases más llamadas, Loretta; ya he salido de mi despacho... Vale, cariño, ya estoy aquí otra vez. Dime qué puedo hacer.

Cole sonrió. Le encantó cómo lo había dicho, sin dudar: «Dime qué puedo hacer».

—Si pudiese localizar a alguien que les conociese, quizá tendría una idea mejor de lo que está pasando. El problema es encontrar algo. Lo único que tengo son sus nombres. No hay direcciones anteriores, ni números de la seguridad social, ni última dirección conocida, nada. Ni siquiera tengo una foto de esa gente.

—Ya lo entiendo. Estoy pensando... —Se quedó callada y Cole la dejó pensar—. ¿Se fueron después del huracán?

—Eso es lo que dijeron. No sé si es verdad o no.

—¿Y él tenía un restaurante en Nueva Orleans?

—O lo tenía o trabajaba en él, no sé. Y ni siquiera sé si eso es verdad. Es cocinero.

—Vale, supongamos que es verdad; ¿sabes cómo se llamaba el local?

—Lo siento, Luce.

Ella se quedó callada otra vez.

—El huracán fue hace años. Había páginas web y servicios para que los refugiados volviesen a ponerse en contacto con su familia perdida, pero no sé si todavía existen todas esas cosas. ¿Conociste a Terry cuando estuviste aquí?

Terry Babinette era el investigador que solía usar el bufete de Lucy, un detective retirado de la policía de Baton Rouge.

—Le estreché la mano.

—Déjame que hable con él a ver si se le ocurre alguna idea.

—Sería estupendo, Lucille. Muchas gracias.

—No estás demasiado convencido, ¿no?

Cole no lo entendía.

—¿De qué?

—Antes me has dicho que no estabas convencido de que fueran sinceros con Joe. ¿Por qué no lo estás?

Cole puso un pie en el canto de su escritorio, notando de nuevo esa sensación negativa, ese temor instalado en lo más profundo de su ser de perder algo precioso.

—Tengo motivos para creer que su relación no es tal y como ellos la han descrito.

—¿La de Joe y Dru?

—La de Dru y su tío.

Elvis describió su conversación con Steve Brown, y luego repitió lo que le había contado Jared Palmer. Lucy exclamó con énfasis:

—Ay, Dios mío...

—Sí...

—¿Y te crees lo que dice el chico?

—Ha dado en el clavo con todo lo demás. Y Brown estaba furioso. Smith estaba viviendo allí sin que él lo supiera, y hablaba con la mujer cada dos semanas. Así que ella es una mentirosa. Le dijo a Joe que era ella la que se había ido a vivir con Wilson, y no al revés, de modo que es una mentirosa por partida doble. Puede mentir sobre su relación también.

—¿Y qué piensa Joe?

Cole dudó, porque todo aquello le reconcomía desde que habló con Jared.

—Joe no lo sabe. No se lo he dicho.

—Pero hombre, es muy fuerte...

—Me gustaría tener algo más que la palabra de Jared antes de decírselo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

—Te echo de menos, Luce.

—Ya lo sé, cariño. Yo también... ¿Qué vas a hacer?

—Hablar contigo. Supongo que por eso te he llamado.

Ella suspiró. Un largo y lento suspiro al teléfono que él quiso sentir sobre su piel.

—¿Crees a ese chico?

—Sí. No puedo probarlo. No tengo nada salvo su palabra, pero, después de lo que dijo Brown, le creo. Creo que está diciendo la verdad.

—Díselo. —Cole asintió para sí, pero no encontró nada que decir—. Cuanto más tiempo esperes, peor será. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Joe ha nacido para salvar a las personas. Así es como él se ve, y así es interiormente. Está intentando salvarla, o sea que lo que siente por ella se irá haciendo más profundo.

—Ya lo sé.

—Yo sé que lo sabes. Tú también eres así. Por eso os encontrasteis el uno al otro, y por eso estáis unidos como siameses. Por eso hacéis lo que hacéis.

Cole se frotó el ojo izquierdo. Notaba la garganta obstruida.

—¿Y por eso te perdí?

—No me perdiste, cariño. Aquí estamos. Si él quiere salvarla, bien, pero se merece saber a quién está salvando.

—Es duro ser buen amigo...

—Si fuese fácil, cualquiera podría serlo.

—Me gustan las mujeres listas.

—A las mujeres listas les gustas tú.

—Será mejor que te deje.

—Llámame más tarde.

Cole colgó el teléfono. Aún era temprano, pero tenía muchas cosas que hacer, y Lucy le había dado una buena idea. Examinó la lista de proveedores de alimentos con los que había tratado Smith. Todos eran personas relacionadas con el negocio de la alimentación y la restauración, que probablemente se intercambiaban informaciones sobre cocineros, cocina y restaurantes buenos y malos en los que habían trabajado. Era posible que Smith hubiese hablado de un restaurante de Nueva Orleans donde hubiese trabajado, o quizás de un chef, y que una de las personas de la lista se acordase. Tener un lugar por donde empezar haría mucho más fácil el trabajo de Lucy.

Cole abrió una botella de agua, cogió el teléfono y empezó a trabajar.

Elvis Cole

Cole todavía estaba en el despacho cuando Pike lo llamó y le dijo que se iba a acercarse para contarle lo de los cuerpos. Cole sugirió que se reuniesen en su casa, diciendo que prepararía la cena mientras hablaban y que podían tomarse unas cervezas. No mencionó a Dru ni a Wilson, ni la horrible sensación que le producían las malas noticias que estaba a punto de comunicar a su amigo.

La moribunda luz del sol se iba fundiendo en una neblina color magenta cuando Cole subía por la colina hacia su casa. El tráfico en Laurel Canyon era brutal, de modo que tomó un atajo por el vecindario, serpenteando entre los árboles y las casitas con sus verjas de Outpost Drive a Mulholland. Cole conducía un Stingray Convertible amarillo de 1966 que le gustaba mucho. Corría estupendamente y era divertido conducirlo, pero no lo lavaba a menudo, de modo que estaba sucio. Pike lavaba su Jeep todos los días. Su inmaculada piel roja estaba tan brillante y pulida que Cole decía en broma que probablemente la suciedad resbalaba y se la llevaba el viento. Pensando en el reluciente Jeep de Pike, Cole se sintió triste. Habría sido un agradable paseo a casa cualquier otra noche, el Stingray con la capota bajada y el fresco aire del cañón perfumado de eucalipto e hinojo silvestre. Cualquier otra noche habría sido perfecto.

Su casa era de madera de secuoya, con tejado a dos aguas, en una calle pequeña en Woodrow Wilson Drive, en la parte superior de un cañón. La casita, que hubo que reformar, tenía dos dormitorios y dos baños, y Cole la compró un año que andaba bien de dinero, antes de que los precios se disparasen. Si hubiese querido comprarla después no habría podido. No había jardín digno de ese nombre, ya que estaba colgada en lo alto de una pendiente, pero tenía una terraza que recorría la parte trasera de la casa y desde la cual había una vista magnífica del cañón y la ciudad.

Cole aparcó en el garaje y se dirigió a la cocina. Un gato negro se encontraba aposentado en el mostrador. Miró su cuenco al entrar Cole y emitió un suave maullido.

—Sí, ya. Vamos a arreglar lo tuyo lo primero.

Le puso comida fresca y agua, y luego sacó una cerveza Negro Modelo. El gato levantó la vista desde la comida.

—*Miau...*

—Vale, pero no demasiada.

Cole le puso un poco de cerveza en un platito.

El gato venía con la casa, y formaba parte de la vida de Cole desde hacía más

tiempo que ningún ser vivo excepto Joe Pike. Era un animal de malos instintos, dado a atacar a la gente, Cole no sabía por qué. Una vez un hombre que reparaba el aire acondicionado y la calefacción estaba trabajando en la caldera en el armario de la entrada. El operario estaba arrodillado ante la puerta, de espaldas a la entrada, cuando el gato se le subió a la espalda y le mordió en el cuello cuatro veces. El seguro de Cole se hizo cargo de la reclamación, pero tuvo que hacer un trabajo especial sin contabilizar para su agente de seguros para poder obtener una nueva póliza.

—Va a ser una noche dura, amigo.

El gato saltó de su mano con sorprendente suavidad y volvió a comer.

La casa estaba caliente, ya que llevaba todo el día cerrada, de modo que Cole abrió las grandes puertas que daban a la terraza. Sacó un pequeño filete de falda del congelador para que se fuera descongelando, abrió una lata grande de alubias, las enjuagó y las reservó para que se fueran secando. Por aquel entonces ya se había acabado la primera Modelo, de modo que abrió una segunda y se la fue bebiendo mientras cortaba calabacines, berenjenas japonesas y dos tomates grandes para asarlos. Lo bueno que tenía cocinar era que te olvidabas de todo. Cortar y sazonar hacía que fuera más fácil no pensar. La Modelo también contribuía en gran medida a ello.

Cuando las verduras estuvieron preparadas Cole subió escaleras arriba, se puso una camiseta y volvió a la terraza para encender la Weber. El cielo era como una maravillosa sangría por aquel entonces, y le inspiró para tomarse otra cerveza.

Cuando entró de vuelta en casa, Joe Pike estaba ya en la cocina. Sin anunciarse, silencioso como un fantasma. El gato estaba metido entre sus tobillos, ronroneando. Pike era la única persona, además de Cole, a la que podía soportar aquel gato.

Elvis señaló con la botella hacia las verduras.

—Ensalada de alubias con verduras asadas. Quizás un poco de cuscús. Para mí, carne asada. ¿Te parece bien?

—Bien.

Claro.

Observemos cómo el amigo leal prepara el tema para la velada festiva.

—Voy a por una cerveza. Coge una tú, y me pones al corriente mientras preparo el carbón.

Pike sacó una cerveza del frigorífico. Cole cogió una tercera y lo siguió fuera. El gato fue tras ellos. Le gustaba examinar el promontorio en busca de ratones y ardillas de tierra.

Cole movió los carbones, cosa completamente innecesaria. Observemos la técnica inmaculada con la que el «mejor amigo del mundo» pospone con evasivas el momento de la verdad.

—Tú primero, luego sigo yo. ¿Qué les ha ocurrido a Mendoza y Gomer?

Pike le contó lo que sabía de Mendoza primero, y luego pasó a Gomer. Al principio Cole solo fingió escuchar, pero el aspecto visual de aquellos crímenes le

atrajo. El cuerpo de Gomer se encontró detrás del volante de un coche aparcado junto al extremo norte del Grand Canal. La sangre que había en el vehículo sugería que fue asesinado allí mismo. El primer corte probablemente era una puñalada hacia abajo, en el lado izquierdo del cuello, que rebanó la arteria carótida, el esófago, gran parte de la musculatura circundante hasta el hueso —que resultaba visible—, y la parte superior del tórax. El segundo corte iba desde la oreja derecha atravesando la garganta hasta la base de la oreja izquierda, exponiendo también el hueso.

Pike dijo:

—No saben el momento de la muerte de Mendoza con certeza, pero Gomer probablemente murió entre las once de la noche y la una de la madrugada. Cuando la policía me ha dejado, he comprobado el lugar donde le han encontrado: tenía una vista frontal de la casa de Wilson. Probablemente Mendoza iba sentado en el otro lado.

Cuando Cole se dio cuenta de lo que estaba diciendo Pike levantó la mano.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que esos dos tíos estaban vigilando la casa?

—Sí.

—Pero eso no tiene sentido... Si han cogido a Wilson y a Dru esta mañana, ¿por qué volver a la casa? ¿Qué era lo que querían?

—Quizás a alguien de quien les hablaron Wilson y Dru, pero es solo una suposición. Tal vez fue el hombre que les mató. La luz que he visto en el dormitorio del piso de arriba cuando te he llamado esta mañana probablemente era del asesino, el mismo hombre que entró por la ventana de la cocina.

A Cole no le gustaba nada todo aquello, ni lo que podía significar.

—Mendoza y Gomer han vuelto a buscar a ese hombre, pero el otro ya estaba allí. ¿Les ha visto primero y les ha hecho salir?

Pike inclinó la cabeza hacia el otro lado, y el ocaso color anaranjado se reflejó en sus gafas de sol.

—Sí. Creo que todavía estaba vigilando la casa cuando yo he pasado por allí esta mañana. Lo he notado.

Cole hurgó en los carbones y miró las pavesas que se arremolinaban al calor. Todo había cambiado en el espacio de un día. La extorsión de barrio se había convertido en una falsedad. El vandalismo y el asalto eran un truco de prestidigitación para ocultar algo mucho peor, y ahora Cole sabía que los magos eran unos mentirosos. Nada de todo aquello era real, y probablemente nunca lo había sido.

La voz de Pike surgió de las ascuas.

—Ahora tú.

Cole miró a su amigo.

—He hablado con Steve Brown, el propietario de la casa de Smith, y también con Jared. Tengo que contarte algunas cosas, y no te van a gustar. No creo que Dru haya sido sincera contigo.

Cole hizo una pausa para ver la reacción de Pike, pero fue la propia de un maniquí de unos grandes almacenes. El gato se apartó del borde de la terraza, pasó entre las piernas de Pike otra vez y luego se sentó, con los ojos entrecerrados, vigilante.

Cole dejó su botella en la barandilla.

—Brown no conoce a Wilson Smith ni ha oído hablar nunca de él. Dejó que Dru usara su casa porque tenían una historia. Se suponía que ella tenía que estar allí sola, y Brown se ha puesto furioso cuando ha averiguado que alguien estaba viviendo con ella. No sabía nada de ningún tío, ni de que Dru trabajase en el restaurante de Wilson ni nada por el estilo. Creía que vivía de una pensión. Hasta que hemos hablado esta mañana, esperaba reemprender su relación con ella cuando volviese.

Pike se quedó inmóvil, en el borde de la terraza. A Cole le habría gustado poder ver detrás de las gafas oscuras, pero esa imagen le estaba vedada.

—Después de hablar con Brown he ido a ver a Jared. Me ha explicado cosas que desmienten todo lo que te contó esa mujer sobre sí misma. No es bueno, Joe. Es muy malo, la verdad.

—¿Qué?

El gato se acurrucó a los pies de Pike. Su rabo se agitaba y retorció mientras Cole contaba lo que le había dicho Jared. Hizo un resumen, pero no le ahorró nada.

—Si quieres hablar con él otra vez, iré contigo, pero creo que Jared está diciendo la verdad. Cuando le he dejado, he cogido algunas cosas de la casa que tenían las huellas de Wilson y Dru y se las he llevado a John Chen. No sé si esa gente está fichada, pero podría ser, y las huellas igual nos ayudan a averiguar quiénes son. También he hablado con Lucy. Hasta que sepamos algo de Chen, lo único que he podido darle son sus nombres, pero su investigador está intentando ver si puede encontrarlos en Nueva Orleans. Y eso es todo. Eso es lo que he hecho.

Pike pareció tambalearse ligeramente, como si le empujara la brisa, pero el aire estaba quieto.

—Lo siento, tío. Si quieres que deje lo de Chen y Lucy, dímelo.

Pike se volvió hacia el cañón y puso las manos en la barandilla. Cole se preguntó si necesitaba agarrarse para dejar de tambalearse.

—No. Que sigan.

—Está bien. ¿Quieres otra cerveza?

Pike negó con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Elvis.

—¿Sobre qué?

—Estamos metidos en esto porque quieres ayudar a esa mujer. Y me parece muy bien, pero ahora quizás hayan cambiado las cosas...

—Ella sigue necesitando ayuda.

—Vale. Si es lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero.

El gato agitaba el rabo a una velocidad frenética, y sus ojos eran dos ranuras peligrosas.

—Lo siento, tío —dijo Cole.

Su teléfono sonó. Cole no pensaba contestar, pero quiso darle algo de tiempo a Pike. Cubrió la parrilla y entró a buscar el móvil. Cogió el receptor un segundo antes de que saltara el contestador y habló por encima de la grabación.

—Eh, estoy aquí. No cuelgue... Voy a parar esto.

—¿Señor Cole?

Cole no reconoció la voz de aquel hombre.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Me llamo Charles Laine. Usted estuvo hoy en mi casa, en el canal. Habló con mi ama de llaves de mi sistema de vigilancia.

Cole miró hacia el exterior para ver dónde estaba Pike, pero este había abandonado la barandilla.

—Sí señor. Gracias por llamarme.

—No, tranquilo. ¿Es por la investigación policial? La policía vino ayer.

—Sí, señor, es lo mismo, pero yo no soy policía. Soy investigador privado con licencia, trabajando en un caso privado.

—Ya lo sé. Tengo su tarjeta. Irma dice que usted me preguntó si grabamos lo que recoge la cámara.

Cole miró al otro lado de la terraza, pero tampoco veía allí a Pike.

—Sí, señor. Estamos intentando identificar a dos hombres que quizá pasaran por su casa ayer por la mañana.

—Tal vez pueda ayudarle. El sistema que tengo sí que graba, pero no estoy seguro de que se vea el trozo de calle suficiente. Se ve una parte, sí, pero la cámara está enfocada para grabar a la gente que se acerca a mi puerta.

—Ya entiendo. ¿Podría echarle un vistazo a lo que tenga?

—Claro. Intentaré hacer una copia esta noche. Nunca lo he hecho antes, pero tengo un librito de instrucciones por alguna parte... Si funciona, se la daré mañana. Si no, igual tiene que venir usted aquí.

—Eso sería estupendo, señor Laine. Muchísimas gracias.

Cuando Cole colgó al final, salió a la terraza. Quería compartir la única buena noticia que había tenido aquel día, pero cuando salió, Joe Pike se había ido.

—¿Joe?

El gato tampoco estaba.

—¿Joseph?

El cañón se tragó su voz.

Cole volvió a la barandilla. Mucho más abajo, las primeras luces parpadeantes titilaban en la sombra. La oscuridad se iba acumulando en los oscuros tajos como una niebla morada, e iría trepando a medida que moría el sol hasta que acabara consumiéndolo. Pero ahora no, todavía no.

—No va a pasar nada, colega. Solo duele durante un tiempo...

Su voz era un susurro destinado solo a sí mismo.

Luego el gato gruñó, en algún lugar a su derecha y por debajo, en el promontorio. Empezó muy bajo pero fue aumentando de volumen, como un terrible grito de guerra, hasta que llenó todo el cañón con un angustioso gemido, como si estuviera sufriendo. Cole pensó que era el gato. Estaba bastante seguro de que era el gato.

Se inclinó por encima de la barandilla, intentando ver. Se estiró todo lo que pudo, intentó encontrar al gato escuchando su maullido, pero no vio nada. El animal estaba allí, pero tan bien escondido que no era capaz de encontrarlo.

A veces quieres ayudarles pero no puedes.

El aire parecía muy limpio cuando refrescó, por la noche. Pike abrió la ventanilla del Jeep, dejando que el aire le refrescase la piel. Los faros que venían en sentido contrario, las luces de los frenos y los letreros de neón formaban arcos derretidos en el brillante capó. Al acercarse al mar las farolas reflejaron sus halos en la niebla, cada uno más brillante que el anterior. Pike volvió hacia los canales.

Gomer había sido asesinado en un solar vacío en el extremo más occidental del Grand Canal, donde se había derruido recientemente una casa. Pike había visitado aquel lugar por la mañana, cuando lo soltó la policía, pero a Gomer lo habían matado de noche y quería ver aquel lugar en la oscuridad, tal y como él y su asesino lo habrían visto. No tenía otro lugar adonde ir.

Aparcó en la calle y fue andando junto a un tráiler abandonado, por un terreno vacío, hasta el canal. Antes la zona estaba llena de policías, pero ya había quedado desierta. No mucho después de que se iniciase el proyecto se prepararon unos nuevos cimientos y llevaron un tráiler para que lo ocupase el capataz de la obra, pero en algún momento de esa secuencia de acontecimientos se acabó el dinero y la obra se abandonó. Gomer se dirigió allí y aparcó frente al canal.

La casa de Smith estaba a varias casas de distancia por la derecha de Pike, en la orilla opuesta, no muy lejos de la boca de un canal adyacente. Aquella situación ofrecía una buena perspectiva del jardín trasero de Smith, la mitad de las ventanas de la planta baja y todo el segundo piso, pero Pike pensó que Gomer era un idiota por haber aparcado allí, donde era plenamente visible. Vio a algunas familias en las casas del otro lado del canal, y a gente que cruzaba el puente que cubría el canal adyacente, y supo que cualquiera de ellos podía verle a él, igual que podían haber hecho con Gomer. Una de las personas que vio a Gomer aquella noche lo dejó empapado en sangre.

Pike examinó las casas y las sombras que había más allá del puente peatonal y el juego de luces que incidía en el agua. Le pareció que comprendía todo lo que había ocurrido hasta que Mendoza y Gomer volvieron a los canales para ser asesinados. No entendía por qué habían vuelto, por qué les habían matado, ni quién lo había hecho, y ahora aquel asunto de Dru y Wilson hizo que se examinara de nuevo a sí mismo y a ellos, y todo lo que creía que era cierto. Quizás eso fuese bueno. Creía que la respuesta a todo ello se encontraba en aquel lugar, de modo que debía reconocer las señales. Si las encontraba sería capaz de recrear los acontecimientos y sabría lo que había ocurrido. Era como leer las palabras en un libro. Leer cada palabra y añadirla a las demás para construir una frase, y luego unir las frases y conocer la historia. Su tarea era encontrar las palabras suficientes.

Pike sacó su móvil y llamó a John Chen, que respondió con su típico susurro paranoico.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Pike. Han embolsado dos cuerpos esta mañana en los canales de Venice. ¿Qué sabes de ellos?

Chen no respondió.

—¿John?

—Lo siento. Pensaba que me estabas preguntando por otra cosa.

—Sus nombres eran Mendoza y Gomer.

—Es cosa de Sandy Lancaster. Yo no me ocupo de ese caso. Pero ella está aquí, en el cubículo de al lado. ¿Qué necesitas?

Pike le preguntó si alguno de los dos mostraba signos de heridas defensivas o marcas de ligaduras, y si la policía había localizado el lugar del asesinato de Mendoza. Chen le dijo que no colgara, y Pike oyó murmullos mientras aquel hablaba con la criminalista del cubículo de al lado. Unos momentos después Chen había vuelto al teléfono.

—No, tío. Nada de heridas defensivas, y negativo también en lo de las ligaduras. Esos tipos no lo vieron venir, si eso es lo que querías saber.

—¿Y de Mendoza?

—No pueden confirmar nada hasta que tengan el resultado de los análisis de sangre. Dice que han encontrado una salpicadura bastante grande en uno de los puentes peatonales que hay por allí. No sé cuál.

—Vale, John. Ya me lo imagino.

Pike contempló el puente peatonal que unía el extremo norte de la calle de Smith. Habría otro puente seguramente en el extremo sur. Gomer vigilaba el lado norte, así que Mendoza vigilaría el extremo sur. Cada hecho era una palabra que construía la historia.

Pike se dispuso a despedirse, pero sus ojos se fijaron de nuevo en la casa de Dru.

—¿Has encontrado alguna huella en las cosas que te ha dado Elvis?

La voz de Chen sonaba suspicaz.

—¿Qué cosas?

—Las cosas que te ha dado Elvis hoy.

—No le he visto hoy.

—Acabo de estar con él, John. Me lo ha contado.

Chen dudó mucho más que antes.

—No estás mal, ¿verdad? Me dijo que no te lo dijera...

—Estoy bien. ¿Has sacado algo?

—No he tenido tiempo ni de ir a mear. Lo siento, tío; me pondré antes de acabar el turno. Te lo prometo.

—Vale, está bien. Solo preguntaba.

—Ya sé que es importante, como es tu novia y todo eso...

Pike sintió haber sacado el tema.

—No es mi novia.

—Todas las mujeres son un asco, tío. Nadie lo sabe mejor que yo. Ni siquiera puedo conseguir a una zorra que me rompa el corazón.

Pike cerró el teléfono y luego se concentró en Mendoza y Gomer, y se los imaginó vigilando la casa de Wilson. Se le ocurrió que quizás Azzara los hubiera hecho matar. Tal vez averiguó que habían asesinado a Wilson y Dru y se puso furioso porque lo hicieron en contra de sus órdenes. Quizá les ordenó que fuesen al canal con cualquier excusa y envió a alguien a matarlos. Pike estaba pensando en aquella posibilidad cuando recordó la luz del piso de arriba y la ventana forzada. Una gente enviada a asesinar a Mendoza y Gomer no habría tenido motivo alguno para entrar en la casa. La ventana la había forzado otra persona, y Pike sospechaba ahora que había sido precisamente el asesino.

Pike volvió a recrear la imagen de Gomer y Mendoza vigilando la casa. El asesino era bueno. Ninguno de los dos hombres se había resistido ni había intentado defenderse. Los había cogido totalmente por sorpresa, y los había matado con gran limpieza y eficiencia a una velocidad abrumadora. Eso sugería a un profesional, o a alguien con un entrenamiento profesional. Si el asesino había forzado la ventana, probablemente ya estaba en el lugar cuando ellos llegaron, cosa que significaba que no había venido a por Mendoza y Gomer... sino a por Wilson y Dru.

Pike notaba que las piezas iban encajando. Las palabras empezaban a relatar una historia.

El asesino había llegado temprano a la casa, como ponía de manifiesto el momento de su entrada; no había encontrado lo que venía buscando y se disponía a esperar. Eso significaba que de alguna manera estaba conectado con Wilson y Dru. Pike había supuesto que Mendoza y Gomer secuestraron a Wilson y Dru, pero quizá su primer intento fracasó, de modo que volvieron a ver si tenían otra oportunidad. El asesino probablemente les vio tomar posiciones, y o bien sabía que esperaban a Wilson, o concluyó que así era al ver sus actos. Quizá los vigiló durante horas. Luego los mató, y probablemente siguió esperando a Wilson y Dru.

Cada nueva idea era una palabra, y cuanto más experimentaba Pike con ellas más le gustaba la historia. Las señales estaban ahí: lo único que tenía que hacer era leerlas correctamente y en el orden adecuado. Todavía quedaban huecos, preguntas, pero la veía desarrollarse ante él y le gustaba la sensación que producía.

«Estoy aquí».

Un nuevo jugador había entrado en escena, pero quizá llevase en el juego mucho más tiempo de lo que nadie pensaba.

Pike se apartó del agua y recorrió en coche las escasas manzanas que le separaban del local de Wilson Smith.

Pike aparcó frente al local de Wilson. Un bar y una cafetería que había en la manzana siguiente todavía estaban abiertos, y también la gasolinera Mobil y la tienda de tatuajes, enfrente. Esperó a que pasara una pareja y luego se dirigió hacia el escaparate nuevo con su linterna y alumbró el interior. Las cabezas y vísceras de animal habían desaparecido, y el interior estaba limpio. Quizás el ayuntamiento hubiese enviado un equipo de limpieza, o a lo mejor Betsy Harmon y su hijo lo habían limpiado ellos mismos. No importaba ya, ni a Pike ni a nadie.

La luz iluminó la pared donde se había escrito el mensaje con sangre.

«Estoy aquí».

Pike y la policía suponían que Mendoza y Gomer habían irrumpido en la tienda, igual que suponían que habían cometido el secuestro, pero la naturaleza del mensaje siempre había incomodado a Pike, y ahora se daba cuenta de por qué. «Estoy aquí» era un anuncio, y parecía un extraño mensaje para que lo dejaran Gomer o Mendoza, pero quizá no fuese tan extraño para el hombre que los había matado, si ese hombre iba en busca de Wilson y Dru.

Estoy aquí. Yo. En singular.

He llegado.

Temedme.

Pike pensó que ese hombre nuevo era el que había colgado las cabezas y echado la sangre, y lo había hecho para anunciar su llegada.

La historia ahora estaba clara.

No había escrito «he vuelto», porque no era que hubiese estado allí, se hubiese ido y luego hubiera vuelto al mismo lugar. «Estoy aquí» implicaba que había empezado su búsqueda en otro lugar pero acababa de llegar a este, cosa que sugería que había pasado un cierto tiempo. Les había estado buscando, y ahora les había encontrado y quería que ellos lo supieran, lo cual significaba que le conocían, o sabían que existía. Pike sospechaba de estas últimas conclusiones porque iban en contra de sus instintos. No se advierte al objetivo de que acabas de llegar. Wilson había visto el mensaje, lo había comprendido y había desaparecido de inmediato. Ahora Pike creía que la intención de huir de Wilson no tenía nada que ver con Mendoza y Gomer, y sí mucho que ver con la llegada del otro hombre, el nuevo.

Apagó su luz, se apartó de la ventana y observó las tiendas que estaban al otro lado de la calle, mientras pensaba en aquella contradicción. Wilson vio el mensaje, le entró el pánico y salió huyendo. Quizá fuera ese el asunto: quizás el hombre les advirtió porque quería que huyesen, como un cazador que levanta a las piezas de sus escondites. Probablemente estaba observando el local de Wilson cuando este llegó

por la mañana. Probablemente lo siguió de vuelta a casa, pero Mendoza y Gomer interrumpieron su juego.

Pike volvió a su Jeep en busca del número de teléfono de Jack Straw. Este respondió al tercer timbrado. Parecía relajado y algo perezoso, como un DJ en una emisora de *jazz* de FM.

—¿Tenías a alguien vigilando el local de Smith, estos últimos días? —preguntó Pike.

—Sí. A ratos. ¿Por qué?

—Quizá viesen al hombre que mató a Mendoza y a Gomer.

—Espera.

Pike oyó unos sonidos como si Straw estuviese tapando el teléfono con la mano. Continuaron casi un minuto antes de que volviera a ponerse al aparato.

—Mira al otro lado de la calle.

Pike miró y comprendió que le estaban observando. Straw volvió a hablar enseguida.

—¿Ves la sala de tatuajes?

—Sí.

—¿Y el despacho que está encima?

Se veían unas ventanas negras con un rótulo de SE ALQUILA pegado con cinta adhesiva al cristal. Claro.

—Entra en el local de tatuajes y ve por la parte de atrás. Verás una escalera. Si el hombre del mostrador te dice algo, dile que estás con la banda.

Pike cruzó entre los coches y fue al local de tatuajes. Un hombre calvo, con tatuajes en el cuero cabelludo y las mejillas y un enorme aro de metal atravesándole la nariz estaba leyendo una novela de James Ellroy detrás del mostrador. Levantó la vista cuando entró Pike, pero volvió a su lectura cuando este señaló hacia el techo.

Pike pasó junto a unas paredes forradas con miles de dibujos de tatuajes, atravesó una estrecha puerta trasera y subió un tramo de escaleras metálicas. Straw esperaba en la parte superior, vestido con unos vaqueros y una camiseta ancha con el cuello en pico que necesitaba un lavado. Acompañó a Pike hasta una diminuta oficina con dos habitaciones, sin mueble alguno. La única luz procedía de una lámpara encendida en la habitación trasera. La delantera, que daba a la calle, recibía un poco de luz a través de la puerta entornada, pero las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas con tela negra salpicada de recortes rectangulares para poder ver el exterior. El hombre de la camisa naranja estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared. Miró a Pike con indiferencia y no hizo movimiento alguno para ofrecerle la mano.

Era un escondite desnudo que olía a pizza, a cigarrillos y a cuerpos. Unas maletas apiladas con ropa arrugada se encontraban en las esquinas, junto a unos colchones hinchables con sacos de dormir encima. En una bolsa de basura se acumulaban latas de refrescos vacías y vasos de Starbucks. El equipo de Straw había venido muy

ligero: no planeaban quedarse tanto tiempo como se habían quedado al final.

Straw sonrió e hizo un gesto hacia la habitación.

—Te diría que cogieras una silla, pero no tenemos.

—Mendoza y Gomer no destrozaron el local de Smith. El hombre que los mató fue el que lo hizo, y tus chicos a lo mejor lo vieron.

Straw y el hombre de naranja se miraron un momento, y luego el segundo se inclinó hacia delante, interesado.

—¿Qué aspecto tiene?

Su voz era más aguda de lo que Pike esperaba y con un toque liviano, como si acabara de superar un resfriado.

—¿Cómo te llamas?

Straw respondió por él.

—Es Kenny. No hace falta el apellido.

Kenny contempló a Pike con ojos penetrantes.

—¿Puedes describirlo?

—No lo he visto.

Kenny sonrió mientras se apoyaba en la pared, desaparecido su interés.

—Ah.

—Quería saber cuándo entraba y salía la gente, cuándo estaba vacía la tienda, qué tipo de alarmas podía haber. Eso significa que estuvo aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú lo que quería?

Pike miró a Kenny y luego a Straw.

—Porque es lo que yo mismo querría. Está cazando a Wilson y Dru. Llenó el local de sangre para hacerlos salir, y probablemente siguió a Wilson de vuelta a su casa, pero Mendoza y Gomer se metieron por medio. Esto no va de un par de pandilleros que amedrentan a un cocinero. Esto es más gordo.

Straw y Kenny se volvieron a mirar otra vez, como si estuvieran manteniendo una conversación silenciosa, y luego Straw se encogió de hombros, mirando a Pike.

—No lo entiendo. ¿Por qué todo ese follón con la sangre y las cabezas si quería matarlos? ¿Por qué no matarlos sin más?

—No lo sé. Quizá para ver adónde iban.

Kenny sonrió, abriendo mucho los ojos como si Pike fuese un idiota.

—A lo mejor está loco. Si es que existe, claro.

Straw frunció el ceño mirando a Kenny, y pensando un momento.

—Vale. Te escucho. ¿Qué es lo que sabes?

Pike fue explicándoles todo su razonamiento sobre el mensaje dejado en el local de Wilson y las conclusiones que extrajo por la forma en que habían sido asesinados Gomer y Mendoza. Si Straw se preguntó cómo sabía tanto Pike de sus cuerpos, no lo dijo.

—Muy bien, no digo que me crea todo eso, pero, si tienes razón, y nosotros vimos al tío, ¿cómo podríamos saberlo?

Kenny murmuró para sí.

—Llevaba una camiseta en la que ponía ASESINO. ¿No te acuerdas? —Se rio para sí, pero Pike estaba concentrado en Straw.

—Tendríais que haberle visto más de una vez. Después de que pasara tres o cuatro veces os disteis cuenta de que seguía por allí. A la quinta quizás os preguntasteis quién era y por qué tenía tanto interés en el local de Smith.

Kenny miró a Straw.

—No recuerdo a nadie así. ¿Y tú?

—Solo a la gente que trabaja en las tiendas de alrededor, pero ya preguntaré a los chicos. Quizás alguno de ellos viese algo.

Kenny cruzó los brazos y cerró los ojos.

—Claro. Pregúntales.

Debajo de las ventanas tenían una cámara con teleobjetivo y un telescopio con visión nocturna en unas fundas. Una cámara de vídeo, unida por un cable a un ordenador portátil situado cerca, formaba también parte del montaje. Pike había visto ese equipo al entrar y lo señaló.

—¿Y vuestro vídeo?

Straw movió con la cabeza, y se desplazó para enseñárselo a Pike.

—Hemos ido siguiendo a los chicos de Azzara. Lo hemos puesto en marcha solo cuando hemos visto a uno de sus pandilleros. Es lo único que tenemos.

Pike miró los pequeños rectángulos recortados en la tela, iluminados por las farolas de abajo. Se preguntó cuántas horas habrían pasado viendo el mundo a través de aquellas estrechas ventanas.

—Comprobad el vídeo. Nunca se sabe.

Kenny murmuró de nuevo, sin abrir los ojos.

—Es verdad. Nunca se sabe.

Straw le dijo a Pike que lo llamaría si alguno de los suyos había visto algo, y luego lo acompañó a la salida, como si Pike les hubiese entretenido ya el tiempo suficiente. Kenny no abrió los ojos.

Cuando salió, Pike se dirigió a los canales de nuevo. Era tarde ya, pero no tan tarde como cuando fue asesinado Gomer.

No volvió a la obra. Aparcó en Venice Boulevard, junto a la casa de Smith, y luego se acercó a pie a la casa de Steve Brown. Pike pensaba en ella como la casa de Dru, y era la única vivienda oscura en la calle corta y estrecha. Jared tenía la luz encendida, pero no estaba. Probablemente se encontraba en el piso de abajo con su madre, adormilado delante de la pantalla.

Pike usó la llave escondida para abrir la cancela; luego pasó junto a la casa, fue hacia la verja y se dirigió al borde del canal. El agua desprendía un intenso olor. Rápidamente vio el lugar de la obra donde Gomer había sido asesinado. No intentaba ocultarse, quería que le viesen.

Pike se preguntó si el asesino usaba equipo de visión nocturna. Él tenía ese

equipo, pero había decidido no usarlo. Si el asesino estaba allí, Pike quería que sintiera que tenía ventaja. Comprobó los cortes y sombras a lo largo de las orillas y entre las casas donde se podía ocultar un observador, y esperó que el hombre estuviese mirando. Su presencia podía significar que todavía no había encontrado a Dru y Wilson, y que quizás estuviesen vivos aún. Si el asesino estaba mirando, quizá sintiera curiosidad, se preguntase por qué Pike estaba en su jardín y decidiese echar un vistazo más de cerca. Tal vez decidiese matarle, cosa que sería aún mejor. Tendría que acercarse lo suficiente para usar su cuchillo, y a Pike se le daba bien el cuerpo a cuerpo. Quería saber qué sabía el otro.

La luz bailoteaba encima del agua. El ruido del tráfico de las calles adyacentes era intenso, y también la música y las voces que resonaban por todo el canal, pero todos esos sonidos vivos se desvanecerían a medida que la noche se fuese haciendo más profunda.

Pike esperaba solo en la oscuridad, preguntándose dónde estarían Dru y Wilson, cómo les habría conocido el hombre del cuchillo y si estarían vivos o muertos. Se preguntó de dónde vendrían, por qué estarían allí y por qué había tenido que hinchar su neumático aquella mañana en aquella gasolinera en particular y a aquella hora en concreto.

Nada de todo eso importaba en realidad, allí, en la oscuridad. Él le había dicho a ella que se ocuparía de todo. Le había dicho que no les volverían a molestar.

Pike susurró:

—Estoy aquí.

No importaba nada quién o qué era ella. Si le necesitaba, él acudiría.

Pike susurró de nuevo.

CUARTA PARTE

El príncipe de la soledad

Pike cambió de situación varias veces durante la noche, desplazándose de casa de Dru a otros lugares donde tenía visión de zonas en las cuales podía esconderse alguien que estuviese vigilando. No encontró a nadie y, a medida que el cielo se fue iluminando por oriente, se fue convenciendo de que el asesino ya no vigilaba la casa de Dru, lo que significaba que tenía lo que quería, o había seguido la pista de Wilson y Dru a otro lugar. Cualquiera de las dos posibilidades era mala, y dejaba a Pike hambriento de un nuevo rastro.

A las nueve y veinte de la mañana Pike cruzaba el puente de la avenida Dell cuando lo llamó Elvis Cole.

—Laine ha cumplido. Ha enviado un disco por mensajero.

Charles Laine. El vecino de Dru que tenía un sistema de vigilancia.

—¿Y sale algo?

—Acaba de llegar, pero necesito que vengas a verlo. Yo no he visto nunca a esa gente, no sé cómo son.

Pike observó la casa de Dru al otro lado del agua sin ningún entusiasmo. Cole tenía razón, pero Mendoza y Gomer estaban muertos, de modo que, aunque tuvieran la suerte de ver de reojo el secuestro, irse de allí para ver una grabación de un valor cuestionable le parecía ahora una pérdida de tiempo. Entonces se le ocurrió otra posibilidad que hizo que se interesase mucho más.

—¿Cuántas horas de grabación tenemos?

—Siete días desde el momento en que grabó el disco, que fue anoche. ¿Por qué?

Pike le contó a Cole su conversación con Straw y le explicó que creía en la profesionalidad del asesino. Probablemente había registrado la casa de Dru, igual que el local de comida para llevar, y quizás era la persona que había forzado la ventana de la cocina. Eso significaba que era posible que el asesino se hubiese desplazado por delante de la cámara.

—Bien, pues ven aquí y veamos si se puede usar para algo este material. Laine me ha dicho que veremos un trozo de calle, pero no sabremos lo que significa eso hasta que no lo comprobamos. Igual no vemos más que sombras.

El viaje a través de la ciudad duraba cuarenta minutos, pero Pike aparcó pronto junto a la casa de Cole y apareció en su cocina.

Se sirvió una taza de café solo, cogió un *bagel* con pasas de los que tenía Cole y siguió a su amigo hasta un escritorio en el salón. Sacaron unas sillas de la mesa del comedor y Cole se sentó frente a su Mac. Introdujo el disco y el dispositivo empezó a girar con un suave zumbido. Ninguno de los dos habló mientras esperaban, como si la expectación envolviese en silencio a los dos hombres.

Unos momentos después apareció un programa de reproducción de discos mostrando cuatro capturas de pantalla. Eran de cada una de las cuatro cámaras que monitorizaban el hogar de Laine, una a cada lado de su casa, otra detrás y la cámara de la puerta delantera. Pike vio que Cole se relajaba cuando aparecieron las imágenes.

—Ahí lo tenemos. Las cámaras graban simultáneamente en diferentes pistas. Laine ha dicho que podemos ver cada una separadamente, y desplazarnos adelante y atrás como si fuera un DVD.

Cole hizo clic en la imagen inicial, que se expandió y llenó toda la pantalla. La imagen era deslavazada y fantasmal, en gris y negro, con un código temporal en la parte inferior que indicaba que la imagen se había grabado a las 23.13 y 42 segundos de la noche anterior. Cole echó un vistazo.

—No está mal. Podemos ver un trocito de calle ahí al fondo, y está bastante claro.

A Pike no le parecía tan bien. La cámara estaba paralela a la calle, centrándose en los visitantes, que se encontraban en un pequeño hueco frente a la puerta delantera de Laine, de modo que su campo de visión era muy limitado. El tercio derecho de la pantalla era la puerta de acero. El tercio central era la pared del hueco, que quedaba justo enfrente de la cámara, donde los visitantes podían permanecer cuando apretaban el timbre. El último tercio de la pantalla mostraba una estrecha rendija de calle en la visión periférica de la cámara, al fondo. Si tenían que ver algo útil sería en aquella estrecha rendija.

—Muy turbio. Es difícil ver algo más allá de la pared —dijo Pike.

—Míralo por el lado positivo. Lo grabaron hacia las once y cuarto de la noche pasada con luz infrarroja. El fondo se iluminará durante el día. —Cole cruzó los brazos y volvió a mirar—. ¿Quieres buscar al asesino?

—Sí.

—Bien, pues piensa en esto: siete días significa que tenemos aquí ciento sesenta y ocho horas. Si lo pasamos a velocidad rápida, va ocho veces más deprisa, de modo que nos costará veinticuatro horas ver lo que hay, si volvemos al principio. ¿De verdad quieres pasarte todo ese tiempo buscando a un tipo al que no reconoceremos?

Pike pensó que podía limitar el tiempo.

—Podemos hilar más fino. El día que desaparecieron yo fui a su casa alrededor de las diez, y tú hacia la una. Quienquiera que forzase la ventana lo tuvo que hacer durante esas tres horas. Tres horas no es tanto.

Cole asintió, pero fue un asentimiento lento, y Pike supo que estaba pensando. Eso era bueno, porque siempre se le ocurrían buenas ideas.

—Mira, será mejor que empecemos esa misma mañana temprano. Si tienes razón con lo de que el asesino fue a registrar su casa, quizá pasara un par de veces antes de entrar. También es posible que siguiera a Wilson a casa desde el local, o sea que podemos cogerle siguiéndole, ¿no?

Pike asintió. Buenas ideas.

—Y también, si conseguimos ver algún momento del secuestro, sabremos qué

tipo de vehículos estuvieron implicados, y podremos hacernos una idea de la situación en la que se encontraban Dru y Wilson cuando los cogieron. Eso podría ayudarnos a encontrarlos aunque Mendoza y Gomer hayan muerto.

—Empieza cuando quieras.

Pike quería hacerlo de inmediato.

Con el botón de retroceso, Cole fue saltando hacia atrás por el disco, de hora en hora, hasta la mañana del secuestro. Cuando las imágenes estáticas iban retrocediendo en el tiempo de la noche al día, Pike se sintió aliviado al ver que ganaban mucho en claridad, profundidad y color.

Cuando el contador temporal marcaba las 5.13 y 42 segundos de la mañana del secuestro, Cole dio al botón de reproducir y aumentó la velocidad. Aunque a primera hora de la mañana no había demasiada luz, las imágenes a tiempo real iban haciéndose cada vez más nítidas. El paisaje seguía inmóvil, pero la luz ambiental cambiaba y los colores se hacían más intensos a medida que avanzaba el contador temporal.

Vieron la primera señal de vida a las 5.36. Una figura pasó rápidamente por el extremo más alejado de la izquierda de la pantalla, y se desvaneció antes de que Cole pudiera darle al botón de pausa.

—Un corredor —dijo este.

Invirtió la grabación y la reprodujo a tiempo real. Una mujer corriendo apareció por el extremo izquierdo de la pantalla, de espaldas a la cámara. Como esta estaba paralela a la calle, parecía como si viniese desde detrás del lado izquierdo de la cámara por un camino ligeramente desviado de izquierda a derecha, y solo fue visible unos pocos segundos.

A las 5.54 apareció un segundo corredor, esta vez un joven con rastas en el pelo que corría hacia ellos por un camino junto a la cámara. Cole congeló la imagen para examinarlo.

—¿Puedes imprimir esta foto? —dijo Pike.

—Claro. ¿Crees que será él?

—Ya lo veremos.

Pike no tenía ninguna intuición sobre aquel hombre, en ningún sentido. Simplemente quería todas las fotos de todos los hombres que pudieran ser y que pasaron junto a la casa.

No se vio a nadie más hasta las 6.22 de la mañana, cuando pasó el Tercel plateado a gran velocidad.

—Son ellos —dijo Pike.

Cole hizo retroceder la grabación y la pasó hacia delante otra vez, fotograma a fotograma, hasta que tuvieron la mejor imagen posible del conductor. La imagen congelada era bastante granulosa, pero estaba claro que se trataba del rostro y los rasgos de Wilson Smith. Iba solo en el coche.

—Wilson. Ahí iba camino del local.

Cole imprimió la imagen y luego siguieron viendo la grabación a velocidad rápida.

La actividad en el callejón fue aumentando a medida que avanzaba la mañana. Detenían la imagen cada vez que pasaba una figura, y luego rebobinaban y la veían a tiempo real. El Tercel plateado reapareció a las 6.55, saliendo por la esquina izquierda de la pantalla cuando Wilson volvió a casa. El ángulo hacía imposible ver a Wilson tras el volante, pero no parecía que hubiese nadie más en el coche.

Entre las siete y las ocho de la mañana pararon la imagen dieciocho veces e imprimieron siete imágenes, pero ninguna de las veintidós personas que vieron parecía ser otra cosa que gente corriente que había salido a dar una vuelta o a correr. Pasaron dos coches por el campo de visión, a medida que los residentes iban abandonando sus hogares entre las 7.20 y las 7.45. Ninguno de ellos era el Tercel plateado, pero Pike y Cole se sintieron animados en ambos casos porque los conductores que salían eran claramente visibles.

Pike observó con la sorda esperanza de que Cole tuviese razón, de que pudiesen verlos partir antes de que llegase Mendoza, pero Jared pasó junto a la pared a las 8.07. Se fue haciendo más grande rápidamente hasta que desapareció por un lado de la cámara, dirigiéndose hacia su batido de chocolate.

—Vale. En algún momento a partir de ahora y antes de que vuelva Jared es cuando llegan Mendoza y Gomer —dijo.

Cole asintió sin apartar la vista de la pantalla.

Pasaron andando dos mujeres con perros pequeños, y luego otro hombre corriendo. A las 8.42 pasó otra figura rápidamente de izquierda a derecha, y Cole detuvo la imagen.

—Es Jared. Ya vuelve.

El chico llevaba una bolsa del supermercado. El batido.

Cole miró a Pike y luego meneó la cabeza.

—A tiempo real, Mendoza y Gomer están en la casa en ese momento. Es cuando los vio Jared.

—Usaron el puente peatonal.

—Sí. Y si tu asesino usó el puente y se quedó al final de la calle, no le veremos tampoco.

—Vuelve a pasarlo.

Cole dejó que la imagen pasara a tiempo real, y a las 8.53 apareció el Tercel. Pike se inclinó hacia delante cuando lo vio, mientras Cole paraba la imagen, la hacía retroceder y avanzaba de fotograma en fotograma. A medida que lo hacía, Pike vio que había tres personas en el coche. Wilson conducía, Dru iba en el asiento del pasajero, y otra figura iba detrás. Eso confirmaba que los malos habían usado el puente peatonal para entrar y obligar a las víctimas a salir. Era un buen plan, considerando que la calle era estrecha y sin salida, con tantos posibles testigos.

—Mendoza va detrás, pero solo veo a tres personas —dijo.

—Quizá lo dejaron junto al puente, por donde vino. ¿Es Dru la que va delante?

—Sí.

Cole imprimió la foto y luego hizo adelantar las imágenes.

Seis fotogramas más tarde, el ángulo había cambiado lo suficiente para revelar que en el vehículo iban cuatro personas.

—Ahí lo tenemos —dijo Cole.

El segundo hombre iba sentado detrás de Wilson, aunque todavía era difícil de distinguir. Cole avanzó la imagen dos fotogramas más, y la cara del segundo hombre emergió desde detrás de la cabeza de Wilson.

Pike examinó la cara borrosa, y luego se acercó más a la pantalla.

—Pasa uno más.

Cole adelantó la imagen.

—Uno más.

Pike notó un brote de sorpresa, luego la sorpresa se fundió en la calma que sentía cuando fijaba el punto de mira en un objetivo. Cole lo contemplaba cuando Pike levantó la vista.

—¿Qué pasa?

—Que ese no es Gomer. Es Miguel Azzara.

—Pensaba que no sabía nada de esto.

—Mintió.

Cole lanzó una mirada a Azzara.

—Dos personas han muerto, dos más han desaparecido y aquí el jefe aparece en un secuestro. Esto es más importante que un par de pandilleros cabreados porque los han arrestado. ¿Crees que estos tíos averiguaron lo de la investigación de Straw?

—No lo sé.

—Quizás a Azzara le preocupara que Wilson pudiera hacerle daño. Tal vez a Mendoza y Gomer los mataron porque pensaron que estaban cooperando con los federales.

Pike no lo sabía, pero ya no importaba. Azzara le daba un objetivo, y si veía el objetivo podía apuntar hacia él.

Cole imprimió la foto de Azzara cuando de pronto sonó su teléfono y le dijo a Pike que la que llamaba era Lucy Chenier. Salió con el teléfono a la galería para atender la llamada, y Pike siguió viendo la grabación.

Lo veía a alta velocidad, pero la imagen aun así se movía a cámara lenta, porque pensaba en Azzara y en cómo podía encontrarle. Más corredores iban y venían, pero la mayoría eran mujeres, y los pocos hombres que salían no parecían posibles candidatos a asesinos curtidos con cuchillos. Pike se vio a sí mismo llegar, y luego irse, pero no apareció nadie más en la calle. Había examinado otra hora y veinte minutos del lapso de tres horas cuando Cole volvió de la terraza, muy serio. Detuvo la grabación.

—¿Qué pasa?

—Era el detective de Lucy. El tipo del que te hablé, Terry Babinette.

Pike esperó, sabiendo por la expresión de Cole que las noticias no eran buenas.

—Después del huracán, el ayuntamiento montó unas webs para que la gente pudiera poner el nombre de amigos y familiares evacuados o dados por perdidos. Terry solo ha podido trabajar con nombres, de modo que esto no es definitivo, ¿vale?

—Suéltalo.

—Los nombres de Drusilla Rayne y Wilson Smith están en la lista de los muertos. Drusilla Rayne era una mujer caucásica de cuarenta y dos años que murió como indigente en un hospital benéfico tres días después del huracán. Wilson Smith era un varón afroamericano de setenta y seis años que murió de un ataque al corazón cuando lo evacuaban de Natchez, Misisipi. No tenían parientes conocidos ninguno de los dos. Eso es todo.

Pike se sentía dolorido y entumecido. El hombre y la mujer a los que conocía como Wilson Smith y Dru Rayne habían cogido sus nombres de unos muertos, y probablemente usaban también el número de seguridad de los fallecidos para suplantar su identidad. No sabía qué decir, y Cole parecía incómodo.

—¿Quieres ver más vídeos?

—No tiene sentido.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

Pike miró la pantalla congelada y se puso de pie.

—Los tiene Azzara. Voy a darme una ducha y luego a buscar a Azzara.

Dejó a Cole ante el ordenador y volvió a la habitación de invitados.

Daniel

Daniel dijo:

—Si la información que tenemos del mexicano es correcta, sabré cuál es su situación antes de mediodía.

El boliviano parecía más emocionado que nunca, al menos desde que lo conocía Daniel, y eso significaba que «todos» los bolivianos estaban emocionados. Daniel se los imaginó sentados en sus casas, meneándose y pensando que finalmente habían conseguido su venganza. No había nada que les gustase más a esos hijos de puta que la venganza, y ahora ya la tendrían. Gracias a él.

—No se retire, señor...

Daniel esperó a que el trueno de un *jet* de negocios Hawker se desvaneciese y luego continuó. Esos Hawkers eran guapos.

—Lo siento, señor; estoy en el aeropuerto. ¿Podemos confirmar que el vuelo sale esta mañana?

Bla, bla, bla.

—Está bien, sí, perfecto. ¿Tenemos el número de registro del avión, o su modelo y marca?

Bla, bla.

Cleo dijo:

—Bla, bla.

Tobey dijo:

—Bla, bla.

Daniel los hizo callar.

—Chist.

Daniel escuchaba con mucha atención mientras el boliviano iba soltando los últimos informes de México. El flujo de información entre México y Nueva Orleans durante los dos últimos días había sido valiosísimo, pero no habría habido información alguna sin Daniel, y los bolivianos lo sabían. Daniel finalmente había encontrado a los cabrones, y los muy hijos de puta habían intentado hacer un trato en lugar de salir huyendo, y ahora ese trato los estaba matando.

El hombre lobo sonrío de nuevo.

—Sí, señor, le mantendré informado... Desde luego.

Daniel quería dejar ya el teléfono, pero el boliviano seguía y seguía, diciendo lo encantados que estaban todos con él, con su lealtad y su decisión, bla, bla, bla.

—Gracias, señor. No, realmente... agradezco la confianza que me ha demostrado.

Muchas gracias.

Colgó al fin.

—Gilipollas.

Cleo dijo:

—Vaya imbécil.

Tobey dijo:

—Payaso, payaso, payaso.

Daniel entrecerró los ojos y miró hacia la pista, a la torre de control, y luego hacia arriba, a un neblinoso cielo blanco. Se echó hacia atrás y miró arriba, disfrutando del cielo matutino, de aquel lugar y de aquel momento. Había asesinado a gente en aeropuertos como aquel en toda América del Sur y Central. También había secuestrado gente, volado aviones, robado carga y casi todas las malditas cosas que puede hacer una persona.

—Ha sido una larga caza, chicos.

Tobey dijo:

—Demasiado larga.

Cleo dijo:

—Sí, demasiado larga.

El aeropuerto de Santa Mónica era una sencilla pista con hangares y locales comerciales alineados, junto con una zona de observación donde se sentó Daniel. La gente podía ver desde allí despegar y aterrizar todo tipo de aparatos, desde Cessnas hechos polvo hasta *jets* de empresas, y él podría ver aterrizar el *jet* y tener tiempo suficiente para colocarse en su posición. Ya sabía dónde pararía el avión que llegaba. Una limusina, un SS396 color dorado y un Monte Carlo recortado aparecieron pocos minutos antes de que llamase al boliviano, y esperaron directamente en la pista. Montar un comité de bienvenida era una idea estúpida, desde luego, pero la limusina era una cucaracha negra y gorda que le conduciría hasta la tierra prometida.

Daniel miró su reloj. Si el boliviano decía la verdad, el mexicano aterrizaría al cabo de menos de una hora y se dirigiría hacia el lugar de su reunión.

—Chicos, ¿preparados para matar a alguien?

Tobey dijo:

—Joder, sí.

Cleo dijo:

—Matarlos, sí, qué bien.

Daniel soltó una risita.

—Yo también, chicos, pero no hasta que consigamos lo que queremos.

—¿Entonces podremos matarlos?

—¿Matarlos?

—Desde luego que sí.

—¿Matarlos y comerlos?

—¿Comerlos, comerlos?

—Chicos, estáis locos...

—¿Locos?

—¿... cos?

Daniel disfrutó del sol en su cara y de la agradable compañía de sus voces, sus ecos.

Elvis Cole

Cole vio alejarse a Pike en su coche, y luego volvió a su escritorio para mirar las fotos de Dru y Wilson, que en realidad no eran Dru Rayne ni Wilson Smith. La gente se cambia de nombre para esconderse, pero ¿esconderse de qué y quién? Cole era detective desde hacía mucho tiempo, y sabía que la gente a veces tiene buenos motivos para esconderse, pero la mayor parte de las veces los motivos son malos. Tenía un mal presentimiento con aquella gente y, cuanto más sabía del caso, peor se volvía aquella sensación.

La foto de la mujer era la mejor. Se había vuelto hacia la izquierda, como si estuviera hablando con Mendoza o Azzara, de modo que estaba de frente a la cámara. Wilson miraba por encima del volante, ofreciendo una imagen en tres cuartos, con parte de su rostro bloqueado por el espejo retrovisor de un lado.

Algo en la expresión de ambos preocupaba a Cole, pero no sabía el qué. Al cabo de unos pocos minutos dejó a un lado las fotos y llamó a Bree Sloan, de la compañía telefónica, para preguntar por los móviles. A veces le devolvían la llamada enseguida, y otras veces en cambio tenía que insistir.

Ella le dijo:

—Me has leído el pensamiento. Estaba a punto de llamarte.

—¿Tienes buenas noticias?

—No, no te gustarán nada, pero aun así me darás las entradas, ¿no?

—Claro que sí.

Cole conseguía excelentes entradas para ver a los Dodgers de un antiguo cliente, y se las daba a la gente que le ayudaba. Especialmente a personas como Bree, que era jefa regional de una compañía de telecomunicaciones local de tamaño mediano. Unos asientos exclusivos en el Dodgers Dugout Club funcionaban mejor que una orden judicial.

—¿Estás en tu ordenador?

—Mirándolo. No es tan sexy como tú.

Bree se echó a reír. Tenía una risa estupenda.

—Ay, cómo eres.

—Increíble, ¿verdad?

—Vale, dejémoslo ya y escucha. Esos tres números que me diste... 8272, 3563 y 3502...

Cole miró sus notas. Eran los cuatro últimos dígitos de los números del local de Wilson, el móvil de Wilson y el móvil de Dru.

—Sí. Dime.

—8272 es una línea terrestre de ATT facturada a la empresa hostelera de Wilson. Te voy a mandar los registros entrantes y salientes de los últimos cuarenta y cinco días, ¿vale? Es todo lo que tenemos.

—Entiendo.

Las empresas proveedoras de servicios telefónicos normalmente guardaban el historial de llamadas solamente durante cuarenta y cinco días, aunque seguían guardando la información de facturación más tiempo. Cole esperaba que fuera así cuando examinó las facturas que encontró en el archivador de Wilson.

—Y ahora las malas noticias. El 3563 y el 3502 son de prepago, de un proveedor pequeño establecido en Phoenix. Me debes una buena por estos dos... El tío con el que hablé de allí es un auténtico gilipollas.

—¿Son esos los números de móvil?

—Sí. El proveedor es una empresa llamada Electrotelepathy. Alquilan espacio en su antena a compañías más importantes como nosotros, pero a una escala mucho más reducida. Están especializados en opciones prepago. Así se ahorran la infraestructura.

—¿Y has conseguido el historial?

—Te lo envío por e-mail, pero aquí viene la parte que no te va a gustar: los números fueron activados hace solo doce días. No hay demasiada historia, que digamos.

Cole se echó atrás en la silla. Wilson y Dru usaban teléfonos de usar y tirar, y eso probablemente significaba que cambiaban de número a menudo. Números falsos, imposibles de rastrear. ¿Podía ser más perfecta la cosa?

—¿Y existe algún historial de mensajes de texto?

—Electrotelepathy no guarda los mensajes ni los correos electrónicos. Eso es bastante habitual; algunas de las compañías grandes tampoco los guardan. Y antes de que me preguntes (porque leo la mente también, y sé lo que me vas a preguntar) esos teléfonos no permiten el rastreo por GPS. Electrotelepathy es una empresa de poca categoría, y sus productos son de gama baja.

—¿Son muy recientes los historiales?

—Hasta esta mañana. Que es cuando he hablado con él. Por tercera vez.

—Vale, gracias, amiga. Te lo agradezco de verdad.

—Un partido de los Giants, ¿eh?

—Los Giants.

Bree era fan de los Dodgers, pero su novia, Estelle, era fan de los Giants de San Francisco. El suyo era un matrimonio mixto.

—Eres mi héroe, Elvis. A Estelle le encantará.

—Dile que es la mujer más afortunada de la tierra.

—Eso hago. Todas las noches.

—¡Bien por los azules!

—¡Bien!

Cole se echó a reír mientras colgaba.

Cuando apareció el mensaje de correo de Bree, lo abrió y se encontró tres documentos adjuntos, uno para cada uno de los tres números de teléfono. Los dos historiales de llamadas de móviles eran breves, tal y como le había dicho Bree. Cole no supo cuál era el de Dru y cuál el de Wilson hasta que los fue examinando y encontró el número de móvil de Pike en el historial del 3502. Ese tenía que ser el móvil de Dru. Su última llamada la hizo al número de Pike, casi tres días antes, a las 23.32. Cole supuso que aquella era la llamada perdida de la que le había hablado Pike. Ya no había ninguna más desde aquel número a partir de ese momento. Comprobó el 3563 y no encontró registro alguno desde aquel mismo día más temprano, cosa que significaba que Wilson no había hecho tampoco ninguna llamada en los últimos tres días. Eso coincidía con el secuestro, pero Cole sabía que Wilson había llamado al detective Button después de ver el estropicio de su tienda, y esa llamada no había quedado registrada en la lista. Comprobó si se había hecho desde el local de Wilson, pero tampoco se había telefoneado desde allí aquella mañana. Se quedó muy sorprendido y desconcertado. Si la llamada a Button no aparecía en ninguno de los tres registros, ¿cuántos teléfonos tenía Wilson Smith?

Cole imprimió los tres documentos, y luego se quedó de nuevo mirando las fotos. Era como si estas intentaran decirle algo que él no era capaz de oír.

Frustrado las dejó a un lado, se sirvió otra taza de café y se dedicó a los historiales de llamadas buscando números recurrentes. Estaba elaborando una lista de los números a los que se había llamado más frecuentemente cuando sonó su teléfono.

—¿Puedes hablar? —preguntó John Chen.

—Sí. ¿Dónde estás?

—De camino hacia Los Feliz. Algún idiota ha perdido al juego de la ruleta rusa. Es la única vez que puedo tener algo de intimidad, yendo hacia la escena de un crimen. Llevo toda la mañana esperando para llamarte.

—¿Tienes alguna huella?

—¿Acaso no soy Chen? Once muestras distintas, y estoy bastante seguro de que algunas pertenecen a mujeres. Lo digo basándome en el tamaño; es solo una suposición, pero quienquiera que sea no está fichada. No tienes que preocuparte por ella. El otro tío es muy distinto.

—¿Has encontrado algo sobre el hombre?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos, John? Venga, ¿quién es?

—No lo sé. Por eso digo que más o menos. Tengo un expediente sellado. Lo único que he podido conseguir es un número de expediente y una indicación que dice con quién hay que ponerse en contacto.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Puede significar cualquier cosa. El tío puede ser un policía, un agente federal, quizás alguien en un programa de protección de testigos, algo por el estilo. Vemos

esas cosas también con el personal militar, cuando se trata de un tío de las Delta, los SEAL o una de esas cosas de alto secreto.

—¿Me estás diciendo que el hombre es un agente secreto?

—No, solo eran ejemplos. Puede ser un criminal o un policía.

—¿Por qué?

—Por la indicación. Dice que hay que ponerse en contacto con el FBI o el Departamento de Justicia de Luisiana para pedir información. Eso le descarta como agente secreto.

—¿Y has llamado?

—¡No, demonios! Sabrían que estoy implicado. Solo me faltaba eso, ya temo que investiguen mi ordenador por mirar la huella... Quizá vengán husmeando a ver por qué nosotros tenemos sus huellas.

Cole notó un pinchazo de preocupación.

—¿Te vas a meter en un lío por esto?

—No. Usé la contraseña de Harriet cuando entré. No pueden rastrearme. — Harriet era la jefa de John—. Siento no poder conseguirte la información, tío, pero yo no puedo ir más lejos. Quería ayudarte, de verdad. Díselo a Joe, ¿vale?

—Has ayudado mucho, John. De verdad. ¿Qué número tiene el expediente?

Cole copió el número de expediente, e inmediatamente llamó a Lucy Chenier. Estaba en una reunión, pero había dejado instrucciones de que la interrumpiesen si llamaba Cole. Cuando se puso al teléfono, le explicó lo que necesitaba.

—¿Tiene Terry un contacto en el Departamento de Justicia de Luisiana?

—Probablemente más de uno. ¿Por qué?

Cole le contó lo del expediente sellado con su indicación de ponerse en contacto con Justicia de Luisiana.

Lucy suspiró, pensativa.

—El Departamento de Justicia y el FBI. No me gustan las cosas que nos estamos encontrando.

—A mí tampoco. ¿Puedo darte el número de expediente?

Cole se lo leyó, esperó a que ella lo copiase y confirmó cuando ella se lo repitió para asegurarse de que lo había apuntado correctamente.

—Bien. A ver cómo quiere enfocar esto Terry.

—Gracias, Luce.

—Una cosa...

Él esperó.

—Estos expedientes sellados pueden ser cualquier cosa, pero siempre significan que es importante para alguien que la identidad de ese individuo esté protegida. En cuanto Terry haga la gestión (aunque sea a través de una de sus fuentes) no podremos volver a meter al genio en la botella. La gente que está ocultando a ese hombre pueden resultar unos genios con muy mala leche.

—Ya, lo entiendo.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante?

—Sí.

—Nos pondremos en contacto contigo cuando podamos.

Cole dejó el teléfono con cierta intranquilidad, notando que le estaba levantando los pies del suelo un río frenético de acontecimientos desconocidos y gente extraña, y el río se lo estaba llevando. Se desprendió hasta que le crujieron los hombros, luego recordó las fotos y finalmente se dio cuenta de lo que le había estado incordiando.

Puso las dos fotos en el teclado y examinó de nuevo las caras. Los ojos de Wilson y Dru no mostraban la ansiosa tensión de la gente que tiene un cañón apuntándoles a la espalda. No parecían asustados. Se preguntó por qué.

Pike bajó a toda velocidad por el cañón desde la casa de Elvis Cole hasta que se vio libre de las altas crestas. Llamó a Arturo Álvarez al entrar en terreno llano. El teléfono sonó tantas veces que Pike pensó que nadie contestaría, pero finalmente lo cogió una joven con la voz tan apagada que Pike no estaba seguro de si era la misma que había conocido en la casa de Ojos de Ángel.

—Diga.

—¿Marisol?

—Sí, ¿qué quiere?

—Soy Joe Pike. ¿Puedo hablar con Artie?

Hubo un silencio tan largo al otro lado de la línea que Pike se preguntó si ella le habría dejado en espera.

—¿Hola?

—Váyase a la mierda.

Ella colgó sin decir nada más, y Pike supo por su rabia que a Art le había ocurrido algo malo.

La casa de estuco recién pintada estaba tan apagada como la voz de Marisol cuando llegó Pike. La multitud de niños que había visto durante su última visita había desaparecido, y el patio estaba desierto, excepto por un monitor que estaba subido en el tejado, sin camisa, cambiando las tejas bajo el sol de final de la mañana.

La puerta delantera estaba abierta para que entrase el aire, de modo que Pike no llamó. Entró y encontró el salón vacío.

—¿Hay alguien?

Oyó una voz en la parte de atrás y apareció Marisol en el vestíbulo, con los brazos cruzados y muy apretados encima del pecho, y sus ojos furiosos como negras bocas de cañón.

—Largo de aquí.

—¿Dónde está Art?

—Usted los atrajo aquí. Váyase.

Pike llamó hacia la casa.

—¿Art?

Un murmullo bajo que reconoció como la voz de Art llegó de la habitación de atrás, pero Marisol habló más fuerte.

—No le queremos aquí. Váyase.

Pike la empujó a un lado y encontró al padre Art en un pequeño dormitorio frente a su despacho, una de las diminutas habitaciones que usaban los chicos cuando no tenían otro lugar adonde ir. Ya hacía bastante calor, pero las ventanas estaban abiertas

y un pequeño ventilador eléctrico removía el aire. Art estaba echado en una cama individual con unos cojines como apoyo. Tenía el ojo izquierdo tan hinchado que era solo una rendija; ambos ojos de color morado y negro. Unas contusiones como los montes Verdugo le atravesaban la frente. Tenía la nariz de dos veces su tamaño normal y torcida hacia la derecha, señalando hacia su labio superior partido, y un moretón en la mejilla. Con la camiseta blanca y suelta que llevaba parecía muy flaco.

—Azzara —dijo Pike.

No era una pregunta sino una afirmación.

Llegó Marisol por detrás y le dio un puñetazo en la espalda.

—No quiere verle. Lárguese de aquí. —Le dio otro—. ¿Me oye, hijo de puta?

Art levantó la mano y habló con dificultad:

—Marisol. Así no.

Pike la ignoró, mirando hacia el ojo bueno de Art.

—Te llevaré a un hospital.

—Ni hablar, hermano. Nada de hospital.

Pike se acercó más y el ojo bueno de Art le siguió.

—¿Esto es por mi culpa?

Marisol volvió a hablarle por detrás.

—¿Qué le parece? Le echaron la culpa por lo que fuera que usted hizo en el taller de chapa. Y vinieron aquí buscando a Art. No tendría que haberle ayudado.

Pike levantó la camisa de Art. Tenía el pecho y el abdomen lleno de manchas con hematomas morados y verdes de puñetazos y patadas. Le habían pegado tan fuerte que las patadas y puñetazos salieron de Art y fueron hacia Pike. Se bajó la camiseta para cubrir las marcas.

—Es lo que les enseño a estos chicos. ¿Veis cómo se extiende la violencia? Me has decepcionado, hombre.

—¿Tienes las costillas rotas?

—Estoy bien.

—Déjame que te lleve a un médico.

—No, ya está. Olvídalo.

Pike miró a Marisol.

—Tendría que haberme llamado.

—Iba a hacerlo pero él no me dejó: ni a usted, ni a la policía, ni a nadie.

Art levantó la mano otra vez.

—Ya estaba hecho. Ahora tengo que reconstruir la confianza que se ha perdido.

Marisol dijo algo en español que Pike no entendió, pero era duro y furioso.

—¿Dónde puedo encontrarle, Artie? Dime dónde vive.

—¿Para que vayas a matarle? No.

Pike sacó la foto de Azzara y Mendoza en el coche detrás de Wilson y Dru.

—Para salvar a esta gente o encontrar sus cuerpos. Azzara me mintió. Me dijo que detendría a Mendoza y que no sabía lo que les había ocurrido, pero aquí está con

ellos dos y con Mendoza. Miguel me va a decir dónde están, Art. Él lo sabe.

—No, ya basta. Si no puedo seguir con esto, ¿quién ayudará a esos chicos? ¿Quién les tenderá una mano? Vete, Joe... vete de aquí.

Pike observó a Arturo Álvarez y se dio cuenta de que no había nada más que decir. Era un tío duro, de la vieja escuela, a pesar de todos sus títulos universitarios. En su mundo la dureza no se juzgaba por lo bien que se podía dar una paliza, sino por lo bien que se encajaba.

—Déjame que te lleve al hospital.

Art se volvió hacia la ventana.

Pike miró a Marisol y se alejó. Lo siguió como un furibundo perro guardián, pero él se detuvo en el salón y bajó la voz.

—¿Tiene fiebre?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Compruébalo. Si tiene fiebre o empieza a sudar mucho, llámame.

—¿Eres médico ahora?

—O si tiene sangre en la orina.

—Lleva dos días meando sangre. Lo veo cuando le ayudo a ir al baño.

—¿De un rojo intenso o rosa?

Ella miró hacia la habitación de Art, preocupada.

—Rosa, creo. Era rojo, pero ahora ya no tanto. ¿Es bueno?

—Mejor que si fuera rojo, pero no es bueno. Lo que sea que tiene roto se está curando, pero todavía está tocado.

Ella cruzó los brazos de nuevo y sus ojos se endurecieron.

—Ojalá hubiera estado yo aquí. Le encontré a la mañana siguiente, cuando ya era demasiado tarde.

—Te habrían pegado a ti también.

Los ojos negros se clavaron en los suyos.

—¿Usted cree? A lo mejor les habría pegado un tiro y los habría matado.

Los ojos se desplazaron de nuevo hacia el salón, sin perder nada de su fuego.

—Habría llamado a la policía, pero él no me ha dejado. Ni siquiera a la ambulancia. Estúpido idiota, preocupado por su confianza.

—Habla con él, Marisol.

—¿De qué?

—Quiero a Miguel.

—¿Qué cree, que se envían postales por Navidad? Art no sabe dónde vive. Quizá dónde se crio sí, pero Miguel nos abandonó hace años. Ahora es un ejecutivo. Es mejor que nosotros.

Pike notó algo más aparte del desdén en su voz, y notó que tenía el rabillo del ojo algo descolorido. La miró más de cerca y vio que tenía la piel del cuello moteada por el láser, de una forma muy parecida a la decoloración que había observado en Miguel Azzara.

Pike oyó al monitor que estaba en el tejado, partiendo una teja.

—¿Erais malevos?

La chica se irguió, una chica de barrio que había crecido entre las bandas.

—De un grupo diferente, pero de la Trece. Mi hermano y yo. A él lo mataron.

«Quizás habría cogido una pistola y les habría pegado un tiro».

—¿Conoces a Miguel?

Ella apartó la vista y volvió a mirar hacia Artie.

—Antes. Ya no.

—¿Sabes dónde vive?

—Lo sabía.

—Tengo que encontrarlo. Por mis amigos, por Art.

Marisol asintió, pero le costó un poco hablar.

—Quizá. Conozco a chicas que lo conocen. Que han estado en su casa nueva, tan chula.

Apartó la vista y Pike se preguntó si una de esas chicas era ella.

Marisol hizo una llamada y unos minutos más tarde Pike tenía una dirección. Se detuvo en la puerta mientras él se iba.

—Vigila su temperatura. Si sube mucho traeré a un médico, tanto si quiere como si no.

—No quiere gastarse nada. No lo admitiría nunca, pero yo lo sé. Paga Ojos de Ángel con su dinero, y nunca hay suficiente. Siempre necesita más.

—No te preocupes por el dinero. Yo pago.

—No te dejará.

—No tiene por qué saberlo.

Ella cruzó los brazos de nuevo, pero ya no estaba tan enfadada como antes. Pike oía al monitor en el tejado, partiendo la teja, intentando reforzar el tejado.

Pike creía que Miguel Azzara disfrutaba mirándose. Probablemente ensayaba poses delante del espejo, pensando que era mucho más guapo que los modelos masculinos de las revistas o los jóvenes actores que interpretaban a vampiros y hombres lobo. Tenía que ser así, porque Mikie Azzara había hundido tanto los dientes en el glamour de Hollywood que se había trasladado a Sunset Strip, lo más lejos que un pandillero podía llegar desde Ghost Town. Pike se preguntaba qué dirían los veteranos si se enteraban, hombres ancianos llenos de cicatrices de mil combates que llevaban La Eme desde prisión, viviendo y muriendo a la manera antigua, en el mismo barrio, durante generaciones. Probablemente al principio no les gustaría mucho, pero decidirían seguir adelante, suponiendo que los jóvenes retoños universitarios como Miguel eran el futuro.

El problema es que, cuando Mikie abandonó Ghost Town, dejó a las chicas que se habían entregado a su carisma y su aspecto de estrella de cine, y las sustituyó por universitarias de UCLA, aspirantes a actrices y esas chicas delgadas como un huso que iban de caza por los clubes del Strip. Eso significaba que había dejado atrás a más de una muchacha resentida, incluyendo la prima y mejor amiga de Marisol, Annabel Reynoso, que había visitado la casa varias veces antes de que Miguel la dejara.

Azzara tenía alquilada una casa moderna y pequeña, de un solo piso, en una calle al sur de Sunset, detrás de una serie de clubes, bares, restaurantes y edificios de apartamentos. La vivienda de Azzara era la primera al sur de una calle estrecha que iba paralela a Sunset Boulevard, en el extremo sur de un muro de hormigón que separaba la calle de los propietarios que vivían junto a ella. Este estaba cubierto por enredaderas y bordeado por una hilera de ficus moribundos, detrás de los cuales quedaba la casa de Azzara.

La calle, como todas las calles residenciales cerca de Sunset, estaba llena de coches aparcados y atascada por los conductores que bloqueaban el tráfico mientras maniobraban para intentar salir y entrar de los aparcamientos. Pike no quería arriesgarse a quedar retenido allí y que le vieran frente a la casa de Azzara, de modo que aparcó en Sunset, a dos manzanas de distancia, y se acercó a pie.

Cuando dobló la esquina y se dirigió hacia la casa vio a dos guardias, de modo que siguió y dobló la otra esquina. La casa de Azzara quedaba oculta por la pared, pero el Monte Carlo estaba aparcado junto a la acera, con Héctor dentro. Un segundo hombre merodeaba por la boca del callejón, apoyado contra la pared. El Tercel plateado de Dru estaba detrás del Monte Carlo.

Pike cruzó la calle con una multitud de peatones cuando cambió el semáforo, y

siguió por Sunset hasta la calle siguiente. Quería acercarse a Azzara desde detrás, pero cuando se dirigió hacia el callejón se detuvo de nuevo. Dos hombres estaban sentados en una furgoneta Chevy aparcada delante. Había más guardias cubriendo la parte trasera de la casa.

Volvió a la primera esquina y examinó la calle de Azzara desde una posición detrás de un estanco. Notó un zumbido de alarma no muy alto, pero sí continuo, como si estuviese a punto de ser alcanzado por un proyectil que se acercaba, pero ninguno de los guardias parecía haberle visto.

Se dijo que debía tener calma. Todo iba bien. Todo estaba controlado.

La pared le impedía la visión de la casa de Azzara, y no veía ninguna forma adecuada de acercarse sin que le reconocieran. Sabía que podía acercarse más en cuanto oscureciera, pero no quería esperar: el Tercel indicaba que Dru y Wilson estaban dentro, y vivos. Pike no quería arriesgarse a perderles.

Examinó los edificios a lo largo de Sunset y notó que el que estaba justo por encima de la casa de Azzara era un espacio comercial más antiguo, de dos pisos, con un letrero enorme de Regency en el tejado. Este estaba frente a Sunset para que los conductores vieran el anuncio, pero la parte trasera del letrero arrojaba sombra sobre la casa de Azzara.

Dieciséis minutos más tarde Pike subía por una escalera de servicio y trepaba al borde del tejado que daba al callejón. El extremo más alejado del tejado de Azzara era visible entre los ficus, pero nada más.

Retrocedió y pensó de nuevo en el letrero. La parte trasera era un marco de vigas de acero apoyadas en unas enormes patas hechas también de grueso tubo de acero. Una escalera enjaulada trepaba por la pata central hasta una pasarela que se extendía de un extremo del letrero al otro, y pasaba en torno a la parte delantera.

Pike se subió al marco y fue recorriendo la pasarela. Se fue escondiendo detrás del letrero hasta que encontró una vista mucho mejor, y luego se introdujo entre las vigas de acero. Vio entonces gran parte del jardín trasero y la parte de atrás de la casa. Con el jardín le bastaba.

Unas puertas de cristal que iban del techo al suelo, a lo largo de la parte trasera de la casa, daban a las líneas limpias de una piscina rectangular y un patio. Dru Rayne estaba echada en una tumbona frente a la piscina, con unas enormes gafas de sol que le ocultaban el rostro. A poca distancia de ella, Wilson Smith estaba de pie con Azzara y otros tres hombres latinos, uno de los cuales era el vaquero que Pike había visto en el taller de chapa. Los cinco hombres se reían. Otro vaquero estaba sentado solo en una silla de lona al otro lado del patio, y otro más estaba dentro, en el sofá del salón.

Ping.

Pike se tensó al notar aquella sensación, pero ninguno de los hombres gritó ni se echó a correr.

Ping.

Comprobó el tejado por debajo del letrero, pero no vio a nadie. Verificó si se veía el callejón y la calle frente a la casa de Azzara, pero los guardias no le habían visto.

Hizo un esfuerzo para relajarse. Un hombre robusto, con la cara como una piña y unos tatuajes muy sofisticados, salió de la casa con una botella de cerveza, y Azzara inmediatamente dejó el círculo para hacer lugar al hombre. Era obvio que le trataba con deferencia. Se fue hacia la casa y pronto volvió con tres botellas marrones. Le dio una a uno de los vaqueros, más viejo y bajo, otra a Smith y le llevó la tercera a Dru. Ella le dedicó una sonrisa muy cordial al darle las gracias, y Azzara volvió con los demás. El buen anfitrión.

Nadie parecía secuestrado.

Pike se sintió hueco, como una burbuja que flotase en el agua. Iba a la deriva, exactamente igual que una burbuja; un vacío cubierto por una piel muy fina, sin peso, sin sustancia. Se concentró en la burbuja: la obligó a menguar hasta que desapareció. La sensación de vacío seguía ahí, pero no se podía ver sin la piel que la cubría. Sin burbuja solo quedaba la nada, y Pike ya no sentía nada.

Ping.

El hombre robusto del tatuaje estrechó la mano del vaquero mayor y más bajo. Se sonrieron el uno al otro y volvieron a reír. Se trataban entre sí como iguales. Pike pensó que el hombre robusto era un veterano de La Eme de alto rango, pero se preguntó quiénes serían los vaqueros.

Era obvio que Dru y Wilson estaban allí porque querían, y no se hallaban ante ningún peligro inmediato. Pike pensó en llamar a Straw, Button y Elvis, pero decidió esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas.

Veintidós minutos después, una limusina negra y larga se acercó por delante a la casa de Azzara. Wilson, el vaquero más bajo y el hombre robusto siguieron al anfitrión hacia la casa, pero Dru y el tipo que estaba sentado permanecieron fuera. Pike tenía que decidir si quedarse en la casa o seguir a la limusina, y tenía que hacerlo antes de saber lo que harían Wilson y Dru. Llegar hasta su Jeep podía costarle varios minutos, de modo que, si iba a seguirles, tenía que salir ya. Si esperaba a verlos partir, no llegaría a su Jeep hasta después de que la limusina se hubiese ido.

Decidió seguirles.

Recorrió ágilmente las vigas y corrió a toda velocidad por Sunset hasta su Jeep, pensando que la limusina ya se habría ido, pero cuando apareció ante la calle de Azzara, la parte trasera asomaba todavía de la casa de Azzara. Pike retrocedió y aparcó en una zona roja frente al estanco. Cinco minutos más tarde la limusina retrocedió y salió colina arriba, hacia él. Pike bajó los visores y se agachó detrás del volante. La limusina se detuvo justo frente a él, esperando al tráfico. Distinguió la oscura silueta del chófer, pero las ventanillas traseras, tintadas, ocultaban a los que iban en el asiento posterior. Cuando apareció un hueco en el tráfico la limusina dio la vuelta. Pike dejó pasar dos coches y luego fue tras ellos.

La limusina atravesó la ciudad por La Ciénaga Boulevard, deslizándose lenta y

segura, como suelen hacer ese tipo de vehículos. La siguió hasta la autopista I-10 y luego hacia el oeste, hacia Santa Mónica. Cuando hubieron cruzado la 405, Pike pensó que se dirigían hacia Venice, pero salieron por Bundy y dieron la vuelta hacia Ocean Park. Tres minutos después iban hacia el lado norte del aeropuerto de Santa Mónica, y Pike se vio obligado a quedarse mucho más atrás. La limusina se dirigió hacia una cancela que se apartó para dejarlos entrar en la zona de hangar, y luego se detuvo junto a un *jet* de negocios blanco Citation. La puerta del *jet* estaba abierta y la escalera bajada y esperando.

Pike aparcó y observó la escena.

El chófer de la limusina saltó a abrir las portezuelas, pero la gente que estaba dentro no esperó. Wilson, Miguel Azzara, el hombre robusto y el vaquero más bajito salieron de sus asientos. Dru se había quedado en la casa.

Los cuatro hombres se reunieron junto al *jet*, y una vez más se estrecharon las manos. El vaquero dio unas palmadas a Wilson en el hombro como si fueran los mejores amigos del mundo, y luego subió a bordo. Tiró de las escaleras, las subió él mismo y cerró la puerta como si lo hubiese hecho ya cien veces, mientras los demás volvían a la limusina.

Pike observó el número de matrícula: XB-CCL. El prefijo XB significaba que aquel avión estaba registrado en México.

Azzara, el hombre robusto y Wilson se quedaron junto a la limusina mientras el avión ponía en marcha sus motores. Pike vio al piloto y copiloto accionando interruptores mientras iniciaban la maniobra de despegue. Les costó unos minutos, pero Azzara, el hombre robusto y Wilson esperaron. Cuando el *jet* finalmente se alejó, agitaron la mano como lacayos, cosa que le dijo a Pike que el vaquero achaparrado era un hombre muy importante.

En cuanto el avión se hubo ido, el hombre robusto pasó el brazo alrededor de los hombros de Azzara y lo abrazó como si hubiera hecho algo muy bueno. El joven sonrió como si fuera una estrella de cine, y luego sujetó la portezuela para que entrase en el coche el hombre robusto.

Pike ya había visto bastante. Dio la vuelta en redondo, se alejó y llamó a Elvis Cole.

Daniel

Daniel miró al idiota del Monte Carlo al pasar andando junto a la casa, un tío tan bobo y gilipollas que se había quedado dormido.

Cleo dijo:

—Idiota, idiota.

Tobey dijo:

—Mira ese idiota, se ha dormido.

A Daniel le encantaban los putos aficionados, tan fáciles de matar, pero los pandilleros tenían mucha gente alrededor de la casa y entorpecían su estilo.

Siguió colina abajo hasta la calle siguiente, y luego se subió a su camión. El letrero del camión era de una empresa llamada Hero-Rooter, y decía: ¡LLAMA A UN HÉROE PARA QUE TE SALVE! ¡DESAGÜES LIMPIOS LAS VEINTICUATRO HORAS! Había cogido aquel camión porque no tenía ventanas en los paneles laterales y quedaría disimulado en cualquier parte. Había dejado al conductor en unos contenedores de basura detrás de un restaurante nigeriano, en Long Beach.

Tobey dijo:

—¿Qué estamos haciendo?

Cleo dijo:

—Dar por el saco, saco.

Daniel dijo:

—Callad. Estoy intentando pensar.

—Pensar.

—Pensar.

Daniel había seguido al mexicano y su séquito de estúpidos pandilleros desde el aeropuerto, de modo que sabía que estaba dentro con el cocinero y la camarera. Los bolivianos habían acertado de pleno en su pronóstico sobre el mexicano, pero alcanzar sus objetivos había resultado un problema.

Daniel dio la vuelta a la manzana subiendo por Sunset, y planeaba ir por el callejón hasta la casa de Azzara, pero entonces vio al tipo alto que salía del Jeep Cherokee rojo. Daniel sabía muy bien que era él, y le asaltó un brote de miedo.

Tobey dijo:

—Mira, mira esas flechas.

Cleo dijo:

—El tío del puente, puente.

Con esta eran dos veces, y dos veces era mala señal. Daniel le había visto en el

canal y ahora ahí estaba de nuevo, a una manzana del cocinero y la camarera.

Fue aminorando con el camión para coger el semáforo en rojo. El hombre llegó a la calle de Azzara, dobló la esquina, luego dio un rápido giro de ciento ochenta grados y se mezcló con una multitud de peatones.

Tobey dijo:

—Los está buscando.

Cleo dijo:

—Será mejor que le matemos, matemos.

Daniel negó con la cabeza, intentando ver qué se proponía el hombre, incapaz de entender nada.

Tobey dijo:

—Parece un poli.

Cleo dijo:

—Huele como un poli, poli.

Cuando cambió el semáforo el tío de las flechas cruzó con la multitud y fue caminando por Sunset como la cosa más normal del mundo. Daniel examinó al tipo al pasar. Un tío alto, fuerte, que se movía como si fuera flotando. Las manos eran feas, sin embargo, con unos nudillos grandes y ásperos y las venas que sobresalían de su piel como si fueran sarmientos.

Un poli especialista en bandas de incógnito, o incluso un federal.

Pero ¿vendría solo un policía?

Daniel giró en la calle siguiente, y luego dio la vuelta a la manzana y volvió a Sunset, buscando el Jeep. Lo encontró rápidamente, apuntó el número de matrícula y luego hizo una maniobra hasta un aparcamiento para llamar al boliviano.

Lo primero que este le preguntó era si había cazado a los objetivos.

—No, señor, todavía no, pero los tengo localizados. El mexicano me ha llevado hasta ellos.

Maldiciones y gritos, las habituales mierdas bolivianas. Daniel levantó las cejas.

—Señor, la situación está controlada, pero necesito su ayuda para un asunto. Tenemos a un hombre en la escena que quizá sea oficial de policía o agente federal.

Más bla, bla, bla.

—No, señor; no afectará al resultado, pero me gustaría saber quién es. Tengo su número de matrícula.

Daniel leyó el número, y luego colgó antes de que el hijo de puta pudiera seguir gritando más mierdas. Ahora estaba oficialmente preocupado por el tío de las flechas, y no le gustaba no saber dónde estaba y qué andaba haciendo. El tío de las flechas era un imponderable, y estos pueden morderte en el culo. Daniel decidió que mataría a ese cabrón si lo volvía a ver, aunque fuese un poli, para que no le jodiera el asunto a la hora de coger al cocinero y la camarera. Daniel no quería matarlos. Necesitaba cogerlos vivos y dejar lo de matarlos para más tarde.

Tobey dijo:

—Mátalos.

Cleo dijo:

—Córtales la cabeza, cabeza, cabeza.

Ese era el plan, cortarles la cabeza y mandárselas a los bolivianos. Les gustaban esas cosas macabras.

Dio la vuelta de nuevo hacia la calle de Azzara y aparcó por debajo de la casa, mirando al norte, hacia Sunset, para mantener vigilado todo el asunto. Examinó las casas de los alrededores y el tráfico que subía por Sunset. Los guardias ignoraron su camión. Estúpidos. Daniel comprobó a los peatones que cruzaban Sunset, pensando que igual veía de nuevo al tío de las flechas. Se preguntó dónde estaría ese cabronazo, y si vigilaría a Azzara, o si no sería todo más que una simple coincidencia y el tío habría acudido a Sunset a hacerse otro tatuaje. Miró el letrero publicitario mucho rato. Gran parte estaba oculto por los árboles, pero Daniel había pensado en usarlo antes, y ahora lo pensaba de nuevo.

Daniel miraba al idiota del Monte Carlo cuando pasó una limusina negra y se metió en la entrada de Azzara. Recordaba la matrícula: era el mismo coche que había traído al mexicano del aeropuerto, cosa que significaba que ahora iban a llevarle allí de vuelta.

Daniel pensó: «Adiós, muchacho».

Contemplaba la limusina cuando captó un movimiento en el letrero publicitario, entre los árboles. Alguien bajaba de allí, y él sabía que era el tío de las flechas.

—¡Hijo de puta! ¡Estaba vigilando la casa!

—Hostia, hostia, hostia.

Treinta segundos más tarde el tío alto corría por la calle, dirigiéndose hacia su Jeep. Tenía que haber visto también la limusina. Y ahora iba a seguirles.

Tobey dijo:

—Ahí está, mátalo, mátalo.

Cleo dijo:

—Ahí está, cógelo, cógelo.

—¡Ya lo sé, ya lo sé, pero no podemos! ¡Tenemos que quedarnos en la casa!

Daniel olía la sangre en el agua, y sabía que estaba cerca.

El mexicano, Azzara, un pandillero gordo y el cocinero salieron y entraron en la limusina. El corazón de Daniel latía acelerado, y se incorporó en su asiento.

—¡No! ¡Tú no! ¡Quédate! ¡No te vayas con ellos!

Estaba furioso. Apretó el volante hasta que pareció que los huesos iban a salirse a través de la piel. El cocinero y la camarera se estaban separando: él se iba con el mexicano y ella se quedaba en la casa. ¡Le habían jodido!

Tobey dijo:

—Tranquilo.

Cleo susurró:

—Tranquilo, tío; tranquilo.

—¡Tranquilo los cojones! ¿Y el policía? ¿Y si coge la limusina?

La limusina retrocedió en la entrada y se dirigió hacia Sunset.

Tobey dijo:

—Sigamos a esos cabrones.

Cleo dijo:

—Coge a la camarera, Daniel. Ya pensaremos algo, algo, algo.

Daniel sentía que tiraban de sus brazos y sus piernas por las articulaciones; el cocinero en una dirección y la camarera en otra, pero las voces le tranquilizaban. Las voces le ayudaban a pensar.

Tobey susurró:

—La camarera está aquí, coge a la camarera.

Cleo murmuró:

—Coge a la camarera; el cocinero irá después, después, después.

Daniel sabía que tenía razón. Vio desaparecer la limusina al dar la vuelta hacia Sunset.

Primero cogería a la camarera y luego al cocinero, y así los tendría a todos.

Elvis Cole

Cole se metió el teléfono bajo el oído, intentando asimilar lo que le estaba diciendo Pike. Parecía que le estaba describiendo una realidad mientras que Cole intentaba captar otra.

—Lo que me estás diciendo es que no tratan a esa gente como prisioneros.

—Había cuatro guardias fuera de la casa, y al menos dos más dentro. Si pones guardias fuera no es para evitar que se escape alguien, sino para evitar que entren.

—No lo entiendo. ¿Cómo pasó la gente de la Trece de dar una paliza a Smith a ser sus anfitriones en solo tres días?

Pike no contestó.

—No respondas, si no quieres.

—Por la forma que han tenido de estrecharse las manos me da que son negocios. El avión privado desde México me indica que son negocios a lo grande.

—¿Tienes el número de matrícula? —Copió el número cuando se lo dictó Pike—. Bien. Intentaré averiguar de quién es. ¿Adónde vas ahora?

—Vuelvo a casa de Azzara.

—Ven aquí primero. Quiero ir contigo.

Cole pensó un momento, intentando asimilar los nuevos acontecimientos.

—Alguien está persiguiendo a esa gente. Eso lo sabemos con toda seguridad. Pensábamos que eran Mendoza y Gomer, pero no eran ellos, y ahora Miguel Azzara es su mejor amigo.

—Sí.

—¿Los está protegiendo?

—Si haces negocios con una gente, cuidas de ellos.

—No puedo evitar preguntarme por qué una banda callejera de la Trece y unos vaqueros mexicanos con avión privado necesitan hacer negocios con un hombre que fríe ostras.

—Estaré ahí muy pronto. Lo averiguaremos.

Cole pasó los diez minutos siguientes intentando identificar a los propietarios del *jet* Citation XB-CCL, pero no tuvo suerte. Todavía estaba a la espera con la Administración Federal de Aviación cuando recibió el aviso de que le llamaba Lucy Chenier. Colgó a la AFA y cogió la llamada de Lucy.

Su voz estaba plenamente sintonizada en el modo profesional.

—¿Puedes hablar?

—Desde luego. ¿Qué has averiguado?

—Voy a ponerlo sin manos. Terry está aquí.

La calidad del sonido pasó de aguda a hueca cuando ella conectó el altavoz.

—Hola, Terry. Gracias por ayudarnos en esto.

—De nada, hombre; no importa. ¿Me oyes bien?

—Estupendo.

Terry tenía una voz melodiosa, con un acento silvestre de Luisiana. Se había criado en una familia de policías, y él mismo también fue policía antes de retirarse y trabajar como detective para la empresa de Lucy.

—Bueno, estamos en mi despacho, solos. Nadie puede oír lo que digamos excepto Terry, tú y yo —explicó Lucy.

—Bien.

—¿Tú estás solo?

—Sí, solo nosotros.

—¿No está ahí Joe?

—No, todavía no. Está de camino.

Cole se preguntó por qué tomaban todas aquellas precauciones.

—Bien. Voy a enviarte dos fotos por correo electrónico. ¿Estás delante del ordenador?

—Ahora mismo. Voy hacia allá.

—Dime si estas son las personas a las que conoces como Dru Rayne y Wilson Smith.

El correo de ella ya le esperaba cuando Cole llegó a su ordenador.

—Espera. Las estoy abriendo.

Cole no se sorprendió al ver que la imagen de Wilson Smith era la de una ficha policial, pero aun así sintió una vaga decepción. La imagen de Dru Rayne en cambio era una instantánea en la que aparecía detrás de una barra de bar, con el pelo recogido, la sonrisa torcida y pulseras baratas con todos los colores del arcoíris en las muñecas. Llevaba una camiseta negra muy ajustada en la que ponía: DALE PROPINA A LA CAMARERA O TE ESCUPIRÁ EN LA BEBIDA.

—Sí. Son ellos.

Terry parecía complacido.

—Maldita sea, tío.

Lucy dijo:

—Lo que estamos a punto de contarte viene de una investigación importante con el Departamento de Justicia de Luisiana. ¿Recuerdas lo que te dije de que no se podía volver a meter al genio dentro de la botella?

—¿Acaso me van a llamar a mí?

Terry volvió a hablar.

—Me presionó mucho, tío. No le di tu nombre ni tu situación, pero apuesto lo que quieras a que ha llamado al FBI. Te has metido en algo que está al rojo vivo, colega. Están investigando una serie de asesinatos ligados a este caso, y el número va

creciendo.

Cole notó una sensación plomiza, como de «ya sabía yo que esto iría a peor», mirando la foto de Smith.

—¿Smith es un asesino?

—Sí, seguramente, pero no hablamos de él. Se han cometido al menos ocho asesinatos, o probablemente nueve, por una persona o personas que intentaban encontrar al hombre al que conoces como Wilson Smith.

Cole notó un cosquilleo frío en el centro del pecho. Pike tenía razón... A los canales de Venice había llegado algo mucho más peligroso que los miembros de unas bandas callejeras.

—Los ha encontrado. Está aquí —dijo.

Lucy y Terry hablaron los dos a la vez, mezclando las palabras hasta que Lucy se impuso.

—¿Cómo sabes que los ha encontrado?

Cole les habló de Mendoza y Gomer.

—No estamos seguros de por qué estaban vigilando la casa, pero los encontraron asesinados a la mañana siguiente. Joe cree que los asesinó alguien que iba buscando a Wilson y Dru.

La voz baja de Terry se dirigió a Lucy.

—Esto no me gusta nada. Si es ese tío, tenemos que poner a nuestros colegas a seguir ese rastro mientras todavía siga caliente.

—Elvis y yo lo comprendemos, Terry. Cuéntale lo de Rainey.

A Cole le pareció que oía a Terry coger aliento, casi como si estuviera intentando recuperar la compostura antes de volver al asunto que tenían entre manos.

—El nombre auténtico de Smith es William Allan Rainey. Sacaba dinero de contrabando del país para unos tíos de aquí conectados con un cártel boliviano. Mi informador dice que, en conjunto, probablemente habrá transportado unos seis o siete millones de dólares antes de dejarlo.

—¿Dinero de las drogas?

—¿Dónde si no se ve tanto dinero en efectivo?

Las drogas eran un negocio de dinero en efectivo, y el problema para los proveedores extranjeros era sacar el efectivo del país. Policías curtidos que Cole conocía le habían dicho que era mucho más fácil para los proveedores meter las drogas que sacar el dinero. No podían depositarlo en bancos ni transferirlo en cantidades sustanciales, porque el gobierno controla los bancos y transferir varios miles por aquí y por allá era inútil para una organización que generaba cientos de millones en efectivo.

—El contrabando de dinero en efectivo no merece un expediente cerrado —dijo Cole.

—Fue la DEA, la agencia antidrogas. Le ablandaron, hicieron un trato con Rainey a cambio de información sobre el negocio de los cárteles.

—Era un informador.

—Sí, lo fue durante un par de años, y quizá por eso hizo lo que hizo. Rainey y la mujer desaparecieron dos semanas antes del Katrina con doce millones de dólares de dinero boliviano. Desde entonces van huyendo.

Cole se echó atrás en el asiento.

—Doce millones. Nada menos.

—Eso sí que es dinero —apuntó Lucy.

—Los chicos del cártel daban un millón de dólares de recompensa por la cabeza de Rainey y enviaron a un especialista a buscarle.

—¿Un especialista significa un asesino?

—Un especialista en encontrar a personas que los bolivianos querían hallar, para hacer lo que ellos quisieran que hiciera. En el Departamento de Justicia lo apodaban el Ejecutor. A ese es al que habéis estado persiguiendo por ahí.

Cole notó otro escalofrío y siguió escuchando a Terry.

Según el contacto de este, William Allan Rainey había pasado toda su vida envuelto en pequeñas actividades criminales y aventuras empresariales dudosas. Había abierto varios restaurantes y bares que fracasaron, pero al final creó un negocio estable como proveedor de marisco al por mayor, comprando gambas y pescado a los pescadores locales para vendérselo a los restaurantes. Los pescadores con los que trataba Rainey pertenecían a empresas con un solo barco que pescaban en el Golfo, con base en ciudades pequeñas de los pantanos, recorriendo la costa de Luisiana. Los investigadores creían que fue durante ese periodo cuando Rainey se vio implicado con personas que tenían negocios con el cártel boliviano; él, que siempre se había sentido atraído por el dinero fácil, vio una forma de sacar provecho de su asociación. Los bolivianos necesitaban un modo de sacar su dinero en efectivo del país, y Rainey les proporcionó el método. Su contacto diario con pescadores le permitía reclutar gente abierta a llevar cargas cuestionables, especialmente si estaban un poco atrasados en el pago del alquiler y necesitaban el dinero.

Cole detuvo la explicación.

—¿Sabía esa gente lo que llevaba?

—El trato era que no se hicieran preguntas, pero Rainey les dijo al menos a dos pescadores que llevaban marihuana de camino a Miami. Se embalaba en unos paquetes negros, impermeables, y funcionaba así: Rainey y un par de guardias entregaban los paquetes a un pescador cuando salía, junto con las coordenadas para que se reuniese con un barco más allá de las plataformas petrolíferas. Lo único que tenían que hacer era entregar los paquetes y seguir pescando.

—¿Y Rainey le contó todo esto a la agencia antidrogas?

Terry se echó a reír.

—No. Les daba los datos de algún envío que entraba, de vez en cuando, o delataba a algunos jugadores de poca monta; justo lo suficiente para mantener a la agencia apartada. No sabían que estaba sacando dinero de contrabando hasta que todo

saltó por los aires.

—¿Qué ocurrió?

Contestó Lucy:

—La mujer. El verdadero nombre de Dru Rayne es Rose Marie Platt. Rainey la conoció cuando ella trabajaba en un restaurante en el Quarter para un hombre llamado Tolliver James. Ella y James vivían juntos.

Terry volvió a intervenir.

—James compraba pescado y gambas a Rainey, así que imaginamos que fue así como se conocieron Rainey y Platt. Un par de meses después ella rompió con James y se fue a vivir con él. Y un par de meses más tarde, cosa que nos sitúa dos semanas antes del huracán, ambos desaparecieron con el dinero de los bolivianos. El mismo día más o menos, un pescador de gambas llamado Mike Fourchet se fue a pescar pero no volvió. Encontraron a Mike y su barco en un embarcadero en Quarantine Bay. Le habían pegado un tiro en la nuca.

—¿Fourchet era uno de los pescadores de Rainey?

—Así fue como estableció la conexión la agencia antidrogas. Encontraron el nombre de Fourchet entre los documentos comerciales de Rainey. Luego se quedaron muy intrigados cuando averiguaron que el antiguo novio de la mujer, Tolliver James, fue asesinado durante el huracán.

—¿Lo hizo Rainey?

—Ni de lejos. La agencia cree que lo mató nuestro especialista. Lo mataron a golpes; le dieron una paliza espantosa, realmente; lo torturaron a conciencia. Tenía los huesos de las piernas rotos de tal manera que no quedaban más que astillas entre la carne.

Terry hizo una pausa como si se diera cuenta de que aquello era demasiado gráfico, ya que Lucy estaba presente.

—Lo siento, señora Chenier.

—Terry, por favor.

—De todos modos, todo esto que le cuento le costó a los federales y al Departamento de Justicia dos o tres años deducirlo. Ya sabe cómo funcionan las investigaciones... uno va encontrando una pieza cada vez.

—Dice que Rainey está acusado de un asesinato.

—El de Fourchet. Los polis del caso se enteraron de que le entregó los doce millones la mañana que se fue. Creen que Rainey volvió más tarde sin los guardias, o quizá le dijo a Fourchet que se reuniese con él yendo de camino; de cualquier manera, Fourchet acabó muerto y Rainey y Platt huyeron con el dinero.

—¿De modo que ambos mataron a Fourchet?

—Aquí todo el mundo lo cree así, incluidos los bolivianos. Por eso ofrecieron una recompensa y mandaron a su hombre aquí. Ese tipo lleva años detrás de ellos.

—¿Sabe quién es?

—Lo único que sé es lo que le he dicho. Es su ejecutor de confianza.

—Ejecutor...

—Así es como me lo han descrito antes de que se marchara: un ejecutor. ¿Cómo llamaría si no a un animal que acumula nueve asesinatos?

Terry se corrigió.

—Once.

Nadie habló durante un momento, y luego Terry recordó algo.

—Espere, creo que hay algo más. Toda esa gente a la que ha matado estaban relacionados con Rainey o Platt: era alguien de la familia, alguien con quien trabajaban, alguien que quizá sabía cómo encontrarlos. Ha estado abriéndose camino entre sus amigos y su familia. Igual que con Tolliver James.

Se hizo el silencio entre los tres, y nadie parecía ansioso por llenarlo. Finalmente Cole dijo:

—Si el FBI vuelve a preguntarle, dejes mi nombre.

Lucy dijo:

—¿Estás seguro? Podemos retrasar esto, o pararlo. No quiero que te veas en peligro.

Elvis sonrió, y por primera vez durante la entrevista sintió un cierto consuelo.

—Eres la mejor, Lucille.

—A veces...

—Sí, lo eres, pero de todos modos dales mi nombre. Terry, se lo agradezco mucho, de verdad, pero si llaman hábleles de mí. Tendremos que meter a los locales, de todos modos. Tendrán que saber esto.

Cole le dijo a Lucy que llamaría más tarde, y luego imprimió las nuevas fotos de Wilson y Dru. Se corrigió: William Rainey y Rose Platt.

—Esto va cada vez mejor... —dijo.

Oyó que Pike aparcaba fuera cuando la segunda foto iba saliendo de la impresora, y fue a encontrarse con él en la cocina. Vio que Pike parecía cansado. Su rostro esbelto estaba demacrado y arrugado bajo las brillantes gafas oscuras. Pike se bebió una botella entera de agua antes de respirar de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —preguntó Elvis.

—Estoy bien.

Se imaginó que igual eran cuarenta y ocho horas.

—Coge algo de comer.

—Estoy bien, vámonos.

—Bueno, al final tenemos algo. Lucy ha averiguado quiénes son. Las noticias no son buenas.

Pike se apoyó en el mostrador mientras Cole se lo contaba, con los brazos cruzados, como si fuera una estatua de secuoya. Solo se movió una vez mientras Cole le contaba lo que sabía.

—Los nombres —dijo.

Cole no lo comprendía, y le preguntó qué quería decir.

—Rainey. Rayne. ¿Crees que ella eligió ese nombre porque se parecía mucho al de él? Quizás él lo eligió para ella.

Cole miró a Pike, pero rápidamente siguió para aliviar su propio corazón dolorido.

—¿Qué quieres hacer?

—Llamar a la policía.

—Bien. Creo que es lo correcto. ¿Tienes el número de Button?

Pike buscó su teléfono en el bolsillo, pero el aparato zumbó con una llamada entrante antes de que pudiera hacer nada. Volvió a hacerlo mientras miraba la identificación de la llamada, y Cole se preguntó por qué lo observaba con tanta intensidad. Al tercer zumbido Pike levantó la vista.

—Es Dru.

Abrió el teléfono y contestó la llamada.

QUINTA PARTE

El centinela^[1]

Ella no había usado aquel teléfono desde hacía tres días, pero allí estaba su nombre, Dru, en la diminuta ventanita. Así había guardado su número en la memoria.

Pike abrió el aparato con delicadeza y respondió de la misma manera, pensando que podía ser Smith, o Azzara, o uno de los matones de Azzara que andaba por allí. Miró a Cole al responder.

—¿Sí?

—¡Willie, por favor, dale el dinero; por favor, dáselo; me tiene y dice que va a...!

Las palabras salieron de su boca de forma explosiva, pero enseguida se calló, como si su llamada hubiese acabado cortada por un hacha.

Cole se acercó a él.

—¿Era ella?

Pike se preguntó si aquello era verdad o era otra mentira incomprensible.

—Háblame, Joseph. ¿Qué ha dicho?

—No lo sé...

Pike levantó un dedo, como diciéndole «espera» mientras volvía a llamar, pero la llamada fue directa al buzón de voz.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha llamado Willie, como si estuviera hablando con Rainey. Le ha suplicado a Rainey que le diera a alguien el dinero. Que la tiene a ella. Y ya está.

—¿Quién la tiene, el Ejecutor?

—Eso parecía.

Pike volvió a repetir mentalmente la llamada, la voz de ella tensa como un alambre a punto de romperse. Parecía auténtica, pero podía haberla hecho perfectamente desde la piscina de Azzara, rodeada de espectadores vaqueros que alabasen luego su habilidad interpretativa.

—Llamemos a Button. Tenemos que llamarle de todos modos —propuso Cole.

Pike ya estaba saliendo.

—Dru no sabe que les hemos desenmascarado. Veamos si todavía está con Azzara.

—Rose.

Pike se detuvo en la puerta, sin comprender.

—Se llama Rose. No Dru.

—Si esa llamada es real, entonces él la tiene secuestrada... Vamos a ver a casa de Azzara. Podemos llamar a Button cuando lo sepamos.

Cole no veía ningún conflicto, pero fueron en el Jeep de Pike, a toda velocidad por Laurel Canyon hacia Sunset y luego al oeste hacia la casa de Azzara. Pike

describió el diseño de la casa y la posición de los guardias mientras iban conduciendo. Aparcó a una manzana de distancia del letrero de Regency y dirigió a Cole hacia la esquina, para que observara la calle de Azzara.

—Había un guardia en el callejón y otro en el Monte Carlo. ¿Los ves?

—El coche sí. No veo ningún guardia.

—No están.

El Monte Carlo y el Tercel todavía seguían frente a la casa de Azzara, pero el callejón y el coche estaban vacíos.

Cole dijo:

—Esos chicos no me conocen. Espera aquí y echaré una ojeada más de cerca.

Fue andando por la acera como si fuera un peatón más.

Pike observó los coches de los alrededores y del callejón en busca de movimiento, pero no apareció nadie mientras Cole llegaba a la casa. Se detuvo en la acera junto al Monte Carlo, lo miró un momento e hizo señas a Pike de que se acercara.

Este fue trotando, sabiendo que algo iba mal por la expresión vacua de Cole.

—Mira.

Pike vio el cuerpo y luego se acercó al coche para echar un vistazo más de cerca. Un hombre estaba acurrucado de costado en el asiento delantero, como si estuviese durmiendo encima de una almohada de raso rojo. Era Héctor.

Inmediatamente se volvió hacia la casa.

—Puertas laterales. Tú a la derecha, yo a la izquierda. La parte de atrás es de cristal.

Se movieron sin decir una palabra más, Cole corriendo por el jardincito delantero mientras Pike subía por el camino. Este pasó por la cancela lateral y corrió hacia atrás, sacando su 357 de debajo de la sudadera. Cole salió por el extremo más alejado del patio mientras su amigo entraba por un lado de la casa.

La piscina estaba vacía. La botella de Dru, todavía medio llena, se encontraba en la terraza de cemento, junto a la tumbona. El vaquero que antes estaba sentado al lado de ella estaba caído en el patio, con su sombrero immaculado color crema vuelto del revés, a un metro de distancia. Los grandes ventanales de cristal estaban igual que antes, abiertos de par en par, de modo que Pike y Cole veían sin obstáculo alguno la carnicería del interior de la casa.

Cole emitió un suave susurro.

—Esto es malo.

El vaquero del taller de chapa estaba sentado en un sofá, todavía con el sombrero puesto, pero tenía la cabeza muy echada hacia atrás, como si mirase al techo. Un hombre más joven, tatuado como si fuera de una banda, estaba tirado en el suelo junto a una mesa de centro cuadrada y grande, con los ojos abiertos pero sin ver.

Cole fue desplazándose por la casa a través del lado izquierdo de la abertura y Pike entró por el derecho. Otro pandillero muerto se encontraba junto a la isla de la

cocina, y otro vaquero tirado junto a la puerta del tocador. El vaquero tenía los pantalones desabrochados y una pistola negra Heckler & Koch se hallaba en el suelo junto a su cuerpo. Sus intestinos se habían salido, produciendo un olor intenso que le quemaba los ojos a Pike.

Cole susurró de nuevo:

—Ninguna de estas personas ha recibido un disparo. No me extraña que le llamen el Ejecutor.

Pike pasó junto a Cole, hacia el vestíbulo.

—Yo me ocuparé del dormitorio, tú mira en el garaje. Azzara lleva un Prius negro.

Pike pasó por una sala pequeña y llegó a un dormitorio donde encontró ropas de Rainey y Dru. La siguiente habitación era de los guardias, con futones y sacos de plumas llenando el suelo. El último dormitorio era el de Azzara. Pike pasó por las habitaciones con rapidez, y luego volvió hacia el salón. Cole levantó la vista desde el vaquero caído en el sofá.

—¿Alguien más?

Pike negó con la cabeza.

—No. ¿El garaje?

—Vacío. Si Azzara estuvo aquí, se ha ido, pero mira esto...

Cole cogió la cartera del vaquero y la abrió, y entonces se vio una estrella azul y dorada y una foto de identificación. En la inscripción ponía: POLICÍA FEDERAL, MÉXICO.

—Los federales. ¿Qué te parece que estaban haciendo aquí estos tíos?

Pike examinó la tarjeta.

—¿Crees que son unos impostores?

—No lo sé. El tío de ahí fuera y el hombre del lavabo tienen placas también, y todos ellos llevan pistolas HK. Los Federales llevan Hecklers.

Pike meneó la cabeza, pensando que no le importaba quiénes eran, ni por qué estaban ahí, ni cuántos habían muerto. La única persona que le importaba era Dru.

—Probablemente la limusina ha traído a Azzara, Rainey y el veterano. Al ver este desaguizado se han ido. El Terrel todavía está aquí, de modo que Rainey se ha tenido que ir con Azzara.

Cole no parecía muy convencido.

—No sabemos nada, Joe. Quizá no hayan vuelto. Igual están comiendo en la playa. Tal vez Rainey se haya ido con el veterano.

Pike sabía que Cole tenía razón, pero la última oportunidad que tenían era Azzara. Este sabía lo que había ocurrido allí, y podía saber cómo encontrar a Dru.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Cole.

—Llamar a la policía. Encontraremos más rápido a Azzara con la policía.

Llamaron a Button desde la casa. Cole le explicó lo fundamental de William Allan Rainey y Rose Marie Platt, y le dijo que le contarían el resto cuando llegasen.

Button se lo tomó muy bien, excepto una pequeña parte de la información.

—Porque lo hemos averiguado hace solo una hora, Button. Deja de perder el tiempo y ven a verlo tú mismo.

—Cuelga —dijo Pike.

Esperaron en el Jeep a que llegase la policía. No querían estar en la casa cuando a los primeros uniformados se les salieran los ojos de las órbitas al ver la sangre y los cuerpos.

El tiempo que transcurría era como hormigas corriendo por las venas de Pike. Cole habló una vez o dos durante el rato que estuvieron esperando, pero Pike no le respondió. Pensaba en Dru, y en que le había llamado a él en busca de ayuda.

Daniel

Daniel cogió el teléfono de la mujer, la hizo rodar boca abajo y le unió las manos a la espalda con cinta adhesiva. Gran cosa robar un camión de fontaneros Rooter, ya que estaba lleno de materiales muy útiles: cinta adhesiva, cuerdas, alambres... un montón de cosas cortantes.

La mujer no le hablaba ni le miraba, cosa que a Daniel le parecía muy bien. Cuando tuvo sus muñecas seguras, le dio la vuelta y le tapó también la boca con un rectángulo plateado grande que hizo que pareciese un robot. Le gustaba mucho más así.

Estaban en Wilshire Boulevard, en un aparcamiento al otro lado de los pozos de alquitrán de La Brea. A Daniel le gustaba mucho el mamut moribundo. Había una estatua enorme de un mamut atrapado en el alquitrán, como si lo estuviese succionando hasta la muerte. Le gustaba pensar en ese enorme hijo de puta ahogándose en el alquitrán. Se preguntó si el calor sería lo que te mataría primero, quizás hervir hasta morir antes de ahogarse. Eso sería mucho mejor aún.

El teléfono por satélite sonó mientras él subía al asiento delantero. Era el boliviano. Daniel respondió con el tono más profesional y lameculos que pudo.

—Daniel al habla. ¿Sabemos algo de la matrícula?

En lugar de responder a la pregunta de Daniel, el puto boliviano se puso a chillar no sé qué mierdas sin sentido que acabaron con la inevitable pregunta.

—Sí, tengo a la señorita Platt. Sí, señor, está en mi posesión. Está ahora mismo a un metro de distancia de mí. No, señor, no tengo al señor Rainey. Él está con su amigo mexicano, pero lo tendré dentro de unos pocos minutos y conseguiremos lo que queremos.

Bla, bla bla, quejas. Bla, bla, bla, más quejas. Madre mía, ese tío no paraba nunca. Tobey dijo:

—A tomar por culo.

Cleo dijo:

—Cuélgale a ese mamón.

Daniel se estaba cabreando.

—Señor, ¿ha podido sacar algo en limpio con la matrícula? Me gustaría saber con quién estoy tratando.

El cabrón todavía no tenía repuesta. Ahora quería saber por qué preguntaba por la matrícula y en qué sentido estaba implicado el hombre del Jeep. Daniel se sentía acorralado.

—No sé cómo está implicado, señor. Ha estado en casa de Rainey al menos una vez, y hoy le vi en casa de Azzara. Está claro que sabe quién es esa gente, y eso significa que es un problema.

Más gilipolleces bolivianas. Aquel tío tenía para dar y tomar.

—No, señor. Creo que siguió al mexicano y al señor Rainey desde el aeropuerto, pero no puedo estar seguro de ello. He preferido coger a la señorita Platt.

El putito boliviano chillaba como un grano a punto de estallar, diciendo que el mexicano quizás hubiese llevado al pescador a México. Por eso Daniel no quería hablar con esos hijos de puta, todos unos histéricos chillones.

—Señor, el señor Rainey todavía está en Los Ángeles. La señorita Platt acaba de hablar con él. ¿Puede decirme si se ha enterado de algo? Tengo que moverme con rapidez.

El boliviano vomitó cierta información sobre el tío de las flechas. Se llamaba Pike. Era exmarine, luego oficial de policía. Oyendo esto a Daniel le preocupó que ahora el tío fuese un federal, pero el boliviano le dijo algo interesante.

—Perdón, señor, querría aclarar este asunto. ¿Ya no está en las fuerzas del orden? Bla, bla bla.

—¿Es un mercenario? ¿Lo sabemos con toda seguridad?

Daniel escuchó con mucha atención. Al hombre de las flechas lo echaron a patadas de la policía, luego se convirtió en soldado de fortuna y trabajó para empresas de seguridad privada muy importantes en todo el mundo, incluida Centroamérica. Daniel pensó que eso era estupendo, y se preguntó si alguna vez sus caminos se habrían cruzado. Los cárteles contrataban mercenarios de vez en cuando, y también los gobiernos que combatían a esos cárteles. Daniel nunca conoció a ninguno de esos chicos a quien no pudiera cargarse.

—¿Sabemos para quién está trabajando?

El boliviano no tenía mucho más que decir. Estaban investigando, aún intentaban averiguarlo, bla, bla, bla. Daniel se preguntó si no le estaría dando largas.

—Tengo que irme, señor. La próxima vez que hablemos tendré mejores noticias. Se lo prometo.

Más alabanzas rimbombantes y efusivas hacia el trabajo de Daniel.

—Gracias, señor. De verdad. Es usted muy amable.

Payaso.

Daniel colgó el teléfono.

Tobey lanzó una risita, entre susurros.

—«Es usted muy amable», esa sí que es buena.

Cleo se unió a él.

—Muy amable, qué pedazo de burro.

Parecían unas putas cotorras.

—¿Queréis hacer el favor de callaros?

—Callaros...

—Callaros, callaros...

Daniel miró el mamut metido en el alquitrán, con la cabeza levantada y los colmillos muy altos, como si rogase a Dios que le sacara del pozo. Se preguntó si el boliviano le habría mentido sobre el tío de las flechas. Si aquel tipo era un mercenario, quizá los bolivianos lo hubiesen contratado para encontrar a Rainey y Platt, igual que le habían contratado a él. Quizá les hubiesen dado a los dos la misma información y le hubiesen dado al hijo de puta toda la mierda que habían sabido por Daniel. Era posible que hicieran algo así, y a Daniel le daba dolor de cabeza. Le dolía de lo lindo.

La tranquila voz de Tobey le calmó.

—Para, Daniel.

La suave voz de Cleo también le consoló.

—Para, para, para.

—Vale.

Daniel se concentró en el mamut, intentando imaginar qué se debía de sentir al acabar hirviendo en alquitrán caliente. Probablemente no te ponía caliente.

Tobey se reía como un loco.

—Esa sí que es buena, Daniel; esa sí que es buena.

Cleo también se reía.

—Me matas de risa, Daniel; me matas, me matas.

Daniel dejó a un lado la paranoia. O bien los bolivianos le estaban intentando joder o bien no era así, y probablemente no era así. Ni siquiera los bolivianos eran tan tontos como para joder a un hombre lobo.

El tío de las flechas probablemente había oído hablar de la recompensa y trabajaba por su cuenta. A Daniel le parecía muy bien. Si era mercenario significaba que estaba en esto por el dinero, cosa que significaba que se le podría comprar llegado el momento, pero Daniel no sabía nada; el muy zopenco había perdido a Rainey y se había parado a comerse una hamburguesa. Quizá no volviese a ver en la vida al tatuado con las gafas de sol vestido con ropa de mierda.

Tobey le reprendió suavemente.

—No seas estúpido, Daniel.

—Estúpido, estúpido.

Los chicos tenían razón. Si los bolivianos no habían dado información al tío de las flechas, entonces es que el tío era rematadamente bueno. Apareció en el canal, apareció en el letrero luego... Era peligroso. Daniel tendría que tener mucho cuidado.

Tobey dijo:

—Vigilar nuestras espaldas.

Cleo dijo:

—Vigilar, vigilar.

Daniel dijo:

—No os preocupéis, chicos. Yo os cubro.

Daniel cogió el teléfono de la mujer y la miró. Estaba allí echada como si estuviera muerta. Le gustaba mucho así.

—Tu puto novio será mejor que llame pronto. Me estoy poniendo nervioso.

Ella no se movió. Ni un estremecimiento. Sencillamente se le quedó mirando con aquellos ojos estrechos, vigilantes, como si estuviera pensando.

Daniel sacudió el teléfono y le sonrió.

Cuánto más muerta, mejor.

Ambos extremos de la calle de Azzara estaban bloqueados por coches patrulla negros y blancos cuando llegaron Button y Futardo. Por aquel entonces había barreras de la policía y cintas amarillas para sellar la escena del crimen desde la casa hasta la calle, y el Monte Carlo de Héctor estaba escondido tras una pantalla plegable. El crimen correspondía a la comisaría de Hollywood, pero los Malevos Pacíficos y la Trece de Venice pertenecían a Button.

Este asaeteó a preguntas a Pike y Cole mientras iban andando por la escena del crimen, pero Joe quería que se concentrase en Azzara.

—Creemos que ha vuelto aquí desde el aeropuerto porque no está su coche. Lleva un Prius negro. Consigue su matrícula y notifícalo a las patrullas.

—¿Mató Azzara a esta gente?

Cole habló:

—Ya te hemos dicho quién los mató. Azzara probablemente tiene a Rainey, y uno de ellos o los dos tal vez puedan ayudar a encontrar a Rose Platt. —Les enseñó la foto de la ficha policial de William Rainey—. He escrito detrás el número de expediente de Rainey. Llamad al Departamento de Justicia de Luisiana. Respaldarán lo que os estamos diciendo.

Button apretó la mandíbula al mirar la foto, pero al final se la tendió a Futardo.

—Llama aquí y a ver si puedes encontrar a alguien que sepa de esto. —La agente se alejó, pero Button la detuvo—. Espera... Antes de llamar, saca el número de matrícula de Azzara y dáselo al comandante de la patrulla. Dile que se sospecha que Azzara está implicado en un homicidio múltiple. Que le llamaré en cuanto pueda. —Fue a alejarse por fin, pero volvió a detenerla—: Futardo... Si te dicen cualquier cosa, lo que sea, de Luisiana, tráeme el teléfono. —Esta vez dejó que se fuera y se volvió hacia Pike—. ¿Doce millones de dólares y el tío está haciendo bocadillos en Venice?

—Bocadillos no, *po'boys*.

Al irse Futardo, un detective de la comisaría de Pacific especializado en bandas, Eduardo Valenti, señaló hacia el pandillero que se encontraba junto a la mesa de centro.

—Yo sé quién es este tío. Bobby Ruiz, más conocido como Lil Rok.

—¿De la gente de Azzara?

—Desde luego. Nacidos y criados como malevos en Ghost Town.

Valenti ya había identificado al pandillero junto a la isla de la cocina como un malevo condenado a la perpetua llamado Trejo Hermanos, más conocido como Crazy T.

A Pike no le importaba quiénes eran. Toda la división de patrulleros de Los Ángeles estaría por aquel entonces buscando el Prius de Azzara, que era lo que quería Pike. Deseaba continuar la búsqueda. Si Azzara estaba con Rainey, encontrándole tendría a Rainey, que era a quien quería.

Dejó a Cole con Button y Valenti y salió para llamar a Marisol.

—¿Cómo está Artie?

—Espera...

Probablemente estaba con Artie y debía salir a otra habitación para poder hablar con más libertad. Al cabo de unos segundos volvió a aparecer en línea, hablando bajito para que Artie no la oyese.

—Creo que está mejor. Le he mirado la temperatura como me dijo. Está bien.

—¿Y la sangre en la orina?

—Algo rosa, pero no mucho. Le he dado zumo de arándanos. ¿Cree que le irá bien el zumo de arándanos?

—Sí, suena bien.

Pike esperó mientras un funcionario forense seguía su camino hacia un federal muerto. Mientras esperaba, vio que Straw entraba en el salón. Este enseñó la placa a un oficial de uniforme, que le señaló hacia Button. Luego el forense se fue y Pike siguió hablando con Marisol.

—Estoy en casa de Azzara. Es una dirección buena la que me diste. Me ha ayudado.

—¿Está con Miguel?

—No. Azzara no está aquí, pero han asesinado a seis personas, tres de ellos malevos. Probablemente saldrá en las noticias, de modo que quería que lo supieras primero por mí.

—Ya, comprendo. Muchas gracias.

—Azzara se fue con uno de mis amigos cuando encontró los cuerpos, un hombre de Luisiana. Tengo que encontrarle.

—No sé qué decirle.

—La gente se va a casa cuando se siente asustada, y Miguel supongo que lo estará. Si te enteras de algo, ¿me llamarás?

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Sí.

—¿Los ha matado usted?

—No.

—¿Ha sido Miguel?

—No. Un hombre que quiere matar a ese amigo mío ha sido quien lo ha hecho. Por eso tengo que encontrarles yo primero. ¿Me llamarás?

—Sí. Claro, le llamaré.

—Quédate con Artie. Vigila su temperatura.

—Es usted un hombre extraño...

Pike cerró el teléfono, y luego se dirigió hacia la tumbona donde había estado Dru Rayne echada al sol. Se sentó allí y miró su botella. Seguía todavía en el suelo, era una Dos Equis. Pike sacó su teléfono y la llamó. Buzón de voz. Lo dejó y pensó en las opciones que tenía mientras miraba a Cole, Button, Straw y Valenti hablando entre sí. Straw lo vio y levantó una mano, pero Pike no le respondió.

La llamada de Dru le dijo que el asesino la mantendría viva hasta que tuviese a Rainey. Al dejarle hacer la llamada la estaba usando como cebo, pero eso no significaba que se quedara tranquilo hasta que Rainey apareciese. Era un depredador, así que saldría a cazar. Probablemente ya estaba buscando a Rainey mientras Pike estaba allí sentado al sol en la tumbona de Azzara. Confiaba en acertar con lo que haría el asesino, pero estaba menos seguro con Rainey.

Se preguntó si este negociaría con el asesino o saldría huyendo. La llamada de Dru sugería que era Rainey quien tenía el dinero, de modo que pensó que probablemente saldría huyendo. Aunque quisiera quedarse, Azzara quizá no le diese la oportunidad. Fuera cual fuese el asunto que Rainey tenía con Azzara y los mexicanos, podían obligarle a meterse en un avión privado.

Button salió mientras Pike seguía pensando, y le llamó.

—¡Deja de tomar el sol y ven aquí! Valenti tiene una pregunta.

Cuando se dirigió al interior Valenti le dijo:

—El tipo que parecía un veterano, ¿dijiste que tenía un fantasma en el brazo? ¿Era Casper, el fantasma simpático? ¿Conoces los dibujos?

—Sí. Era Casper.

Valenti se volvió hacia Button.

—José Eschuara llevaba un dibujo de Casper. Lo llamaban el fantasma porque iba a hurtadillas por detrás de la gente y les disparaba... Sus víctimas nunca le veían.

—Creativo —señaló Cole.

—Eschuara es un pez gordo... un miembro importante de la estructura de mando de La Eme en California. Si estuvo aquí con los federales (si es que esos vaqueros eran realmente federales), esta fue una reunión al más alto nivel. Muy por encima del nivel de Azzara.

—Gracias, Eddie. Consíguenos una foto suya. Haremos que Pike le eche un vistazo —dijo Button.

Mientras Valenti se alejaba, Straw examinó al vaquero muerto en el sofá.

—¿La persona que hizo esto es la misma que mató a Mendoza y Gomer?

—Eso parece por las pistas. Cole dice que es un asesino boliviano. Rainey hacía negocios con un cártel boliviano.

Straw miró ceñudo a Pike.

—¿Esa gente son Rainey y quién más?

—Rainey y Platt.

Straw miró a Pike y luego a Cole, como si no les pudiese creer.

—¿Están seguros de eso?

—Afirmativo. Tuvimos una visión —respondió Elvis.

Button se rio, pero Straw parecía enfadado.

—¿Y su visión les dijo dónde se encuentra el señor Rainey?

Button intervino, como si estuviese cansado de tanta pregunta.

—Eso es lo que estamos haciendo aquí, Straw. Tratamos de encontrar a esa gente. Estas noticias son de última hora; sabremos más cuando hablemos con la oficina de Luisiana del FBI. Ellos llevan el caso.

Straw levantó las cejas.

—¿Luisiana? Bien. Yo les llamaré. Se moverán más rápido por un compañero.

—Gracias, ya nos las arreglaremos.

Cole recibió una llamada en su móvil y se alejó para poder hablar. Straw le vio alejarse.

—Hablaré con ellos de todos modos. Quizá les guste oír lo de la visión de Cole. Tal vez también tengan la identificación del lunático que hizo esto.

—¿Les has preguntado a tus hombres si recordaban a alguien? —preguntó Pike.

—Sí lo he hecho. Y no lo recordaban.

Button frunció el ceño, sospechando que habían tenido una conversación de la que él no sabía nada.

—¿De qué estáis hablando?

—Una foto del asesino. Si él fue a reconocer el terreno en el local de bocadillos, Straw quizá lo tenga grabado en vídeo.

—Haré que lo comprueben mis chicos, pero ya os he dicho que nos centrábamos en los pandilleros. A menos que ese tipo entrara en la tienda cuando la gente de Azzara estaba allí, no tendremos nada. Y no sé cómo podríamos reconocerle aunque lo tuviésemos.

Pike había pensado en ello y creía que sabía cómo.

—Elvis tiene un vídeo de seguridad de uno de los vecinos de Rainey. Hay que mirarlos los dos. Si aparece la misma persona en ambos vídeos, es nuestro hombre.

—Es una idea bastante buena, Straw. Igual funciona —señaló Button.

Straw se alejó para llamar a sus hombres, y Cole tocó el brazo de Pike y le hizo señales para que saliera.

—Vienen Poitras y Starkey.

Lou Poitras llevaba la unidad de homicidios de la comisaría de Hollywood, es decir que la escena del crimen estaba bajo su control. Era uno de los mejores amigos de Cole, pero odiaba a Pike.

—Nos irá bien. Lou me mantendrá informado, pero querrá que me quede —dijo Elvis.

—Yo voy a buscar a Dru.

Cole asintió.

—¿Dónde?

—En Venice. Empezaré por el taller de chapa.

—De acuerdo. Ya te diré si consigo algo.

Pike se alejó y luego se detuvo.

—Gracias por no decirme que su nombre es Rose.

Pike se fue antes de que Cole le respondiera.

Pike no pensaba que Azzara fuera al taller de chapa, pero era el último lugar probable donde mirar. Las bandas de La Eme eran familias; si Azzara quería un coche distinto o que le ayudasen a salir del país, tendría que acudir a alguien en quien confiase.

Pike pasó treinta y cinco minutos en su coche hasta llegar a Venice, y estaba todavía a cinco minutos del taller de chapa cuando le llamó Elvis Cole.

—¿Dónde estás?

Pike le contó adónde iba y por qué.

—No te preocupes. Azzara y Eschuara están muertos.

Quitó el pie del acelerador y giró hacia la parte lateral de la calle.

—¿Y Rainey?

—Ni rastro de Rainey. Los han encontrado a cinco minutos de aquí, en una callejuela lateral de Doheny. Tiroteados.

—¿El boliviano?

—Me dirijo hacia allí ahora con Lou para echar un vistazo, pero parece que les ha matado Rainey. Les han disparado con un arma de un calibre grande, al menos una nueve milímetros. Las víctimas de Azzara recibieron disparos del veintidós. Espera...

—Pike oyó una voz al fondo que probablemente era la de Poitras, y luego Cole volvió al teléfono—. Supongo que Rainey y los pandilleros no se pusieron de acuerdo al final. Parece que les ha pegado un tiro, los ha sacado del coche y ha salido disparado. No hay ni rastro del Prius.

Pike pensó un momento, sin saber qué hacer.

—¿Ha conseguido Button hablar con los investigadores de Luisiana?

—Sí. Van a enviarle algunas cosas por correo electrónico. Ha vuelto a su despacho.

—¿Tienen la foto del Ejecutor?

—Pues no. Enviarán lo que tienen, pero no hay foto.

—Ve informándome.

Pike cerró su teléfono. Había sido razonable pensar que alguien del taller podía haber oído hablar de Azzara, pero ahora este estaba muerto, de modo que se concentró en Rainey. Con doce millones de dólares podía tener casas, apartamentos y coches en toda la ciudad. Quizás incluso pudiera salir en barco por el puerto, mientras él estaba allí sentado en un lado de la calle.

Recordó que Dru le había llamado a él, pero fingiendo que llamaba a Rainey. Si ella no había conseguido contactar con este, quizás él no supiera que el boliviano la había secuestrado.

Sacó el número de móvil de Rainey y probó suerte. El teléfono sonó una sola vez

e inmediatamente fue al buzón de voz. Cerró el móvil, pero luego se le ocurrió otra idea y volvió a marcar el número.

Esta vez, cuando contestó el buzón de voz, Pike dejó un mensaje:

—Él la tiene secuestrada.

Dejó su número de teléfono y luego llamó a Cole.

—¿Está todavía Straw en casa de Azzara?

—Se ha ido antes que nosotros. Va a comprobar lo del vídeo, y a compararlo con el disco que sacamos de Laine. Ha sido una buena idea, tío.

—¿Lo está haciendo ahora mismo?

—Sí. Le va a costar bastante tiempo. Quería empezar ya.

Pike pensó en ofrecer su ayuda. Fue directamente al puesto de vigilancia de Straw, frente a la tienda de Rainey. Estaba llena de policías, pero los ignoró. Pasó a través del salón de tatuajes como había hecho antes y una vez más subió por las escaleras de atrás.

Nadie respondió cuando llamó. Tocó más fuerte, luego probó el picaporte y encontró que no estaba cerrado. La oficina estaba vacía. Las camas y las bolsas de basura y todo el equipo habían desaparecido. Ni siquiera estaba la lámina negra con sus cortes rectangulares. La gente del puesto de vigilancia se había ido y se habían llevado con ellos el vídeo.

Pike corrió de vuelta a su Jeep en busca del número de Straw y llamó.

—Jack Straw.

—¿Dónde está?

—¿Quién es...? Pike, ¿es usted?

—¿Qué pasa con el vídeo?

—Tengo a un hombre ocupándose de eso.

—Straw, estoy en su puesto de vigilancia. Está vacío.

—Relájese, Pike. Hemos cerrado ese puesto. La operación de vigilancia ha terminado. La mayoría de mis hombres ya están de camino hacia casa.

—Luisiana no tiene ninguna foto del boliviano.

Straw se quedó callado un momento, y cuando volvió a hablar su voz era comedida.

—Ya sé que no la tienen. He hablado con un agente hace veinte minutos. Kenny está examinando las grabaciones ahora mismo; si ve algo que le parezca sospechoso, cualquiera que pueda remotamente parecerse a nuestro hombre, me lo hará saber. Será mejor que se tranquilice. Parece que está algo confundido.

Colgó.

Kenny. Un hombre solo mirando cientos de horas de vídeo.

Pike se echó atrás en el asiento y examinó los edificios de los alrededores y a los mirones que se encontraban en las aceras, junto a la tienda de Rainey. Este probablemente no volvería, pero nunca se sabe... Llevaba años huyendo, pero esta vez no lo había hecho; había roto su costumbre, y la gente no cambia nunca sin un

buen motivo. En lugar de salir corriendo de nuevo, Rainey y Dru se habían mudado a casa de Azzara, pero se habían dejado algunas cosas en casa de Brown, cosa que indicaba que pensaban que aquel desplazamiento sería temporal y que planeaban volver. Quizá Rainey se hubiese dejado algo en la casa que necesitaba antes de irse.

Pike fue a la casa. La policía había bloqueado las calles de los alrededores, de modo que dejó su Jeep en el bulevar e intentó cruzar por el puente peatonal. También habían bloqueado todos los puentes peatonales a ambos extremos del callejón, de modo que se encontró con tres mujeres del barrio y seis niños en la obra donde habían asesinado a Gomer. Contemplaban la actividad mientras policías de uniforme y de paisano registraban la casa de Brown.

Pike pasó un rato mirando a la policía. Los mirones se habían reunido en los puentes y los carriles de bicicleta, y los residentes que tenían vistas a la escena estaban en sus jardines. Examinó los rostros buscando a Rainey, pero sabía que el asesino boliviano también podía estar entre ellos. Si este todavía buscaba a Rainey, quizá volviese a la casa por los mismos motivos que Pike.

Encontró la tarjeta de Lily Palmer en su cartera, y la llamó.

Jared respondió, con la voz baja y apagada.

—Hola.

—Soy Pike. ¿Te acuerdas de mí?

Jared se animó.

—Hala, tío, tendrías que ver cómo está esto. Hay policías por todas partes.

—Ya lo sé. Estoy al otro lado del canal.

—¿De verdad? ¡No jodas! Tío, ¿no lo sabías? Wilson y Dru son criminales. ¿Lo sabías o qué?

Jared salió por un lado de su piscina y saludó cuando vio a Pike.

—¡Eh, tío, ahí estás! ¡Te veo!

—¿Ha entrado alguien en la casa de al lado? —preguntó Pike.

—¿Donde Steve?

—Sí.

—Ya lo ves, tío. Parece un festival de policías.

—No, no me refería a ahora. Antes de la policía.

—Los polis también me lo han preguntado. Pues no, no he visto a nadie.

—No solo hoy. ¿Y ayer, o anoche?

—Nada, tío.

—¿Y no has oído nada tampoco?

—Pues no, colega... Y ya sabes... Yo estoy siempre de guardia. Nadie se escapa a mi vista.

—Coge algo para escribir. Te voy a dar mi número.

—Claro, tío. Espera.

Jared fue corriendo a casa y reapareció unos momentos más tarde.

—Vale, ya estoy preparado para copiar, Houston.

Pike le dio su número.

—Si ves a alguien en la casa de al lado después de irse la policía, quiero que me llames. ¿Lo harás?

—Claro, hombre. También tenemos que llamar a la policía.

—Me parece muy bien. Hazlo, pero llámame a mí también.

—Que sí, colega. No problema.

—Y una cosa, Jared... ¿tienes alarma en tu casa?

—Sí.

—Pues ponla esta noche. No dejes abierta ninguna puerta ni ventana. Ciérralo todo bien.

—Ay, tío, me estás acojonando. Wilson se enrollaba conmigo. Hacíamos bromas.

Pike no pensaba en Rainey.

—Cierra bien, Jared. Si ves u oyes algo llama a la policía, y luego a mí. Y díselo a tu madre. Dale mi número.

La emoción abandonó la voz de Jared.

—Sí, señor. Se lo diré.

Pike cerró el teléfono.

El chico se le quedó mirando un momento, luego le saludó de nuevo y se dirigió lentamente de vuelta al interior de la casa.

Pike examinó los puentes cercanos y las casas de los alrededores. Si aparecía Rainey para entrar en la casa, se iría y volvería más tarde, cuando se hubiese ido la policía. Pike no tenía otra cosa, así que se dispuso a esperar.

Cuarenta minutos más tarde, la atención de Pike se vio atraída hacia dos hombres que se separaron de la multitud en un lado del puente peatonal. Los agentes especiales Straw y Kenny enseñaron sus insignias al oficial que cerraba el puente, que inmediatamente les dejó pasar. Desaparecieron al llegar al final, pero Kenny reapareció unos minutos más tarde en el jardín de Rainey. Pike se preguntó por qué estaría allí con Straw, en lugar de estar comprobando el vídeo.

Kenny fue andando hasta la verja y luego se volvió hacia la casa. Unos segundos más tarde Straw se unió a él. Hablaron un momento y Straw fue al kayak que estaba sujeto al muelle. Lo hizo oscilar distraídamente adelante y atrás y se dirigió a Kenny que se limitó a menear la cabeza como respuesta. Miraron los dos a la casa, como si intentaran resolver un enigma irresoluble, y ninguno de los dos parecía dispuesto a alejarse.

Pike se preguntó si Kenny habría acabado de comprobar el vídeo o si Straw sencillamente le habría mentado.

Llamó a este a su móvil. Oyó cómo sonaba, lo vio comprobar la ventanita de la llamada entrante y cómo volvía a meterse el teléfono en el bolsillo sin contestar.

—Mmm —dijo Pike.

Marcó de nuevo el móvil y vio otra vez a Straw comprobar la llamada entrante y no responder. En esta ocasión dijo algo a Kenny, que meneó la cabeza mientras se

alejaba.

Marcó de nuevo de inmediato, y esta vez Straw se cansó. Respondió al móvil.

—¿Hola?

—Soy Pike. ¿Qué tal va lo del vídeo?

—Se está poniendo usted muy pesado, ¿sabe? Vamos adelantando.

—Me acercaré yo también. Quizá Kenny necesite algo de ayuda.

—Le va muy bien sin usted.

—¿Ha encontrado algo ya?

—No, Pike; ya le dije que le llamaría, pero usted no para de telefonarme y nos retrasa. No me vuelva a llamar.

Pike vio que Straw bajaba el teléfono. Le decía algo a Kenny que le hizo reír.

Volvió corriendo a su Jeep y fue a lo largo de Venice Boulevard hasta que encontró el Malibu verde. Si Straw no iba a comprobar el vídeo, Pike lo haría por sí mismo.

Pike no sabía lo que encontraría, ni siquiera si encontraría algo, pero el asiento trasero del Malibu estaba lleno de sacos de dormir y bolsas de deporte. Comprobó que nadie miraba y luego, con una ganzúa, abrió el coche.

Quería solo la cinta de la cámara, pero no la veía, de modo que registró las bolsas de deporte. La que quedaba encima contenía un revoltijo de ropas y artículos de tocador. Rápidamente buscó la cámara, cerró la cremallera de la bolsa y la dejó a un lado. Trabajaba deprisa, pero cuando abrió la segunda bolsa vio un sobre grueso de papel marrón con la palabra «Rainey» escrita a mano.

El nombre lo detuvo.

Pike dedujo por el estado de desgaste del sobre y la tinta desvaída que no contenía nada nuevo. Parecía viejo y usado, y tan pronto como lo vio supo que había algo raro en Jack Straw.

El sobre contenía fotocopias de lo que parecían ser informes y documentos sobre William Allan Rainey escritos en unos formularios con encabezamiento de la agencia antidrogas de Estados Unidos. Los documentos parecían oficiales, y contenían unas fotocopias borrosas en blanco y negro de fotos de vigilancia. Como el sobre, los documentos mostraban su desgaste con los bordes desgarrados, círculos hechos por tazas de café y notas escritas a mano en los márgenes. Pike hojeaba aquellas páginas sin leerlas cuando encontró una foto algo borrosa de Rose Marie Platt con un cartel del Jazz Fest al fondo. La calidad de la foto era tan mala que ella resultaba casi irreconocible, pero supo que era ella.

Volvió a meter aquellas páginas en el sobre y siguió buscando la cámara. La encontró unos segundos después, cerró las bolsas de deporte y las dejó en el asiento de atrás, donde las había encontrado.

Pike no buscaba archivos y documentos, pero ahora quería ver lo que tenía Straw. Cogió la cámara y el sobre y se fue a una calle residencial a tres manzanas de distancia.

Comprobó primero el vídeo. Pasó unos cuantos minutos averiguando cómo funcionaba la cámara, luego contempló varios segundos de la grabación de Straw. La pasó con rapidez y saltó entre las diversas pistas, para ver algo más. El nudo duro que tenía entre los omoplatos se hacía más grande con cada escena que contemplaba, y pronto se extendió también por su espalda.

El equipo de vigilancia de Straw no había registrado a Azzara ni a los miembros de la banda de este. Había registrado a Rainey y Dru. Entrando y saliendo de la tienda. Entrando y saliendo de la casa del canal. Dru en el jardín. Rainey en el kayak. Conduciendo el Tercel.

El vídeo confirmó lo que había sospechado Pike desde el momento en que vio el gastado sobre con el nombre auténtico de Wilson Smith.

El agente especial Jack Straw le había mentido. A Straw y su equipo no les importaba nada Miguel Azzara. Sabían quiénes eran Wilson y Dru desde el principio. Estaban persiguiendo a Rainey y Platt.

Pike dejó a un lado la cámara y fue hojeando los informes. La mayor parte de los documentos eran notas del caso que explicaban reuniones o conversaciones de Rainey y un agente de la agencia antidrogas llamado Norman Lister, que al parecer era el que estaba a cargo de Rainey. La mayor parte de los informes se habían escrito mientras este todavía servía como informador, aunque muchos estaban fechados cuando los agentes ya investigaban su desaparición. Pike pasó por alto esas partes, ya que no le preocupaba Rainey. Lo que quería era leer algo sobre Dru.

Buscó entre las páginas hasta que encontró la foto de Rose Marie Platt y descubrió una serie de documentos grapados. El primero era un resumen de las notas de Lister con las declaraciones hechas por los socios de Rainey, que describían cómo conocieron a Rose Platt y lo que sabían, si es que sabían algo, de su relación con Rainey. Sus nombres estaban subrayados con rotulador amarillo, y sus direcciones escritas a mano en el margen.

La mayor parte de los entrevistados se identificaban como compañeros de trabajo y no tenían nada incriminador. Uno de los entrevistados era la madre de Rose Platt, y dos se identificaban como hermanos suyos. Esos resúmenes eran tan breves como los demás, y no contenían ninguna información útil para la investigación de Lister. Los hermanos aseguraban que hacía seis años que no veían a su hermana, y la madre se quejaba de que no había sabido nada de Rose desde hacía casi diez años. Describían a Rose como rebelde, pirada, egoísta y golfa.

Pike hojeó las demás declaraciones, pero hizo una pausa de nuevo cuando encontró una copia de la orden de arresto emitida para Rose Marie Platt. Contenía una hoja de información con una segunda foto de Dru, su descripción física e información de su entorno que podría resultar útil para los investigadores. Los nombres de amigos y parientes, anteriores direcciones, escuelas a las que había asistido y antiguos patronos estaban perfectamente mecanografiados en las casillas correspondientes.

Pike leyó ese documento cuidadosamente. Una casilla diminuta en la parte superior de la página estaba marcada, indicando que no tenía antecedentes. En otra casilla se especificaba que sus huellas dactilares no estaban fichadas.

Según la investigación, Rose Marie Platt nació en Biloxi, Misisipi. Estuvo casada tres veces, la primera cuando tenía diecisiete años, la segunda a los diecinueve y una tercera vez cuando tenía veintidós. Los dos primeros matrimonios se celebraron en Biloxi; el último, en Slidell, Luisiana. Los nombres y últimas direcciones conocidas de los tres hombres aparecían a continuación, junto con las breves descripciones DV,

NO HJ. Divorciado, sin hijos.

Pike pensó en la niña de la foto que le había enseñado Dru. Recordaba perfectamente a la pequeña Amy. Una niña muy guapa, con una sonrisa feliz, de pie junto a un sofá. «El amor de mi vida».

En el formulario aparecían padres y hermanos. Pike lo examinó. Salían el nombre de la madre y del padre, pero junto al de este se había marcado una casilla: fallecido. Los nombres de los dos hermanos estaban mecanografiados debajo de los de los padres. Debajo de estos se encontraba otra casilla también marcada y un sencillo y descriptivo «Hermanas: ninguna».

Pike miró aquella línea más rato que las demás. Hermanas, ninguna. Dru le había dicho que Amy vivía con su hermana.

Pike miró hacia fuera por la ventana, a la nada, consciente de los coches que pasaban y de la luz que manchaba los olmos torturados, pero sin verlos. Veía perfectamente la escena, y recordaba todos los matices de la expresión de ella. La sombra de extraña indecisión al sacar la foto de su billetera. Cómo se encogió de hombros cuando se la enseñó, como si esperase que él la rechazara. La sonrisa que relampagueó, radiante como la luz del verano, cuando él le preguntó igualmente si quería salir con él.

Pero si no había hermana eso significaba que tampoco había ninguna Amy, lo cual quería decir que nada era verdad.

Pike cogió aliento, luego juntó las páginas y las metió de nuevo en el sobre. Pensó un momento, puso en marcha el Jeep y dio la vuelta hacia la comisaría de Pacific. Estaba solo a cinco minutos de distancia. Sacó el teléfono mientras iba conduciendo y llamó a Jerry Button.

—¿Quién es Straw, y qué está haciendo? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con eso de quién es?

—¿Estás metido en esto con él?

—Pike, estoy muy ocupado. ¿De qué coño estás hablando?

Juzgó que la furia de Button era real, cosa que significaba que Straw le había mentado a él también.

—Straw no vino aquí a trincar a Azzara. Estaban vigilando a Rainey. Sabían que Wilson era Rainey desde el principio.

La respuesta de Button parecía indecisa.

—¿Te lo ha dicho él?

Describió los informes de la agencia antidrogas y el vídeo de Straw, pero Button no quería creerle.

—No me cuentes trolas.

—Sal a verme dentro de cinco minutos. Podrás ver la cámara y los informes. Te los daré.

Button se quedó callado, y Pike sabía por qué. Estaba violento.

—Ahora tengo que irme, Jerry. Tendrías que haberlo comprobado.

—Esos putos federales. Esos gilipollas creídos, siempre con sus mierdas y sus cosas turbias.

—Si hubieras hecho las gestiones que tenías que hacer habrías sabido qué era lo que llevaban entre manos. Podríamos haber detenido al boliviano.

Button se aclaró la garganta, ansioso de cambiar de tema.

—Contacté con los agentes de Nueva Orleans. ¿No te lo ha dicho Cole?

—Sí. ¿No tienen ninguna foto?

—No, pero sé que se trata de un americano llamado Gregg Daniel Vincent. No es ningún boliviano.

—¿Y ellos qué saben?

—No mucho, y la mayor parte no pueden confirmarlo. Hizo la prueba de iniciación a la banda protegiendo granjas de la droga en Honduras de las redadas del gobierno. Se ganó una reputación matando chivatos y polis que los bolivianos querían quitarse de enmedio. Los tortura hasta la muerte. Los bolivianos cuentan ese rollo de que el tío se ha escapado de un manicomio para psicópatas, pero seguramente son chorradas que usan para asustar a la gente.

A Pike no le importaba en absoluto nada de todo aquello, y no estaba impresionado.

—¿Hay una descripción?

—Sabemos que es un tío blanco, pero eso es todo. No tienen descripción ni foto.

Pike se colocó junto a la bandera que había en la fachada de la comisaría de Pacific. Aparcó el coche, pero no apagó el motor.

—Aquí estoy, Button. Junto a la bandera, delante. Ven a ver lo de Straw.

Button parecía angustiado.

—¿De verdad lo tienes?

—Ven a verlo. Lo dejo delante de la puerta.

Pike cerró su teléfono, salió con el sobre y la cámara y los dejó en la acera. Menos de un minuto después ya se estaba alejando cuando sonó su teléfono. Pensaba que era Button que le devolvía la llamada, pero no era así.

—¿Pike? ¿Es usted Joe Pike?

Pike reconoció la voz.

—Soy Bill Rainey. Usted me conoce como Wilson Smith.

*Sargento detective Jerry Button,
departamento de policía de Los Ángeles,
comisaría de Pacific.*

Las manos de Button temblaban cuando volvió a su despacho con la cámara y el expediente. Intentó detenerlas, pero tuvo que metérselas debajo de los brazos. Miró a Futardo, que estaba escribiendo a máquina en su cubículo al otro lado de la sala, junto a la puerta. A los nuevos siempre les daban el escritorio de al lado de la puerta. Button tenía el mejor despacho en la parte de atrás, justo al lado del del teniente. La distancia entre ambos escritorios era mucho más larga de lo que parecía.

Button se sentía furioso, humillado y asustado. Straw, el arrogante capullo federal, había hecho el típico movimiento poco limpio del FBI mintiendo sobre aquel caso. Como todos los cabrones de Quantico, pensaba que los policías de la ciudad eran unos incompetentes, que solo valían para usarlos, abusar de ellos y dejarlos de lado.

Y Button había demostrado que tenía razón.

Hola, Jerry Button, ahora eres el «burro del año» de la comisaría de Pacific.

Fue hojeando los documentos de la agencia antidrogas y vio unos cuantos minutos de la cámara de vídeo para asegurarse de que Pike no lo había toqueteado. Pero Pike, claro, nunca toqueteaba nada ni dejaba que se lo hicieran a él.

Button se sintió mucho más angustiado aún cuando dejó la cámara. Cogió su teléfono móvil para llamar a Straw, pero luego se lo pensó mejor. Desde luego iba a enfrentarse a aquel hijo de puta, por supuesto que sí, pero quería tener todos los hechos bien claros antes de hacerlo. Se proponía presentar una queja oficial.

Llamó a Sale Springer, de la oficina de Nueva Orleans del FBI. Springer era el agente con el que había hablado Button del caso Rainey menos de una hora antes.

—Agente especial Springer.

A Button incluso le daba cien patadas como respondían el teléfono esos cabrones condescendientes.

—Jerry Button de Los Ángeles otra vez. Tengo una información aquí y me gustaría preguntarles algo.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

Button notó que Futardo le miraba, cosa que hizo que se le encogiera el estómago. Tendría que contarle lo de su cagada en cuanto soltase el teléfono.

—¿Conocen a un agente llamado Jack Straw?

—Claro. Jack es amigo mío.

—Ya. Bien. ¿Quién es su supervisor?

—¿Qué quiere decir?

—Me gustaría hablar con su supervisor. Su señor Straw se presentó con falsedades ante el departamento de policía de Los Ángeles y está actuando como un capullo solapado. Me gustaría arreglar este asunto.

Springer se aclaró la garganta.

—Espere, sargento. Le pondré con él.

Unos segundos más tarde una voz masculina distinta se puso al teléfono.

—Soy Jack Straw. ¿Quién es?

Button notó una calma extraña que se aposentaba en su vientre.

—Jerry Button, del departamento de policía de Los Ángeles. ¿Se llama usted Jack Straw?

—Así es. ¿Nos conocemos?

—¿Trabaja usted en el caso de William Rayne?

—Soy uno de los agentes originales del caso, detective. ¿Puedo preguntarle qué ocurre?

—¿Y no hay otro Jack Straw en el caso?

El Jack Straw de Nueva Orleans se echó a reír.

—No, la última vez que miré no lo había. ¿Qué ocurre, detective?

—Tenemos a un caballero aquí que se identificó como agente Jack Straw, de su oficina. Tiene credenciales del FBI.

—Eso no es posible...

—Ya le volveré a llamar.

Button se echó atrás en la silla y se miró las manos, tan quietas como coches aparcados. Miró a Futardo, que había vuelto a su ordenador y estaba tecleando. Era una buena chica. Se levantó y se dirigió hacia ella. La mujer se puso de pie de un salto cuando vio que se acercaba, pero él le hizo señas de que se sentara y cogió una silla cercana.

—Siéntate, Nancy.

—¿He hecho algo malo?

Los ojos de la agente eran tan oscuros como el chocolate negro, pero los tenía tan abiertos como platos de postre. Probablemente pensaba que iba a echarle una bronca, cosa que hacía a menudo, pero ahora lo que quería era enseñarle algo.

—No, no has hecho nada malo. He sido yo. La he cagado de mala manera. Ese gilipollas que vino aquí del FBI, Straw... Tenía las credenciales, sabía qué decir, pero es un impostor. El auténtico Jack Straw está chupando cabezas de cangrejo allá en Nueva Orleans en este preciso momento. Yo tendría que haber comprobado al tipo, pero no lo hice. Fue un error estúpido, muy torpe, y quizás haya puesto en peligro la vida de una mujer. —Futardo lo miró como si uno de los dos, o los dos, fueran a tener un ataque—. No cometes nunca el mismo error que yo, Nancy. Durante el resto de tu carrera y toda tu vida cuestionate todo lo que te diga cualquiera, y comprueba

siempre lo que dicen. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Prométemelo.

—Dios mío, Jerry, ¿qué vamos a hacer?

Button no respondió. Retornó a su escritorio y volvió a llamar al auténtico Jack Straw. Le explicó la situación y le proporcionó una descripción detallada del falso Jack Straw lo mejor que supo. Cuando el auténtico Jack Straw empezó a decirle cómo quería que manejase al impostor, Button colgó. Aspiró aire con fuerza, lo dejó escapar y luego marcó el número que tenía del falso Jack Straw.

—Jack Straw.

—Aquí Jerry Button. Hemos tenido suerte. Vamos a coger a Rainey, salimos ahora mismo. ¿Quiere venir?

—¿Le han encontrado?

—Un policía motorizado ha visto el Prius. Yo voy para allá. ¿Quiere venir o no?

—Sí, claro. ¿Dónde nos reunimos?

—¿Dónde está?

—En Santa Mónica.

—Vale, está cerca. Ya le recojo de camino.

Button le dio un emplazamiento y luego se guardó el teléfono. Comprobó la pistola y se la sujetó al cinturón. Ya no quedaban muchos polis que llevasen las antiguas Snubbies del 38, pero él no veía razón alguna para cambiar. Era pequeña, ligera y nunca la había disparado contra otro ser humano.

Button se puso la chaqueta y salió. Vio que Futardo cogía el bolso y saltaba a interceptarle.

—¿Qué hace? —preguntó ella.

—Voy a empaquetar a ese hijo de puta, Nancy. Es mi trabajo.

—Quiero ir. ¿Puedo ir? Por favor.

Como una niña. Ansiosa, quizás un poco asustada. Button pensó en dejarle que fuera con él, pero al final negó con la cabeza.

—Acaba tus informes.

Se fue a atrapar al falso Jack Straw, y no vio que ella le seguía.

* * *

El impostor estaba apoyado en su coche a un lado de un aparcamiento Ralph, en Wilshire Boulevard. Button lo vio mientras ponía el intermitente para girar y tocó un poco el claxon. Straw se alejó de su coche, dispuesto a salir.

Se preguntó qué pretendería aquel tío, fingiendo ser un agente federal, pero supuso que probablemente tenía algo que ver con el dinero de Rainey.

Dio la vuelta en el aparcamiento y paró junto a Straw, con la puerta del pasajero

en el otro lado del coche.

Straw empezó a dar la vuelta hacia el asiento del pasajero, pero Button le detuvo.

—Espere un segundo. Tengo que darle un chaleco antibalas antes de que nos separemos. Está en el maletero.

Straw dudó al ver que Button salía.

—No necesito chaleco.

—Son las normas de la policía de Los Ángeles, hombre. Ya sé que es una tontería, pero...

Button levantó las manos para medir los hombros de Straw, y sonrió como si todo fuera una broma.

—Es talla única, va bien a todo el mundo, pero tengo que hacerlo. Espero que no tenga demasiados agujeros de bala...

Al medir los hombros de Straw Button se le acercó bastante. Le agarró la muñeca, le retorció el brazo a la espalda y lo empujó contra el coche.

—Quieto ahí. Quieto en el coche.

Le puso las esposas en la muñeca derecha y luego en la izquierda. Cuando el falso Straw estaba bien seguro, Button retrocedió y le registró en busca de un arma.

—Quédate en el coche, hijo de puta. Estás arrestado. No te vuelvas.

—¿Qué es esto, Button? ¿Qué está haciendo?

—Jack Straw... Una mierda. Yo sé que no es el puto Jack Straw. Acabo de hablar con ese cabrón.

El detective Jerry Button atisbó un movimiento entre dos coches cercanos, pero no vio al hombre a tiempo porque un claxon que sonaba distrajo su atención. Parecía un gemido largo, angustioso.

Algo duro le golpeó dos veces con tanta fuerza que se tambaleó, y entonces Kenny le disparó de nuevo. Button cayó apoyando una rodilla y buscó precipitadamente la Snubbie, mientras un Crown Victoria color tostado se metía entre el tráfico, levantando un abanico de chispas al saltar el bordillo y entrar en el aparcamiento. Button vio a Futardo, sus ojos color chocolate negro, tan enormes, que venían a salvarlo.

—No, cariño... —le dijo.

Kenny le disparó a través del parabrisas, y rápidamente se dirigió hacia su ventanilla y le volvió a disparar.

Button ya tenía la Snubbie por entonces, pero el falso Jack Straw gritaba:

—¡A Button! ¡Coge a Button!

Jerry esquivó una andanada, y Kenny le volvió a disparar, dándole tan fuerte que notó como si le atravesaran con una jabalina. La Snubbie se le cayó de la mano.

Straw dijo:

—Cógele la llave. Quítame estas cosas.

Kenny cogió su arma e hizo rodar a Button de espaldas, buscando las llaves.

El sol era horriblemente brillante, le daba justo en los ojos, pero ya estaban los

dos encima, Kenny quitándole las esposas a Straw.

—Cabrones... —dijo.

Straw bajó la vista y Button vio el miedo en sus ojos.

—Lo saben, tío. Se acabó.

—Que no te entre el pánico. Ya estamos cerca.

—Tenemos que irnos. Estamos jodidos.

—No, no es verdad...

Kenny apuntó con el arma justo hacia abajo, bloqueando el sol, y Button miró hacia el negro y tenso esfínter de su cañón.

—Jódete.

Entonces sonó un disparo, y Button pensó que estaba muerto, pero fue Kenny quien se tambaleó hacia un lado y cayó. Al caer, su arma le golpeó en la nariz.

Button vio a Futardo, con la cara roja, apoyándose en la ventanilla mientras intentaba volver a disparar.

El falso Jack Straw recogió con toda calma el arma de Kenny y disparó dos veces más a la agente a través del cristal.

Button trató de agarrar por las piernas al impostor, pero no podía mover los brazos. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero lo único que consiguió emitir fue un gruñido gorgoteante.

Entonces el falso Straw lo miró de nuevo, apuntó su arma y disparó.

—Soy Bill Rainey. Usted me conoce como Wilson Smith.

Pike arrancó el Jeep, dispuesto a salir.

—Ya sé quién es. ¿Dónde está ella?

—Necesito su ayuda.

—¿Dónde está ella?

—¿Sabe quién soy de verdad?

—William Allan Rainey. El nombre de ella es Rose Platt. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Está viva?

—Sí, supongo que sí, pero él la matará.

Rainey hipó, pero luego Pike se dio cuenta de que era un sollozo. Estaba llorando.

—No lo suponga. ¿Sabe si está viva o no?

—¿Tengo a la policía detrás?

—Sí.

—¡Mierda!

—¿Está viva?

—¡Mierda, joder!

Pike regaló a Rainey diez segundos de silencio. Se estaba desmoronando, pero necesitaba que se calmase y pensase.

—¿Quiere que le llame Bill o Wilson?

—Me importa una mierda. Lo que quiera. La tiene secuestrada.

—¿Cómo es él?

—No lo sé. En todos estos años no le hemos visto nunca. Huíamos, tío. Mató al antiguo novio de Rosie. Mató a mi hermana, a mi exmujer... y sigue.

—¿Por qué yo?

—¿Cómo?

—¿Por qué me ha llamado a mí?

Ahora Rainey se quedó callado, pero el silencio era bueno: significaba que estaba pensando.

—No puedo llamar a la policía.

—Llámeles.

—No puedo. ¿No ve cómo son esos bolivianos? ¿Cuánto tiempo duraría yo en prisión? Y ella, ¿cuánto duraría? Si llamo a la policía ahora, nos matarán a los dos luego.

Pike siguió en silencio, de modo que Rainey lo llenó.

—Es usted un mercenario, ¿no? Pues yo le pagaré.

—¿Doce millones de dólares?

Rainey se echó a reír.

—¿Quién le ha dicho eso, la policía? ¿Es lo que piensan que nos llevamos?

—Sí.

—Son unos idiotas. Fueron solo 8.200.000.

—Está bien. ¿Me dará 8.200.000 dólares?

—Nos los hemos gastado. Le daré lo que queda: 342.000 dólares y algo de suelto.

—No lo quiero.

—En efectivo. Libre de impuestos. Es suyo.

—No lo quiero.

Rainey cayó en un silencio más profundo aún.

—No puedo hacerlo yo. No puedo. Tenía que pedírselo...

—¿Por qué mató a Azzara y Eschuara?

—Mierda, lo sabe todo...

—Le vi en casa de Azzara. Le seguí hasta el avión.

—Ella tenía razón con usted.

Pike se preguntó qué querría decir, pero siguió presionándole.

—¿Por qué les mató? ¿No le ayudaban?

—Querían que me fuera. Me iban a llevar a México o algún sitio asqueroso de esos. No podía irme sin ella. La quiero, tío.

Pike respiró lentamente. Rainey ahora estaba tranquilo y controlado, cómodo con la conversación, de modo que se lo volvió a preguntar.

—¿Sabe con toda seguridad que ella está viva?

—Estaba viva hace... vamos a ver... dieciséis minutos. Fue cuando dejó el último mensaje.

Pike comprobó la hora. Eran las 16.22.

—¿Le ha dejado mensajes?

—Supongo que él no quiere que sepa qué voz tiene. No respondo al maldito teléfono. Tengo miedo. Es la única forma que tengo de pararlo. Él no sabe si estoy recibiendo los mensajes o no. Pero tengo que llamar pronto...

—¿Por qué?

—Rose ha dicho que llamase a las seis. Debe de estar muy cabreado por no poder hablar conmigo. Dice que, si no llamo a las seis, la matará.

Faltaba una hora y treinta y ocho minutos.

—Si llama a las seis, ¿qué ocurrirá?

—Probablemente me dirá qué quiere.

Pike recordó la llamada que había recibido cuando Dru fingía que estaba llamando a Rainey. Ella le había rogado que entregase el dinero.

—Quiere el dinero.

—Dice eso, pero son gilipolleces. Los bolivianos nos quieren muertos. Es lo único que les preocupa.

Pike miró la hora. Faltaba una hora y treinta y siete minutos.

—¿Cuántos mensajes ha dejado Rose?

—Tres. Ha llamado tres veces.

—¿Los tiene?

—Sí.

Pike quería oír su voz.

—¿Dónde está?

—¿Ahora mismo? Pues en Hollywood. Estoy detrás de un restaurante; ¿cómo se llama?, Musso y Frank.

Pike pensó que comprendía cómo querría organizado todo el asesino, y urdió un plan. Calculó el tiempo que necesitaría para el trayecto entre el sitio donde estaba y donde quería estar, y luego le dijo a William Allan Rainey dónde reunirse con él exactamente a las 17.30. Así tendría tiempo para recoger unas pocas cosas y llamar a Elvis Cole. Cuando se movieran, tenían que moverse rápido, y estar preparados.

—¿Me va a ayudar? —preguntó Rainey

—Sí.

—¿Qué va a hacer?

—Venderle.

Sesenta y dos minutos más tarde Pike salió de su Jeep. Rainey, a su vez, salió del Prius. Estaban en el aparcamiento detrás de un restaurante de Sunset Boulevard, atrapado entre una colina reforzada y el establecimiento, a menos de cinco minutos de la casa de Miguel Azzara.

Rainey parecía encogido y débil, como si su cuerpo se estuviese desmoronando, junto con su vida.

Pike le retorció el brazo por detrás de la espalda y lo apretó fuerte contra el Jeep.

—Las manos cruzadas detrás de la cabeza. Separe los pies.

Hizo lo que le decían sin resistirse.

—Está en el coche. Debajo del asiento.

—Cállese.

—Tuve que dispararles, ya se lo he dicho.

—¿Como a Michael Fourchet?

Pike no encontró otra cosa que llaves, una cartera y un teléfono. Abrió la puerta del pasajero del Jeep, empujó dentro a Rainey y luego fue hacia el asiento del conductor y se sentó detrás del volante. Cuando cerró la puerta, Cole se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero y dio unos golpecitos a Rainey en el hombro.

—Si Pike no coge el dinero, yo sí.

Rainey saltó.

—¿Quién es usted?

—El gemelo malvado de Pike.

Este levantó el teléfono de Rainey.

—¿Es este el teléfono al que le llama ella?

—Sí.

—¿De modo que este es el número en el que ella responderá cuando la llamemos?
—preguntó Cole.

—Supongo... ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué era esa mierda de venderme?

Pike le dio el teléfono.

—Ponga sus mensajes en el altavoz.

Rainey toqueteó hasta poner el buzón de voz y reproducir su contenido con el altavoz. Resultaba difícil entenderla con aquel teléfono barato, pero finalmente lo consiguieron.

El primer mensaje era casi idéntico al que ella le había dado a Pike: decía que el hombre la había secuestrado, y rogaba a Rainey que le entregara el dinero. Pike no escuchaba tanto a Dru como los ruidos de fondo, pero no oyó nada que le resultase útil. Los micrófonos condensadores introducidos en los teléfonos móviles estaban

diseñados para reducir el ruido ambiental.

El segundo mensaje era más de lo mismo, pero con una pequeña diferencia: ahora Dru decía que él quería todo el dinero y le rogaba a Rainey que la llamase. Aquella vez dejaba el número.

Cole detuvo a Rainey antes de que pusiera el último mensaje.

—¿Sabe ella que solo les quedan trescientos?

—Sí, claro, claro que lo sabe. Me ayudó a gastarlos.

—Es que parece como si tuvieran los ocho millones...

—Me está diciendo que a él no se lo ha contado. Ya le he dicho a ese —miró hacia Pike— que esos bolivianos no quieren el dinero. Lo sé porque intenté dárselo, más un extra.

—¿Cómo pensaba pagarles, si no lo tenía? —inquirió Pike.

Cole vio primero el asunto.

—Los federales y La Eme. Hizo un trato con ellos.

—Ya pueden apostar a que lo hice. Esos federales trabajan para un cártel allá en Baja. Pasan droga a sus mexicanos de aquí...

—No son «mis» mexicanos.

—Y sabe lo que yo hacía antes, ¿no?

—Sí. Pasaba dinero de contrabando por la costa, en barcos de pesca.

—Ese follón del petróleo derramado creó muchísimas oportunidades. La gente aún no puede pescar como antes. Y a mí se me ocurrió. —Se enfrentó de nuevo a Pike—. Hablé con los mexicanos de aquí y ellos hablaron con los de México para que metiera aquí su mierda y sacara su dinero igual que hacía antes en casa. A los mexicanos de México les gustó, y ofrecieron un trato a la gente de Nueva Orleans. Esos putos bolivianos fingieron que estaban de acuerdo, pero era todo mentira, así que aquí estamos. Jodidos.

Pike echó una mirada a Cole y luego examinó a Rainey. Algo en su historia no cuadraba.

—Si estaba negociando con esa gente, ¿por qué fueron a pegarle Mendoza y Gomer?

—Porque entonces todavía no teníamos negocios. Esos dos gilipollas intentaron robarme, como usted pensaba. Azzara vino entonces a presionarme y a amenazarme con todas esas gilipolleces, que si La Eme esto, que si La Eme lo otro, y así fue como se me ocurrió la idea.

—Azzara.

—Sí. Yo he tenido asuntos con traficantes de drogas durante años, y sé que todos tienen los mismos problemas. Así que lo ideé todo: «Esto es lo que puedo hacer por vosotros, pero esto es lo que tenéis que hacer por mí».

—Que los bolivianos se retirasen.

—Sí.

Rainey pensó un momento y luego meneó la cabeza.

—Cómo me odian esos hijos de puta. Ahora tienen una guerra con un cártel de Baja, y no les importa una mierda nada de nada.

Pike le cortó.

—Ponga el último mensaje.

El tercer y último mensaje de Dru era más desesperado. Su voz mostraba el estrés creciente, respiraba con agitación, y Pike notaba su miedo.

«Para ya, Willie; ¿me oyes? Debes llamarme a las seis en punto. Te lo suplico. Por favor, soluciona las cosas. Sabes cómo hacerlo. Si no llamas, dice que me matará».

Su llamada terminó abruptamente.

Ninguno de ellos habló durante un momento, luego Rainey miró a Pike.

—Usted me preguntó por qué le llamé. Cuando ella dice «hazlo», se entiende lo que quiere decir: que le llame a usted. Y por eso le llamé.

Pike no entendía nada.

Rainey frunció el ceño, mostrando una debilidad en los ojos que ponía de manifiesto que estaba algo violento.

—Cuando empezó todo este asunto con los pandilleros y apareció usted, ella me dijo que era el tipo de tío que podía solucionar las cosas. Eso le gustaba.

Pike le miró hasta que Rainey apartó la vista, y entonces cogió el teléfono y comprobó la hora. Eran las seis menos diez. El tiempo se estaba acabando.

—¿Rose tiene una hermana? —preguntó.

—¿Cómo?

—Tiene dos hermanos. ¿Tiene también una hermana?

Rainey guiñó los ojos como si Pike le estuviese hablando en clave.

—No. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Cole.

—Tengo un almacén en Van Nuys. Si lo quieren, es suyo. Los trescientos cuarenta y dos.

Cole miró a Pike.

—A esta hora del día son dos horas de ida y vuelta. Mal.

—No lo necesitamos.

Rainey miró a Cole, luego a Pike.

—¿Y qué vamos a hacer, pues?

—El boliviano, el que le quiere muerto, ¿cómo se llama?

—Uf, madre mía, es todo un cártel. Un montón de tíos.

Cole se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos en la cabeza a Rainey.

—Piense. ¿A quién estafó? ¿Quién es el macho alfa?

—Pues será Hugo Joaquín. Era el que lo llevaba todo. ¿Qué más da? ¿Qué vamos a hacer?

Pike miró la hora. Tres minutos. Ya tenía lo que necesitaba.

—Estoy preparado.

—¿Preparado para qué?

Cole dio unos golpecitos a Rainey otra vez.

—Salga. Esperaremos fuera.

—¿Para qué? ¿Qué es lo que va a hacer?

Pike comprobó de nuevo la hora. Faltaba un minuto.

—Este es el momento en que le vendo.

Cole salió, sacó a Rainey y lo empujó hacia delante. Cerró la puerta y dejó a Pike solo con el teléfono.

Al otro lado del aparcamiento, una familia salía de un monovolumen y entraba en el restaurante. El padre llevaba sobre los hombros a una niña pequeña con el pelo rizado. A unos quince metros de distancia, los coches iban reptando por Sunset Boulevard, embotellados en la hora punta. Pike apartó de su mente todo aquello y llamó a Dru Rayne.

Ella respondió al tercer timbrado. Pike imaginó que a Gregg Daniel Vincent le costó un timbrado enseñarle el número entrante, otro que Rose confirmase que era Rainey, y el tercero para que pulsara el botón de la respuesta y sujetara el teléfono junto al oído de ella. La voz de la mujer sonaba dubitativa.

—¿Hola?

—¿Está escuchando él?

Lo decía por Vincent.

Pasaron veinte segundos completos antes de que ella respondiera, seguramente porque Vincent estaba decidiendo qué hacer.

—Sí, está escuchando. ¿Dónde está Willie? Se suponía que tenía que llamar Willie.

—Willie no puede llamar. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. No me ha hecho daño.

—Dale el teléfono.

—Él, bueno... no quiere hablar. Si Willie no llama, me hará daño.

—No, no lo hará. Tengo a Rainey y tengo el dinero, pero sobre todo tengo a Rainey.

—Ah, quiere saber quién eres.

—Díselo.

Pike oyó que le decía su nombre. Vincent decía algo, pero demasiado bajo para que lo entendiera. Todavía estaban hablando cuando Pike habló de nuevo.

—¿Y él, cómo se llama?

—¿Qué?

—Que cómo se llama.

Otro murmullo al fondo antes de que Rose contestara.

—Se llama David.

La comisura de los labios de Pike tembló.

—Es usted un mentiroso, señor Vincent. Su nombre es Gregg Daniel Vincent. Déjese ya de chorradas y póngase al teléfono. Si no quiere a Rainey, se lo venderé a los bolivianos.

Treinta segundos de silencio esta vez, y ya bordeaban los cuarenta cuando se oyó al teléfono una voz masculina.

—¿Qué quieres negociar, chico? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo un amigo.

—Mataré a tu puto amigo, a ti, a tu familia y a todos los hijos de puta que conozcas. ¿Te ha dicho eso tu amigo?

—Mi amigo me ha dicho que tú eres el tipo que envían los bolivianos para asustar a la gente. Ya sé quién eres. Pero nada de eso importa.

—Tengo amigos también. ¿Trabajas en Nicaragua o en Honduras? ¿Trabajas en Ecuador o Colombia? ¿Acaso crees que nos hemos enfrentado antes?

La comisura de los labios de Pike tembló de nuevo. No le había dicho a Dru dónde había trabajado, de modo que ella no podía haberle dicho nada a Vincent. Su nombre sí, y que había sido contratista militar, pero nada más. Vincent lo habría investigado, cosa que significaba que veía a Pike como una amenaza.

—Está bien. Los dos tenemos amigos. Quizá sean las mismas personas.

—¿Y eso qué significa?

—Que yo tengo a Rainey y el dinero. Te lo vendo.

—¿Vendérmelo? Una mierda. Tienes que traerlo y esperar que yo no salga a por ti.

—Si tengo que ir, se lo venderé a Hugo. Ya me han ofrecido un millón. Quizá pueda sacar más.

El silencio pareció distinto esta vez, y cuando habló Vincent su voz era pensativa y cautelosa.

—Pero estás aquí, hablando conmigo. Debo de tener algo que quieres.

—La chica.

—Ah.

—La chica y la mitad del dinero que queda. Tú te quedas con Rainey y con la otra mitad.

—Vete a la mierda, tío. Cortaré por la mitad a la puta esta.

—Y yo seguiré teniendo a Rainey.

Vincent gritó.

—¡Y te cortaré a ti por la mitad también, hijo de puta, cuando os tenga a los dos!

Pike sabía que estaba ganando. Era bueno que gritase. Siguió hablando en voz baja y tranquila.

—Mira, así están las cosas. Tú solo conseguirás a uno de ellos para el señor Joaquín, ¿a cuál de los dos quieres? ¿Cuál de los dos quiere más? Rainey le estafó. Rose simplemente iba de acompañante.

Pike dejó que aquello penetrara bien. Fuera, en el mundo exterior, Cole y Rainey le miraban. La familia volvió a su monovolumen con cajas desbordantes de perritos calientes y patatas fritas. Los coches se iban moviendo como un pulso letárgico.

—¿Trabajas para los bolivianos? —preguntó Vincent.

A Pike le sorprendió aquella pregunta. Vincent estaba preocupado por su posición con los bolivianos.

—Nunca digo para quién trabajo.

Pike dejó que aquello también fuera penetrando, sabiendo que la inseguridad de Vincent iría en aumento. Dejando las cosas vagas, podría pensar que el amigo de Pike era un boliviano. También sabía que intentaría averiguar cómo podía conseguir a

ambos, a Rainey y a Rose.

Finalmente tomó una decisión.

—De acuerdo. ¿Cómo queréis hacerlo?

—Como te parezca. Podemos encontrarnos en alguna parte. Tú me das a la chica, yo te doy a Rainey y ya está.

Vincent se echó a reír, como esperaba Pike. Lo había comentado con Cole cuando esperaban a Rainey: Vincent nunca se expondría. Nunca dejaría que la chica saliera ante Pike y Rainey para hacer un intercambio, porque así podría convertirse en objetivo.

—De ninguna manera, tío. Venga ya, ¿hablas en serio?

—Pon la chica donde pueda verla. Tengo que ver que está viva. Si parece que está bien, te enviaré a Rainey con tu mitad del dinero. Se cruzarán a mitad de camino, ella vendrá hacia mí y él hacia ti. ¿Te parece mejor así?

—Espera, espera un momento... ¿Y si el hijo de puta se echa a correr?

—Pégale un tiro.

Era un montaje estúpido y lleno de agujeros, pero eso era precisamente lo que quería Pike. Vincent vería aquellos huecos como oportunidades. La única preocupación de Pike era forzar a Vincent para que le enseñara a Dru Rayne. Este no se expondría, sino que estaría cerca de la chica y la vigilaría desde una posición oculta, con una vía de escape clara. Pike sabía que querría que fuese así porque es lo que él mismo habría querido. Podría observarlo todo desde su escondite e intentar matar a Pike. Casi le oía pensarlo.

—De acuerdo. Nos reunimos en alguna parte —dijo finalmente Vincent.

—¿Qué tal en casa de Rainey, en el canal? Está vacía.

—Demasiado cerrado.

Por eso lo había sugerido Pike, empujando así a Vincent a pensar en rutas de escape y campos de visión más amplios.

—Donde tú quieras, Vincent. ¿Quieres pensarlo y llamarme más tarde?

Se quedó callado de nuevo, y luego murmuró algo que Pike no pudo oír. Pensó que estaba hablando con Dru, y luego se dio cuenta de que hablaba consigo mismo.

Dos minutos más tarde tenían ya un momento, un lugar, y habían acordado todos los detalles.

Pike bajó la ventanilla del Jeep e hizo una seña a Cole.

—Ya estamos. Vamos.

Daniel

Daniel bajó el teléfono y miró a la camarera. Habían vuelto de nuevo a la parte de atrás del camión, los cuatro.

Daniel dijo:

—¿Te estás follando a ese tío?

Tobey sonrió, lascivo:

—Sí, se lo está follando.

Cleo soltó una risita:

—Sí, folládoselo bien.

Tenía los ojos achinados y duros, como una puta correosa de Bogotá que quisiera robar una cartera. Pero también parecía asustada. Mucho, mucho mejor.

—No, no es nada de eso.

—¿Por qué quiere recuperarte, si no te está follando?

Ella apartó la vista, abajo y arriba, abajo y arriba.

—No lo sé. No hace mucho que le conozco.

Tobey se burló:

—Se lo está follando, la muy puta.

Cleo siseó:

—Puta, puta, puta.

Daniel esperaba que tuviesen razón. El tío de las flechas quizá fuese un mercenario muy machote, pero si se le ponía dura con la camarera la cosa ya no iba de dinero. Los hombres se mantienen firmes en lo que respecta al dinero, y se vuelven idiotas en lo que respecta a las mujeres.

Daniel arrancó un trozo nuevo de cinta plateada y se lo puso a ella encima de la boca.

—¿Sabes lo que eres?

Tobey dijo:

—Una golfa.

Cleo dijo:

—Puta, puta, puta.

Ella negó con la cabeza, ya que ahora no podía hablar.

—Eres una cabra atada a una estaca. Esos suajilis de África atan una cabra a una estaca debajo de un árbol como cebo para un león. La cortan toda, para que sangre, y luego esperan arriba, en el árbol. El león lo único que huele es la sangre. Y esa es una forma bastante buena de cazar a un zombi también.

Daniel la dejó atrás y subió delante, poniéndose al volante. Revisó de nuevo lo que el boliviano le había dicho de Pike, que era muy impresionante para los estándares de cualquier persona, y pensó que tenía una idea muy precisa de cómo acudiría a él. Daniel no tenía duda alguna de que Pike intentaría matarle, y se imaginó que este sabía que él intentaría matarle también. No había ni que decirlo. No tenía que hacer otra cosa que ir un poco por delante de él en el aspecto de la planificación.

Daniel salió entre los coches, considerando las variables de su inminente reunión. Quería llegar a la ubicación lo más rápidamente posible, pero antes tenía que recoger un par de cosas.

Fue recorriendo Hollywood, pensando en distintas situaciones tácticas, hasta que encontró una que le gustó.

Tres minutos después pasó bajo el paso elevado de Vine y vio a un hombre viejo sentado tranquilamente en una parada de autobús, con la barba gris y sucia y el pelo canoso. No hablaba con voces como los esquizos. Este era un simple borracho patológico en un mal momento. Hasta llevaba un letrero de cartón donde ponía:
TRABAJO POR COMIDA.

Tobey dijo:

—Ese me parece bien.

Cleo dijo:

—Servirá.

Daniel aparcó junto al banco y llamó por la ventanilla del pasajero.

—Eh. ¿Es verdad lo que pone en el cartel? Tengo un trabajito para dos horas.

El tío miró la camioneta Hero-Rooter y luego negó con la cabeza.

—No soy fontanero.

Tonto del culo.

—Yo tampoco soy fontanero. Lo único que necesito que hagas es que sujetes una linterna. Mi empleado está enfermo.

El jodido perezoso apenas se movió.

—¿Qué linterna?

—Pues una puta linterna normal y corriente. Necesito un ayudante que me enfoque con una linterna. Cuarenta pavos para ti. Dos horas de trabajo. ¿Lo quieres o no?

—¿Cuarenta dólares?

—El curro es por ahí, colina arriba. Vamos, tío. Ya llego tarde. ¿Quieres los cuarenta?

Tobey dijo:

—¿Pero qué le pasa a este tío?

Cleo dijo:

—Chist, chist...

Finalmente, el tipo se levantó del banco.

—Quiero veinte por adelantado.

—Ni hablar. Cuarenta cuando acabes el trabajo, o si no me voy. Vamos.

El tipo le dirigió una mirada como si le estuviera haciendo un favor al mundo, pero al final subió. Olía a repollo podrido. Cerró la puerta de golpe, examinó la furgoneta mientras se instalaba y miró hacia atrás, pero por aquel entonces ya era demasiado tarde.

Daniel le empujó entre los asientos justo encima de la camarera.

Tobey dijo:

—Mátale.

Cleo dijo:

—Mátale.

Daniel dijo:

—Más tarde.

Pike examinó la furgoneta a la desfalleciente luz color latón. Hero-Rooter. ¡LLAMA A UN HÉROE PARA QUE TE SALVE! ¡DESAGÜES LIMPIOS LAS VEINTICUATRO HORAS! Basándose en lo poco que sabía de Gregg Daniel Vincent, Pike juzgó que la ubicación estaba cerca de la perfección. Él habría elegido un sitio idéntico.

La furgoneta Hero-Rooter estaba aparcada entre la maleza, en una cresta no urbanizada a un centenar de metros de Mulholland Drive, dominando el valle de San Fernando. En el lado sur de Mulholland se había cortado la montaña, dejando una cuesta empinada salpicada de pinos moribundos. No era un buen sitio para salir corriendo. El lado del valle estaba mejor. Vincent tendría una visión despejada en ambas direcciones, a lo largo de Mulholland y de las casas que llenaban el cañón que quedaba más abajo. Mulholland era la única vía para entrar o salir, pero, si aparecía la policía, un hombre con la habilidad de Vincent podría escabullirse fácilmente por entre los arbustos y desaparecer entre las serpenteantes calles y casas.

Pike bajó los binoculares y susurró en su móvil:

—Es listo. Es un buen sitio para matar.

—¿Ves a alguien? —preguntó Cole.

—Solo la camioneta. Está en una cresta, donde están despejando la colina. Rainey se ocupará.

Cole y Rainey estaban aparcados en un apartadero a unos quinientos metros al este, a poco más de un kilómetro de la furgoneta.

—Espera...

Pike examinó de nuevo la furgoneta. Probablemente Dru estaba dentro, pero Vincent estaría en la colina. El plan era fácil: cuando Rainey apareciese en la cresta, Dru saldría de la furgoneta, de modo que Pike pudiese ver que estaba sana y salva. Rainey entonces saldría de su coche y avanzaría a mitad de camino con el dinero. Dru saldría para encontrarse con él, comprobaría el dinero, y luego Rainey continuaría hasta la furgoneta mientras Dru iba hacia el Prius.

Ese era el plan que habían tramado Pike y Vincent, pero no ocurriría nada de eso. Pike lo sabía perfectamente, y Vincent también. Este buscaría a Pike, igual que él estaría buscando a Vincent. Si ganaba Vincent mataría a Rose Platt, luego torturaría a Rainey hasta que sacara el resto del dinero y después lo mataría. Todo en la historia de Vincent confirmaba aquella posibilidad. Le gustaba torturar y matar.

Pike examinó la zona de matorrales junto a Mulholland donde se detendría Rainey, y luego una suave elevación detrás de la furgoneta. Vincent estaría en uno de esos dos lugares. Cuando Rainey se volviera hacia la cresta, estaría de cara a la

furgoneta y Vincent tras él, en una posición elevada, donde podría verlo y también vigilar a Pike. Este examinó las dos zonas, pero no vio nada, y volvió al teléfono.

—Me voy. Dame ocho minutos y avanza. Diez, y estaremos allí.

Pike se deslizó detrás de un retorcido matorral de roble y bajó por la colina que se iba desmoronando. Llevaba su Python, una Kimber del 45 y un rifle Remington modelo 700 con cerrojo que él mismo había modificado, junto con una bolsa para sus prismáticos y una cámara de imagen térmica FLIR, de barrido frontal. La FLIR leía imágenes de calor por infrarrojos. Cuando Pike estuviera más cerca, la FLIR le permitiría ver a Vincent entre los arbustos.

Se movió rápidamente bajando la empinada cuesta y deslizándose entre resacos arbustos a la carrera, y luego trepó por la siguiente lengua. Anduvo agachado en torno al repecho exterior, manteniendo Mulholland y la furgoneta por encima de él.

Dio la vuelta al repecho en el siguiente cañón, e hizo una pausa para orientarse. La siguiente lengua estaba delante y por encima de él, con Mulholland a su izquierda. Cogió dos robles achaparrados como puntos de navegación, bajó atravesando un mar de arbustos grises y subió por un barranco causado por la erosión hasta alcanzar el borde de la cresta. No veía todavía la furgoneta, pero sabía que estaba a mitad de camino entre esta y Mulholland. Comprobó la hora: nueve minutos. Rainey y Cole iban avanzando.

Pike subió los últimos metros, agachado entre los arbustos hasta que coronó la cresta. La furgoneta estaba a treinta metros de distancia. Abrió la FLIR y examinó toda la zona. La máquina no podía detectar a ningún ser humano a través del metal, pero Pike quería ver si Vincent estaba debajo del camión.

La imagen en el visor era un paisaje de grises y negros. Cuanto más frío estaba algo, más oscura era su imagen. Cuanto más caliente, más clara. La furgoneta era una sombra gris brillante, más clara que el fondo por el calor que absorbía del sol. El cielo por encima del horizonte se veía negro.

Nadie se escondía debajo de la furgoneta ni junto a ella.

Pike paseó la FLIR por el apartadero. Nada. Esperaba encontrar a Vincent en la elevación que había por encima, pero no había nadie entre las hierbas.

Cogió su móvil y susurró de nuevo.

—Dame tres más.

Cambió de posición y probó un ángulo nuevo, pero de nuevo obtuvo una lectura fría. No había nadie en los arbustos junto a la carretera, ni a lo largo del apartadero.

Lentamente, examinó la loma circundante. Comprobó la cresta desde Mulholland hasta el camión y luego la colina que se alzaba detrás, y allí fue donde le encontró. El visor mostraba la forma brillante y gris de un hombre echado bajo un matojo de salvia, de cara hacia abajo, en la posición prona de un tirador. Bajó la FLIR y comprobó la salvia con sus prismáticos. El hombre resultaba invisible tras los arbustos, pero Pike pronto encontró el borde recto y poco natural del cañón de un rifle que sobresalía detrás de las ramas. Un lugar perfecto para una emboscada.

Pike cogió de nuevo su teléfono.

—Está en la subida que hay por encima de la furgoneta. Rifle.

Cole susurró a su vez.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Dos minutos.

—Ya casi estamos allí. Si paramos ahora nos verá y se preguntará por qué nos detenemos.

—Dos minutos.

Pike se dejó caer por la pendiente abajo y avanzó de lado rápidamente a lo largo de la lengua, más allá de la furgoneta, y por el lado de atrás de la loma. Echó un vistazo al Prius que daba la vuelta en la cresta mientras él mismo la coronaba, pero bajó el ritmo para mantener el silencio.

El matojo gris de salvia ahora estaba justo delante de él. Pike bajó el rifle y la bolsa y sacó el 357. Se acercó más y finalmente vio una pierna vestida de camuflaje detrás del arbusto.

«Estoy aquí».

Pike cubrió la distancia silenciosamente hasta que se encontró justo detrás del hombre, y luego empujó con la Python el costado de Vincent.

Se dio cuenta al momento de que estaba muerto por la quietud del cuerpo, y comprendió al instante que aquel hombre no era Vincent.

Se puso tenso, con los músculos rígidos contra la bala que esperaba, pero el disparo no llegó.

El cadáver era el de un viejo con el pelo gris enmarañado y un agujero de bala de pequeño calibre en la sien. Recién muerto, todavía caliente. Un cebo.

Entonces oyó gritar a Dru, y William Rainey la llamó por su nombre.

* * *

Daniel

Daniel examinó el promontorio distante a través de la mirilla de su rifle, susurrando para sí.

—Ya te tengo, hijo de puta. Vamos. Déjame ver tu culo lisiado.

La furgoneta se encontraba a ciento sesenta y dos metros ante él. Los había contado paso a paso. Estaba metida entre dos árboles moribundos en el extremo sur de Mulholland, en una alta loma donde no había otra cosa que rocas a la espalda y una pendiente larga y empinada por abajo. Pike nunca se metería en un lugar jodido y sin salida como aquel, de modo que se había imaginado que Daniel también lo evitaría. Y por eso precisamente lo había elegido.

Tobey dijo:

—Has sido más listo que el gilipollas.

Cleo dijo:

—No nos verá llegar, gar, gar.

Daniel sabía que Pike estaba en algún lugar del arbusto. Ocho minutos antes había captado un destello de movimiento gris en la cresta de al lado, aparecido y desaparecido en un segundo. De modo que ahora examinaba el arbusto, y la cresta, y la zona en torno al tipo muerto. Daniel quería que Pike encontrase al tipo muerto. Pike vería el rifle, dispararía quizá, y entonces lo tendría. A lo mejor intentaba acercarse más, y captaría su movimiento. Pero hasta el momento, nada.

Daniel había dejado el maldito rifle sobresaliendo tanto del arbusto que un explorador novato lo habría encontrado ya por aquel entonces. Empezaba a pensar que quizás ese Joe Pike no fuese tan listo como él había creído.

Tobey dijo:

—Enséñale a la camarera, Daniel. Eso le hará salir.

Cleo dijo:

—A lo mejor se mueve, eve, eve.

Tobey y Cleo eran un par de pesados, pero a veces se ganaban el pan. Si sacaba a la camarera, Pike a lo mejor cambiaba de posición. *Bang.*

Sacó su *walkie-talkie* y la llamó, tal y como había dicho.

—¿Me oyes?

La voz de ella se volvió metálica, llena de interferencias.

—Te oigo. ¿Está aquí Willie?

—Sal. Te vas a casa.

Tobey dijo:

—Ay, ay. Aquí viene.

Cleo dijo:

—Aquí está, está, está.

Daniel pensó que hablaban de Pike, pero no era así.

El Prius tomó una curva muy cerrada a menos de quinientos metros de distancia. Daniel pensó que quizá debería decirle a la mujer que se quedase en la maldita furgoneta, pero decidió dejar que viniese.

Apretó de nuevo el botón de hablar.

—Sal de la maldita furgoneta, mujer. No voy a hacerte daño.

La puerta de atrás se abrió y Daniel examinó los arbustos en busca de movimiento.

* * *

Elvis Cole

Cole estaba apelotonado y tan metido en el asiento trasero del Prius que no veía nada, ni siquiera la nuca de Bill Rainey.

—¿Ves la furgoneta?

—Sí, casi estamos allí. No te preocupes.

El criminal que tenía un cártel boliviano tras él le decía a Cole que no se preocupase. Perfecto.

—Asegúrate de llevar escondida el arma. Si la ve, estás listo.

—Relájate, por el amor de Dios. Estoy bien.

Le habían dado un arma a Rainey y le habían puesto un chaleco antibalas. No pensaban colocarlo ante la mirilla de Gregg Daniel Vincent sin nada.

—Ya estamos. Doy la vuelta —dijo Rainey.

Fueron rebotando en el pavimento hasta la cresta. Una nube de polvo entró formando remolinos por las ventanillas abiertas, bajas por si Cole tenía que disparar.

Entonces Rainey pisó el freno.

—¿Qué es esta mierda? Ella ya ha salido. Se suponía que tenía que salir yo primero...

Cole vio la cabeza de Rainey girando a derecha e izquierda, como si pensase que Vincent iba a saltar de detrás de un arbusto. Cole quiso mirar, pero sabía que Vincent estaría observando su coche.

—Calma. ¿Qué hace ella?

—Me mira. Me saluda con las manos.

—¿Hay alguien en la furgoneta?

—No lo veo.

—Mira por los lados. Busca a Vincent.

—¡Joder! ¡Rose se ha echado a correr! ¡Está intentando escapar!

Rainey de repente abrió su portezuela de golpe y salió del coche.

—¡Rose! ¡Ro...!

Cole oyó el primer disparo.

* * *

Pike se puso de pie cuando les oyó gritar. Por debajo de él, Rose Platt corría hacia el Prius mientras Rainey corría hacia ella, los dos separados por casi cien metros.

Pike se dejó ver junto a una salvia, intentando atraer el fuego de Vincent. Atravesó rápidamente el matorral mientras un estampido agudo rompía el silencio del atardecer, corriendo por los cañones amoratados. Oyó pasar la bala, luego se agachó detrás de las rocas; rodó y siguió corriendo, zigzagueando a derecha e izquierda al bajar la pendiente.

Rose Platt y Rainey se detuvieron al oír el disparo. Entonces Elvis Cole salió del Prius y ella se volvió hacia la furgoneta.

El segundo disparo dio en la pendiente a los pies de Pike, pero este vio el destello y corrió más aún mientras le gritaba a Cole:

—¡Al otro lado, los árboles por encima!

Pike disparó tres veces, disparos a larga distancia hacia el destello, esperando hacerlo salir. Cole y Rainey se volvieron a mirar a Vincent. Pike vio otro destello, solo que esta vez Vincent no le disparaba a él.

La bala dio a Rainey en la pierna izquierda y surgió un surtidor rosa. El hombre giró con los brazos y las piernas extendidos como una marioneta, y no chilló hasta que cayó al suelo.

Rose Platt gritó una sola vez y se arrojó detrás de la furgoneta, mientras otro disparo daba en el guardabarros.

Rainey se incorporó, gritó algo que Pike no entendió y luego disparó la pistola hacia los árboles. Vincent disparó a su vez. La bala atravesó el hombro de Rainey formando otra nube roja, pero Cole ya había localizado el destello y descargó cinco balas.

Pike captó un parpadeo entre los árboles: era Vincent, que se movía colina abajo y se iba.

Pike gritó de nuevo:

—¡Se va colina abajo!

Cole corrió a través de Mulholland y desapareció bajando por el promontorio más alejado. Pike se volvió hacia Dru y la vio arrodillada junto a la furgoneta. En aquel momento se sentía desgarrado, no sabía si irse o quedarse, pero ella estaba a salvo, así que corrió a ayudar a Cole. Corrió pasando junto a Rainey y luego subió la empinada pendiente que conducía al extremo más alejado de Mulholland, hacia los árboles.

Daniel

Tobey susurró al oído de Daniel, haciéndole cosquillas con sus labios peludos, suplicante, urgente.

—Puedes hacerlo, chico. Todavía puedes cogerlos.

Cleo salió disparada dando vueltas y girando como un derviche.

—Puedes hacerlo, Daniel, el, el. Igual que un zombi, ombi, ombi.

—Abre los ojos, chico. ¡Abre los ojos, os, os!

Cleo giraba más deprisa.

—Ábrelos y mata, mata, mata.

Las rocas y ramas podridas le daban a Daniel en la espalda. Intentó respirar y notó un chasquido húmedo en el pecho. Tosió, pero no salió más que vómito.

Se miró la sangre en las manos.

—Me han dado.

Tobey dijo:

—Hace falta algo más que esto para matar a un hombre-lobo, amigo, igo, igo.

Daniel se tocó el pecho de nuevo y miró la sangre. No se encontraba mal. Ni siquiera recordaba que le hubiesen dado. Sabía que estaban disparando y que volaban las balas, pero no notaba nada. Quizás hubiese algo de verdad en el rollo ese del hombre-lobo, al final.

Tobey dijo:

—Encuentra tu arma, Daniel. Coge el arma.

—Arma, arma, arma.

Daniel tocó a su alrededor hasta que la encontró. El rifle había desaparecido, pero todavía llevaba la pistola en el bolsillo. Quitó el seguro.

—Creo que todavía puedo trincar a ese cabrón, chicos.

Tobey dijo:

—Seguro que puedes, des.

Cleo dijo:

—Seguro, guro, guro.

Se encontraba mejor. Cogió aire otra vez y se sintió mucho mejor. Aunque no pudiera trincar a aquel cabrón, pensaba que igual conseguía librarse. Muchas casas alrededor. Muchos coches. Lo único que tenía que hacer era atravesar Mulholland y entrar en el cañón.

Daniel escuchó. Oyó movimiento en la loma, pero estaba lejos, y abajo. Probablemente pensaban que se había ido mucho más abajo de lo que estaba en

realidad.

Daniel se puso de pie, apoyándose en el árbol.

Entonces vio al tío de las flechas que le miraba. No decía ni una sola palabra, solo estaba allí, de pie, a un metro de distancia, con el arma en el costado.

Pike sabía que Cole estaba en algún lugar de la loma, abajo. Le oía avanzar entre los arbustos, y el ruido de las rocas al deslizarse mientras bajaba colina abajo, de lado. Había visto a Vincent colina abajo, de modo que bajar era lo adecuado, pero decidió quedarse un poco rezagado por si a Vincent se le ocurría darse la vuelta.

Dejó que Cole se alejara. Cuanto más se alejara, más tranquilo se quedaría todo, y la tranquilidad estaba bien.

Escuchó casi un minuto entero y luego oyó ruido de guijarros entre los árboles, en la pendiente, en algún lugar por delante. Una suave tos siguió a los guijarros.

Pike se desplazó entre los árboles y vio a Vincent en las rocas entre dos nogales moribundos a menos de veinte metros de la carretera. Pensaba que estaba muerto, pero se movió y se puso en pie con mucho esfuerzo. Vincent era delgado pero de constitución fuerte, con la cara esbelta, marcas de viruela y ojeras. No parecía ningún loco, pero ¿qué otro tipo de persona tortura y mata para unos traficantes de droga lunáticos?

Pike vio que Vincent llevaba un arma, pero esperó a ver qué hacía. Tenía una herida en el pecho, pero estaba situada baja, en un costado. Él había visto luchar y ganar a algunos hombres con el cuerpo vuelto del revés.

Entonces Vincent lo vio y sus ojos se afilaron como tachuelas.

—Mirad, chicos. Ya le tenemos.

Pike se preguntó con quién hablaría.

—¿Eres Pike?

Asintió.

—No has sido tú el que me ha dado. Ha sido el otro tío. ¿Llamas a una ambulancia?

—No.

—¿No? Me estoy desangrando, tío. Ayúdame.

Pike meneó la cabeza.

Vincent se lo quedó mirando un momento y luego se encogió de hombros. No quería ninguna ambulancia, y se habría largado antes de que viniera. Lo que esperaba era coger por sorpresa a Pike mientras sacaba el teléfono o hacía la llamada. Quería esa ventaja.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Vincent.

—¿Qué pregunta era?

—En el sur. ¿Crees que nos enfrentamos antes, tú y yo?

—No.

—¿Y cómo lo sabes tan seguro?

—Porque estarías muerto.

—Qué gracia. Los chicos me han dicho lo mismo de ti.

Pike dijo:

—¿De quién estás hablando?

Vincent levantó el arma. Era rápido, pero no le dio tiempo. Pike le disparó tres veces en el pecho, las balas muy agrupadas, del tamaño de un trébol. Luego se acercó a él, recogió su arma y llamó a Cole en voz alta.

—Ya ha caído. Está más arriba, a veinte metros de la carretera.

Registró el cuerpo antes de apartar su 357.

Cole lo llamó desde abajo.

—¿Estás bien?

—Bien. Voy a por Dru.

Dru. Pike dijo su nombre real, bajito, para sí.

—Rose.

Bajó corriendo atravesando Mulholland y encontró a Rose Platt agachada junto a Rainey Intentaba dilucidar lo que sentía por ella, pero la verdad es que apenas sentía nada.

Rose se puso de pie al llegar él, y Pike fue aminorando la marcha y llegó andando. Ella seguía teniendo aquellos mismos ojos. Inteligentes, complicados, muy vivos. Quizá fue eso lo que le atrajo: la vitalidad que había en sus ojos.

—Está muerto —dijo Rose.

—Lo siento.

Rose recogió la pistola de Rainey, pasó por encima de su cuerpo y abrió el Prius.

—Rose. —Ella sonrió con los ojos inteligentes, brillantes—. No vas a ir a ninguna parte. —Pike se detuvo, esperando que ella lo dejara—. Baja el arma.

—No puedo dejar todo ese dinero, Joe. He vivido como una rata por ese dinero. ¿No lo entiendes? Es mío.

—Trescientos mil dólares no es mucho.

Ella inclinó la cabeza y algo jugueteó en sus ojos que le puso furioso.

—Ay, si supieras...

Se volvió hacia el coche, y Pike se dirigió hacia ella.

—Rose.

Ella sacó el arma y Pike fue a sacar la suya, pero sonaron dos disparos que pasaron a su lado antes de que pudiera hacerlo.

Pike vio que las balas le daban a ella, que su camisa se arrugaba y agujereaba. Vio que sus ojos vacilaban y que abría la boca, como si no entendiera lo que había ocurrido. Levantó las manos para tocar algo que no existía, y luego cayó.

Ni se acercó a ella. Se volvió y vio a Elvis Cole, que seguía con el arma en la mano. Vio que por la cara de Cole corrían las lágrimas. Vio llorar a su amigo y ninguno de los dos se movió.

Daniel

Daniel vio luces que bailaban y pensó que era Cleo, pero las luces corrían hacia él, hacia su cara, y luego se alejaban a toda velocidad, como una bala, y chasqueaban, concentrándose en un foco cristalino absolutamente nítido. Veía las ramas. Ramas, agujas de pino, ramas de roble enano retorcidas, nudosas, deformadas, como dedos artríticos con hojas.

Tobey dijo:

—¿Daniel?

Cleo dijo:

—¿Daniel?

Notó que se encogía, como si el mundo se fuese haciendo más grande y él más pequeño, y Tobey y Cleo estuvieran muy muy lejos.

Daniel dijo:

—¿Chicos?

Tobey dijo:

—Te estamos buscando, tío; ¿dónde estás?

Cleo dijo:

—¿Daniel, el, el?

Intentaba ponerse de pie. Luchaba como un hombre lobo con un zombi que le mordía el cuello, pero el zombi iba ganando.

—¿Tobey? ¿Cleo? ¿Dónde estáis, dónde...?

Daniel intentaba mantener los ojos abiertos, pero la luz, que antes era tan brillante, ahora se había vuelto negra.

Tobey chilló:

—¡Daniel, vuelve!

Cleo chilló:

—¿Dónde está, está, está...?

Tobey dijo:

—¿Cleo?

Cleo dijo:

—¿Tobey?

—Me voy.

—Me he ido.

—...

—...

Daniel iba flotando. Ya no sentía su cuerpo, ni la tierra que tenía debajo, ni el aire que besaba su piel. Se sentía como nada dentro de la nada, y sabía que echaría de menos a los chicos, a Cleo y Tobey, sus únicos queridos y fieles amigos.

Pike se sentó en el puente de Venice Boulevard, mirando hacia Grand Canal y la casa. Se sentó en la base de cemento de una farola con los pies colgando, cosa que se suponía que no se podía hacer, pero la oficial Hydeck estaba apoyada en la barandilla a su lado.

—Lleva mucho rato aquí —le dijo.

Pike asintió.

—Le he visto desde hace mucho rato. ¿Está bien?

—Sí, estoy bien.

Hydeck se ajustó la pistola.

—¿Qué cree que ocurrió con el dinero?

—Rainey dijo que se lo había gastado.

—¿Quién sabe? ¿Recuerda el robo del banco de North Hollywood, aquellos idiotas con las ametralladoras? Esos tíos robaron tres cuartos de millón de dólares, y nadie sabe dónde fueron a parar. Esas cosas ocurren. El dinero del crimen desaparece.

Pike no respondió. Le caía bien Hydeck, pero quería que le dejara solo.

—Ah, ¿sabe una cosa? No sé si se ha enterado. Los cabrones que mataron a Button y Futardo, ¿sabe? ¿Ha oído hablar de ellos?

Pike sabía que Futardo había matado a uno de los hombres, pero que el otro había desaparecido.

—No. ¿Qué ocurre con ellos?

—Pues que antes eran agentes de la agencia antidrogas. El que se hacía llamar Straw en realidad era Norm Lister. El otro se llamaba Carbone. Trabajaban en el caso Rainey cuando empezó todo. Lister fue despedido, y el otro dimitió. Supongo que decidieron ir a por el oro...

Pike recordó los expedientes que él había cogido del Malibu. La mayor parte de los informes los había redactado Lister.

—Lo siento por Jerry. Y por Futardo también —dijo.

—Era una chica muy agradable. Medalla póstuma al valor.

Hydeck acabó por alejarse de la barandilla y se guardó el arma.

—Bueno, amigo, ya me voy. Nos vemos.

Pike la miró.

—Oficial, gracias por su ayuda.

—No debería estar ahí con los pies colgando hacia fuera...

Hydeck sonrió y se fue andando hacia el coche.

Pike siguió mirando la casa.

Los investigadores federales y estatales de Luisiana vinieron y luego se fueron.

Entrevistaron a Pike y le contaron lo que sabían. Negaron lo que decía Rainey de que había robado solo 8.200.000 dólares y contaron varias versiones que decían que Rainey había robado un mínimo de doce millones y un máximo de dieciocho a los bolivianos. Pike les creía. Rainey era de naturaleza mentirosa, así que no tenía ninguna duda de que siguió mintiendo hasta el final.

Rose Platt lo convenció.

Pike subió las piernas, se apartó del puente y fue andando hasta el Sidewalk Café. Se sentó en la terraza exterior, a dos mesas de distancia de la que compartió un día con Rose Platt.

La joven camarera, la de los hoyuelos, sonrió cuando le vio. Ya era cliente habitual.

—¿Té verde?

Pike asintió.

Se bebió el té y miró hacia el océano entre la gente que pasaba, sin verlos a ellos, ni ver el agua, ni ver nada. No pensaba en nada excepto en lo caliente que estaba el té y lo fresca que era la brisa del océano, y la sensación tan agradable que producía el sol fundido en el horizonte.

Cuando el cielo se volvió oscuro, Pike pagó su cuenta y volvió a los canales. Siguió por la acera a lo largo del canal, más allá de la casa de los Palmer, y comprobó la ventana de Jared. Estaba allí, con los cascos puestos y retorciéndose al compás de un ritmo desconocido.

Siguió adelante y entró en el diminuto muelle que se encontraba en la parte de atrás de la casa de Steve Brown, donde colgaba el kayak en dos postes de madera idénticos.

Jared le dijo que Steve Brown volvería a finales de aquella semana. También le contó otras cosas, como que Rainey se sentaba en el pequeño muelle por la noche y salía en el kayak de noche también, y que lo había visto dos veces vadeando el canal por la noche.

Siempre de noche.

Pero fue Rose quien lo convenció por las cosas que dijo al final, eso de no dejar todo ese dinero, de que había vivido como una rata por eso. La forma que tuvo de mirarle cuando pensó que lo iba a perder. «Ay, si supieras...»

Pike se preguntó si ella ya sabía dónde estaba o si Rainey se lo dijo justo antes de morir. De cualquier manera parecía que hablaba de mucho más que 342.000 dólares.

Pike pasó la mano por la suave piel del kayak y lo levantó de los ganchos donde estaba colgado. Sabía que el dinero no estaba en el barquito porque lo había comprobado ya hacía dos días, pero le gustaba la sensación de su peso.

Colocó de nuevo el kayak en sus ganchos, y luego se sentó en el muelle. La noche era bonita, fresca, y el agua estaría fría.

Ochenta y cinco bloques de hormigón se alineaban en la orilla, de un extremo de la propiedad al otro, colocados en cinco capas escalonadas de diecisiete bloques cada

una. Pike lo sabía porque los había contado cuando había marea baja. Volvió dos veces por la noche y vadeó hasta el centro del canal, donde, en el punto más profundo, cuando la marea estaba alta, el agua le llegaba al cuello. Fue hurgando en el fondo y las plantas que crecían allí formando plumosas nubes y no encontró nada, y luego empezó a comprobar los bloques para ver si alguno estaba suelto o se podía mover.

Sin motivo alguno, solo porque tenía que empezar por algún sitio, Pike empezó a examinar primero los bloques que quedaban justo debajo y alrededor del muelle. Era lo más obvio, pero no encontró nada. Cada bloque estaba bien firme y seguro en su fila.

Quedaban por comprobar dos bloques más.

Se quitó las zapatillas deportivas y la pistola, los pantalones y la sudadera, envolvió la pistola con los pantalones y luego puso encima los zapatos y se metió silenciosamente en el agua. Se le contrajeron los músculos con el primer contacto frío, pero esa conmoción, como todos los dolores, se fue desvaneciendo.

Siguió por donde lo había dejado, comprobó once bloques más, y ya iba vadeando entre las plantas acuáticas cuando golpeó con la pierna en un objeto duro. Lo palpó con el pie y se dio cuenta de que había tropezado con una tubería de veinticinco centímetros. Había visto tuberías como aquella en los canales cuando la marea estaba baja y su fondo quedaba expuesto. Eran desagües para la lluvia y los residuos líquidos recogidos de calles y jardines.

Las tuberías que había visto estaban tapadas con una pesada rejilla metálica para que no se metieran las aves y otros animales cuando el agua bajaba, pero cuando dio con el pie contra aquella, notó que la rejilla se movía.

Pike cogió aliento, se metió bajo el agua y encontró cuatro sacos de nailon metidos en la tubería y atados entre sí con una cuerda. No salieron con facilidad, pero al cabo de un rato Pike los había conseguido soltar.

En cuanto los tuvo fuera del agua se puso la camiseta y los pantalones, se sujetó la pistola al cinturón y se dirigió hacia su Jeep con las bolsas. Mientras iba subiendo por el pequeño puente peatonal, una pareja mayor se detuvo en el otro extremo para dejarle pasar.

—Gracias —dijo.

—Qué noche más bonita —comentó la señora.

El Jeep de Pike estaba en Venice Boulevard, no lejos del puente. Dejó las bolsas en la sombra, en la acera, y abrió la puerta de atrás. Cuando volvió a por las bolsas, el antiguo agente de la agencia antidrogas Norm Lister le esperaba apuntándole con un arma.

—Buen trabajo, Pike. Muy bueno. Excelente.

Lister parecía andrajoso y sucio, como si hubiera estado viviendo en un coche. Hizo un gesto hacia delante con el arma, como si esperase que Pike retrocediera. «Ay, si supieras...»

—Ponga las llaves ahí en el parterre, y aléjese.

Pike no se movió.

—¿Sabía dónde estaba el dinero?

—No, pero conocía a Rainey. Yo soy el tipo que le hizo salir. Tenía que estar cerca.

Pike recordó el vídeo. Cómo habían seguido a Rainey y Platt, observando todos sus movimientos, quizás esperando que Rainey echara un vistazo al dinero.

Lister empujó de nuevo.

—Váyase, Pike. Esta es su oportunidad.

Miró el cañón tembloroso del arma de Lister, y luego sus ojos nerviosos. Pensó en Jerry Button y en la pobre Futardo, y en Rainey y Dru Rayne, que resultó ser Rose Platt.

—Lister, si me conociera tan bien como conocía a Rainey no estaría aquí.

Le disparó dos veces en el pecho, y luego se acercó y le pegó un tiro en la cara, exactamente igual que él había hecho con Jerry Button.

Cargó el dinero en el coche y dejó a Norman Lister en la acera.

Pike se llevó las bolsas a casa, pero no las abrió hasta al cabo de tres días. Las puso en la bañera la primera noche, suponiendo que chorrearían. Al día siguiente las trasladó al dormitorio, a los pies de su cama.

Al tercer día se las llevó abajo y las abrió por primera vez desde que las sacó del agua. Cortó los envoltorios de plástico y amontonó las pilas de dinero en el suelo. Había unos pocos paquetes de billetes de cincuenta y de veinte, y la mayoría de los paquetes de diez centímetros solo tenían billetes de cien dólares.

Le costó cuatro horas y treinta y cinco minutos contar todo el dinero, anotando la cantidad que había en cada montón en un bloc. Cuando acabó, Pike se echó atrás en el sofá y pensó en la ciudad en miniatura con sus rascacielos que se extendía en su salón.

William Rainey había mentido al final, diciéndole que solo le quedaban 342.000 dólares.

«Si supieras...»

Pike contó 6.755.000 dólares.

Se preguntó cuánto dinero permanecería oculto en otras ubicaciones, pero no le importaba demasiado, en ningún sentido. Se quedó mirando el dinero un rato, intentando decidir qué hacer con él, y luego puso la tele y vio las noticias deportivas de última hora.

Más tarde apagó la luz y se fue a dormir. No recogió el dinero. Dejó aquellas montañas en el suelo como lo que eran, trozos de papel sin sentido.

Marisol Rivera
Ojos de ángel

El padre Art estaba mejor, excepto por la fiebre. La orina ya era más clara, pero todavía tenía unas décimas. No demasiado, solo una o dos, pero se le agarraba como una deuda pendiente, dejándole debilitado. Marisol estaba preocupada, de modo que venía temprano y se iba tarde, e intentaba en lo posible hacer llamamientos para recoger más dinero.

Aquella mañana, cuando llegó, mucho antes que los consejeros o los niños, Marisol encontró una bolsa de nailon azul en el suelo, ante la puerta delantera.

Que aquella bolsa estuviese allí ya era raro, pero más raro aún era que hubiese una tarjeta sujeta a la bolsa. Era una sencilla tarjeta blanca en la que estaba escrito su nombre.

Miró a su alrededor para ver si alguien miraba, quizás alguien que quisiera gastarle una broma para ver lo que hacía, pero no vio a nadie.

Metió la bolsa dentro y la puso encima de su mesa. La bolsa abultaba y pesaba mucho, quizá cuatro o cinco kilos, como si estuviera llena de chocolate.

El padre Art la llamó desde dentro.

—¿Eres tú?

—Sí, ¿quién iba a ser?

—No entres. Estoy en el baño.

—Acaba lo tuyo. Llama cuando estés preparado.

Marisol pasó detrás de su escritorio, examinó la bolsa y luego dejó a un lado sus sospechas y la abrió. Lo primero que vio fue otra tarjeta blanca. Y la nota que llevaba escrita era sencilla.

«Alguien te vigila».

Elvis Cole

Cole vio la niebla roja. El sueño le despertó aquella mañana, como había ocurrido la noche anterior, y la anterior a la anterior, y muchas más noches de las que recordaba. Ahora estaba de pie ante su escritorio, un día luminoso y tranquilo, pensando en lo cerca que habían estado.

Destellos en la boca del cañón de un arma, en una habitación lúgubre. La sombra de una mujer proyectada en la pared. Unas gafas de sol que dan vueltas en el aire. Joe Pike se derrumba entre una horrible niebla roja.

Cole no había visto a Joe ni hablado con él desde que dejaron Mulholland Drive once días antes. Ya incluso entonces, mientras hablaban con la policía, Pike le había parecido más distante, como si se hubiese retirado más aún a un lugar secreto que solo él conocía.

Cole le había dejado mensajes, pero Pike no le había devuelto las llamadas. Había acudido a casa de Pike, pero no le había encontrado allí. A veces Pike desaparecía durante semanas, pero aquella vez era distinto.

Dos halcones de cola roja flotaban describiendo lentos círculos por encima del cañón. Cole los contempló, preguntándose qué buscarían. Llevaba horas mirándolos. Su gato estaba sentado al borde de la terraza, observando a Cole, que a su vez observaba a las aves. Aburrido.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —dijo Cole.

El gato entrecerró los ojos, se quedó dormido y luego se despertó de repente y entró corriendo en la casa.

—Gracias a Dios.

Fue a las puertas correderas mientras Joe Pike entraba por la puerta delantera. Quedó un momento enmarcado en la puerta, rodeado por la luz, y luego cerró la puerta y salió a la terraza.

Se quedaron cara a cara, ninguno de los dos habló, y luego Pike le atrajo hacia sí y le abrazó. No dijo una sola palabra, simplemente le abrazó y fue a la barandilla.

Al cabo de un rato Cole salió también a la barandilla, mirando hacia el cañón que se extendía ante ellos como un cuenco de un color verde neblinoso.

—Me alegro de verte.

Pike asintió.

—¿Quieres algo para beber?

—No, estoy bien.

Cole se agarró fuerte a la barandilla para sujetarse.

—He pensado que teníamos que hablar...

—No hace falta.

—Ella iba a matarte.

—Ya lo sé.

—Tuve que hacerlo. No quería, pero tuve que hacerlo. ¿Lo comprendes?

Pike apretó el hombro de Cole, y luego miró hacia el cielo.

—Halcones.

—Llevan ahí todo el día.

—Es donde deben estar.

Cole asintió y notó que fluían las lágrimas. Contemplaron juntos a los gavilanes. Donde debían estar.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es un acto solitario, pero dar vida a un libro requiere un equipo. Al autor le gustaría dar las gracias a Patricia Crais por su duro trabajo y sus largas horas mejorando el manuscrito, y a Lauren Crais por su investigación legal y su información.

Gracias también a Steve Brown por compartir sus conocimientos sobre los canales de Venice, y por proporcionar visitas comentadas y diversas aportaciones a la historia.

Marylin Ducksworth, Michael Barson y Matthew Venzon estuvieron fantásticos. Su trabajo y sus innovadoras ideas resultaron muy importantes e inspiradoras. Gracias.

Lo mismo para Kate Stark y Lydia Hirt, por impulsar al autor y su trabajo al reino de lo emergente, y a Ivan Held y Neil Nyren por su fe y su compromiso.

En Gran Bretaña, gracias a Tim Healy Hutchinson, Jon Wood, Juliet Ewers, Helen Richardson, Susan Lamb y Malcolm Edwards.

Y también debo agradecimiento y respeto a Aaron Priest y su equipo de la agencia literaria Aaron Priest (Lucy Chiels, Nicole James, John Richmond y Lisa Vane) por alimentar mis sueños y hacerlos realidad.

Y para mi amigo David Thompson, un libro y un cóctel margarita.



ROBERT CRAIS (Baton, Rouge, Louisiana, 1953), es un escritor de novelas de misterio o suspense, creador del dúo de detectives Elvis Cole y Joe Pike.

Antes de dedicarse en exclusiva a la escritura, fue guionista de series televisivas tan exitosas como “Canción triste de Hill Street” o “Corrupción en Miami”. A mediados de los años ochenta decidió consagrarse al sueño de ser novelista. Tras algunos intentos infructuosos, la muerte de su padre le sirvió de inspiración para crear al detective Elvis Cole. La novela resultante, *El mono bajo la lluvia* (The monkey’s raincoat, 1987), consiguió los premios Anthony y Macavity y fue finalista del premio Edgar. Desde entonces, Crais no ha dejado de encabezar las listas de libros más vendidos del New York Times. Su novela *El secuestro* (elegida Notable Book of the Year por el New York Times y Mejor Thriller del año por Amazon) fue llevada al cine en 2005 con el título de “Hostage” y Bruce Willis en el papel protagonista.

Las novelas de Robert Crais han sido lanzadas en cuarenta y dos países.

Notas

[1] Centinela m. *Mil.* Soldado que vela guardando el puesto que se le encarga.
(DRAE) <<